

el contrario, las palabras de los que les hablan á su gusto les dan gran contento. La verdad es de un aspecto áspero y grave, de suerte que es maravilla cuando les queda un pequeño resquicio por donde les entre algun rayo de luz; tan cercados están por todas partes de dificultades, de lisonjeros, finalmente, de hombres que no buscan otra cosa sino su comodidad. No se debe empero desistir desta empresa ni perder de todo punto la esperanza. Por ventura no cantamos á los sordos; habrá algunos á quien contente este aviso, que vean y sigan el camino que se les muestra muy saludable, así para ellos como para sus vasallos, y entiendan que no los que tachan las costumbres y vida de los que rigen son perjudiciales, sino los que hablan al sabor del paladar, muchos y sin número, mayormente en los palacios reales; peste tanto mas peligrosa cuanto mas halagüeña y blanda. Pero hagamos aquí punto, y volvamos á los emperadores. El premio que se dió por la muerte de Gordiano fué que Marco Julio Filipo, su matador, se quedó con el imperio; hombre árabe de nacion, de bajo suelo y linaje, pero muy señalado en las cosas de la guerra. Por donde despues de diversos cargos que tuvo, se apoderó últimamente de la república y del imperio el año de Cristo de 241, y le tuvo por espacio de mas de cinco años. Al principio tomó asiento con los persas, por el cual les dejó la Mesopotamia, en que pareció escurecer la majestad del imperio romano. Vuelto á Roma, celebró el año Secular, que era el año centésimo de la fundacion de Roma, con mayores regocijos y juegos mas sumptuosos que jamás se habia celebrado, por ser el año milésimo de su fundacion. Andaban los godos alborotados y corrían la provincia de Tracia. Envió contra ellos á Marino; las legiones, en premio de su trabajo, le saludaron por emperador, pero sucedióle mal, ca Decio fué contra él por mandado de Filipo, y le dió la batalla y venció y mató en la provincia de Mesia. El premio desta victoria fué que el ejército le nombró asimismo por emperador. Aceptó él aquel título contra su voluntad; pero aceptado, le mantuvo con grande valor. El emperador Filipo, á la sazón que se encaminaba contra él, fué muerto en Verona en cierto alboroto que levantaron sus soldados. Dejó en Roma un hijo de su mismo nombre, en edad de siete años que tenia y no mas, declarado por su compañero en el imperio, y era de un natural tan extraño, que nadie jamás le vió reír. A este, luego que la nueva llegó, mataron tambien porque no quedase rastro de raza tan mala. En tiempo de san Jerónimo se leia una carta de Orígenes para el emperador Filipo; autores antiguos y graves sienten que fué cristiano, y añaden que el pontífice Fabiano no le quiso recibir á los misterios sin que primero hiciese penitencia y satisfaccion de cierto pecado. Algunos asimismo sospechan que la iglesia romana se enriqueció con los tesoros de Filipo; pero sus malas costumbres dan muestra que mas fingió que cumplió el oficio de hombre cristiano. Otros reservan del todo esta loa á Constantino Magno, que fuese el primer emperador romano que conoció la majestad de Cristo, hijo de Dios. Decio, luego que se apoderó del imperio, que fué el año de nuestra salvacion de 250, persiguió cruelísimamente la religion cristiana por el odio que tenia, á lo que se entendió, contra Filipo. La verdad fué que Dios por aquel camino pretendia reformar las costum-

bres y vida de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragada. En aquella persecucion padeció el mártir san Cristóbal, segun que lo refiere Niceforo. Destruian los getas ó godos, que algunos entienden ser lo mismo, las provincias de Mesia y de Tracia. Peleó Decio con ellos; venciólos en la primera batalla, mas en la segunda, por traición de Treboniano Gallo, fué vencido y muerto junto con un hijo que tenia de su mismo nombre despues que gobernó el imperio por espacio de dos años. El traidor, conforme á lo que entonces se acostumbraba, se quedó con el imperio, y le tuvo por espacio de diez y ocho meses. Hizo asiento con los godos, en que se obligó de pagarles parias cada un año, cosa muy fea y que dió ocasion á los soldados para que le despreciasen, y á Emiliano, su capitán, hombre de nacion africano, nacido en la Mauritania Tingitana, para que despues de vencidos los godos en una grande batalla que les dió en la Mesia, se apoderase del imperio y revolviere contra Gallo, su señor; por cuya muerte, que fué en cierto encuentro, se quedó Emiliano por señor de todo. Duróle poco el mando y la vida, solo por espacio de cuatro meses, sin hacer cosa que de contar sea, tanto que muchos no le ponen en el número y cuento de los emperadores romanos. Matáronle sus soldados luego que se supo la eleccion de Valeriano.

CAPITULO X.

De los emperadores Valeriano, Gallieno, Claudio y Aureliano.

Licinio Valeriano era de edad de setenta años cuando en la Gallia las legiones y soldados le apellidaron por emperador contra Emiliano, el año de Cristo de 254. Subió á la cumbre y majestad no por otra causa, á lo que parece, sino para que la caída, como de lugar mas alto, fuese mas peligrosa y pesada. La vida larga es á las veces sujeta á desastres, y trueca la prosperidad del tiempo pasado en adversidad y desgracias. Tal fué el emperador Valeriano, en el año seteno de su imperio en la guerra que emprendió contra los persas vino en poder de sus enemigos. Vivió en aquella miserable servidumbre por espacio de mas de un año. Su hijo Gallieno y compañero, ya nombrado en el imperio, de ninguna cosa menos cuidaba que de librar á su padre y volver por la majestad del imperio. Y á la verdad él se hallaba por una parte apretado de los persas, de los godos y de los alemanes, que andaban alterados y con las armas, y mucho mas por otra parte de treinta capitanes romanos, que con la revuelta de los tiempos en diversas partes se llamaban emperadores, miserable avenida de males. Relatar los nombres y hechos de todos estos sería cuento muy largo; pero entre los demás, Póstumo se apoderó de la Gallia, y para asegurarse, llamó en su socorro á los francos, gente alemana, que es la primera mencion que dellos se halla en la historia romana. Acudió Lolliano por mandado de Gallieno al remedio, venció y mató al tirano; pero en premio de la victoria entró en su lugar, y se llamó emperador junto con su hijo del mismo nombre, por cuyas se tienen las declaraciones que andan impresas al fin de las *Instituciones de Quintiliano*. Otro, por nombre Tetrico, se apoderó de España, que asimismo acudió al favor de los alemanes. Entraron ellos en España por la Gallia, y como gente

feroz, por espacio de doce años como con fuego lo asolaron todo; en los campos y en los poblados hicieron estragos extraordinarios. En las provincias de Oriente se alzó Odenato Palmerino, capitán muy esforzado; y muerto él en la demanda, Zenobia, su mujer, con mas valor que de hembra y no menor prudencia llevó adelante lo comenzado por su marido, y se mantuvo hasta el tiempo del emperador Aureliano. Grande era el aprieto en que todo se hallaba. Por diversas piedras que en España se han hallado se entiende que la mujer del emperador Gallieno se llamó Cornelia Salonina, y la del emperador Decio Herennia. Gobernó por estos tiempos la Iglesia el pontífice Lucio, cuya epístola, dirigida á los obispos de España y de la Gallia, los exhorta que junten los concilios muchas veces. Declara la jurisdicción que tienen los metropolitanos sobre las iglesias sufragáneas. Veda la conversacion y trato con los herejes, y anima á sufrir las calamidades de los tiempos, graves y largas. A Lucio sucedió Stefano, en cuyo tiempo los obispos de España, en un concilio que juntaron, privaron de sus iglesias á Marcial, obispo de Mérida, y á Basilides, obispo de Astorga, como á libeláticos que fueron, y en lugar de los dos eligieron á Félix y Sabino. Llamaban libeláticos á los que daban firmado de sus nombres que desamparaban la religion cristiana; ca á los que pasando adelante se ensuciaban con adorar y sacrificar á los ídolos llamaban sacrificatos, segun que se saca de las *Epistolas* de san Cipriano. Hizo Basilides recurso á Roma como á cabeza de la Iglesia, de donde proceden las leyes sagradas, y con cuya autoridad se revocan las sentencias dadas por los otros obispos contra razon. Absolvióle el papa Stefano, y mandó fuese restituido á su iglesia y dignidad. Ofendíronse desto los obispos de España. Avisaron á san Cipriano, obispo de Cartago, de todo lo que pasaba con dos obispos, Félix y Sabino, que para esto le enviaron. Comunicó él este negocio con otros obispos de Africa, y tomada resolucion, respondió que los que desamparaban la fe no podían ser restituidos al grado que antes en la Iglesia tenían; que, impuéstales la penitencia y hecha la satisfaccion conforme á sus deméritos, podrían empero ser recibidos, mas sin volverles la honra y el oficio sacerdotal, segun que lo dejó establecido por decreto el papa Cornelio; que si el pontífice Stefano determinó otra cosa, seria por haberle engañado como estaba tan léjos. Por esta causa Sixto II, sucesor de Stefano, parece que en una epístola enderezada á los obispos de España les amonesta que los decretos de los padres no se deben alterar, ni antes del entero conocimiento de la causa deponer á los obispos, principalmente sin dar parte al romano Pontífice, que con razon reponia lo atentado contra ella. Esta fué la diferencia que sucedió sobre este caso; el remate no se sabe mas de que todos estos tres pontífices fueron martirizados en la persecucion que comenzó Valeriano antes de su prision, dado que al principio se mostró bien afecto á la religion cristiana. Padeció otrosí en Roma el valeroso diácono san Laurencio, gloria de España. Fué natural de Huesca; sus padres, Orencio y Paciencia, que son al tanto tenidos por santos en aquella ciudad. Sixto II antes de ser papa vino en España á predicar el Evangelio, y á la vuelta llevó en su compañía á los dos diáconos Laurencio y Vincencio. Era Lauren-

cio muy noble, pero mas señalado por la grande constancia de su ánimo, de que dió bastante muestra en los tormentos gravísimos que sufrió por no obedecer al tirano y hacer en todo lo que debia. En fin, dió la vida en la demanda el año de Cristo de 239 así él como el papa Sixto. Los que dicen que esto sucedió en el imperio de Decio van fuera de camino; y no menos los que por autoridad de Trebellio Pollion para concordar las opiniones sueñan no sé qué Decio César, nieto del emperador Valeriano, por cuya autoridad se hicieron estos martirios, van errados como gente menuda, y que sin examinar bien lo que dicen, escriben lo que les parece. En el mismo año padecieron en Tarragona por la verdad, Fructuoso, primer obispo de aquella ciudad, Augurio y Eulogio, diáconos. Eran cónsules en Roma Fusco y Baso; presidente en España, Emiliano, cuya hija, advertida y avisada por un soldado, vió juntamente con él las ánimas destes santos que volaban al cielo, segun que lo testifica Prudencio. Las reliquias destes mártires no se sabe por qué causa y en qué tiempo, pero es cierto que fueron llevadas á Italia, y cerca de la ciudad de Génova son veneradas con gran devocion en un monasterio de Benitos. En lugar del papa Sixto fué puesto el pontífice Dionisio el año luego siguiente. Algunos años adelante el emperador Gallieno tenia cercado dentro de Milan á Aureolo, que se habia alzado con la Esclavonia, y rompiendo por Italia estaba apoderado de aquella ciudad. Duró el cerco algun tiempo; los soldados, cansados de tantas guerras y con deseo de cosas nuevas, se conjuraron y dieron la muerte á su emperador Gallieno el año que se contaba de nuestra salvacion 269. Imperó por espacio de quince años. Mataron otrosí un su hermano menor, por nombre Valeriano, compañero suyo en el imperio. Estaba la república en esta vacante sin cabeza cuando Flavio Claudio, hombre principal y valeroso caudillo, se llamó emperador, que fué el año luego siguiente, en que, siendo cónsules el dicho emperador y Paterno, el pontífice Dionisio escribió una epístola á Severo, obispo de Córdoba; en ella le manda que á ejemplo de Roma reparta el pueblo por parroquias. Los principios del emperador Claudio fueron muy aventajados, ca deshizo y mató al tirano Aureolo, sujetó con las armas á los godos y á los alemanes. Pero atajóte la muerte en sazón que trataba de ir en persona contra Tetrico, que poseia lo de España y lo de la Gallia, ó contra Zenobia la valerosa mujer de Odenato. Falleció, sin determinarse ni resolverse en esto, en Sirmio, ciudad de Hungría, de enfermedad que le sobrevino; tuvo el imperio un año, diez meses y quince dias. Fué tio mayor de Constantio, padre del gran Constantino, que es lo mismo que hermano de abuelo, porque el emperador Constantio fué hijo de Eutropia, de la noble alcañua de los Dardanos, y de una sobrina de Claudio, hija de Crispo, su hermano. Sabida la muerte de Claudio, el Senado nombró en su lugar á Quintiliano, su hermano, hombre de tan pequeño corazon, que tomó la muerte por sus manos diez y siete dias despues de su eleccion, parte por no sentirse con fuerzas para llevar tan gran carga, parte principalmente por la nueva que vino que las legiones de Claudio nombraron por emperador á Lucio Domicio Aureliano, persona de señaladas prendas y autoridad. Pudiera ser contado entre los mejores principes si no afeara sus proezas que hizo

en la guerra con la aspereza de su condicion y con el aborrecimiento que tuvo á la religion cristiana. Domó los de Dacia, á los cuales dió las dos Mesias para que poblasen; y todos los tiranos que estaban alzados en las provincias sujetó, parte por fuerza, parte por concierto. En particular hizo la guerra valerosamente contra la famosa Zenobia, y la prendió cerca de la ciudad de Palmira, que se le iba huyendo á los persas en camellos de posta, que llamaban dromedarios, cuya persona y presencia por su grande valor hizo que el triunfo con que entró en Roma fuese mas agradable y mas solemne, porque todos los que la miraban se maravillaban que en el pecho de una mujer cupiese tan grande esfuerzo y valor nunca vencido por los males. Este triunfo con que el emperador Aureliano entró en Roma fué el postrero que á la manera antigua se vió en aquella ciudad. Poco tiempo reparó en Roma, ca resuelto de dar guerra á los persas, volvió al oriente, donde en la Tracia, entre Heraclea y Bizancio, fué muerto por traicion de un su privado llamado Menesteo. Tuvo el imperio cuatro años, once meses y siete días. Hay quien diga que este emperador fundó en la Francia á Orleans, ciudad puesta sobre el rio Loire, y á Génova ó Ginebra, á la ribera del lago Lemano. Mas cierto es que en Girona, ciudad puesta á los confines de España y de Francia, martirizaron á Narciso despues que predicó á las gentes de los Alpes, y con él un diácono llamado Félix. Pero no es este mártir el con quien aquella ciudad tiene particular devocion, sino otro del mismo nombre muerto en otro tiempo; esto se advierte para que nadie se engañe por la semejanza del nombre. El año antes deste en que vamos fué en Roma martirizado el santo papa Félix. Sucedióle Eutiquiano, cuya carta á Juan y á los demás obispos de la Bética ó Andalucia tiene por data el consulado de Aureliano y Marcellino, es á saber, el año de Cristo de 276. Trata de propósito en ella de la santa Encarnacion del Hijo de Dios contra ciertos herejes, que con nuevas opiniones en España pretendian manchar y poner dolo en la sinceridad de la religion católica y cristiana.

CAPITULO XI.

De algunos otros emperadores.

Una contienda muy nueva se siguió despues de la muerte de Aureliano y un extraordinario comedimiento. El ejército pretendia que el Senado nombrase sucesor y emperador; los padres remitian este cuidado á los soldados; en demandas y respuestas se pasaron seis meses; al cabo dellos el Senado, vencido de la modestia del ejército, nombró por emperador á Claudio Tácito, hombre de muchas partes, pero muy viejo, ca era de sesenta y ocho años; así le duró poco la vida y el mando, solos seis meses y veinte días. Falleció en Tarso, ciudad de Cilicia. Por su muerte, Florianio, su hermano, que allí se hallaba, se llamó emperador, de que se arrepintió muy presto, porque á cabo de tres meses de su voluntad se hizo romper las venas y se desangró y murió. Parecióle que sus fuerzas eran muy flacas para contrastar á las legiones de Oriente, que habian nombrado por emperador á Marco Aurelio Probo, aunque esclavon de nacion, persona aventajada en las cosas del gobierno y de las armas; de virtud tan conocida, que

cuando el nombre de Probo, que es lo mismo que bueno, no tuviera de sus padres, le pudiera ganar por sus costumbres y vida. Encargado del imperio, domó los alemanes, que corrian y assolaban la Gallia. Lo mismo hizo con los sármatas ó polonos, que habian rompido por lo de Esclavonia. A Narseo, rey de los persas, puso condiciones aventajadas para sí y de mucha reputacion. A los vándalos y á los godos, de los cuales grandes enjambres andaban haciendo mal y daño por las provincias del imperio, señaló para sosegallos campos en la Tracia en que poblasen. Tuvo dos competidores en el imperio: el uno llamado Saturnino, que mataron en Egipto sus mismos soldados por miedo ó en gracia del verdadero emperador; al otro que se llamaba Bonoso, venció él mismo en batalla cerca del rio Rin, y vencido, le puso en tanto aprieto, que él mismo se ahorcó. Para ganar las voluntades de las provincias, entre otras cosas que hizo, revocó y dió por ninguno el edicto de Domiciano, en que vedaba á los de la Gallia y de España el plantar viñas de nuevo. Grandes eran las muestras que en todo daba de buen Emperador, cuando en la Esclavonia fué muerto por sus mismos soldados en un motin que levantaron, en sazón que se aperecibia para revolver contra los persas, que de nuevo andaban alborotados. Tuvo el imperio cinco años y cuatro meses. La severidad que guardaba en la disciplina militar le hizo odioso y porque se dejó decir que, sosegados los enemigos, en adelante no tendria necesidad de soldados. Entró en su lugar por voluntad y voto del mismo ejército Marco Aurelio Caro el año del Señor de 282; unos le hacen esclavon, otros natural de la Gallia; sus cartas muestran que fué romano. Dos hijos que tenia, es á saber, Carino y Numeriano, nombró luego por sus compañeros en el imperio. Al primero dejó encargado el gobierno de la Gallia y de la España; para hacer guerra á los persas llevó consigo á Numeriano. Este en Antioquia la de Orontes, como pretendiese entrar en la iglesia de los cristianos, ó por curiosidad, ca era dado á todas las artes liberales, ó con propósito de burlarse de nuestras cosas, y el obispo, por nombre Babilas, no se lo consintiese, que fué hazaña sin duda heroica, por el mismo caso le mandó matar y martirizar. Hecho esto, pasaron adelante, concluyeron la guerra de los persas á su voluntad; la cual acabada, el emperador Caro fué muerto de un rayo á la ribera del rio Tigris al principio del segundo año de su imperio. No le fué mejor á Numeriano, su hijo; antes Arrio Apro, su suegro, sin consideracion del deudo por el deseo insaciable que tenia de hacerse emperador, le hizo matar dentro de una litera en que iba por tener los ojos malos. Alteróse el ejército con aquella traicion tan fea; nombraron por emperador á Diocleciano, persona de grandes partes; él sin dilacion tomó venganza de Apro, metiéndole por el cuerpo la espada, díjole al tiempo que le heria: «Alégrate, Apro, la diestra del grande Eneas te mata.» Carino, sin embargo de lo que hicieron los soldados, pretendia apoderarse por derecho de herencia de todo el imperio; pero vencióle en batalla y dióle la muerte Diocleciano. Por este tiempo gobernaba la España ceterior un prefecto llamado Marco Aurelio, como se entiende por las letras de algunas piedras que se conservan en España, de donde asimismo se saca que los emperadores, no solo usaban de los títulos de tribunos, pontífices,

cónsules, sino que tambien se llamaban procónsules. En comprobacion desto se pondrá aquí una letra de una piedra que hasta hoy dia está en la plaza pública y mercado de Monviedro, con estas palabras vueltas en castellano :

AL EMPERADOR MARCO AURELIO CARINO NOBILÍSIMO, CÉSAR FIA-
DOSO, DICHOSSO, INVICTO, AUGUSTO, PONTÍFICE MAX., TRIBUNO,
PADRE DE LA PATRIA, CÓNsul, PROCÓNsul.

Ya en esta costumbre se entiende que se usaba los tiempos pasados, de que es bastante prueba el letrero de la rotunda de Roma que da el mismo título á los emperadores Septimio Severo y Antonino Pio. Demás desto, los gobernadores romanos, como se comenzó á hacer desde el tiempo del emperador Antonino el Filósofo, se continuaron á llamar cómites ó condes, así bien en España como en las demás provincias. A los mismos, acabado el tiempo de su gobierno, en tanto que llegaba el sucesor, los llamaban legados cesáreos; y en el uno y en el otro tiempo se halla que usaban de título y nombre de presides ó presidentes.

CAPITULO XII.

De los emperadores Diocleciano y Maximiano.

La provincia de Esclavonia engendró á Diocleciano de padres libertinos, que es lo mismo que de casta de esclavos; y sin embargo, le dió por emperador á Roma, señora del mundo, el año de nuestra salvacion de 284. Púdose por su valor y hazañas comparar con los príncipes mas aventajados del mundo si no afeara su imperio y ensuciara sus manos con tanta sangre como derramó de cristianos, con que quedó su nombre odioso perpetuamente. El año segundo de su imperio declaró por su compañero á Maximiano Hercúleo; y para acudir á todas partes poco despues nombró por cesáres á Galerio Maximino y á Constancio Cloro. A Galerio dieron por mujer una hija de Diocleciano, llamada Valeria; Constancio por su mandado repudió á Elena, hija de un rey de Bretaña ó Inglaterra, madre del gran Constantino, para casar, como lo hizo, con Teodora, antenada de Maximiano. Repartieron las provincias de tal manera, que Diocleciano en Egipto, Maximiano en Africa, Constancio en Bretaña, apaciguaron los movimientos y alteraciones de aquellas gentes; los sucesos y trances fueron varios, los remates prósperos. A Galerio enviaron contra los persas, donde porque no se gobernó bien, Diocleciano en Mesopotamia, do le vino á ver, le hizo ir corriendo delante de su coche por espacio de una milla, que fué afrenta y castigo notable. Pero como despues volviese con la victoria, le salió á recibir con acompañamiento y pompa muy semejante á triunfo. Es así, que el castigo y el premio, el miedo y la esperanza son las dos pesas con que se gobierna el reloj de la vida humana; el miedo no da lugar á la corbadía; la industria y la diligencia son hijas de la esperanza. El año doceno de su imperio movió guerra muy cruel contra los cristianos, y vuelto á Roma despues de las empresas sobredichas, ocho años adelante apretó grandemente y embraveció con nuevos y muy crueles edictos, que fué el año de Cristo de 303, en que fueron cónsules Diocleciano la octava vez, y Maximiano la setena, segun que lo refiere san Agustín. En aquellos edictos se mandaba echar por

tierra los templos de los cristianos, quemar los libros sagrados, que los cristianos fuesen tenidos por infames y incapaces de las honras y oficios públicos; añadióse despues desto que diesen la muerte á los presidentes de las iglesias. Grande fué este aprieto, cruellísima carnicería, en que murieron en Roma el pontífice Cayo y su hermano Gabino con una su hija por nombre Susanna. En Sevilla fueron acusadas y muertas las santas vírgenes Justa y Rufina como quebrantadoras de la religion, por haber derribado por tierra la estatua de la diosa Salmhona, que era lo mismo que Vénus. En Tánger de la Mauritania martirizaron á Marcello Centurion, natural de Leon de España; lo que le achacaron fué que por amor de la religion cristiana renunciara el cingulo, que era la insignia de soldado. Agricola, prefecto del pretorio, fué el que le sentenció á muerte, cuyo nombre se lee, no solo en nuestras historias, sino tambien en los *Códices de Teodosio y Justiniano*. Grande y señalado fué este santo mártir, así por lo que él padeció como por doce hijos que tuvo, de quien se dice padecieron muerte todos por la verdad, bien que no en un mismo tiempo ni lugar. Quién pone en este cuento de los hijos del mártir Marcello á Claudio, á Lupercio, á Victoriano, á Ermeterio, á Celedonio, á Servando, á Germano, á Ascisclo y tambien á Victoria, todos mártires bienaventurados; quién añade á los santos Fausto, Januario, Marcial. Demás desto, se entiende que santa Marina padeció por este tiempo en Galicia, no léjos de la ciudad de Orense, donde está su santo cuerpo en un templo de su nombre, ocho millas de aquella ciudad. Todos estos y otros muchos santos padecieron en España por estos tiempos antes que el impío y cruel Daciano viniese á ella enviado por Diocleciano, su señor, á derramar tanta sangre como derramó de cristianos. Este, con gran furor y rabia, comenzando de los Pirineos, atravesó toda esta provincia por lo ancho y por lo largo de levante á poniente, y de mediodía á septentrion. Parece que Daciano fué presidente de toda España por un mojon de términos que está entre las ciudades Beja y Elora cerca de una aldea llamada Orocila con estas palabras en latin :

A NUESTROS SEÑORES, ETERNOS, EMPERADORES CAYO AURELIO VALERIO JOVIO DIOCLECIANO Y MARCO AURELIO VALERIO HERCÚLEO PIADIOSOS, FELICES Y SIEMPRE AUGUSTOS, TÉRMINO ENTRE LOS PACENCES Y LOS EBORENSES, POR MANDADO DE PUBLIO DACIANO, V. P. PRESIDENTE DE LAS ESPAÑAS, DE SU DEIDAD Y MAJESTAD DEVOTÍSIMO.

En el cuento de los santos mártires que hizo morir Daciano los primeros fueron Félix y Cucufato, nacidos en Africa, pero que con deseo de adelantar las cosas del cristianismo eran venidos á España. Félix fué martirizado en Girona, Cucufato en Barcelona, donde padeció tambien santa Eulalia, vírgen, diferente de otra que del mismo nombre fué muerta en Mérida. En Zaragoza dió la muerte á santa Engracia; Prudencio la llama Encratis; desde lo postrero de la Lusitania pasaba á Ruiseillon á verse con su esposo; pero antes que allí llegas le halló mejor y mas aventajado. Padecieron con ella diez y ocho personas que la acompañaban, fuera de otra muchedumbre innumerable de aquellos ciudadanos que por la misma causa dieron las vidas, y por el cuchillo pasaron á las coronas y gloria. Sus cuerpos, porque no viniesen á poder de los cristianos y no los honrasen,

quemaron junto con los de otros facinerosos. Pero las cenizas de los santos se apartaron de las otras por virtud de Dios, y juntadas entre sí, las llamaron masa cándida ó masa blanca. Prudencio refiere que sucedió lo mismo á las cenizas de treientos mártires que fueron muertos en Africa y echados en cal viva el mismo dia que padeció san Cipriano, y que los llamaron masa cándida. Echaron otrosí mano y prendieron al santo viejo Valerio, obispo de Zaragoza, y al valeroso diácono Vincencio; y presos los enviaron á Valencia para que allí se conociese de su causa. Pensaban que los trabajos del camino ó el tiempo serian parte para que mudasen parecer. Pasaron grandes trances; últimamente, Valerio fué condenado en destierro, en que pasó lo demás de la vida en los montes cercanos á las corrientes del rio Cinga. Por ventura tuvieron respeto á su larga edad para no ponerle en mayores tormentos. Con Vincencio procuraron que mudase parecer y entregase los libros sagrados, que era ser traidor, que así llamaban los cristianos á los que los entregaban, de la palabra latina *traditor*, que significa traidor y entregador. Pero como no se doblegase ni viniese en hacer lo uno ni lo otro, emplearon en él todos los tormentos de bierro y de fuego que supieron inventar, con que al fin le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo por miedo de los moros, que todo lo asolaban y profanaban, fué los años adelante llevado al promontorio Sagrado, que por esta causa se llama hoy cabo de San Vicente, de donde últimamente en tiempo del rey don Alonso, primero deste nombre y primer rey de Portugal, por su mandado le trasladaron á Lisboa, ciudad la mas principal de aquel reino, segun que en su lugar se relatará mas por menudo. En Alcalá de Henáres padecieron los santos Justo y Pastor, tan pequeños, que apenas habian salido de la edad de la infancia. Matáronlos en el campo loable, en que el tiempo adelante en su nombre edificaron un sumptuoso templo, ilustre al presente por los muchos y muy doctos ministros y prebendados que tiene. Sus cuerpos en el tiempo que las armas de los moros volaban por toda España se llevaron á diversos lugares, hasta que últimamente, el año de nuestra salvacion de 1568 el rey don Felipe II de las Españas, de Huesca, do estaban, los hizo volver á Alcalá y poner en el mismo lugar en que dormaron su bendita sangre. Pasó la crueldad adelante; porque llegado Daciano á Toledo, prendió á la virgen Leocadia, la cual, por miedo de los tormentos y el mal olor de la cárcel, junto con la pena que recibió con la nueva que vino poco despues del martirio de santa Ollalla, la de Mérida, y de Julia, su compañera, rindió su pura alma á Dios. El oficio mozárbale la llama confesora, el romano mártir; en que no hay mucho que reparar, porque antiguamente lo mismo significaban y eran confesores que mártires. Los monjes benitos de San Gisleu, cerca de Mons á Henao, mostraban el sagrado cuerpo de santa Leocadia; si de la española ó de otra del mismo nombre algunos los años pasados lo pusieron en disputa; pero ya no hay que tratar desto, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad quando, al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro con increíble concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes á la fiesta, á 26 de abril el año de 1587 fué restituida á su patria por diligencia y autoridad del rey don Felipe II

de España; clara muestra de su grande piedad y religion.

CAPITULO XIII.

En qué parte de España está Elbora.

Partió Daciano de Toledo, y en un pueblo llamado Elbora hizo sus diligencias y pesquisa para si en él se hallaba algun cristiano. Presentaron delante dél un mancebo llamado Vincencio; reprehendióle ásperamente el Presidente; pero como tuviese recio en su creencia y no alojase punto en su constancia, le hizo poner en la cárcel, de do se huyó á la ciudad de Avila, y allí derramó la sangre junto con dos hermanas suyas, Sabina y Cristeta, que le persuadieron que huyese, y en la huida le acompañaron. Hasta aquí todos concuerdan. Lo que tiene dificultad es qué pueblo fuese Elbora, en qué parte de España, qué nombre al presente tiene, si destruido, si en pié, si léjos de Toledo, si cerca; que son todas cuestiones tratadas con grande porfía y contienda entre personas muy eruditas y diligentes. Los portugueses hacen á san Vicente su natural, nacido en Ehora, ciudad en aquel reino muy conocida por su antigüedad, lustre y nobleza. Otros van por diferente camino, ca ponen Elbora en los pueblos Carpetanos, que al presente son el reino de Toledo; y aun en particular señalan que es la villa de Talavera, pueblo no menos conocido y muy principal en aquellas partes. Por los portugueses hace la semejanza de los nombres Elbora y Ehora; la tradicion de padres á hijos que así lo publica; los rastros de la antigüedad, es á saber, la piedra en que san Vicente puso sus piés con la huella que á la manera que si fuera de cera dejó en ella impresa; las casas de sus padres, que en aquella ciudad se muestran y tienen en gran reverencia; que si estos son flacos argumentos, neguémoslo todo, quememos las historias, alteremos las devociones de los pueblos y atropelemos todo lo al antes que trocar el parecer que tenemos. Estas son las razones que hay por esta parte, muy claras y de grande fuerza, ¿quién lo negará? Quién no lo echará de ver? Pero por la parte contraria hace la vecindad que hay entre Toledo de donde partió el Presidente, y Talavera donde los mártires fueron hallados, y Avila hasta donde él mismo los siguió y les hizo dar la muerte. Porque ¿quién podrá pensar que el presidente de España desde Ehora la de Portugal viniese en persona en seguimiento de un mozo y de dos doncellas? O ¿cómo se puede entender que para ir á Mérida, cabeza entonces de la Lusitania, primero pasase á Ehora, que está tan fuera de camino y mas de cien millas adelante? Pero todo el progreso del camino que hizo Daciano y los lugares por que anduvo se entienden mejor por la historia de la vida y muerte de santa Leocadia, como está en los libros eclesiásticos muy antiguos, escrita por Braulio, obispo de Zaragoza, segun que muchos lo sienten; la cual no ponemos aquí á la larga por evitar prolijidad. Basta decir en breve lo que en ella se relata á larga, que Daciano de la Gallia por Cataluña y Zaragoza llegó á Alcalá y á Toledo, desde allí pasó á Elbora y á Avila, do el dicho san Vicente fué martirizado. Dirá alguno que está bien, pero que ¿cómo se podrá fundar que Talavera se llamó en otro tiempo Elbora? Respondo que muchas legendas de breviarios lo dicen

así, el antiguo de Avila; el de la orden de Santiago, el de Plasencia; y entre nuestros historiadores don Lucas de Tuy atestigua lo mismo. Dirás que no hay que hacer caso del por su poca diligencia y juicio. No quiero detenerme en esto; los libros que escribí no dan muestra de ingenio grosero ni de falta de entendimiento. Por lo menos Ptolemeo le da nombre de Libora, y cerca della pone á Iurbida, que se puede entender estuvo donde al presente una dehesa llamada Lorviga, una legua de Talavera, de la otra parte de Tajo y en frente de do se le junta el rio Alverche, que se derriba de los montes de Avila. Demás desto, Tito Livio en los Carpetanos, que es el reino de Toledo, pone un pueblo, que él llama Ebury, muy notable por la batalla muy memorable que cerca del Quinto Fulvio Flaco, pretor de la España citerior, dió á los celtiberos, y por la victoria que dellos ganó. En el libro cuarenta de su historia cuenta con la elegancia que suele lo que pasó, con tales particularidades y circunstancias, que todos los que algo entienden y lo consideran atentamente se persuaden concurren en los campos del dicho pueblo que tiene por la parte de poniente. Las palabras no quise poner aquí, para nuestro propósito basta saber que el pueblo de que se trata en Ptolemeo, por la demarcacion y distancia de los lugares, es Libora, y que en tiempo de los romanos en el reino de Toledo estuvo un pueblo llamado Ebury. Que estos nombres se hayan trocado en el de Elbora ¿qué maravilla es? ¿Quién dudará en ello? Quién no sabe la fuerza que el tiempo y la antigüedad tienen en trocar y alterar los nombres y en cuántas maneras se revuelve todo con el tiempo? De lo que en contrario se alega no hay que hacer mucho caso. Cuánta vanidad haya en cosa deste jaez, cuántas sean las invenciones del vulgo, con muchos ejemplos se pudiera mostrar. Demás que Elbora la de los Carpetanos contrapone otros rastros y memorias, no menos en número ni menos claras que destes santos tiene. Lo primero, las casas destes santos, donde hoy está el hospital de San Juan y Santa Lucía, la plaza de San Estéban, así dicha de un templo desta advocacion que allí estaba, en que se tiene por cierto que san Vicente fué presentado delante el Presidente. Demás desto, á cuatro leguas de Talavera en el Piélagu, monte muy empinado entre los montes de Avila, hay una cueva enriscada y espantosa, con la cual todos los pueblos comarcanos tienen grande devocion, por tener por averiguado y firme que los santos, cuando huyeron de Elbora, estuvieron allí escondidos; y en memoria desto allí junto edificaron un templo y un castillo con nombre de San Vicente, señalado antiguamente por la devocion del lugar y las muchas posesiones que tenía. Todo el monte es muy fresco, un aire templado en verano y puro, asimismo de mucha arboleda. Dícese comunmente que aquel templo fué de los templarios; al presente no quedan sino unos paredones viejos y una abadía, que se cuenta entre las dignidades de Toledo, sin embargo que el castillo está puesto en la diócesi de Avila. Estas son las razones que militan por la parte de Talavera, largas en palabras; si concluyentes, el lector con sosiego y sin pasion lo juzgue y sentencie. Si nuestro parecer vale algo, así lo creemos. Y así lo dice Dextro el año de Cristo de 300 por estas palabras: *S. Christi Martyres Vicentius, Sabina et Christeta ejus sorores, qui nati in eborensi oppido Carpetaniae*. De los obispos de Elbo-

ra hay mucha mencion en los concilios toledanos, y monedas de los godos se hallan acuñadas con el nombre de Elbora, de oro muy bajo, como son casi todas las de aquel tiempo. A cuál de las dos ciudades se haya de atribuir lo uno y lo otro, no nos pone en cuidado, ni queremos sin argumentos muy claros sentenciar por ninguna de las partes. Antes de buena gana dejarémos á los portugueses la silla obispal de Elbora como sufragánea á la de Mérida, segun que se halla por las divisiones de las diócesis que hicieron en España, primero el emperador Constantino Magno y despues el rey Wamba. Ni pretendemos que la ciudad de Ebury en tiempo de los godos no se llamase tambien Elbora, conforme á la libertad con que se mudó el nombre de Talavera, y con la que el tiempo suele trocar los nombres y apellidos de los pueblos y lugares. Puede dudarse cómo se mudaron los nombres antiguos deste pueblo en el que hoy tiene de Talavera; sospecho que Tala en la lengua antigua de España es lo mismo que pueblo, como Talavan, Talarrubia, Talamanca lo dan á entender, y que de Tala y Ebury primero este pueblo se llamó Talebura ó Talabura, y de aquí con pequeña mudanza se forjó el nombre de Talavera.

CAPITULO XIV.

La descripcion de Elbora.

De lo que se ha dicho se entiende claramente que el pueblo de que tratamos, hoy llamado Talavera, muy abundante en todo género de regalos y mantenimientos y de campiña muy apacible, fresca y fértil, antiguamente tuvo muchos apellidos. Ptolemeo le llamó Libora, Tito Livio Ebury, en tiempo de los godos se llamó Elbora, y aun algunos en latin le dan nombre de Talabrica, engañados sin duda por la semejanza que tiene este nombre con el de Talavera. Nos en estos *Comentarios*, como viniere mas á cuento le darémos ora uno, ora otro de estos apellidos; esto se avisa para que ninguno se engañe ni tropiece en la diversidad y diferencia de los nombres. Está asentada esta villa en los confines de los Vectones, de los Carpetanos y de la antigua Lusitania, en llano y en un valle que por aquella parte tiene una legua de anchura, pero mas arriba hácia levante se enancha mas. Cortánle y bañan muchos rios; el mas principal y que recoge todos los otros el rio Tajo; muy famoso por sus aguas muy suaves y blandas y por las arenas doradas que lleva, con muy ancha y tendida corriente pasa por la parte de mediodia y baña las mismas murallas de Talavera, que son muy antiguas y de muy buena estofa, de ruedo pequeño, pero erizadas y fuertes con diez y siete torres albarranas puestas á trechos á manera de baluartes muy fuertes. Las torres menores y cubos son en mayor número con su barbaca, que cerca el muro mas alto por todas partes. En fin, ningunas de las murallas antiguas de España se igualan con estas. Dúdase en que tiempo se levantaron. Comunmente se tiene por obra de los romanos, y así da muestra lo mas antiguo de las murallas, con que no hacen trabazon las torres albarranas; otros las tienen por mas modernas á causa que por la mayor parte son de mampostería, y algunas letras romanas que se ven en ellas están puestas sin orden ni traza. Por tanto es forzoso confesar que es obra de los godos ó de los mo-

ros en el tiempo que fueron señores de España; y dado que algunos las atribuyen á los godos, parece que dan muestra de edificio mas nuevo si se cotejan aquellas murallas, mayormente las dichas torres, con la parte de los muros de Toledo que edificó el rey Wamba. Esto testifica el moro Rasis, que levantaron los moros aquella fuerza á propósito de impedir las correrías que hacían los cristianos por aquella parte el año de los árabes 325, que concurrió con el 937 del nacimiento de Cristo. Sus palabras son estas: «En tierra de Toledo, que es de las mas anchas de España, hay muchos pueblos y castillos, entre los cuales castillos es uno Talavera, que edificaron los griegos sobre el rio Tajo, y despues ha sido fuerte y frontera, segun que las cosas de los moros y cristianos variaban. El muro es alto y fuerte, las torres empinadas. El año de los moros de 325 el Miramamolín, hijo de Mahomad, cortado el pueblo en dos partes, mandó edificar un castillo do estuviesen los capitanes.» Este castillo entendemos es todo aquel circuito de la muralla sobredicha; y dado que parezca grande, en Italia y en Francia hay otros no mucho menores; porque el alcázar menor que está dentro destos muros á la parte del rio, de obra mas gruesa y que por la mayor parte está arruinado, se edificó adelante en tiempo de don Alonso el Emperador, como consta de una escritura que tiene el monasterio de monjas de San Clemente de Toledo, en que se les hace recompensa por ciertas casas que para el sitio de aquel alcázar les tomaron. Desde este alcázar sale y se continúa otro muro menos fuerte, ca por la mayor parte es de tapiería y con grandes vueltas abraza el primer muro casi todo, si no es por do le baña el rio Tujo. Con este está pegado otro tercer muro, que ciñe un grande arrabal por la parte de poniente con un arroyo, por nombre la Portiña, que le divide de los demás del pueblo, arroyo que suele á las veces hincharse con las lluvias y grandes avenidas y salir de madre. Este muro se debió edificar de priesa en algun aprieto, pues con ser el mas moderno, está caído de manera, que quedan pocos rastros dél. Dentro deste muro habitan los labradores, dentro del segundo los oficiales, mercaderes y la mayor parte de la gente mas granada; y la plaza y mercado lleno de toda suerte de regalos y abundancia. Dentro del muro menor y mas fuerte viven los caballeros, que son en mayor número y de mas renta que en otro qualquiera pueblo de su tamaño. Los demás vecinos tienen pobre pasada, por ser enemigos del trabajo y de los negocios y no quererse aprovechar del suelo fértil que tienen. En aquella parte está una iglesia colegial de canónigos, y con ella pegado un monasterio de jerónimos, edificio de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, á propósito de recoger en él los canónigos para que viviesen regularmente. Pero como esto no tuviese efecto por la contradiccion de la clerecía y del pueblo, llamó y puso monjes de san Jerónimo en aquella parte, á los cuales dió grandes heredamientos y renta. Otras cosas hay en este pueblo dignas de consideracion que se dejan por brevedad. Volvamos al cuento de los sagrados mártires. En esta persecucion padecieron, en Lisboa los mártires y hermanos Verisimo, Máximo y Julia; y en Braga san Victor, en Córdoba san Zoylo con otros diez y nueve, cerca de Búrgos las santas Centolla y Elena, en Sigüenza santa Liberata, en Melgeriza,

dueblo de los montes de Toledo, santa Quiteria, donde dicen que el rey Wamba edificó un templo en su nombre. Fuera destos otros muchos, cuyos nombres y mártires, si por menudo se hobiesen de contar, no hallaríamos fin ni suelo. Tampoco se puede averiguar dónde estén los sagrados cuerpos de todos estos santos, dado que de algunos se tenga noticia bastante. Las diversas opiniones que hay en esta parte escurecen la verdad, que procedieron, á lo que sospecho, de que las sagradas reliquias de algunos santos se repartieron en muchas partes, y con el tiempo cada cual de los lugares que entraron en el repartimiento pensaron que tenía el cuerpo todo; engaño que ha en parte diminuido la devocion para con algunos santuarios. Eusebio refiere que vió por este tiempo á las bestias fieras, ni por hambre ni de otra manera, poder irritarlas para que acometiesen á los mártires; y que la ocasion para que se levantase tan brava tempestad fué la corrupcion de la disciplina eclesiástica relajada. Tambien es cosa cierta que destas olas y destos principios se despertó en Africa la herejía de Donato. Fué así que Donato, nómida ó alarbe de nacion, ayudado de una mujer llamada Lucilla, que vivia en Africa y era española y muy rica, acusó falsamente á Ceciliano, obispo de Cartago, que entregara á los gentiles los libros sagrados, delito muy grave, si fuera verdad. En esta acusacion pasó tan adelante, que no paró hasta habelle deponer de su dignidad. Del mismo delito acusaron en España al gran Osio, obispo de Córdoba. En lugar de Ceciliano fué primero puesto Mayorino, despues otro Donato, hereje y natural de Carlago. Grandes fueron estas revueltas, y que se continuaron por muchos años, como se irá notando adelante en sus lugares.

CAPITULO XV.

De los emperadores Constancio y Galerio.

Cansado Diocleciano del gobierno y perdida la esperanza de salir con lo que tanto deseaba, que era deshacer el nombre y religion de los cristianos, á cabo de veinte años que tenia y gobernaba el imperio, le renunció en Milan y se redujo á vida de particular. Lo mismo á su persuasion hizo su compañero Maximiano en Nicomedia do estaba, que fué uno de los raros ejemplos que en el mundo se han visto. Con esto quedaron por emperadores y señores de todo Constancio y Galerio el año de Cristo de 304. Constancio se encargó de la Gallia, Bretaña y España; príncipe de singular modestia, tanto, que á su mesa se servia de bajilla de barso. Fué otrofí muy amigo de cristianos, de que dió muestras harto notables. Galerio quedó con las demás provincias del imperio. Este, para mas asegurarse, nombró por Césarés á Severo y Maximino, sobrinos suyos, hijos de una su hermana. A Maximino encargó lo de levante, á Severo lo de Italia y lo de Africa, y él se quedó con la Esclavonia y la Grecia. Atajó la muerte los pasos á Constancio, que falleció en Eboraco, ciudad de la Bretaña ó Inglaterra, el año de Cristo de 306. Imperó un año, diez meses y ocho dias. Dichoso por el hijo y sucesor que dejó, que fué el gran Constantino, fuera del cual de Teodora, su segunda mujer, antenada de Maximiano, dejó á Constancia y á Annibaliano, padre de Dalmacio, César, y á otro Constantino, cuyos

hijos fueron Gallo y Juliano, que asimismo fueron cé-sares, como se verá adelante. Vivió por este tiempo Prudencio, obispo de Tarazona, natural de Armenia, pue-dieno de Vizcaya, que fué antiguamente obispo, y al pre-sente le vemos reducido á caserías despues que una iglesia colegial de canónigos que allí quedaba, por bula del papa Alejandro VI, se trasladó á la ciudad de Victo-ria. Fué otrosti deste tiempo Rufo Festo Avieno, noble escritor de las cosas y historia de Roma, y aun poeta señalado; así lo dice Crinito. El año siguiente despues que el emperador Constancio murió, Majencio, hijo de Maximiano, se apoderó de Roma y se llamó emperador. Acudió contra él Severo, pero fué roto por el tirano y muerto en una batalla que se dieron. Maximiano, sa-bido lo que pasaba, vino á Roma, sea con intento de ayudar á su hijo, sea con deseo de recobrar el imperio que habia dejado. No hay lealtad ni respeto entre los que pretenden mandar. Echóle su hijo de Roma; acu-dió al amparo de su yerno el emperador Constantino, que residia en Francia; pero como se entendiese que sin respecto del deudo y del hospedaje trataba de dar la muerte al que le recibió en su casa y trató con todo regalo, acordó Constantino de ganar por la mano y ha-cerle matar en Marsella do estaba. Galerio, nombrado que hobo en lugar de Severo á Licinio por César, él mismo pasó en Italia con deseo y intento de deshacer al tirano. Mas por miedo que el ejército no se le amoti-nase, sin hacer cosa alguna dió la vuelta á Esclavonia. Allí comenzó á emplear su rabia contra los cristianos. Atajó la muerte sus trazas, que le avino por ocasion de una postema y llaga que se le hizo en una ingle cinco años enteros despues que tomó el imperio en compañía de Constancio. Era á la sazón pontífice de Roma Mel-quíades, el cual en una epístola que enderezó á Mari-no, Leoncio, Benedicto y á los demás obispos de Es-paña les amonesta que con el ejemplo de la vida, que es un atajo muy corto y muy llano para hacerse obedecer, gobiernen á sus súbditos; que entre los santos apóstoles, dado que fueron iguales en la eleccion, hobo diferencia en el poder que tuvo san Pedro sobre los demás; trata otrosi del sacramento de la Confirmacion; tiene por data los cónsules Rubio y Volusiano, que lo fueron el año de nuestra salvacion de 314.

CAPITULO XVI.

Del emperador Constantino Magno.

Cansados los romanos de la tiranía de Majencio, de su soltura y desórdenes, y desconfiados de los cesáres Maximino y Licinio, acordaron llamar en su ayuda al emperador Constantino, que á la sazón residia en la Gallia. Acudió él sin dilacion á tan justa demanda; marchó con sus gentes la vuelta de Milan. En aquella ciudad, para asegurarse de Licinio, le casó con su hermana Constancia. Hecho esto, pasó adelante en su camino y enbusca del tirano. Llegaba cerca de Roma cuando con el cuidado que le aquejaba mucho por la dificultad de aquella empresa, un día sereno y claro vió en el cielo la señal de la cruz con esta letra:

EN ESTA SEÑAL VENCERÁS.

Fué grande el ánimo que cobró con este milagro. Mandó que el estandarte real, que llamaban lábaro, y los

soldados le adoraban cada día, se hiciese en forma de cruz. Desta ocasion y principio; como algunos sospechan, vino la costumbre de los españoles, que escriben el santo nombre de Cristo con X y con P griega, que era la misma forma del lábaro. Compruébase esto por una piedra que en Oreto, cerca de Almagro, se halló de tiempo del emperador Valentiniano el Segundo, donde se ve manifestamente cómo el nombre de Cristo se escribía con aquellas letras y abreviatura. Pasó pues Constantino adelante, y por virtud de la cruz, junto á Puente Molle, á vista de Roma, venció á su contrario en batalla, ca en cierta puente que sobre el rio Tibre tenia hecha de barcas, á la retirada cayó en el rio y se ahogó. Con tanto, la ciudad de Roma quedó libre de aquella tiranía tan pesada, y en ella entró Constantino en triunfo por la parte donde hoy está un arco, el mas hermoso que hay en Roma, levantado en memoria desta victoria. Juntamente se aplacó la carnicería cruel que por mandado de Majencio se hacia en los cristianos. Entre los demás, las santas Dorotea y Sofronia, por guardar su castidad y no consentir con la voluntad del tirano, la primera fué degollada, la segunda, por divina inspiracion se mató á sí misma; ejemplo singular que en tiempo de Diocleciano siguió otra mujer antio-quena, que por la misma causa con no menor fortaleza al pasar de una puente se echó con dos hijas suyas en el rio que por debajo pasaba. En el mismo tiempo Maxi-mino en las partes de levante derramaba mucha sangre de cristianos en la persecucion en que fué muerta Ca-terina, virgen alejandrina, y con ella Porfirio, general de la caballería, y san Pedro, obispo de aquella ciudad. Era ran grande el deseo que Maximino tenia de desha-cer el nombre cristiano, que por todo el imperio mandó enseñasen en las escuelas á leer á los niños y les hiciesen aprender de memoria cierto libro en que esta-ba puesto lo que pasó entre Pilato y Cristo, lleno todo de mentiras y falsedad, á propósito de hacer odioso aquel santo nombre. Verdad es que poco antes de su muerte revocó todos estos edictos, no tanto de su vo-luntad como por miedo de Constantino, cuyo poder de cada día se adelanlaba mas, y asimismo de Licinio, que poco antes le venciera en cierta batalla. Falleció pues este Emperador; Licinio, mudado el propósito que antes tenia, comenzó á declararse contra la religion cristiana. Tomó la mano Constantino. Vinieron á ba-talla en Hungría primero, y despues en Bitinia; en-trambas veces fué vencido Licinio, y en la primera, á ruegos de su mujer Constancia, no solo le perdonó, sino que le conservó en la autoridad que tenia; mas la segunda vez que le venció, por la misma causa de su hermana le dejó la vida, pero redújole á estado de hombre particular; y sin embargo, porque trataba de rebelarse, el tiempo adelante se la hizo quitar. Fué de juicio tan extravagante, que decia que las letras eran veneno público; y no era maravilla, pues las ignoraba de tal suerte, que aun no sabia firmar su nombre. En la persecucion que levantó contra la Iglesia, entre otros, padecieron en Sebastia los santos cuarenta mártires, muy conocidos por su valor y por una homilia que hizo san Basilio en su festividad. Por esta manera los movi-mientos, así bien los de dentro como los de fuera del imperio, se sosegaron, y todo el mundo se redujo á una cabeza, tan favorable á nuestras cosas, que la re-

ligion cristiana de cada día florecía mas y se adelantaba. Bautizóse el emperador Constantino en Roma juntamente con su hijo Crispo, y por virtud del santo bautismo fué librado de la lepra que padecía, segun que muy graves autores testifican lo uno y lo otro. En particular de haberse Constantino bautizado en Roma da muestra un hermoso baptisterio que está en San Juan de Letran, de obra muy prima, adornado y rodeado de columnas de pórfido asaz grandes. Luego que se bautizó, comenzó con mayor fervor á ennoblecer la religion que tomara, edificar templos por todas partes, hacer leyes muy santas, convidar á todos para que siguiesen su ejemplo. Grande fué el aumento que con estas cosas recibía la Iglesia cristiana; pero esta luz poco despues se añubló en gran parte con una porfía muy fuera de sazón, con que Arrio, presbítero alexandrino, pretendia persuadir que el Hijo de Dios, el Verbo eterno no era igual á su Padre. Este fué el principio y la cabeza de la herejía y secta muy famosa de los arrianos. Tuvo Arrio por maestro, aunque no en este disparate, al santo mártir Luciano, y fué condiscípulo de los dos Eusebios, nicomediense y cesariense, sus grandes allegados y defensores. La ocasion principal de despeñarse fué la ambicion, mal casi incurable, y sentir mucho que despues de la muerte de san Pedro, obispo de Alejandría, pudiesen en su lugar á Alejandro sin hacer caso dél. Deste principio casi por todo el mundo se dividieron los cristianos en dos parcialidades, y con la discordia parecia estaba todo á punto de perderse; ca la nueva opinion agradaba á muchos varones claros por erudicion, así obispos como particulares, que no daban orejas ni recibian las amonestaciones de los que mejor sentian. Estas diferencias pusieron en grande cuidado al Emperador, como era razon. Acordó para concertar aquellos debates enviar á Alejandría á Osio, obispo de Córdoba, varon de los mas señalados en letras, prudencia y autoridad de aquellos tiempos, y aun en el *Código de Teodosio* hay una ley de Constantino enderezada á Osio sobre estas diferencias. Trató él con mucha diligencia lo que le era encomendado, y para componer aquellas alteraciones se dice fué el primero que inventó los nombres de *ousia*, que quiere decir esencia, y de *hipostasis*, que quiere decir supuesto ó persona. No bastó ningun medio para doblegar al pérfido Arrio, por donde fué echado de Alejandría y condenado al destierro, en que brevemente falleció. Quedó otro de su mismo nombre como heredero de su impiedad y cabeza de aquella secta malvada. Cundía el mal de cada día mas, por donde se resolvió el Emperador de acudir al postrer remedio, que era juntar un concilio general. Señaló el Emperador para tener el concilio á Nicea, ciudad de Bitinia; y por su mandado concurrieron trecientos y diez y ocho obispos de todas las partes del mundo, dado que en este número no todos concuerdan. Acudieron asimismo el segundo Arrio y sus secuaces para dar razon de sí. Todos estos y sus errores fueron por el Concilio reprobados. Depusieron otrosí de su obispado á Melecio, porque con demasiado celo reprehendia la facilidad de que Pedro, obispo de Alejandría, usaba en reconciliar y recibir á penitencia á los que se habian apartado de la fe; y con este su celo tenia alteradas las iglesias de Egipto y puesta division entre los cristianos. Andaban grandes diferencias sobre el día en que se debía celebrar la Pascua de Resur-

reccion; dióse en esto el órden conveniente y traza que se guardase en todo el mundo. Estaba en el oriente relajada la disciplina eclesiástica, en particular acerca de la castidad de las personas eclesiásticas. Era dificultoso reducillas á lo que antiguamente se guardaba. Por esta causa los padres, conforme al consejo de Pafnucio, vinieron en permitirles que no dejasen á sus mujeres. Demás desto, se mandó, so pena de muerte, que ninguno tuviese los libros de Arrio, sino que todos los quemasen. Hay quien diga que la manera de contar por indiciones se inventó en este Concilio, y que se tomó principio del año que se contaba 313 de nuestra salvacion, á causa que en aquel año fué al emperador Constantino mostrada en el cielo la señal de la cruz. Hallóse presente en este Concilio el gran Osio, quien dicen que tambien presidió en él en lugar de Silvestro, papa, y en compañía de los presbíteros Vito y Vincencio, que para este efecto fueron desde Roma enviados. Al mismo tiempo que esto pasaba en el Oriente ó poco despues, en España se celebró el concilio Illiberitano, así dicho de la ciudad de Illiberis, que estuvo en otro tiempo asentada en aquella parte de la Bética donde hoy está Granada, como se entiende por una puerta de aquella ciudad, que se llama la puerta de Elvira, y un recuesto por allí cerca del mismo nombre; porque los que sienten que este Concilio se juntó á las haldas de los Pirineos en Colibre, pueblo que antiguamente se llamó Eliberis, no van atinados, como se entiende por los nombres destas ciudades, que todavía son diferentes, y porque ningun obispo de la Gallia y de las ciudades á la tal ciudad comarcanas de España se halló en aquel Concilio. Solo se nombran los prelados que caian cerca del Andalucía, fuera de Valerio, obispo de Zaragoza, que firma en el sexto lugar, y en el seteno Melancio, obispo de Toledo. Es este Concilio uno de los mas antiguos, y en que se contienen cosas muy notables. Lo primero se hace mencion de vírgenes consagradas á Dios. Dispensan en los ayunos de los meses julio y agosto: costumbre recibida en Francia, pero no en España, en que por los grandes calores parecia mas necesaria. Vedan á las mujeres casadas escribir ó recibir cartas sin que sus maridos lo sepan. Mandan no se pinten imágenes en las paredes de los templos, y esto á causa que no quedasen feas cuando se descostre la pared. Hay tambien en este Concilio mencion de metropolitanos, que antes se llamaban obispos de la primera silla. Ultimamente, segun que algunos se persuaden, en este Concilio y por mandado de Constantino se señalaron los aldeaños á cada uno de los obispados, y por metropolitanos á los prelados de Toledo, Tarragona, Braga, Mérida y Sevilla. Pero desto no hay bastante certidumbre, y sin embargo, la division de las diócesis que dicen hizo el emperador Constantino, se pondrá en otro lugar mas á propósito por las mismas palabras del moro Rasis, historiador antiguo y grave. Lo mas cierto es que en tiempo del rey Wamba y por su mandado se hizo la distribucion de los arzobispados, y á cada uno señalaron sus obispos sufragáneos. Fuera de todo esto, es cosa averiguada que, como en las demás provincias, así bien en España se trocó grandemente la manera de gobierno. Fué así, que Constantino en la Tracia reedificó á Bizanceio, ciudad que los años pasados destruyó el emperador Septimio Severo, como queda en su lugar apuntado. Llamóla de su nombre Cons-

tantinopla, y para mas autorizarla, trasladó á ella la silla del imperio romano, yerro gravísimo, como con el tiempo se entendió claramente; que con la abundancia de los regalos y conforme á la calidad de aquel cielo y aires los emperadores adelante se afeminaron, y se enflaqueció el vigor belicoso de los romanos, y al fin se vinieron á perder. Para excusar los excesivos gastos que se hacian y aliviar las inmensas cargas de los vasallos, reformó quince legiones, que tenian repartidas por las riberas del Rin y del Danubio, para enfrenar las entradas de aquellas gentes bárbaras y fieras. Junto con esto, en lugar de un prefecto del Pretorio, hizo que de allí adelante hobiese cuatro con suprema autoridad y mando en guerra y en paz. A los dos encargó las provincias de levante; los otros dos gobernaban las del poniente de tal manera, que lo de Italia estaba á cargo del uno; el otro gobernaba la Gallia y la España, pero de tal forma, que él hacia su residencia en la Gallia, y en España tenia puesto un vicario suyo. Todos los que tenian pleitos podian de los presidentes y gobernadores de provincias hacer recurso y apelar á los prefectos. Demás destos, habia condes, que tenian autoridad sobre los soldados; maestro de escuela, á cuyo cargo estaba la provision de los mantenimientos, sin otros nombres de oficios y magistrados que se introdujeron de nuevo y no se reflexen en este lugar. Basta avisar que la forma del gobierno se trocó en grande manera. Concluidas pues estas y otras muchas cosas, falleció el gran emperador Constantino el año de nuestra salvacion de 337. Gobernó la república por espacio de treinta años, nueve meses y veinte y siete dias. Tuvo dos mujeres; la primera se llamó Minervina, madre que fué de Crispo, al cual y á Fausta, su segunda mujer, que fué hija del emperador Maximiano, dió la muerte; al hijo, porque le achacó su madrastra que intentó de forzalla; á ella, porque se descubrió que aquella acusacion y calumnia fué falsa. Estas dos muertes dieron ocasion á muchos para reprehender y calumniar la vida y costumbres de este gran monarca. Demás que entre los cristianos se tuvo por entendido que por haber al fin de su vida favorecido á Arrio y perseguido al gran Atanasio, se apartó de la fe católica, tanto, que no falta quien diga que en lo postrero de su edad se dejó bautizar en Nicomedia por Eusebio, obispo de aquella ciudad, gran favorecedor de los arrianos, y que dilató tanto tiempo el bautizarse por deseo que tenia, á ejemplo de Cristo, de hacerlo en el rio Jordan; todo lo cual es falso, y la verdad que la semejanza de los nombres Constancio y Constantino engañó á muchos para que atribuyesen al padre lo que sucedió al hijo el emperador Constancio; principalmente hizo errar á muchos el testimonio de Eusebio, cesariense, porque, con deseo de ennoblecer la secta de Arrio con estas fábulas, dió ocasion á los demás de engañarse. En fin, por esta causa la Iglesia latina nunca ha querido poner á Constantino en el número de los santos ni hacerle fiesta, como sus grandes virtudes y méritos lo pedian, y aun el ejemplo de la Iglesia griega convidaba á ello, que le tiene puesto en su calendario á 20 dias del mes de abril y su imagen en los altares.

Dejó Constantino de Fausta, su segunda mujer, tres hijos, es á saber, Constantino, Constancio y Constante; á todos tres en su vida nombró en diversos tiempos por césares, y á la muerte repartió entre los mismos el imperio en esta manera. A Constantino, que era el mayor, encargó lo de poniente pasadas las Alpes; lo de levante á Constancio, el hijo mediano; al mas pequeño, que era Constante, mandó las provincias de Italia, de Africa y de la Esclavonia. Así lo dejó dispuesto en su testamento y postrimera voluntad. Señaló otrosí por César en el oriente á Dalmacio, primo hermano de los emperadores, pero en breve en cierto alboroto de soldados le hizo matar Constancio dentro del primer año de su imperio. Parecia mas altivo de lo que era razon, y al fin perro muerto no muerde. Constantino, el mayor de los tres hermanos, el tercer año despues de la muerte de su padre, fué muerto cerca de Aquileya por engaño de sus enemigos, hasta do llegó en busca de Constante, su hermano, con intento de despojarle del imperio por pretender que todo era suyo y que en la particion de las provincias le hicieron agravio. Hay quien diga que Constantino siguió la parte de Arrio; pero hace en contrario que á su persuasion, principalmente Constancio, su hermano, alzó á Atanasio el destierro á que le tenia condenado y enviado á la Gallia su padre. Verdad es que poco adelante, por la muerte del emperador Constantino y por miedo de Constancio, de nuevo se ausentó de su iglesia. Pero el concilio Sardicense y el papa Julio I y el emperador Constante hicieron tanto, que Atanasio fué restituído á Alejandria, y Paulo á su iglesia de Constantinopla, de donde por la misma causa andaba desterrado. Muchos prelados de España se hallaron en aquel concilio Sardicense; y el principal de todos Osio, obispo de Córdoba, y con él Aniano, castulonense, Costo, cesaragustano, Domicio, pacense ó de Beja, Florentino, emeritense, Pretextato, baremonense. Grande ayuda era para los católicos el emperador Constante, y grande falta les hizo con su muerte, que le avino yendo á España en la ciudad de Elna, que está en el condado de Ruisellon. Dióle la muerte Magnencio, que estaba alzado con la Gallia y con la España. Determinó Constancio de vengar la muerte de su hermano; señaló antes del partir por César en el Oriente á Gallo, su primo. Marchaban los unos y los otros con intento de venir á las manos; juntáronse en Esclavonia, vinieron á batalla cerca de la ciudad de Murcio, que fué muy porfiada y dudosa, ca murieron de los enemigos veinte y cuatro mil hombres, y de los de Constancio treinta mil; y sin embargo, ganó la jornada, si bien las fuerzas del imperio con esta carnicería quedaron muy flacas. El tirano, perdida la batalla, se huyó á Leon de Francia. Allí él y Decencio, su hermano, que habia nombrado por César, por no tener esperanza de defenderse, se mataron con sus manos. Con esta victoria todas las provincias del imperio se redujeron á la obediencia de un monarca á la sazón que en Sirmio, ciudad de la Esclavonia, se celebró un Concilio contra Fotino, obispo de aquella ciudad, que negaba la divinidad de Cristo, hijo de Dios. En este Concilio se escribieron dos confesiones de la fe; en ambas, con intento de sosegar las diferen-

cias, mandaron que no se usase la palabra homousion ó consubstancial. La tercera, que anda vulgarmente, compuso un Marco, obispo de Aretusa, hombre arriano. Hallóse en este Concilio, como en los pasados, Osio, obispo de Córdoba. Dicese que aprobó aquellas fórmulas de fe, y por esta causa puso mácula en su fama y en sus venerables canas. Parece le dobló el miedo de los tormentos con que le amenazaban los arrianos, y que estimó en mas de lo que fuera justo los pocos años de vida que por ser muy viejo le quedaban. Demás desto por mandado de Constancio, que iba de camino para Roma, se juntó un Concilio en Milan; en él pretendian que Atanasio, que andaba desterrado de nuevo despues de la muerte de Constante, fuese por los obispos condenado. Sintieron esto Paulino, obispo de Tréveris, Dionisio, obispo de Milan, Eusebio, obispo de Verceilis, Lucífero, obispo de Caller, en Cerdeña. Concertáronse entre sí, y como eran tan católicos, desbarataron aquel conciliábulo; mas fueron ellos entonces desterrados de sus iglesias, y poco despues en Roma el mismo Constancio echó de aquella ciudad al santo papa Liberio, y puso en su lugar otro, por nombre Félix. Demás desto, á instancia del mismo Emperador se juntaron en Arimino, ciudad de la Romaña, sobre cuatrocientos prelados. Fué este Concilio muy infame, porque en él, engañados los obispos católicos por dos obispos arrianos, Valente y Ursacio, hombres astutos, de malas mañas, y que tenían gran cabida con Constancio, decretaron, á ejemplo del concilio Sirmiense, que en adelante nadie usase de aquella palabra homousion, ni dijese que el Hijo es consubstancial al Padre. El color que se tomó fué que con esto se acabarian y sosegarian las diferencias que ocasionaba aquella palabra, sin que por esto se apartasen del sentido y doctrina de la verdad. Descubrióse luego la trama, porque los arrianos no quisieron venir en que aquella su secta fuese anatematizada. Sintieron los católicos el engaño; y todo el mundo gimió de verse de repente hecho arriano, que son las mismas palabras de san Jerónimo. Juntáronse poco despues ciento y sesenta y seis obispos en Seleucia, ciudad de Isauria, y quitada solamente la palabra homousion, decretaron que todo lo demás del concilio Niceno se guardase y estuviese en pié. Todos eran medios para contentar á los herejes, traza que nunca sale bien. Volvamos á nuestro Osio, del cual escriben que, vuelto á España despues de tantos trabajos, supo que Potamio, obispo de Lisboa, era arriano; dió en perseguirle. Mandóle el Emperador por esta causa ir á Italia á dar razon de sí al mismo tiempo que los engaños del concilio Ariminense se tramaban, á los cuales dicen dió consentimiento, ó de miedo, ó por estar caduco. Tornó á España, donde, porque Gregorio, obispo de Iliberris, le descomulgó, le denunció y hizo parecer en Córdoba delante Clementino, vicario. Tratábase el pleito, y Osio apretaba á su contrario, cuando en presencia del juez de repente se le torció la boca y sin sentido cayó en tierra. Tomáronle los suyos en brazos, y llevado á su casa, en breve rindió el alma sin arrepentimiento de su pecado; miserable ejemplo de la flaqueza humana, de los truecos y mudanzas del mundo. Bien sé que algunos modernos tienen este cuento por falso y tachan el testimonio de Marcellino, presbítero, de quien san Isidoro en los *Varones ilustres* tomó lo que queda dicho;

pero á mí mucha fuerza me hace lo que dice san Hilario de Osio, que amó demasadamente su sepulcro, esto es, su vida, para entender que al fin della se mostró fioco; y sin embargo, cada uno podrá sentir lo que le pareciere en esta parte y excusar si quisiere á este gran varon. Grandes eran los trabajos en esta sazón, grande la turbacion de la Iglesia. Las cosas del imperio no estaban en mucho mejor estado; en particular los alemanes labian rompido por Francia, y con las armas traian muy alterada aquella provincia. Era el Emperador, demás de otras faltas que tenia, naturalmente sospechoso, daba orejas y entrada á malsines, grande peste de las casas reales; por esta causa los años pasados en el oriente diera la muerte á su primo Gallo; y sin embargo, para acudir á la guerra de los persas y para sosegar lo de la Gallia sacó á Juliano, hermano de Gallo, de un monasterio en que estaba, nombróle por César, y para mas asegurarse dél, casóle con su hermana Elena. Despachóle para la Gallia, y él se aperció para hacer la guerra á los persas. En este tiempo Atanasio, por miedo que no le matasen, se ausentó de nuevo, y estuvo escondido hasta la muerte del emperador Constancio, que sucedió en esta manera. Fué la guerra de los persas desgraciada, y tuvo algunos reveses, con que el Emperador quedó disgustado. A la misma sazón los soldados de la Gallia, muy pagados del ingenio de Juliano, le saludaron dentro de Paris por emperador. Sintió esto mucho Constancio; determinó ir contra él; pero atajóle la muerte, que le sobrevino en Antioquia, donde se hizo bautizar á la manera de los arrianos por haber hasta entonces dilatado el bautismo, ó por ventura se rebautizó, cosa que tambien acostumbraban los arrianos. Hecho esto, falleció á 3 de noviembre, año del Señor de 361. Tuvo el imperio veinte y cinco años, cinco meses y cinco dias. En España por este tiempo ciertos pajes al anochecer metieron lumbre, diciendo: «Venzamos, venzamos», de donde se puede sospechar ha quedado en España la costumbre de saludarse cuando de noche traen luz. Hallóse allí un romano; entendió que aquellas palabras de los pajes querian decir otra cosa; puso mano á la espada, y degolló al huésped y á toda su familia, que fué caso notable, referido por Amiano Marcellino, sin señalar otras circunstancias. Fueron deste tiempo Clemente Prudencio, natural de Calahorra, de la milicia y del oficio de abogado, en que se ejercitó mas mozo, con la edad poeta muy señalado, y famoso por los sagrados versos en que cantó con mucha elegancia los loores de los santos mártires. Hay quien diga, es á saber Máximo, que el padre de Prudencio fué de Zaragoza, y su madre de Calahorra, que pudo ser la causa por que en sus himnos á la una ciudad y á la otra la llama *nostra*, si bien él era natural de Zaragoza, como este mismo autor y otros mas modernos así lo sienten, y debe ser lo mas cierto. Juvenco, presbítero español y mas viejo que Prudencio, escribía en versos heróicos la vida y obras de Cristo. Paciano, obispo de Barcelona, ejercitaba el estilo contra los novacianos, cuyo hijo fué Dextro, aquel á quien san Jerónimo dedicó el libro de los escritores eclesiásticos. Un cronicon anda en nombre de Dextro, no se sabe si verdadero, si impuesto; buenas cosas tiene, otras desdicen.

CAPITULO XVIII.

De los emperadores Juliano y Joviano.

No dejó el emperador Constancio hijo alguno; por esto al que perseguía en vida nombró en su testamento por su sucesor, que fué á Juliano, su primo, varon de aventajadas partes y erudicion, y que se pudiera comparar con los mejores emperadores si hasta el fin de la vida se mantuviera en la verdadera religion y no se dejara pervertir de Libanio, su maestro; de que vino á tanto daño, que desamparó la religion cristiana, y comunmente le llamaron apóstata. Luego que se encargó del imperio, para granjear las voluntades de todos, les dió libertad de vivir como quisiesen y seguir la religion que á cada cual mas agradase. Alzó el destierro á los católicos, excepto á Atanasio, al cual, porque despues de la muerte de Constancio volvió á su iglesia, mandó prender, y para escapar le forzó á esconderse de nuevo. A los judíos dió licencia para reedificar el templo de Jerusalem; comenzóse la obra con grande fervor, pero al abrir de las zanjas salió tal fuego, que les forzó á desistir y alzar mano de aquella empresa. A los gentiles permitió acudir á los templos de los dioses, que estaban cerrados desde el tiempo del gran Constantino, y hacer en ellos sus sacrificios y ceremonias. Aborrecia de corazón á los cristianos; pero acordó de hacellas la guerra mas con maña que con fuerza, ca mandó no fuesen admitidos á las honras y magistrados; que sus hijos no pudiesen aprender ni fuesen enseñados en las escuelas de los griegos, que fué ocasion para despertar los ingenios de muchos cristianos á escribir obras muy elegantes en prosa y en verso, en especial á los dos Apollinarios, padre é hijo, personas muy eruditas. Conforme á estos principios fué el fin deste Emperador. Emprendió la guerra contra los persas; sucedióle bien al principio, mas pasó tan adelante, que todo su ejército estuvo á punto de perderse, y él mismo fué muerto, quién dice con una saeta arrojada á caso por los suyos ó por los contrarios, quién que el mártir Mercurio le hirió con una lanza que decían á la sazón se halló en su sepulcro bañada en sangre. Lo cierto es que murió por voluntad de Dios, que quiso desta manera vengar, librar y alegrar á los cristianos. Vivió treinta y dos años; imperó un año, siete meses y veinte y siete dias. Con la muerte de Juliano, todo el ejército acudió con el imperio á Flavio Joviano, hombre de aventajadas partes en todo. No quiso aceptar al principio; decia que era cristiano, y por tanto no le era lícito ser emperador de los que no lo eran; pero como quier que todos á una voz confesasen ser cristianos, condescendió con ellos. Recibió el imperio, hizo asiento con los persas, si no aventajado, á lo menos necesario para librar á sí y á su ejército, que se hallaba en grande apretura por la locura de Juliano. Restituyó á los cristianos las honras y dignidades que solian tener, á las iglesias sus rentas; alzó el destierro á Atanasio y á los demás católicos que andaban fuera de sus casas. Con esto una nueva luz resplandecia en el mundo, sosegadas las tempestades, y todo se encaminaba á mucho bien; felicidad de que no merecieron los hombres por sus pecados gozar mucho tiempo, porque yendo á Roma, en los confines de Galacia y de Bitinia murió ahogado. La ocasion fué

un brasero que le dejaron encendido donde dormía, y el aposento, que estaba blanqueado de nuevo, que fue- ron dos daños. Tenia edad de cuarenta años; imperó siete meses y veinte y dos dias. Hizo una ley en que puso pena de muerte al que intentase agraviar á alguna virgen consagrada á Dios, aunque fuese con color de matrimonio y de casarse con ella.

CAPITULO XIX.

De los emperadores Valentiniano y Valente.

En lugar de Joviano sucedió Flavio Valentiniano, húngaro de nacion; su padre se llamó Graciano. Ejercitose en oficio de cabestrero, pero por sus fuerzas y prudencia pasó por todos los grados de la milicia á ser prefecto del pretorio. Eligiéronle los soldados por emperador. Fué muy aficionado á la religion cristiana, como lo mostró en tiempo del emperador Juliano, cuando por no consentir en dejar la ley de Cristo y haber dado en su presencia una bofetada á un sacristan gentil porque le roció con el agua lustral de los ídolos, dejó el círculo, que era tanto como renunciar el oficio y honra de soldado. Nombró luego que le eligieron por su compañero en el oriente á Valente, su hermano, y él se partió para Italia, donde con celo de la religion sosegó la ciudad de Roma que estaba alborotada sobre la eleccion del pontífice. Fué así que, muerto el papa Liberio, los votos de los electores no se concertaron; algunos arbatadamente y con pasión nombraron en lugar del difunto á Ursino; pero la mayor parte y mas sana eligió á Dámaso, español de nacion. Quién dice fué natural de Egitá, que hoy se llama Guimaranes en Portugal, puesta entre Duero y Miño, quién de Tarragona, quién de Madrid. Lo cierto es que fué español y persona de grandes partes. Con esta division se encendió tan grande alboroto, que, como lo cuenta Amiano Marcellino, historiador gentil y de aquel tiempo, en solo un dia dentro de la iglesia de Sicinino fueron muertos ciento y treinta y siete hombres; y aun el mismo autor reprehende á los pontífices romanos de que andaban en coches, y sus convites sobrepujaban los de los reyes. Sosegóse pues esta tempestad con que el Emperador envió á Ursino á Nápoles para ser allá obispo. Pero no desistió de su mal intento la parcialidad contraria, antes acusaron á Dámaso de adulterio y le forzaron á juntar concilio de obispos para descargarse y defender su inocencia. Dió otrosí por ninguno el concilio Ariminense como juntado sin voluntad y aprobacion del pontífice romano. Depuso á Auxencio, obispo de Milan, por ser arriano. Ordenó que en los templos se cantasen los salmos de David á coros, y por remate el verso *Gloria Patri*. Demás desto, que al principio de la misa se dijese la confesion. Edificó en Roma dos templos, el uno de San Lorenzo, el otro el de los apóstoles San Pedro y San Pablo á las catacumbas en la via Ardeatina, en que hizo sepultar á su madre y hermana. Tuvo mucha amistad con san Jerónimo, á quien semejaba mucho en los estudios y erudicion. Escribió una obra copiosa y elegante de las vidas de los pontífices romanos hasta su tiempo. Las vidas que hoy andan de los pontífices en nombre de Dámaso son una recopilacion de aquella obra, por lo demás indignas de varon tan erudito y grave. Las provincias no estaban sosegadas, ca en el oriente un deudo de Juliano, llamado Procopio

tomó nombre de emperador, y con esto alteró las voluntades de muchos. Acudió Valente contra él, vencióle en batalla en lo de Frigia, y como al caído todos le faltan, su misma gente le entregó al vencedor. Al mismo tiempo Valentiniano hacía prósperamente la guerra á los alemanes y á los sajones, que es la primera vez que dellos se halla mención en la historia romana. Demás desto, adelante revolvió contra los godos y los echó de la Tracia, á los persas de la Suria; enfrenó á los escoceses, que hacían entradas por la isla de Bretaña, y á los sármatas, que corrían las Panonias. Hizo todas estas guerras, parte por sí mismo, parte por sus capitanes. Fué notable emperador, si no ensuciara su fama con casarse en vida de Severa, su primera mujer, con una doncella suya llamada Justina; y lo que fué peor, que hizo una ley que permitía á todos casar con dos mujeres y tenellas. Demás desto, dió libertad, segun lo refiere Marcellino, para que cada cual siguiese la religion que quisiere. Falleció en Brogecion, pueblo de Alemania, do estaba ocupado en hacer guerra á los cuados. Tuvo el imperio once años, ocho meses y veinte y dos dias. Cayó su muerte á 17 de noviembre año de 375. Dejó dos hijos: á Graciano, de Severa, y á Valentiniano, de Justina. En esta sazón Valente en el Oriente trabajaba á los católicos de todas maneras. Dominica, su mujer, y Eudoxo, obispo de Constantinopla, que le bautizó á la manera de los arrianos, le sacaban de seso en tanto grado, que en la ciudad de Edesa estuvo determinado de hacer entrar los soldados en el templo de los católicos, para desbaratar las juntas que allí hacían á celebrar los officios divinos; pero apartóle deste propósito Modesto, gobernador de aquella ciudad, ca le avisó que á la fama de lo que se decia mas gente que de lo ordinario estaba junta en el templo con tanta resolucion de padecer la muerte en la demanda, que hasta una mujer, aun no bien vestida por la priesa, llevaba de la mano á un niño hijo suyo para que ni ella ni él faltasen en aquella ocasion de dar la vida y la sangre por la religion católica. Desistió con esto Valente de aquel su intentó, desterró muchos sacerdotes, y entre los demás á Eusebio, obispo de Cesárea, la de Capadocia, tan conocido por su valor y constancia como el de Cesárea de Palestina por su erudicion y escritos. Al de Capadocia sucedió en aquel obispado el gran Basilio, que tuvo harto que hacer con Valente. Todo esto sucedió los años pasados. Jamblico, maestro que fué de Proclo, tenia cabida con el emperador Valente. Este le enseñó cierta manera para escudriñar y saber el nombre del que le habia de suceder en el imperio, cosa que el Emperador mucho deseaba. La traza era que escribian en el suelo todas las letras del alfabeto y abecé, y en cada letra ponian un grano de trigo; soltaban un gallo, y mientras que el adivino barbotaba no sé que palabras, las letras primeras de que el gallo tomaba los granos entendían que significaban lo que pretendían saber. Llamábase esta adivinacion por el gallo. Usaban otrosí en lugar del gallo que uno, tapados los ojos, con un puntero tocase las letras para el mismo efecto, que era todo vanidad y locura. Salieron pues con aquella traza estas letras *Theod.* de que tomó ocasion el emperador Valente de perseguir y matar á todos aquellos cuyos nombres comenzaban por aquellas letras, como á los *Theodatos*, *Theodoros* y *Theodulos*. Entre los demás fué muerto

Honorio Teodosio, español y natural de Itálica, del linaje del emperador Trajano. Habia sosegado este caballero ciertos movimientos de Africa, y por esto mereció ser maestro de la caballeria; recibió el santo bautismo al fin de su vida. No bastan las fuerzas humanas para contrastar á la voluntad de Dios; fué así, que este notable varon de su mujer Termancia dejó dos hijos, al gran Teodosio y Honorio. A la misma sazón rompieron por las provincias del imperio grandes gentes de godos, y por caudillos suyos Frigiderno y Atanarico. Nació discordia entre los dos, como suele acontecer entre los que tienen igual mando; con esto Valente se pudo aprovechar de la una parte y romperlos en una batalla que les dió. A los demás que seguian á Atanarico, tomado asiento con ellos, dió la Mesia en que poblasen, con condicion que se bautizasen. Hicieronlo; mas conforme á la manera de los arrianos por el mismo tiempo que Ulfila, obispo de aquellas gentes, inventó la letra gótica, diferente de la latina, y tradujo en lengua de los godos los libros de la divina Escritura. No bastó esta confederacion ni la victoria ya dicha para que no se alterasen de nuevo, como gente brava y acostumbrada á las armas; metieronse por la Tracia adelante, acudió contra ellos Valente, vinieron á batalla cerca de la ciudad de Adrianópolis; en ella los romanos fueron vencidos, y el Emperador muerto dentro de una choza donde se retiró. No se quiso rendir, pusieronle fuego con que le quemaron vivo, que fué manera y género de muerte mas grave que la misma muerte. Sucedió esto cuatro años despues que falleció su hermano el emperador Valentiniano. No dejó Valente hijo alguno que le sucediese. Tenia bien merecido este desastre por lo mucho que persiguió á los católicos y porque con loco atrevimiento no quiso esperar á su sobrino Graciano que venia en su socorro. El caudillo destes godos era Frigiderno, que, despues de vencido, se reliciera de gentes con deseo de vengar á sí y á los suyos de las injurias y daños pasados.

CAPITULO XX.

De los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.

Antes que el emperador Valentiniano falleciese tenia señalado por César á su hijo Graciano, y en su muerte le dejó por su heredero y sucesor, lo cual se efectuó sin contradiccion alguna. Soloamente el ejército quiso que Flavio Valentiniano, su hermano, fuese su compañero en el imperio, y así se hizo, sin embargo que era de muy poca edad. Con la victoria contra Valente quedaron los godos tan insolentes y altivos, que todo el Oriente estaba en condicion de perderse. Para enfrenarlos era necesario buscar algun caudillo, persona señalada en valor y prudencia. Tal era Teodosio, que despues de la muerte de su padre, retirado residia en Itálica, su patria, en lo postrero de España. De allí, luego que fué llamado y se encargó de aquella empresa, reprimió la avilanteza de los godos y abajó su orgullo, que habia pasado tan adelante, que pusieron cerco á la misma ciudad de Constantinopla, cabeza entonces del mundo; en fin, los acosó de manera, que á instancia de los mismos tomó con ellos asiento y les dió tierras en que morasen. Para seguridad de lo concertado le entregaron á Atanarico, hijo y adelante sucesor de Frigiderno, para

que estuviese en rehenes. Grande fué la honra que con esto ganó Teodosio, grande el contento del emperador Graciano; parecía que en premio de aquel trabajo y para mas asegurar las cosas de levante debía nombrar á Teodosio, como lo hizo, por tercer emperador, persona además de su valor y prendas en que no tuvo par, muy religiosa, como se ve por la ley que estableció siendo Graciano la quinta vez y Teodosio la primera cónsules; por la cual mandó que todos siguiesen la fe de Dámaso, pontífice romano, y de Pedro, obispo de Alejandría. Tres años adelante, que fué el año de Cristo de 383, en que fueron cónsules Merobauda la segunda vez y Saturnino la primera, nombró Teodosio, á 16 de enero, por su compañero en el imperio á Arcadio, su hijo mayor. Avino que Anfiloquio, obispo de Iconia en Licaonia, entró á visitar al emperador Teodosio. Tenia á su lado asentado á su hijo y compañero en el imperio; el Obispo de propósito hizo la mesura y reverencia debida á Teodosio, y no hizo caso de Arcadio. Preguntado la causa de aquel desacato ó descuido, respondió: «No te maravilles, oh Emperador, pues tú haces lo mismo con Dios, que permites á los arrianos menospreciar á su Hijo.» Celebróse otrosí á la misma sazón un concilio en Constantinopla, que entre los generales es el segundo; en él Teodosio por las facciones del rostro conoció á Melecio, obispo de Antioquia, sin haberle jamás visto, solo porque en sueños le vió como que le ponía la corona en la cabeza. Estaba la ciudad de Constantinopla alterada y sin obispo, á causa que Gregorio Nacianceno por la mala voluntad que algunos le tenían dejara de su voluntad aquella iglesia. Dió el Emperador orden que Nectario, que era senador y aun no bautizado, fuese elegido en obispo de aquella ciudad. Demás desto, condenaron en aquel Concilio todas las herejías, y en particular la de Macedonio, que fué obispo de Constantinopla, y sentia mal del Espíritu Santo diciendo que era criatura. El pontífice Dámaso aprobó todas las acciones y decretos deste Concilio, en especial el símbolo de la fe, en que expresamente, segun que lo halló testificado en el concilio Forojuliense, declararon que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Este símbolo mandó Dámaso que en la misa se cantase en lugar del Niceno, que falleció el año siguiente despues que se celebró el dicho Concilio. Pusieron en su lugar á Siricio; Próspero le llama Ursino, ca debió entender que el que pretendió el pontificado en competencia de Dámaso los años pasados, le sucedió despues de muerto. Estaban levantadas la Gallia y la España á causa que Clemente Máximo, español de nacion, despues de haberse llamado emperador en Bretaña, se apoderó de aquellas provincias. Partió contra él el emperador Graciano, vinieron á las manos cerca de Paris, quedó la victoria por el tirano, y Graciano cerca de Leon, donde se retiró despues de la rota, fué muerto por engaño de Andragacio. Imperó siete años, nueve meses y nueve dias despues de la muerte de su padre. No dejó hijo alguno, y fué el primero de los emperadores romanos que no quiso aceptar la estola pontifical, que, como á pontífice de la supersticion romana, le ofrecian conforme á lo que entonces se usaba. Leta, mujer de Graciano, y Pisamena, su suegra, vivieron en Roma hasta que aquella ciudad fué destruida en estado de reinas, que sustentaban con las rentas que el emperador Teodosio, como hombre

agradecido, les señaló del público. Por el mismo tiempo España se alteraba en lo que tocaba á la religion, á causa que Prisciliano avivaba las centellas que quedaron de los gnósticos, desde el tiempo que Marco, discípulo de Basilides, como se tocó en su lugar, sembró en ella aquella mala semilla. Era Prisciliano hombre poderoso y noble, gallego de nacion; tenia muy buenas partes, velaba, sufría hambre y sed, pero tenia otros vicios con que todo lo afeaba; era soberbio y inquieto, y las letras humanas que tenia le hacian atrevido. Con estas y con otras mañas atrajo á su partido á dos obispos, cuyos nombres eran Instancio y Salviano. Hizoles rostro Idacio, obispo de Mérida, á persuasion de Agidino, obispo asimismo de Córdoba. Con la aspereza destes y de otros semejantes se encanecó la llaga, que si se tratara con mas blandura, por ventura se pudiera sanar. Procedióse al último remedio, que fué citar á los herejes para que en una junta de obispos, que se tuvo en Zaragoza, fuesen oídos y diesen razon de sí. No comparecieron el dia señalado; por esta rebeldía los obispos Instancio y Salviano, y mas Elpidio y Prisciliano, que eran seglares, fueron descomulgados y con ellos Agidino, obispo de Córdoba, que de enemigo de repente se pasara á su parte. Dieron cuidado de notificar esta sentencia á Itacio, obispo sosubense, como se lee en Severo Sulpicio, pero ha de decir osonohense, que es de Estombar en Portugal. San Isidoro solo dice que era obispo de las Españas, y Sigiberto que de Lamego. Lo que hace al caso, que era hombre colérico y hablador, reprehendia á los que ayunaban y se daban á la leccion de la sagrada Escritura. Este Itacio y el sobredicho Idacio alcanzaron del emperador Graciano, que á la sazón era vivo, un edicto y provision en que mandaba que aquellos herejes fuesen echados de los templos y de las ciudades. Instancio y Salviano, y con ellos Prisciliano, que ya con el favor de sus parciales era obispo de Avila, acudieron á Roma á dar razon de sí, pero, llegados allá, no pudieron alcanzar audiencia del pontífice Dámaso. Dieron vuelta á Milan, do hallaron el emperador Graciano. No los quiso tampoco oír Ambrosio, que todos se ofendian y espantaban con la novedad de aquella doctrina. Con todo esto no desmayaron, antes sobornaron con dineros á Macedonio, maestro de los officios, y con su favor alcanzaron de Graciano revocacion de la primera provision y que las iglesias fuesen vueltas á Prisciliano y á Instancio, que Salviano era muerto en Roma. Con esto volvieron á España tan arrogantes, que pusieron demanda á Itacio y le acusaron de sedicioso. Mandóte prender el vicario Volvencio, pero él hizo recurso á Francia; dende como Gregorio, prefecto del Pretorio, no le hiciese buena acogida, pasó á Tréveris para valerse de Clemente Máximo, que se nombraba emperador; con que hizo tanto, que el negocio de nuevo se cometió á un concilio de obispos, que por su mandado se juntaron en Burdeos. Parecieron Prisciliano y Instancio; por sentencia de los obispos fué Instancio depuesto, Prisciliano apeló á Máximo, fuéle otorgada la apelacion; por donde la causa de los herejes se devolvió á juicio de seglares, que fué cosa muy nueva. Tratóse el pleito en Tréveris, y á instancia de Itacio Prisciliano fué convencido de hechicero y que con color de religion de noche hacia juntas torpes de hombres y mujeres, por donde fué condenado y

muerto, y juntamente con él Felicísimo y Armenio, y tambien Latroniano, el cual se cuenta entre los poetas de aquel tiempo. Instancio, que consintió la sentencia de los obispos, fué desterrado á una isla mas arriba de Ingalaterra. Reclamaba á todo esto san Martin, obispo turonense, que acadió en persona á estos daños; decia que los herejes no debian ser muertos principalmente á instancia de los obispos, benignidad que debia ser á propósito de aquel tiempo, pero que la experiencia y mayor conocimiento de las cosas ha declarado seria perjudicial para el nuestro. Muerto Prisciliano, no se sosegó aquel mal; trajeron los cuerpos de los justiciados á España, y aun sus discípulos los honraban como si fueran mártires; tenian por el juramento mas grave el que hacian por el nombre de Prisciliano. Por el contrario, Itacio y Idacio (Isidoro dice Ursacio en lugar de Idacio) fueron acusados por lo que habian hecho, y condenados en destierro. Los herejes, demás de la torpeza de su vida, confundian las personas divinas, apartaban los matrimonios, tenian por ilícito el comer carne, decian que las almas procedian de la divina esencia, y por siete cielos y ciertos ángeles bajaban como por gradas á la pelea desta vida, y daban en poder del príncipe de las tinieblas, fabricante del mundo. Sujetaban los hombres al hado y á las estrellas, y enseñaban que sobre los miembros del cuerpo tienen dominio los doce signos del Zodiaco, Aries sobre la cabeza, Taurus sobre la cerviz, Géminis sobre el pecho, y así de los demás. Gobernaba la Iglesia despues de Dámaso el papa Siricio; escribió una epístola á Himerio, obispo de Tarragona, en razon y respuesta de muchas cosas que le habian preguntado acerca del bautismo, del matrimonio, de las vírgenes y varones consagrados á Dios, de las sagradas órdenes. Manda la comunice con los obispos de la provincia Cartaginense, de la Bética y de Galicia. Tiene por data los cónsules Arcadio y Bauton, que fué el año de 385. Debíó esta carta de ser estimada en mucho, pues en el concilio Toledano primero sin nombrarla usan de sus mismas palabras; y Isidoro expresamente hace della mencion en los *Varones ilustres* en Siricio. El año quinto despues de la eleccion del papa Siricio, Teodosio y Máximo cerca de Aquileya vinieron á las manos. Perdió el tirano la jornada, y poco despues fué preso y muerto. Con esto Valentiniano el Menor, que de miedo habia huido á levante, volvió á restituirse en el imperio de occidente. El principio desta guerra fué muy bueno, y así los ayudó Dios, porque siendo cónsules Teodosio la segunda vez y Cinesio la primera, á 14 de junio, en Stobis, ciudad de Macedonia, establecieron por ley que los herejes no pudiesen hacer juntas ni celebrar los misterios y la comunion fuera de la iglesia, y á 27 de agosto el mismo año puntualmente, que fué el de 388, se ganó aquella tan señalada y tan importante victoria. En todo esto el emperador Teodosio se mostró muy religioso; pero usó de grande crueldad con la ciudad de Tesalónica, donde porque en cierto alboroto los del pueblo mataron á Buterico, caudillo de gentes de guerra, y otros criados del Emperador, en castigo hizo matar seis mil hombres de aquella gente. Supo esto Ambrosio, obispo de Milan, do á la sazón se hallaba Teodosio; cerróle las puertas de la iglesia, descomulgóle, y reprehendióle severamente de lo hecho; mostróle el camino de aplacar á

Dios, que era la penitencia; sufriólo todo Teodosio, no con menor ánimo que con el que Ambrosio lo hizo. Volvióse á su casa, y á cabo de algunos meses, á persuasion de su privado Rufino, determinó de tornar á probar si le recibirían en la iglesia, por ser á la sazón la fiesta de Navidad. Acudió Ambrosio á las puertas, recibióle con palabras no menos ásperas que antes; sin embargo, vista su humildad, sus lágrimas y paciencia, en fin le dejó entrar con sacarle por condicion que ordenase una ley en que estableciese que ninguna sentencia de muerte se ejecutase antes de pasados treinta dias despues que fuese pronunciada. Ordenóle asimismo que cuando se sintiese sañudo, no hablase palabra alguna antes de pronunciar por su orden todas las letras del alfabeto ó abecé griego, todo á propósito que la ira con la tardanza perdiese sus aceros, y prevaleciese la razon. Fueron de grande momento estos avisos, por lo que poco adelante sucedió en Antioquia. Impusieron los del Emperador ciertos tributos en aquella ciudad extraordinarios y graves. Alteróse el pueblo grandemente; emplearon su rabia contra una estatua de la emperatriz Placilla, que arrastraron por las calles. Sintió este desacato Teodosio, como era razon, así por ser muerta aquella señora su mujer como por haber sido tan buena y tan santa, que en los hospitales daba por sus manos á comer á los enfermos, y solia traer á la memoria á su marido lo que habia sido y lo que era para que no se ensoberbeciese ni se descuidase. Por todas estas causas castigara aquella insolencia gravísimamente, si no ayudara para amansar el pecho del Emperador la prevencion de Ambrosio, junto con los embajadores que vinieron de parte de aquella ciudad, y al tiempo que el Emperador comia hicieron que ciertos niños cantasen una cancion á propósito en tono lloroso, con que le saltaron las lágrimas y se movió á compasion. Despues desto, el emperador Teodosio dió de Italia vuelta á levante; con su ausencia Arbogastes tuvo comodidad de hacer ahogar en Viena, la de Francia, al mozo emperador Valentiniano. No paró en esto el daño; antes Eugenio, de maestro de gramática que habia sido, con aynda del dicho Arbogastes se llamó emperador el año 392, burla grande y escarnio, pero que puso en balanzas el imperio y majestad, y aun en tanto cuidado á Teodosio, que hizo recurso á los varones santos del yermo para que le encomendasen á Dios. Juan, que era uno dellos, le prometió por sus cartas la victoria, y juntamente le avisó que no volveria de Italia. Partióse pues con sus gentes en busca del enemigo, que no se descuidaba. A las baldas de los Alpes se juntaron los ejércitos contrarios; dióse la batalla, que fué muy herida y señalada; levantóse de repente un torbellino de vientos y lluvia, truenos y relámpagos, que daban á los enemigos de cura, de guisa que no podian pelear, como lo cantó Claudiano, poeta de aquel tiempo muy famoso, si pagano, si fiel no se sabe, lo mas cierto es que no fué cristiano. Mucho tambien ayudaron veinte mil godos, que despues de la muerte de Atanarico, su caudillo, que falleció en Constantinopla, por no tener cabeza ganaban sueldo del imperio. Quedó con esto el campo por Teodosio con grande estrago de los contrarios. A Eugenio despues de la batalla mataron los suyos, que al truidor todos le faltan. Arbogastes tomó la muerte por sus manos. Dióse esta batalla á 17 de se-

tiembre el año de 394. En este mismo año Teodosio nombró á su segundo hijo Honorio por su compañero en el imperio. Tras esto en breve se siguió la muerte del mismo emperador Teodosio, que falleció de hidropesía en Milan á los 17 de enero del año luego siguiente. Vivió cincuenta años, imperó los diez y seis y dos dias; fué casado dos veces; de Placidia, su primera mujer, dejó á los emperadores Arcadio y Honorio, de Galla, hija de Valentiniano y de Justina, tuvo una hija por nombre Galla Placidia. Los santos Ambrosio y Augustino en particulares sermones que hicieron, declararon al mundo las virtudes y loores deste excelente príncipe. El nombre de Teodosio, que quiere decir dado de Dios, cuando no le tuviera de su padre, que se le puso por divina revelacion, como lo dice Aurelio Victor, por sus grandes hazañas y virtudes le merecia. Del celo que tuvo de la religion fué bastante muestra que los templos de los dioses que hizo cerrar el Gran Constantino, él los mandó echar por tierra, en que se hallaron grandes engaños, en particular estatuas por detrás huecas para responder á los que preguntaban y consultaban á los ídolos; que tales eran los oráculos de los gentiles. Lo que causó mas maravilla fué que en Alejandria en el templo de Serapis se halló en muchos lugares la señal de la cruz, puesta como letra hieroglífica en significacion de inmortalidad. Entre los varones señalados que tuvo España por estos tiempos se puede contar Poncio Paulino, aunque natural de Burdeos, pero que con su mujer Tarasia vivió mucho tiempo en Barcelona, donde sin título de algun beneficio, cosa poco usada en aquella edad, se ordenó de presbítero. Desde allí pasó á Italia, y murió obispo de Nola. Abundio Avito, natural de Tarragona, tradujo en lengua latina un librito de Luciano sobre la invencion del cuerpo del protomártir Estefano. Licinio, bético, tuvo mucha amistad con san Jerónimo, y con los pobres de Jerusalem repartió liberalmente parte de su hacienda. Demás destes, Desiderio y Ripario, presbíteros españoles, ejercitaron la pluma contra Vigilancio, natural de Pamplona y presbítero de Barcelona, que ponía lengua en la costumbre que tiene la Iglesia de reverenciar á los santos que reinan con Cristo en el cielo, segun que lo testifica en el libro que escribió contra él san Jerónimo, insigue varon destes tiempos, claro por sus grandes letras y santidad de su vida muy señalada.

CAPITULO XXI.

De los emperadores Arcadio y Honorio.

Los hijos del gran Teodosio, despues de la muerte de su padre, se encargaron del imperio el año 395; Arcadio de lo de oriente, y Honorio de las provincias de occidente. Fueron mas religiosos y reformados en sus costumbres que dichosos; pues en su tiempo la majestad del imperio romano, que de pequeños principios era llegada á la cumbre, y su misma grandeza con su peso la trabajaba, comenzó á despeñarse, sin volver mas en sí, que fué clara muestra de la flaqueza humana. Y es cosa averiguada que ninguna cosa hay debajo del cielo que el tiempo con sus mudanzas no lo consuma y deshaga; y es forzoso que los edificios muy altos se vayan al suelo, y las caidas debajo de alguna gran carga son mas pesadas y peligrosas, segun que lo testifica un

poeta. Ningun imperio puede permanecer largo tiempo; si le falta enemigo de fuera, dentro de su casa le nace, no de otra manera que los hombres gruesos y de muchas carnes y saín, aunque no sean alteradas de cosa alguna, su misma gordura y peso los atierra y mata. Pasó desta vida el papa Siricio el año del Señor de 398; gobernó la Iglesia al pié de catorce años. Sucedióle Anastasio, en cuyo tiempo en España se tuvo el primer concilio Toledano. Comenzóse á 1.º de setiembre del año de Christo de 400; concurrieron diez y nueve obispos de diversas ciudades de España. Presidió Patruino, obispo, segun algunos piensan, de Toledo, movidos del catálogo antiguo de aquella iglesia, en que este nombre se pone entre los primeros obispos de Toledo. Quién dice que fué obispo de Braga por hacerse mencion en las acciones del concilio de Paterno Bracarense, y tienen por mas probable que Asturio, el cual firmó en el sexto lugar, era á la sazón obispo de Toledo, y que es aquel de quien testifica san Ildefonso en sus *Claros Varones* que halló los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor en Alcalá de Henares, do padecieron, cuya devocion fué tan grande, que para mas honrarlos erigió aquel pueblo en catedral, y de Toledo se pasó á ser el primer obispo de Alcalá, el que entre los de Toledo se contaba por noveno. Verdad es que por todo el tiempo que vivió, los de Toledo, por su respeto no quisieron proveer otro en su lugar. De lo que escribe el Abad biclarense se entiende que en tiempo de Leuvigildo, rey de los godos, Novello fué obispo de Alcalá, pero no sucedió luego despues de Asturio, sino adelante, como es necesario confesarlo por la razon de los tiempos, si decimos que Asturio, prelado de Toledo, vivió en esta era; y aun en *San Eulogio* se halla otro obispo de Alcalá, que vivió mas adelante despues de la destruicion de España, por nombre Venerio. Volvamos á nuestro propósito. Reprobaron los padres deste Concilio la herejía de Prisciliano. Reconciiliaron con la Iglesia á dos obispos Simosio y Dielinio, y un presbítero, por nombre Comasio, que la abjuraron. El pontífice Inocencio, que el año luego siguiente sucedió á Anastasio, escribió una carta muy señalada á los padres deste Concilio. Estaba el gobierno del imperio dividido en esta manera: á Gildo se encargó lo de Africa, á Rufino las provincias de oriente, lo de occidente quedó á cargo de Stilicon, persona de mas autoridad que los otros dos por estar emparentado con los emperadores, ca Serena, su mujer, era hija de Honorio, hermano del gran Teodosio, además que el mismo era suegro del emperador Honorio. Hizo este repartimiento el mismo Teodosio, y dejólo así ordenado con intento que estos tres personajes fuesen como tutores de sus hijos y les ayudasen á llevar la carga. Ellos, olvidados de la lealtad que debían, por la grande ambicion de sus corazones, acometieron á hacerse señores de todo, con que destruyeron de todo punto el imperio. Gildo se levantó en Africa el primero; enviaron contra él á su mismo hermano, llamado Mazecel, el cual le deslizo y mató; mas en premio de su trabajo y sin escarmentar en cabeza ajena se llamó á sí mismo emperador, y al fin paró en lo mismo que su hermano. Rufino dió traza para que los godos y otras naciones bárbaras se alterasen, que era el camino que entonces tomaban para medrar y salir con su intento, bien que

áspero, engañoso y malo. Fué Rufino de nacion britano ó franco, capitan de los mas señalados de aquel tiempo. Descubrióse la traicion, y pagó con la cabeza. No paró en esto la deslealtad; antes parece que por alguna fuerza secreta se derramaba por todas las provincias, pues por el mismo camino y por las mismas pisadas, como se dirá mas largamente adelante, Stilicon, el suegro de Honorio, intentó á hacer emperador á su hijo Euquerio, y quitar el mando á los hijos de Teodosio. Dió órden para salir con esto como diversas naciones se metiesen por las provincias del imperio; en particular se concertó de secreto con los alanos, gente fiera, y con los vándalos, de cuya nacion él era. Los primeros á tomar las armas fueron los godos, alterados de que con el intento ya dicho les quitaron el sueldo que les solian pagar; corrieron toda la Tracia y las provincias comarcanas; despues desto, divididos en dos partes rompieron por Italia. Radagasio, el uno de los caudillos que poco antes bajara con gran número de gente de la Golia antigua, sin hallar resistencia pasó por Italia hasta llegar á la Toscana. Allí, cerca de Fiesole y de Florencia, por el esfuerzo de Stilicon fué desbaratado y muerto con todos los suyos. Pudo otrosí deshacer cerca de Ravenna al otro capitan de los godos, llamado Alarico, mas por tener al Emperador en aprieto se contentó de vencerle en cierta batalla que le dió. Vinieron á concierto con aquellos bárbaros, en que les dieron donde morasen en lo postrero de Francia. Pesábase á Stilicon que dejasen á Italia; envió un su capitan, llamado Saulo, judío de nacion, para que diese sobre ellos de repente. Estaban alojados á las haldas de los Alpes junto á Polencia, que hoy se llama Polenzara, pueblo pequeño cerca de la ciudad de Asta. Dió pues sobre ellos de repente el mismo día de Pascua de Resurreccion, que fué á 6 de abril del año puntualmente de 402, segun que va todo sacado de buenos autores. Quisieran los godos

por reverencia de aquella festividad excusar la pelea; pero como el judío los apretase, revolvieron sobre él con tal denuedo, que le hicieron retirar y le mataron con otros muchos; y ellos, como gente feroz, irritados por esta injuria, volvieron sobre Italia, do se detuvieron algunos años. No parece que se entendieron luego estas mañas de Stilicon, pero al fin fué descubierta su maldad, y pagó con la cabeza por mandado del emperador Honorio, el año que se contaba 408 de nuestra salvacion, á 23 de agosto, y poco adelante fueron tambien justiciados Serena, su mujer, y Euquerio, su hijo; y aun el mismo Honorio repudió á su mujer, hija que era del mismo Stilicon, en odio de su padre. Grande fué el daño que los godos hicieron en Italia, grandes los estragos, sin parar hasta ponerse sobre la ciudad de Roma, cabeza y señora del mundo; y della, despues de un largo y apretado cerco, al fin se apoderaron con tanta feroza, que todo lo pusieron á fuego y á sangre; tanto, que parecia pretendian de una vez tomar emienda de las injurias que aquella ciudad tenia hechas á todo el mundo. Entróse Roma el año de 410, conforme á la cuenta mas acertada, dado que Paulo Orosio y Próspero, aquitánico, á este número parece añaden dos años. En aquella ciudad prendieron á Placidia, hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Casó con ella Ataúlfo, cuñado de Alarico, y que le sucedió en el reino poco despues á causa que Alarico murió en Cosencia, ciudad de los brucios, que hoy es Calabria, con que Placidia fué parte para que su marido Ataúlfo y su hermano Honorio se concertasen; y conforme al asiento que se tomó, partieron los godos de Italia para morar en la parte de la Gallia y España que están de la una y de la otra parte de los Pirineos, principio para apoderarse y hacerse señores de lo demás de España, y aun de buena parte de Francia, segun que en el libro siguiente se irá declarando.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo diversas naciones vinieron á España.

UNA grande avenida de diversas naciones fieras y bárbaras, que por estos tiempos vinieron y se derramaron por diversas partes de España, declarará la siguiente narracion. Los vándalos, los alanos, los suevos y los silingos, mayormente los godos, los cuales, dejados sus antiguos asientos y moradas, despues que de levante á poniente hincheron todas las tierras del miedo de su nombre, de sus proezas y de su fama, y con las armas vencedoras pasearon toda la Italia, finalmente pararon en España, y en ella, echadas en parte y en parte sujetas las otras naciones, pusieron y tuvieron por espacio de mas de trecientos años la silla de su imperio. No hay duda sino que todas estas naciones y otras semejantes en diversos tiempos bajaron del septentrion y se derramaron por las provincias del imperio romano por dos

causas. La una fué la gran fecundidad que tenían aquellas gentes en multiplicarse por el gran calor de los cuerpos, que además de ser los septentrionales mas largos en la comida y en la bebida, se encienden con el extremo frio de aquellas regiones y aire, en especial antes que recibiesen la religion cristiana, y por ella enfrenasen sus apetitos con la ley de un matrimonio, la gente en gran manera se aumentaba. Allegábase á esto la esterilidad de la tierra, que era la segunda causa, por la mayor parte erizada con nieves y con heladas, y falta de muchas cosas necesarias al sustento de la vida. Por donde la necesidad de sustentarse forzaba á innumerables enjambres de hombres á pasarse y buscar asiento en tierras templadas y mas abundantes. Para salir con su intento hacian guerra á los romanos, señores del mundo, destruian y talaban las tierras y campos si prestamente no se les hacia resistencia. Como esto sea cosa averiguada, así bien no es fácil declarar de qué

partes del septentrion y de qué provincias cada una destas naciones haya venido, qué costumbres, qué ingenios tenían, de qué lengua y leyes usaban; ni faltaria por diligencia si entre tantas tinieblas de opiniones como hay se descubriese algun camino para dar en el blanco. Será forzoso contentarnos con conjeturas, pues la antigüedad de las cosas y el descuido de aquellos tiempos no da lugar á mayor claridad. Plinio pone á los vándalos en aquella parte de Alemania casi do al presente están los melburgenses y pomeranos, dado que Dion las fuentes de que nace el rio Albis y de donde comienza á regar los campos de Alemania las pone en los montes Vandálicos. Los burgundiones se han de contar entre los vándalos como parte suya; tomaron este nombre de Búrgos, que quiere decir aides, en que estaban divididos y derramados; y como hicieron asiento en los Heduos, pueblos antiguos, fueron causa que aquella parte de la Gallia se llamase Burgundia ó Borgoña. Dionisio, el que en elegante verso escribió en griego el asiento de las tierras, en particular pone los alanos cerca de los de Dacia y de los Jetas. Marcellino los puso en la Escitia, y dice tenían por bienaventurados á los que morian en la guerra; á los que la vejez consumia ó morian de otra suerte los denostaban y decian mal dellos, como hombres que eran de ingenio feroz é inclinados á crueldad, por caer su tierra muy apartada de las comodidades y humanidad de las otras provincias, y ninguna cosa casi allí aportar de las que suelen ablandar la ferocidad de los corazones y amansarlos. Los silingos es cosa averigada que vinieron á España, y que mezclados con los vándalos asentaron en la Bética ó Andalucía, sin que tuviesen rey particular de su nacion. Pero de qué parte del septentrion hayan venido no se averigua con claridad. Algunos ponen á los silingos en Baviera, donde antiguamente hobo una ciudad llamada Salingostadio, á lo que parece del nombre desta gente, á la ribera del Danubio, tres millas distantes de Ingolstadio. No hay duda sino que los francos, que por este tiempo se apoderaron de la Gallia, se llamaban asimismo salios del rio Sala, que riega su tierra, como lo dice Marcellino. Destos salios se dijo la muy famosa ley sálica, que veda á las mujeres suceder en las herencias de los francos. Así se puede entender que los silingos eran los mismos que los sálicos, francos ó franceses, que todo es uno. Esto cuanto á los silingos. Los suevos, segun que lo testifican autores muy graves, antiguamente tuvieron sus asientos cerca del rio Albis, si bien Estrabon pone tambien los suevos á las fuentes y nacimiento del Danubio, en la comarca donde al presente se ve la ciudad de Augusta. Resta decir de los godos, cuya origen, porque reinaron en España mas tiempo que las demás naciones y se les aventajaron en mas nombre y fama, queremos sacar mas de raíz tomando el principio algo de mas arriba. Algunos pensaron y dijeron que los godos eran los mismos que los getas, los cuales en Plinio y en Herodoto vemos demarcados no léjos de las riberas y de las bocas por donde el Danubio descarga en el mar. No falta otrosí quien diga que los getas y masagetas son los mismos que los divinos libros llaman gog y magog, opiniones que ni hay para qué aproballas en este lugar, ni seria dificultoso refutallas por la autoridad de Plinio, que entre las ciudades de Celesiria cuenta á Magog, y aun

dice que por otro nombre se llama Bambiex y Hierapolis. Los mas en número y de mayor diligencia en rastrear la antigüedad son de parecer que los godos bajaron de una provincia por nombre Scandia, que los antiguos llamaron Basilia ó Baltia, tierra muy extendida y muy ancha, y que está sobre Alemania y sobre Sarmatia ó Polonia, pegada por la parte de levante con otra provincia llamada Fimmarquia, rodeada por las otras partes del mar Báltico y Glacial. Tiene Scandia forma de península, muy mas larga que ancha; dividese en la Gotia, la Succia y la Norvegia; y con esta está pegada otra provincia llamada Lapia. Es así, que por la parte de poniente por donde se extiende el golfo Codano, que los naturales llaman Suconico, y por la parte de Scandia por donde mas brevemente se pasa á la Címbrica Quersoneso y al reino de Dinamarca, se forma otra península menor, pegada con la otra mayor, que llaman Gotia; y dividese en dos partes, es á saber, en los ostrogodos, que en nuestra lengua es lo mismo que godos orientales, y en los visogodos, que quiere decir godos occidentales. Entre los visogodos los baltos, que en aquella lengua quiere decir atrevidos y era apellido de cierto linaje; y entre los ostrogodos los amalos, llamados así de un gran rey y capitán por nombre Amalo, se señalaban entre los demás y eran las familias mas ilustres y reales. Lo demás de Scandia cortan unos montes con sus cordilleras continuadas, que dejan al mediodía la Suecia, provincia de un cielo mas benigno, y hácia el septentrion la Norvegia, en que se padecen cruellísimos frios; tanto, que el vino que de otras partes allí se lleva, con la fuerza del frio se aceda luego: cosa que algun tiempo puso á los pontífices romanos en gran cuidado para que se pudiese en los pueblos de aquella tierra conservar la integridad del sacrificio divino de la misa. Son los godos ordinariamente de cabello y barba roja, el color blanco como los demás pueblos de Alemania, con quienes tienen su lengua semejante y no muy diferente de las demás gentes, que por este tiempo se ha dicho por fuerza de armas entraron en España. Solo de los alanos se puede y suele afirmar que usaron de la lengua de los escitas, y esto mas por conjetura probable que por razones que á ello convenzan. Lo cierto es que en la lengua castellana, de que al presente usa España, compuesta de una avenida de muchas lenguas, quedan vocablos tomados de la lengua de los godos. Entre estos, podemos contar los siguientes: tripas, caza, robar, yelmo, moza, bandera, arpa, juglar, albergar, escanciar, esgrimidor, cangilon, camisa, sá-bana. De los vándalos otrosí se tomaron otras dicciones y vocablos, como cámara, gozque, azafran. Lo que toca á la religion, todas estas naciones ó en este tiempo ó poco despues recibieron y abrazaron la cristiana; que antiguamente eran dados á diversas supersticiones, mayormente los godos, por persuadirse que no les sucedería prósperamente en la guerra si no ofrecian por el ejército sangre humana, sacrificaban los que preudian en la guerra al dios Marte, al cual principalmente eran devotos, y asimismo acostumbraban á le ofrecer las primicias de los despojos y colgar de los troncos de los árboles las pieles de los que mataban. Tenian otra devocion para el mismo efecto de sacrificar antes de la batalla con solemne aparato caballos, y llevar delante sus cabezas abiertas las bocas y puestas en unas lan-

zas. Entre estos devaneos acertaban en tener por cierto, opinion recibida de sus mayores, que las ánimas humanas eran perpetuas y que despues de la muerte habia premios y castigos. Cuando tronaba tiraban saetas en alto para con esto ayular á Dios, por pensar se le hacia fuerza y que le echaban del reino. Celebraban á la vihuela con cantos y tonadas los hechos de sus mayores y sus proezas, como al presente se hace en España. Algunos afirman que las armas de los godos eran un leon levantado y vuelta la cabeza en un escudo ondeado y de azul la mitad; otros que tres leones puestos uno sobre otro á la manera que los tienen los reyes de Dacia; mas en esto no hay para qué detenernos, mayormente que nuestro principal intento es declarar mas copiosamente, como arriba se dijo, la ocasion que á tantas gentes y tan bárbaras abrió la puerta para entrar en España. En aquella confusion de cosas y caída del imperio romano, de que se ha hecho mencion, un cierto Marco en Bretaña, hoy Ingalaterra, fué por las legiones saludado y alzado por emperador, y poco despues no con menor liviandad ellas mismas le mataron. Pusieron en su lugar á Graciano, que tambien con la misma inconstancia fué muerto dentro de cuatro meses. Sucedióle Constantino, no por señalarse en valor y hazañas entre los demás, sino solo le dieron el imperio movidos del nombre de Constantino, que aquellas gentes tenian por bien afortunado. Sucedió esto, como se puede conjeturar de Paulo Orosio, el año de nuestra salvacion de 411, en que fué cónsul Teodosio el Menor la cuarta vez, emperador del oriente, en lugar de su padre Arcadio, que falleció tres años antes deste. Siguiéron á Constantino gran parte de la Gallia y de España por estar los ánimos de todos irritados con las demasías de los romanos y con los gravísimos tributos que de cada día les ponian mayores y mas graves. Sin embargo, algunos se conservaban en la obediencia de los emperadores verdaderos. Entre estos, Didimo y Veriniano, parientes de Honorio, como quier que perseverasen en España en su devocion, con un ejército que arrebatadamente juntaron, pretendieron con mayor ánimo que fuerzas impedir á Constantino, que de la Gallia se decia aparejarse para pasar en España, la entrada de los Pirineos. Pero fueron vencidos en batalla y muertos, así ellos como sus mujeres, por Constante, hijo del tirano, al qual, sacado por su padre de un monasterio y nombrado por César, envió delante á España. Teodocillo y Lagodio, hermanos destes muertos, desconfiados de sus fuerzas, huyeron del peligro, y se fueron á los emperadores Honorio y Teodosio. El ejército de Constante por la mayor parte era compuesto de aquellas naciones que bajaron de Alemaña en Francia, y por cierto concierto que con Honorio hicieron los llamaron honoriacos. Estos, por permission de Constante, taban á España y todos los campos hasta Palencia, ca pretendia él con la miseria ajena ganar las voluntades del ejército bárbaro. A estos mismos, queriéndose él volver á Francia, dió el cuidado de guardar las estrechuras y entradas de los Pirineos. Llevaron mal esto los españoles que los soldados extranjeros y mercenarios, y por consiguiente poco seguros, fuesen preferidos á su conocida lealtad, por donde de tiempo muy antiguo les confiaban la guarda de aquellas entradas de toda la provincia. Sentian mucho esta afrenta. Quejábanse del

agravio, y amenazaban que muy en breve resultarían alteraciones en España y tendria otros señores que la mandasen, con lo demás que suelen decir los hombres cuando el dolor y saña les suelta la lengua. No salieron vanas estas amenazas, segun que el suceso de las cosas lo mostró y declaró en breve, porque los honoriacos, conforme á su natural inclinacion, llamaron y trajeron á España á los vándalos, alanos, suevos y silingos, con quien se concertaron secretamente de dalles la entrada que hasta entonces tuvieron cerrada, y poco antes Stilicon los habia hecho entrar en Francia. La causa que se piensa los movió á desamparar la Gallia fué el miedo de los godos, contra cuyo valor y por estar concertados con Honorio, temian no tendrían fuerzas iguales. Poniales junto con esto en cuidado y aquejábanlos el poder de Constantino, que estaba apoderado de la mayor parte de la Gallia y aspiraba á lo demás. Era rey de los suevos Hermenerico, de los alanos Atace, de los vándalos y silingos Gunderico. La entrada destas naciones bárbaras fué causa de grandísimas desventuras, porque con fereza bárbara, sin hacer diferencia ni tener cuenta con nadie, se apoderaron de las haciendas de los españoles y de los romanos. Destruian los campos y los pueblos, por donde luego la hambre se embraveció de tal guisa, que eran forzados los naturales á sustentar la vida con carne humana, no solamente los hombres, sino tambien las bestias con aquella carnicería se hacian mas fieras, y á cada paso acometian á los hombres por sustentarse. Despues de la hambre, como acontece, se siguió una peste gravísima, con que murió gente innumerable en toda la provincia. Eran los males tan grandes, que los que escapaban tenían envidia á los que morian por sufrir ellos mas graves cuitas que la misma muerte. Pasó el mal tan adelante, que la provincia quedó en gran parte yerma de moradores, y con tanto los bárbaros hicieron sus asientos en diversas partes della. A los suevos y á parte de los vándalos cupo Galicia, á la sazón mas ancha de términos de lo que es en nuestra edad, porque comprehendia en su distrito todo lo que es Castilla la Vieja. Los alanos poblaron en la Lusitania, y en la provincia Cartaginés, fuera de los carpetanos, que es el reino de Toledo, y los celtiberos, que se mantuvieron en la sujecion de los romanos. La Bética tomaron para sí los vándalos y los silingos. Hecha esta distribucion, pusieron concierto con los romanos, con que se tornó á labrar y morar la tierra y las ciudades en gran parte. Los españoles tenían por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos y su severidad. Dado que algunos, conservándose obstinadamente en la libertad antigua, no querian sufrir el yugo de los bárbaros, principalmente en Galicia, donde los suevos imperaban. Entre tanto que esto pasaba en España, Honorio desde Italia envió en la Gallia contra el tirano un grueso ejército debajo la conducta de un su capitán, llamado Constancio. En España se levantaron nuevas alteraciones á causa que un cierto Máximo en la España citerior fué saludado y alzado por emperador. Un conde, llamado Geroncio, fué el autor desta nueva trama por odio que tenia al primer tirano Constantino, sin embargo que habia seguido antes sus partes. Lo que en esto pretendia era en nombre de otro reinar él y mandarlo todo. Con este intento dejando á Máximo en Tarragona, él con ejército pasó en

la Gallia, y apoderado de la ciudad de Viena, mató en ella á Constante el César, que le vino á las manos. No pasó adelante por entender que venia contra él Constantio y por miedo suyo. Vuelto en España, ó por desprecio que tuvieron dél, ó con deseo de agradar á Honorio, los españoles de noche acometieron su casa, y dado que se defendió valientemente, con fuego que pegaron á la casa pereció dentro della. Máximo desamparado de la ayuda de Gerencio, que era el que le conservaba, dejadas las insignias imperiales, huido pasó miserablemente lo que le duró la vida, que fué basta el tiempo de Paulo Orosio, como el mismo lo testifica. En este medio, al tiempo que estas cosas se hacian en España, Constantino, el tirano, y Juliano, su hijo, fueron por esfuerzo de Constantio muertos en Arles; y no mucho despues Jovio y Sebastiano tuvieron el mismo fin, los cuales sucesivamente se rebelaron en la Gallia contra el imperio. Con esto toda la Gallia volvió á la sujecion de Honorio, que fué el año de nuestra salvacion de 413. Los godos, para defensa de la una y de la otra provincia, es á saber de Francia y de España, con voluntad de Honorio y conforme al asiento que con él tomaron, se apoderaron dos años despues de las hadas de los Pirineos. Gente que muchas veces antes destos tiempos, derramada de sus antiguos asientos y acometiendo las provincias del imperio romano, habia ganado gran crédito por su valentia, en tanto grado, que se tuvo por cierto que Alejandro Magno, rey de Macedonia, buyó de encontrarse con ellos; Pirro, rey de Epiro, los temió; Julio César rehusó la pelea con ellos, segun que lo dice Orosio. No es de nuestro propósito contar todas las entradas y guerras desta gente ni rekatar por menudo sus hazañas, que seria mas largo cuento de lo que sufre esta obra. Lo que hace al propósito es que el emperador Valente, como de suso se dijo, dió á los visogodos, que salidos de sus antiguos asientos y tierra maltrataban las gentes del imperio, la provincia de Mesia donde morasen, con tal condicion que estuviesen á sueldo del imperio romano y recibiesen la creencia de Cristo, nuestro Señor, por donde algo despues la secta de Arrio, con que los inficionaron y á que Valente era dado, fué causa de grandes desventuras y alteraciones en España. Las tierras que les entregaron sustentaron ellos hasta el imperio de Arcadio y Honorio, y ensancharon sus términos hasta Panonia, hoy Hungria, que sucedió poco antes que rompiesen por Italia despues de haber destruido la Tracia. Fué la ocasion desta entrada que Stilicon, suegro de Honorio, con intento de hacer emperador á su hijo Euquerio, movió aquella gente de suyo inquieta y bulliciosa á tomar las armas. Estaba casado Stilicon con Serena, sobrina de Teodosio y hija de Honorio su hermano; della tuvo por hijos á Euquerio, María y Termancia. Casó con Euquerio Galla Placidia, hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Demás desto, Honorio, emperador, casó sucesivamente con María, y despues con Termancia. No ha mucho que en tiempo del pontífice Paulo III se halló en Roma el sepulcro de María en la iglesia de San Pedro en el Vaticano, y en él piedras de gran valor, mucho oro y plata, con los nombres de Honorio y de María esculpidos en un joyel, segun que en la descripcion de la ciudad de Roma lo relata Marliano mas en particular. Muertas pues la una y la otra mujer de Honorio, dado que no falta

quien diga que repudió á Termancia luego que la traicion de Stilicon se descubrió, como quitadas las prendas y ataduras de la lealtad, Stilicon se determinó de poner en ejecucion la maldad que mucho antes en su corazón tenia forjada. Con esta determinacion hizo que los vándalos, de cuyo linaje él venia, y los alanos, con promesa que les hizo de grandes premios, hiciesen entrada en la Gallia. A los godos negó el sueldo que les daban con la misma astucia, traza con que ellos tomaron las armas, y en lugar de Atanarico, saludado que hobieron por rey á Alarico, estalaron la Tracia y la Italia; finalmente, despues de largo cerco se apoderaron de la misma cabeza del mundo, Roma, á 2 de agosto. Eran cónsules Flavio Vararo la primera y Tertullo la cuarta vez. El descuido de Honorio, cuyo oficio era acudir á la necesidad, fué tal, que diciéndole cómo Roma era perdida, pensó que hablaban de un gollo que él llamaba Roma; y poco antes, como solia de ordinario, se habia deleitado en verle pelear con otro. Muerto poco despues Alarico, caudillo de los godos, en lo postrero de Italia, Ataulfo que le sucedió, ablandado con los regalos de Galla Placidia, su mujer, la cual en Roma fuera presa, se inclinó á la paz y tomó asiento con Honorio, con que el ejército de los godos, sacado de Italia, hizo su asiento en los confines de la Gallia y de España. La silla del reino puso esta gente en Narbona año de nuestra salvacion de 415. De aquí vino y procedió que aquella parte se llamó Gallia Gótica, dado que no siempre tuvo los mismos términos, antes se variaban muchas veces conforme al vario suceso de las guerras que con los francos comarcanos y con los romanos tuvieron los godos. Esta fué la ocasion que trajo así las demás gentes ya dichas como los godos á España.

CAPITULO II.

Cómo los godos vencieron á las demás naciones bárbaras en España.

Estaba España dividida en muchos reinos, diferentes entre sí en leyes, costumbres y religion. Los romanos y los españoles abrazaban la religion católica, á los godos tenia inficionados la peste de los arrianos. Las demás naciones bárbaras no habian aun recebido la religion cristiana, antes seguian las supersticiones de sus antepasados. Todos con deseo de conservarse en la parte de que se apoderaran en aquella turbacion y revueltas, cada cual por su parte pretendia hacer paces y concertarse con los romanos. Godigisco rey de los vándalos, al cual algunos llaman Gunderico, y Jornandes Giserico, lo que sin duda es falso, fué el primero á concertarse con estas condiciones: que viviesen en España sin hacer mal y daño á los antiguos moradores, y no pudiesen por título de prescripcion de treinta años valerse en algun tiempo contra los romanos para efecto de retener lo que violenta é injustamente hobiesen usurpado. Palabras con que se daba á entender que aquella paz no era tanto por voluntad como por fuerza, y que no duraria mas de cuanto tuviesen posibilidad para volver á la guerra y á las manos. De aquel concierto sin duda procedieron entre aquellas gentes nuevas sospechas, y por ellas luego se encendió nueva guerra. Los alanos, como mas feroces, acometieron á los vándalos y á los silingos, y los pusieron en

necesidad de desamparar la Bética y hacer recurso á Galicia para que, juntando sus fuerzas con las de los suevos, reprimesen el atrevimiento de los alanos y recobrasen sus asientos, de que los habian echado. Dieron los alanos la vuelta contra los celtiberos y la Carpetania; ganaron de los romanos muchos pueblos y ciudades. Los godos eso mismo, el año siguiente despues que asentaron en Francia, pasaron en España, donde con su llegada y ayuda Atalo usurpó el nombre de emperador, título vano y dañoso, pues poco despues, fulto de consejo y fuerzas, como procurase huir por la mar, fué preso por Constancio, que con gruesas armadas poseía aquellas riberas. Envióle á Honorio; por su mandado le cortaron el pulgar y el dedo segundo, y fué llevado en destierro á la isla de Lipara. Ataulfo, rey de los godos, ó por su natural condicion cansado de tantas guerras, ó por el nuevo parentesco que con el Emperador tenia, aficionado á los romanos, se inclinaba á dejar las armas y concertarse. Llevaba su gente esto mal por ser feroces y bravos. Acordaron de conjurarse contra él y darle la muerte, como lo hicieron en Barcelona, do tenia hecho su asiento. Ejecutó este caso tan atroz un hombrecillo llamado Vernulfo, de pequeña estatura, pero muy atrevido y muy privado del Rey. Esto, como hallase buena ocasion, con la espada desnuda le atravesó por el costado. Olimpodoro, uno de los autores de la *Biblioteca de Focio*, le llama Dobio, y dice que dió la muerte á Ataulfo en venganza de la que él antes habia dado á su amo. El letrero de la sepultura deste rey, cuya parte hoy se ve en Barcelona, da á entender que seis hijos de Ataulfo perecieron juntamente con él; al cual letrero cuánta fe se haya de dar otros lo podrán juzgar; á nos parece mas moderno que conforme á la antigüedad de aquellos tiempos. Añade Olimpodoro que un niño llamado Teodosio, que tuvo Ataulfo en Placidia y murió en su primera edad, estaba sepultado en un oratorio cerca de Barcelona en una caja de plata; demás desto, que á otros hijos de Ataulfo, habidos del primer matrimonio, mató Sigerico, sucesor suyo, sacándolos de las faldas y regazo del obispo Sigesaró; últimamente, que Placidia con otros cautivos fué forzada á ir corriendo por largo espacio; que tales son las mudanzas de las cosas y los reveses del mundo. En lugar pues de Ataulfo pusieron á Sigerico por voto de la nacion, por ser persona de industria y de esfuerzo conocido en guerra y en paz. Fuera desto, era alto de cuerpo y de buena apariencia, dado que de una caída de un caballo renqueaba de la una pierna. Este, como quier que siguiese las pisadas de Ataulfo en lo que era inclinarse á la paz, dentro del primer año de su reinado murió tambien á manos y por conjuración de los suyos. Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso. Deste escriben que al principio de su reinado con una armada que juntó quiso pasar en Africa, sea perdida la esperanza de sustentarse en España por el espanto que Constancio de una parte y las naciones bárbaras de otra le causaban, sea por el deseo que él mismo tenia de apoderarse de la Mauritania, provincia en aquellos tiempos sujeta y moviente de España, sea por cualquiera otra ocasion. Lo que sucedió es que con la fuerza de una tempestad deshecha que le sobrevino en lo mas angosto del Estrecho se desrotó toda la armada de tal suerte, que

le fué forzoso dar la vuelta á España y en ella tomar asiento con Constancio. Las condiciones del concierto fueron que entregase á Placidia, mujer que fué de Ataulfo, que por voluntad del Emperador, su hermano, estaba prometida al dicho Constancio; y que los godos hiciesen la guerra en España á las otras naciones bárbaras en pró del imperio romano para que todo lo que se ganase quedase por suyo, y ellos se contentasen con lo que en las haldas de la Gallia y de España antes poseian. Hizose esta paz el año de 418, segun que lo refiere Paulo Orosio, presbítero tarraconense, muy conocido por su erudición y por la amistad que tuvo con los santos Agustino y Jerónimo. Prosiguió este autor la historia de las cosas romanas y hizo fin en el año luego siguiente despues deste, en que fueron cónsules Flavio Monaxio y Flavio Plinta. A Constancio demás de casalle con Placidia hizo Honorio su compañero en el imperio. A Walia dió graciosamente y añadió el señorío de la Guiena en premio de la guerra que hizo y de haber sujetado, como se concertó, las gentes bárbaras. Es la Guiena un pedazo principal de la Gallia, que tiene por aledaños por la una parte los montes Pirineos y por la otra el rio Garona. Las ciudades mas principales son Tolosa dentro en la tierra, y junto al mar Océano la ciudad de Burdeos. La guerra entre los godos y las otras naciones se hizo y pasó en esta manera. Desde la Celtiberia hasta do llegó Constancio con cuidado de acudir á las cosas de España, los godos, tomado que hobieron el cargo de la nueva guerra, acometieron á los alanos, feroces por el buen suceso que tuvieron poco antes, tanto, que no contentos con las primeras tierras y términos, aspiraban al imperio de toda España. Mataron en una batalla á su rey Atace con otros muchos, y forzaron á los demás que escaparon, que dejada la Lusitania se pasasen á Galicia, do mezclados con los suevos perdieron el nombre de su gente y reino. Algunos sospechan que Alanquer, pueblo en tierra de Lisboa, y otro que se llama Alanin, en los montes de Sevilla, tomaron estos nombres de los alanos, porque Alanquer antiguamente se dijo Jerabrica. La conjetura que hay para decir esto es sola la semejanza de los nombres, ni cierta ni del todo vana. Con el mismo ímpetu desta guerra fueron maltratados los silingos y domados en una batalla que se dió cerca de Tarifa. Quedaron con esto tan oprimidos, que les pusieron por gobernadores personas de la nacion de los godos. Escarmentados con esto los vándalos y los suevos, con retencion de lo que tenian, se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque con las armas, trabajo y peligro de los godos. Pretendian los suevos otrosí ganar sueldo de los romanos; ellos no quisieron venir en ello porque no les quedase con las armas poder de alborotarse. Walia, habiendo en breve concluido tan grande guerra y dejando á España sujeta y sosegada, como volviase á la Gallia, falleció do su enfermedad año de 419. Reinó solos tres años, en el cual tiempo acabó cosas tales y tan grandes, que ilustró grandemente su nombre y el de su nacion, además de la Guiena que, como queda dicho, le dieron do nuevo en premio de sus hazanas.

CAPITULO III.

Del reino de Teodoro.

Después de la muerte de Valia sucedieron dos cosas de mucha incomodidad. La primera que el emperador Constancio, sosegadas la España y la Gallia y vuelto á Italia, murió en Ravena año de nuestra salvacion de 421. Dejó de su mujer Placidia un hijo de pequeña edad, llamado Valentiniano; su tío el Emperador procuró se criase como quien le había de suceder en el imperio. La otra cosa fué que las naciones bárbaras comenzaron á levantarse en España y á recobrar la jurisdiccion y autoridad que antes tenían; principalmente los vándalos, cuyo esfuerzo entre las demás naciones era muy conocido y singular, con su rey Gunderico pensaban apoderarse de toda España. Con este intento acometieron á los suevos; las causas no se saben, solo consta que los forzaron á recogerse á los montes Ervasos, confiados mas en la fortaleza de los lugares que en su valentía. Algunos piensan que estos montes son los que en este tiempo se llaman Arvas, puestos entre Leon y Oviedo, conocidos por un antiguo monasterio que allí hay; y aun dicen que son los mismos que Ptolemeo llama Narbasos. Refirados en estos montes, cualesquiera que hayan sido, los suevos, como nunca quisiesen pelear con el enemigo, los vándalos, pérdida la esperanza de alcanzar victoria, en una armada que juntaron pasaron á las islas Mallorca y Menorca y las pusieron á fuego y á sangre. Desde allí dieron la vuelta á tierra firme; echaron por tierra á Cartagena, que poco antes había sido quitada á los alanos y volviera al señorío de los romanos. Sucedió esto seiscientos años después que los cartagineses la fundaron para que fuese en España asiento y fortaleza del imperio cartaginés. Después de esta destruccion se redujo á caserías; mas en el tiempo adelante, por la comodidad del buen puerto de que goza, se tornó á habitar. En nuestra era apenas hay en ella seiscientos vecinos. Lo que mas hace al caso es entender que desde aquel tiempo los privilegios de la ciudad de Cartagena, que llamaban Cartago la Nueva, se pasaron á Toledo, como lo testifica un antiguo escritor de las cosas de España; y algunos lo entienden de la dignidad del metropolitano cartaginés, otros de la audiencia en que se administraba á los pueblos la justicia, que dicen antes estaba en Cartagena, y desde allí se pasó á Toledo. Las razones por una y otra parte no son concluyentes. Quedará el juicio libre al lector para resolverse por lo que en otros hallare. A mí mas me parece que lo que se trasladó fué la autoridad eclesiástica y la dignidad de metropolitano. Gunderico, rey de los vándalos, destruida Cartagena, acometió á los silingos, que seguían el partido de los romanos. Dió la tala á los campos, y apoderándose por fuerza de Sevilla, que estaba en poder desta gente, y puéstola á saco, como pretendiese con sobrado atrevimiento saquear el templo de San Vicente, que en aquella ciudad en riquezas y religion era muy notable, fué muerto en la misma puerta del templo; castigo muy justo de Dios en venganza de aquel desacato cometido contra la religion. Sucedióle Genserico, su hermano bastardo; otros le llaman Guntaris. Todas estas cosas acontecieron dentro del mismo año que murió el emperador Constancio. En el mismo tiempo Jovino y Máximo se llamaron em-

peradores en España. Estas nuevas alteraciones forzaron al emperador Honorio á hacer nuevas levas de gentes y con ellas enviar á Castino, un excelente capitán, así contra los tiranos, que se intitulaban emperadores, como contra los vándalos. Jovino y Máximo, porque tenían pocas fuerzas y se confiaban mas en la revuelta de los tiempos que en otra cosa, en breve fueron presos y muertos. La empresa contra los vándalos era mas dudosa. Así Castino, desconfiado de sus fuerzas, llamó á España al conde Bonifacio, persona por lo mucho que sabía de la guerra y de la paz, no menos conocida que por la amistad que tuvo con san Agustín. Hizo pues que viniese desde Africa, donde era gobernador; llegado, nació entre los dos discordia, como es ordinario entre los que son iguales en poder, con extremo peligro y daño, así de España como de las cosas romanas. Volvióse Bonifacio á Africa. Castino, privado de aquella ayuda, sin hacer cosa que de contar sea contra los vándalos, fué forzado á volverse á Italia el año de 423, en que el emperador Honorio pasó desta vida á 13 dias del mes de agosto. Tuvo el imperio veinte y ocho años, once meses y diez dias. Señalóse, así en la constancia de la religion como por la caída é infelicidad del imperio, que sucedió en su tiempo. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Pedro en el Vaticano. En su lugar sucedió Valentiniano el Tercero, hijo que era de Constancio, y á la sazón niño de pequeña edad y de fuerzas no bastantes para llevar tan gran carga. Con esta ocasion Flavio Joan intentó de apoderarse del imperio y de despojar dél á Valentiniano. Sucedieron diferentes trances, y por conclusion, pasados dos años, le vencieron los leales y mataron en batalla. Gobernaba la república en nombre de su hijo la emperatriz Placidia. Tenía con ella grande autoridad y cabida Aecio, capitán de mucho nombre. Bonifacio, el que gobernaba á Africa, envidioso y celoso desta privanza y con deseo, parte de satisfacerse, parte de mirar por sí, concertó con Genserico, rey de los vándalos, que de España pasase en Africa. Pretendía de mantenerse en el gobierno de Africa con las fuerzas destes bárbaros, y entregalles en recompensa del trabajo una parte de aquella provincia, segun que de comun acuerdo la señalaron. En tanta manera la peste de la ambicion ciega á los hombres, que ni el amor de la república, ni la lealtad que debía, ni el celo de la religion, á que singularmente era aficionado, fueron parte para enfrenar á un hombre, por lo demás tan señalado en bondad, para que no ejecutase su mal propósito y saña. Genserico, con acuerdo de los suyos, resuelto en no dejar aquella ocasion de apoderarse del imperio de Africa, partió mano de la esperanza que se le presentaba de apoderarse de toda España; y desamparando la Bética ó Andalucía, pasó allende el mar con ochenta mil combatientes, que fué el año de 427, en que fueron cónsules en Roma Hierio y Ardaburio. Los silingos se quedaron en España, en especial en aquella parte de la Bética donde está Sevilla, que fué el principio, por contarse ellos entre los vándalos y estar mezclados con ellos, que en el tiempo adelante el nombre antiguo de la Bética se mudase en el de Vandalosia, y al presente de Andalucía, si bien los alledaños destas provincias Bética y Andalucía no se corresponden puntualmente. Los vándalos en Africa al principio juntaron sus fuerzas con Bonifacio, con que su-

jetaron gran parte de aquella provincia; despues, por discordias que resultaron, que tal es la naturaleza del mandar, no sufre compañía, por no contentarse los vándalos con la parte de Africa que les señalaron y anhelar á cosas mayores conforme á la condicion de los hombres, llegaron á rompimiento. Pusieron cerco sobre Bona, do Bonifacio estaba y tambien san Agustin, obispo de aquella ciudad, bien conocido por su doctrina y santidad, que murió en aquel cerco. Hobo diversos encuentros, y finalmente los bárbaros forzaron aquella ciudad, mataron á Bonifacio, y con tanto se apoderaron de casi todo lo demás de Africa. Iban inficionados de la herejía arriana, puede ser que á causa de la comunicacion que en España tuvieron con los godos; de donde las iglesias africanas por esta ocasion padecieron grandes y largas miserias. Hombres sin número fueron muertos por la constancia y defensa de la verdadera y católica religion. Entre estos Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquio, que seguian la casa y corte de Gensericco. Demás destes á un mozo llamado Paulillo, hermano de Pascasio y Eutiquio, vendieron por esclavo, con intento que la molestia del servicio bajo en que se empleaba le haria mudar de parecer. Fueron estos mártires de nacion españoles, y por cuanto se puede entender de Próspero sufrieron la muerte el año de 437. Con la partida de los vándalos el poder de los suevos comenzó á poner espanto á toda España. Tenian por rey á Hermenerico; y este muerto de una larga enfermedad año de 440, y de su reinado treinta y dos, Requila, su hijo, mozo de ingenio encendido y bravo, siguiendo las pisadas de su padre, cerca del rio Jenil se encontró con Ardeboto, enviado por el Emperador á España, vencióle en batalla y le mató. De la presa quedó rico de oro y plata y proveido para sufrir los gastos de la guerra. Despues desta victoria se enseñoreó de la Bética, en que domó los silingos y se apoderó de Sevilla, ciudad en aquel tiempo ni de la anchura ni hermosura que antiguamente tenia y ahora tiene, por causa de los daños que las guerras suelen acarrear. Tras esto dió la vuelta hácia la Lusitania, tomó á Mérida, con que lo restante de los alanos quedó del todo oprimido y llano. Para que los suevos se animasen y aventajasen en tanto grado, ayudó mucho hallarse á la sazón la tierra sin defensa, á causa que Sebastian, general que era de los romanos, se habia partido de España para acudir á las cosas de Africa, do murió á manos de los vándalos, segun que lo refiere Paulo, diácono. Con esto los suevos pasaron adelante, sujetaron la Carpetania, que es el reino de Toledo, y la provincia Cartaginense, si bien en breve se concertaron con los romanos y les tornaron estas dos provincias. Falleció Requila el año de nuestra salvacion de 448. Dejó por sucesor á su hijo Recciarío; este fué el primero de los reyes suevos que recibió la fe de Cristo y fundó en España entre los suyos la verdadera religion. Esto cuanto á los suevos. Los godos con su rey Teodoredo, que fué pariente de Walla y su sucesor, poseian en España muy poca tierra, solamente lo que al presente es Cataluña; en la Gallia florecian en riquezas y gloria militar. Por esto, quebrada la confederacion que tenian puesta con los romanos y por estar acostumbrados á sembrar y trabar unas guerras de otras, comenzaron á poner espanto á todos. Los muchos hijos de Teodoredo aumen-

taron su poder, que eran seis, es á saber: Turismundo, Teodorico, Eurico, Friderico, Riccinerio, Himerico, y dos hijas; la una casó con Hunerico, vándalo, hijo de Gensericco, hombre impío y cruel, que maltrató de muchas maneras á los católicos en Africa, y á su mujer, cortadas las narices, envió á su padre sin ocasion bastante, solo por una sospecha liviana y falsa que le dió, que intentaba de darle veneno y yerbas. La otra casó con Recciarío, rey de los suevos en España. Habian por este tiempo entrado en la Gallia los hunnos con su caudillo Atila, que vulgarmente llamaron Azote de Dios; y esto, movidos con el deseo de ensanchar el señorío ó inducidos por los romanos para enfrenar el poder y atrevimiento de los godos, ó lo que es mas verisímil, á persuasion de Gensericco, vándalo, que temia las armas de los godos y la venganza de la maldad cometida contra su mujer, como está dicho. La gente de los hunnos dicen algunos que tenia su asiento dentro de los montes Rifeos. Marcellino los pone cerca del Océano y sobre la laguna Meotide. Eran hombres de aspecto feroz, en trato y comida groseros, tanto, que ni de fuego ni de guisados solian usar, sino de raices y de carnes calentadas entre sus muslos; algunas veces sustentaban la vida con la sangre de sus caballos, ca les abrian para esto las venas y los sangraban. Dícese que en tiempo de Valente lo primero echaron los godos de sus antiguos asientos; despues, destruida la Armenia y otras provincias del oriente, se apoderaron de la una y de la otra Panonia y las quitaron á los godos; y como hicieron entradas en la Gallia y otros lugares comarcanos, dejaron por todas partes rastros de su natural fiereza. Al presente, con intento que llevaban de apoderarse de toda la Gallia, destruyeron, quemaron y asolaron la ciudad nobilissima de Rems, en que degollaron entre otros á Nicasio, obispo de aquella ciudad, varon tan santo, que cantaba con las postreras voces y medio muerto los himnos sagrados. Despues desto pusieron cerco sobre Orliens, cosa que forzó á los godos, á los francos y á los romanos á tratar de hacerles rostro. Para esto hicieron liga entre sí, y juntadas sus fuerzas, acudieron contra el comun enemigo. Teodoredo, rey de los godos, por miedo que aquel fuego no prendiese en la Guena, fué el primero que con las armas acometió el peligro y forzó al enemigo que, alzado el cerco, se retirase á los campos Cataláunicos, que otros llaman Maroquios ó Mauricios, y están cercanos á Tolosa. Acudió Aecio, por Valentiniano, hecho maestro de la milicia, que era tanto como general. Los francos asimismo acudieron con su rey y caudillo Meroveo. Luego que las unas y las otras gentes estuvieron juntas ordenaron sus haces á guisa de pelear. Dióse á Teodoredo el gobierno de la mano derecha; Aecio estuvo á la izquierda junto con los francos. Sanguibano, rey de los alanos, de aquellos que tenian su asiento en aquella parte de la Gallia do está Orliens fueron puestos en medio por no fiarse dellos y para que no pudiesen hacer traicion. Por el contrario Atila repartió sus huestes en esta forma. Puso á los reyes y á las demás naciones á los dos lados con gran número de gente extendida por aquellos anchísimos campos. Los ostrogodos, como los que entre los demás se señalaban en esfuerzo y valentía, se pusieron en el lado izquierdo contra los visogodos. El mismo Atila y los hunnos estuvieron en el escudron de en medio

y cuerpo de la batalla. Eran hombres de vista espantosa y mas morenos y tostados que los demás. El lugar era cuesta abajo; parecia que los que primero se apoderasen de un collado que se empinaba allí cerca mejorarian mucho su partido. Los unos y los otros fueron allí con el mismo intento, pero previnieron los romanos. Atila, visto que por este inconveniente sus soldados se turbaron y temian de entrar en la pelea, les habló, segun se dice, en esta manera: «A los vencedores del mundo, domadores de las gentes no conviene encender y animar con palabras, ni aun á los cobardes dará esfuerzo este mi razonamiento. Los valientes soldados, cuales vos sois, se recrean y deleitan en la pelea, y el salir con la victoria les es cosa muy ordinaria y familiar. ¿Estáis por ventura olvidados de las Pannonias, Mesias, Germanias, Gallias, sujetas y vencidas por vuestro esfuerzo y los escondrijos de la laguna Meotis, en que entraron vuestras armas? Armáos pues del ánimo que á vencedores conviene. Pudistes, sin poneros á trabajo, gozar del fruto de las victorias ganadas; mas por no poder vuestros animosos corazones sufrir la ociosidad, fuistes los primeros á mover la guerra. Esta muestra de mayor esfuerzo os sirva al presente de estímulo y aguijon. En este dia por vuestra valentía se conquistará el imperio del mundo. ¿Podrá por ventura, oh inclitos soldados, aquel ejército juntado con toda diligencia de la avenida de varias gentes y aquella canalla sufrir vuestra vista, ojos y manos? Por la poca confianza que de su esfuerzo hacian intentaron mejorarse de lugar. Diréis que tienen en su ayuda á los visogodos, gente brava. Poco les importa ese socorro si vienen á vuestras manos. Que los romanos delicados y afeminados con los deleites, como cortados los nervios, sin que ninguno les baga fuerza, volverán las espaldas. Acordáos pues de vuestra valentía, vestíos del coraje acostumbrado, mostrad vuestro esfuerzo, y si no pudiéredes salir con la victoria, lo que los dioses no permitan, con la muerte dad muestra del amor y lealtad que nos teneis. Los magnánimos en la muerte ganan honra, la victoria les acarrea contento y con él abundancia de todos los bienes. De mí no esperéis solamente el gobierno, sino el ejemplo en el pelear. ¿Qué otro emperador os recibirá si no salis victoriosos? Qué reales, qué provincias? Principalmente que vuestra felicidad tiene irritadas todas las naciones por la envidia que os tienen muy grande.» Dicho esto, dióse la señal de pelear; acometieron los hunnos con grande ímpetu; recibieronlos los contrarios no con menor esfuerzo, encendidos tambien ellos con las amonestaciones de sus capitanes. Juntanse los escuadrones, encruelécese la batalla, mueren ahora destos, ahora de aquellos, todos pelean, como el interés lo pedía, con singular denuedo y esfuerzo por el imperio del mundo. Era tanta la sangre de los muertos, que, segun se dice, un arroyo que allí corría salió por esta causa de madre. Perecieron en aquella sangrienta batalla ciento y ochenta mil hombres, muchedumbre que dió ocasion á forjar estas y otras mentiras. Al principio de la pelea murió el rey Teodoro, por su mucha edad pisado y hollado de los suyos, dado que con grande ánimo peleó y acometió lo mas fuerte y apretado de los enemigos. Algunos dicen que le mató un ostrogodo llamado Andaje. Lo que á otros pusiera temor, á los suyos dió mayor coraje; ca-

Turismundo y Teodorico, hijos del muerto, con un escuadron cerrado turbaron los enemigos, y con la ferocidad y cólera que les causaba el dolor rompieron y desbarataron los escuadrones contrarios. En conclusion, pusieron en huida al capitan enemigo, dado que ninguna cosa dejó él por hacer que perteneciese, ó á buen capitan, ó á valeroso soldado. Los hermanos pasaron hiriendo y matando muy adelante, tanto, que con la escuridad de la noche llegaron á la vuelta muy cerca de los reales de los enemigos y corrieron grande peligro; el mismo Turismundo fué derribado del caballo y herido en la cabeza, pero escapó por la ayuda y valentía de sus soldados. El enemigo, que en su pensamiento tenia tragada la redondez de la tierra y pensaba hacerse señor de todo, por no haber ganado la batalla, como venido, se retiró á sus reales, determinado, si el peligro pasaba adelante, de tomar la muerte por sus manos y echarse en una hoguera que para este efecto mandó encender. Los carros con que estaban rodeados los reales le dieron la vida, y las tinieblas de la noche, cosa que él tenia considerada, y por esto comenzó la pelea despues de medio dia. Aecio no con menor miedo, hecho un valladar de caballos muertos y paveses, pasó toda la noche sin dejar las armas. Pero el siguiente dia, visto que el enemigo rehusaba la pelea, le cercó primero dentro de sus reales; despues como pudiese deshacerle sin dificultad le dejó salir de la Gallia y volverse á las Pannonias. Muy gran parte de la alegría de la victoria y del regocijo se desminuyó, así con la huida de Atila como por el desastre y muerte del rey Teodoro; dado que, así á los romanos como á los francos, se entendia era agradable que un rey tan poderoso faltase. Dicen que un adevino, consultado por Atila, le dijo que muerto el capitan de los enemigos alcanzaria la victoria. Así pensaban los hunnos que por una parte saldrían victoriosos y Aecio seria muerto en la batalla. Tales son los adivinos, gente engañosa y vana, tales sus pronósticos; nunca aciertan ó por maravilla; fuera de que, en casos semejantes, muchas cosas se fingen que nunca pasaron. En la vida escrita en griego de Isidoro, filósofo, se dice que por espacio de tres dias despues de la batalla se oyó estruendo de armas en el mismo lugar y grande alarido de los que peleaban, como si las almas, despues de apartadas de sus cuerpos con gran pertinacia perseveraran en la pelea. La grandeza desta batalla dió ocasion á estas y semejantes fábulas. Verdad es que cosa semejante á esta cuenta Mafeo al fin de su historia en el naufragio de Manuel de Sosa, cerca del cabo de Buena Esperanza; que de noche se oian cantos de los que en aquella tormenta finaron. Dióse esta batalla, segun Casiodoro, siendo cónsules Marciano Augusto y Clodio Adelio el año que corría de Cristo de 451, y del reino de Teodoro treinta y uno. Algunos sospechan que Reccario, rey de los suevos, se halló en esta jornada por el deudo que tenia con el rey godo. Lo mas cierto es que, acometido que hobo á los vascones, que perseveraban en la obediencia de los romanos y moraban en aquella parte de España que al presente se llama Navarra, desde allí pasó á la Gallia con deseo de visitar á su suegro, y que, ayudado del socorro de los godos, dió la tala por todas partes á la provincia Cartaginense y á los Carpetanos. Ultimamente, hecho que hobo paz y tomado asiento con los romanos, se volvió á su tierra

y señorío que tenía de la Bética, la Lusitania y Galicia, y aspiraba á hacerse señor de lo demás de España.

CAPITULO IV.

De Turismundo y Teodorico.

Hechas las exequias de Teodoro en los reales de los godos, Turismundo, luego que fué puesto en lugar de su padre, por consejo de Aecio y á su persuasión dejó de seguir á Atila y vengar aquella muerte, por parecer debía primero dar orden en las cosas del nuevo reino, y no dar lugar á sus hermanos, si por ventura lo pretendian, de innovar alguna cosa. Lo que de secreto con esto pretendió Aecio era que el poder de los godos, á la sazón muy grande, no destruyese el de los romanos. Verdad es que Turismundo, si bien siguió el consejo de Aecio, en breve luego que dió asiento en las cosas de su reino revolvió en busca de Atila; y antes que saliese de Francia, le venció en una batalla muy herida que se dieron cerca del rio Loire, donde el bárbaro pretendia sujetar cierta parte de los alanos, que hicieran asiento por aquellas comarcas. Esta nueva victoria fué muy señalada, y tanto, que el Hunno fué forzado desembarazar toda la Francia. Esta misma huida de Atila fué causa que Aecio perdiese la vida; porque como viniese nueva que, reforzado de nuevas gentes, revolvía sobre Dalmacia, Ilirico y parte de Italia, el emperador Valentiniano, por entender que le pudieron deshacer del todo en los campos Cataláunicos, y que de industria le dejaron escapar por sus particulares, dió la muerte á Aecio, que le tenía por culpado en aquel caso; que fué año de nuestra salvacion de 454. En el mismo tiempo despues de Celestino y de Sixto, tercero deste nombre, gobernaba la Iglesia romana san Leon, verdaderamente grande por la excelencia de su sabiduría y de su elocuencia. Juntó con las demás excelentes virtudes de su ánimo una singular destreza en tratar con los príncipes, con que persuadió primero á Atila, hunno, que entrado en Italia iba sobre Roma, que volviese atrás, ca le salió al encuentro y le habló sobre el caso á los vados del rio Mincio. No mucho despues acabó con Genserico, vándalo, que no pusiese fuego á la ciudad de Roma, de que estaba para apoderarse, como lo hizo. Obedecieron los bárbaros á la virtud celestial; pero dejemos las cosas extranjeras. Toribio, obispo de Astorga, tuvo otro tiempo familiaridad con san Leon en Italia, do habia pasado y peregrinado por otras muchas provincias con deseo de saber ó por devocion que tenía. Por cartas de Toribio, ya que san Leon era pontífice, fué avisado que la secta de Priscilliano, tantas veces abatida, tornaba de nuevo á brotar, principalmente en Galicia, do esta peste se habia mas apoderado. Respondióle en una carta, en que le ordenó que para remediar este daño tuviese cuidado de juntar concilio de los obispos tarraconenses, cartaginenses, lusitanos y gallegos. Juntáronse los obispos, como les era mandado, en Celenis, pueblo de Galicia. Juntos que fueron, por sus votos condenaron la doctrina de Priscilliano, y puesta por escrito una fórmula de la verdadera fé, la enviaron á Baloenio, prelado de Braga, que era superior de todas las iglesias por aquella comarca con derecho de metropolitano ó sea de primado. Desta fórmula se hace men-

cion en el primer concilio Bracarense, y anda despues del primer concilio Toledano como parte suya y remitiendo mal pegado, por yerro sin duda del que primero juntó los volúmenes de los concilios. Anda tambien un pedazo de una epístola de Toribio contra la secta priscilliana, dirigida á dos obispos de España. En ella, despues de saludarlos, dice dolerse que la concordia de la religion que tenían las demás iglesias se pervierta en su patria por culpa de los obispos, que no consideraban bastante como aquel mal tantas veces reprimido tornaba de nuevo á brotar. La vida que profesaba y el haberle sido encomendado este cargo, le ponía en necesidad de hablar, dado que en todo era el mas bajo. Los libros apócrifos que los herejes publicaban por divinos debían ser desechados, en particular los *Actos del apóstol santo Tomás*, en que se afirmaba que el dicho Santo acostumbraba á bautizar, no con agua, sino con aceite, sacramento que por autoridad de aquel libro recibían los maniqueos, y le reprobaba Priscilliano. Decía tambien que debían poner en la misma cuenta los *Actos de san Andrés*, fingidos ó corrompidos por los maniqueos; los *Hechos otrosí y Vida de san Juan*, compuestos por Luceyo, hombre perverso; la *Memoria de los apóstoles*, en que la ley vieja de todo punto se reprobaba, del cual libro constaba haberse aprovechado los maniqueos y priscillianistas para defensa de sus errores. Dice mas haber en particular peleado por escrito contra las locuras de aquel libro, pero esta disputa con el largo tiempo se ha perdido. El cuerpo de santo Toribio está enterrado en las Astúrias en San Martin de Liévana. En algunos pueblos asimismo se celebra su memoria como de santo á 16 del mes de abril, con fiesta propia que le hacen. Volvamos á Turismundo, al cual por imperar mas soberbia y cruelmente que hombres libres y feroces podían sufrir, hicieron dar la muerte sus dos hermanos Teodorico y Federico. Ejecutóla Ascalerno, muy privado suyo, en la cama en que estaba á causa de una enfermedad; le mató á hierro pasado un año del principio de su reinado. El año luego adelante, que fué de Cristo 453, á 18 de marzo, mató en Roma al emperador Valentiniano Trasila, soldado de Aecio, en venganza de la muerte que aquel Emperador diera á su capitán. Así se dijo; mas en hecho de verdad Máximo lo sobornó y persuadió tan grave maldad y traicion con intento que tenía de levantarse con el imperio, como lo hizo, y para conservalle con la majestad conveniente, procuró casarse y casó con Eudoxia, mujer de Valentiniano. Con la muerte de Valentiniano el imperio de occidente de todo punto cayó en tierra, porque nueve tiranos ó emperadores desgraciados, que por orden se siguieron adelante, en ninguna manera son tenidos por dignos de tal nombre. Por el mismo tiempo, por muerte de Teodosio el Menor, gobernaba las provincias de oriente el emperador Marciano, por cuya diligencia se juntó un Concilio de obispos en Calcedonia, doblado el número de padres que hobo en el concilio Niceno. Este concilio reprobó las locas opiniones que de Cristo Dioscoro y Eutiquete enseñaban. Había comenzado á gobernar la gente y reino de los godos Teodorico con prudencia y modestia singular, escogido príncipe, si no afeara la religion con las opiniones de Arrio, y la bondad de la vida con la sangre que derra-

mó, como queda dicho, de su hermano. Sidonio Apollinar, á quien Teodorico hizo conde, y despues en la Gallia fué obispo de Arverno, hoy Claramonte, en una carta que dirige á Agrícola, declara por menudo las virtudes de Teodorico, la gravedad y mesura de su rostro, sus fuerzas corporales, que no era dado á regalos, sino de todo punto varonil y soldado; la destreza en tirar el arco, la templanza en la comida y bebida, la costumbre que tenia despues de comer de alfojar con honestos juegos el ánimo apesgado y flechado con los cuidados del reino; y lo que es muy propio de los reyes, daba audiencia á los miserables con una paciencia singular. Añade que se deleitaba cenando con las burlas de los truhanes, pero sin que mordiesen á nadie. Estaba Avito acerca dél por embajador de Máximo Augusto, y dice Gregorio Turonense que era natural de Claramonte. A este Avito, sabida la muerte de su señor, persuadió el Rey que se apoderase del imperio de occidente, y para esto le ayudó con su autoridad y fuerzas. Concertaron los dos que en recompensa destas ayudas quedasen por los godos todo lo que en España quitasen á los suevos, que se iban apoderando de las tierras de los romanos y aspiraban al imperio de toda España. Era menester buscar algun color honesto para hacerles guerra y para quebrantar los vínculos del deudo que tenían entre sí; parecióles ser lo mejor con una embajada amonestar á Reccario no se olvidase de la modestia; que acometer sin alguna causa á los comarcanos, y sin haber recibido injuria dellos, seria despertar contra sí el odio público y envidia de las otras naciones; que los reinos con justicia se fundan, y por ambicion y crueldad se pierden; amenazaba que si no desistia, no podía faltar al imperio romano, que le habia obligado su fe, y del que tenia recibidos muchos beneficios. A esto Reccario, como hombre de soberbio corazon, á quien las victorias pasadas hinchaban y henchian de vanas esperanzas, respondió que en breve seria en Tolosa para probar de cuánta valentía era la una y la otra gente y determinar aquel pleito por el trance de las armas. Con esta respuesta Teodorico, para prevenir y para todo lo que pudiese suceder, hizo juntas de los suyos, y llamó tambien socorro de los borgoñones y de los francos; pasó los montes Pirineos, y cerca del rio Urbico, que corre entre Iberia y Astorga en Galicia, en una batalla muy trabada venció y puso en huida á su enemigo. Grande fué la matanza que de suevos se hizo en aquella batalla. El mismo Reccario salió herido, y no teniéndose por seguro en parte alguna de España, quiso en una nave pasar en Africa; pero la fuerza de la tormenta le echó á la ciudad de Portu por aquella parte que el rio Duero se mete en el mar. Allí por mandado del vencedor le mataron el año de 456, como lo dice Adon Vienense. Braga fué puesta á saco, pero sin sangre de los ciudadanos. La presa fué rica por estar, á lo que parece, en aquella ciudad la silla de los reyes suevos. Despues desta batalla puso Teodorico por gobernador de Galicia, que dejó sujeta, á Acliullo, del linaje de los varnos, no de la nobleza de los godos, y hombre de poca lealtad. Revolvió la guerra contra la Lusitania, donde por amonestacion de santa Olalla, debajo de cuyo amparo estaban Mérida y sus cosas por ser ella su protectora, desistieron de saquear aquella ciudad. Hecho esto, Ceurila con parte

del ejército fué enviado contra la Bética; Nepociano y Nerico á Galicia contra Acliullo, que, olvidado de la fe y de su deber, se habia apoderado de aquella provincia y hecho tirano. Teodorico, vuelto en Francia, ó con deseo de descansar, ó por acudir á otras alteraciones, tomó las armas contra los romanos y contra Mayoriano, por ventura porque habian forzado á Avito que renunciase el imperio, como se dirá luego, y ya se dijo que el emperador Avito y el rey Teodorico eran amigos. Taló pues los campos de Francia y saqueó los pueblos y pasó armado hasta el rio Ródano; y como se apoderase de Leon, la puso á fuego y á sangre y la saqueó. Esto en Francia. En España el capitán Ceurila, como hobiese al improviso y antes que nadie imaginara llegado á la Bética, los naturales con embajadores que le enviaron le hicieron saber que ellos ponian á sí y á todas sus cosas en el poder de los godos; que no habian consentido con los demás suevos ni conspirado contra los romanos; que estaban aparejados á dar rehenes y hacer lo que les fuese mandado, recibirlos en los pueblos, ayudarlos con trigo y con todas las demás cosas. Por esta manera sin sangre la Bética quedó sujeta al señorío de los godos. En Galicia se hacia la guerra con mayor porfia, y últimamente, en una batalla que se dió cerca de Lugo, Acliullo, que se nombraba rey, á lo menos se habia apartado de la obediencia de los godos, fué preso y pagó con la cabeza. Los suevos enviaron á Teodorico hombres santos con los ornamentos de la iglesia y cosas sagradas para moverle mas, por cuya industria alcanzaron perdon para toda la provincia de Galicia, y no solamente el perdon que pedian, sino con increíble grandeza de ánimo les otorgó que, recogiendo las reliquias del naufragio pasado, nombrasen de entre sí rey. Vinose á la eleccion, no se conformaron las voluntades, unos nombraron á Franta por rey, otros á Masdra; este por los suyos fué muerto á hierro dentro de dos años. Remismundo, su hijo y sucesor, año de nuestra salvacion de 460, conforme á la cuenta de Isidoro, corregidos los números conforme á la verdad, se concertó con Franta, y juntadas con él sus fuerzas, entró por la Lusitania meliéndola toda á fuego y á sangre; provincia que en aquella sazón habia vuelto al señorío de los romanos, si bien no se entien-de la manera, el tiempo ni la causa en que esto se hizo; lo que se sabe es que Remismundo no la pudo del todo sujetar á su señorío. En Roma y en Italia Ricimer, nieto que era de Wafia, rey de los godos, nacido de una su hija y de padre suevo de nacion, era en este tiempo maestro de la milicia romana, que era el mayor poder y cargo despues del emperador. Este hacia y deshacia emperadores en aquellos miserables tiempos; y con esto traia al retortero la república romana, porque Mecilio Avito, sucesor de Máximo, renunció el imperio y fué hecho obispo de Placencia en Italia. El que le forzó á hacer esto, que fué Julio Valerio Mayoriano, sucesor suyo, pasó en España, y segadas las alteraciones de aquella provincia, aprestó una armada en Cartagena con deseo de deshacer á los vándalos en Africa. Pero todo este aparato se desvaneció como humo, porque parte de la armada quemaron los enemigos, parte tomaron por haber ellos tenido noticia de lo que el Emperador pretendia y tiempo para hacerle resistencia y daño. El mismo Mayoriano,

afreado con la afrenta del mal suceso, si bien en la Galicia restituyó al imperio todo lo que los godos usurparan, dado asiento en las cosas de aquella provincia y vuelto en Italia, perdió la libertad y la vida en Dertona cerca del rio Hira, á los 7 de agosto año de 464, todo por engaño y órden de Ricimer. Por su muerte Vibio Severo, participe en esta conjuración, fué puesto en su lugar, ayudado por el mismo Ricimer. En aquella revuelta y confusión de cosas el rey Teodorico se tornó á apoderar de Narbona por entrega que della hizo Rabenio, á quien con grandes promesas él persuadió se apartase de la obediencia del emperador Severo. Hay en Nebrija un letrero deste tiempo en la misma delantera del templo sobre la puerta con estas palabras vueitas en romance:

ALEJANDRIA, CLARÍSIMA HEMBRA, VIVIÓ AÑOS VEINTEY CINCO, POCOS MAS Ó MENOS: MURIÓ EN PAZ Á 10 DE LAS KALENDAS DE ENERO, ERA 503. PROBO, SU HIJO, VIVIÓ DOS AÑOS Y UN MES.

Por las palabras latinas deste letrero, que es muy llano, se ve que la elegancia de la lengua latina habia ya en este tiempo degenerado mucho de lo antiguo. La alfa y la omega con la señal de la cruz, en aquella forma que se dijo arriba hizo Constantino Magno la bandera real, están puestas debajo deste letrero, conforme á la costumbre de aquel tiempo en razon de diferenciar los sepulcros de los cristianos de los demás. Gobernaba por el mismo tiempo la Iglesia romana Hilario, natural de Calari en Cerdeña, sucesor de Leon el Magno. Hay una carta de Ascanio, obispo de Tarragona, para Hilario, con ocasion de la cual y de un concilio de obispos que se juntaron para celebrar el día en que nació el dicho pontífice, se trató en Roma cómo Nundinario, obispo de Barcelona, nombró por heredero de sus bienes y señaló por su sucesor á Ireneo, coadjutor suyo. Dicen que la voluntad y juicio del obispo fué aprobada por los votos de los principales y de los demás del pueblo. Movido deste ejemplo ó de su voluntad, hizo lo mismo Silvano, obispo de Calahorra, señalando sucesor, pero sin la voluntad del pueblo y consentimiento del metropolitano. Por tanto pedian que, aprobada la primera eleccion por autoridad de Hilario, la segunda se diese por ninguna. Respondió Hilario que por no poderse en manera alguna distinguir la causa de Barcelona de la de Calahorra y porque no pareciese se heredaba lo que por benignidad de Cristo se da conforme á los merecimientos de la vida de cada uno, que la una y la otra eleccion se tuviesen por de ningun efecto y se tornasen á hacer conforme á las costumbres y leyes legalmente. La data desta carta fué á 30 de diciembre, siendo cónsules Basilisco y Hermenerico, que fué año de nuestra salvacion de 465. En esta carta Ascanio se llama metropolitano de la provincia Tarraconense. Tenia Tarragona por sufragáneas á Calahorra, Leon, Barcelona, Ciudad-Rodrigo, que antiguamente se llamó Miobriga, dado que entre sí estaban muy apartadas, argumento claro que era superior de todas las iglesias que en España obedecian al imperio romano, y reconocian á la Iglesia romana por madre y cabeza de la religion cristiana, como lo es. Por ventura en España no se usaba en aquel tiempo el nombre de primado, sino que donde tenian el gobierno y la silla del imperio, aquella ciudad reconocian las demás ciudades é iglesias

que pertenecian á aquel gobierno, punto de que tenemos muchas conjeturas y razones, si no concluyentes, á lo menos probables; pero volvamos á lo de Galicia.

CAPITULO V.

De la muerte del rey Teodorico y del rey Eurico.

Los suevos en esta misma sazón andaban alterados á causa de nuevas guerras que entre ellos se levantaron. Fué así, que por votos de la una parcialidad de las dos que andaban entre aquella gente, en lugar de Franta, difunto, como queda dicho, fué puesto Frumario. Su competidor Remismundo, antes que el nuevo Rey cobrase fuerzas y se arraigase en el reino, pretendió apoderarse por fuerza de armas de todo el señorío y nacion de los suevos; y salió con ello por causa que al mismo tiempo falleció acaso de su enfermedad Frumario, su contrario. Dado que Iria Flavia, ciudad sujeta á Remismundo, fué destruida por los contrarios, ca no quedaban del todo sosegados con la muerte de Frumario, su rey. Reducida con tanto la gente de los suevos debajo del imperio de uno, grandes levas de gentes se hicieron en toda aquella provincia, con que juntado un grueso ejército, Remismundo acometió la Lusitania, y despues de haberse por engaño apoderado de Coimbra, hizo lo mismo de la ciudad de Lisbona, por entrega que della le hizo Lucidio, ciudadano y gobernador de aquella ciudad. El poder de los romanos era meospreado; temianse las armas de los godos; por esto pareció á los suevos conveniente aplacar á Teodorico con una embajada con que le prometian de mantenerse en su fe y estar prestos para hacer lo que les fuese mandado. Dió orejas el Godo á esta embajada, y para mayor firmeza de la amistad tratóse que los reyes se confederasen con nuevo parentesco; y así, Remismundo casó con una hija de Teodorico, que con voluntad de su padre fué enviada á España, y en su compañía Salano, hombre principal, que tomó cuidado de llevarla. Iba tambien entre los demás Ayace, hombre francés, y que por ganar la gracia de su rey, días antes se hiciera arriano. Todo esto iba enderezado á que por diligencia deste hombre los suevos se pervirtiesen y hiciesen arrianos; con que se prometian, quitada la diferencia de la religion, seria mas firme el asiento que tomaron. Hizo aquel hombre astuto lo que se pretendia. En efecto, la Reina procuró introducirle en la gracia de Remismundo, y por aquel medio inficionar la gente de aquella mortal ponzoña. Salano, como celebradas las bodas se volviese á Francia, halló que Teodorico era muerto por engaño de Eurico su hermano, que fué año de nuestra salvacion de 467, el año trece despues que él con semejante alevosía dió la muerte á Turismundo, su hermano. El reino de los godos sin contradiccion quedó por Eurico en premio de aquella maldad. Era grande su ferocidad y brio; solo le ponía en cuidado el poder de los suevos. Temia que Remismundo vengaria por las armas la muerte del Rey, su suegro; deseaba juntamente quitar la Lusitania á los suevos, y echados los romanos de toda España, hacerse universal señor della, porque en aquella era estaba dividida en tres partes. La Galicia con parte de la Lusitania obedecia á los suevos, la Bética y Cataluña á los godos, debajo del imperio de los romanos permanecia la provincia Car-

taginense, los Carpetanos, reino de Toledo y casi todas las demás provincias de España. Eurico pues lo primero se concertó por medio de sus embajadores con el emperador Leon, que regia las provincias del oriente; hecho esto, entró con un grueso ejército y discurrió hasta lo postrero de España, donde sin hallar contradicción, por muchas partes maltrató y sujetó la provincia de Lusitania. Desde allí, antes de dar la vuelta, envió delante parte de su ejército para apoderarse de Pamplona y de Zaragoza, que perseveraban en la obediencia de los romanos. El tambien con lo mas fuerte del ejército movió la vuelta de la España citerior, y en ella despues de largo cerco se apoderó de Tarragona, ciudad que en España tenia muy grande autoridad, y la derribó por el sueto, enojado de que se pusieron en defensa y que el cerco hobiese durado mucho tiempo. Con esto despojó á los romanos de todo el señorío que tenian en España y del imperio que duró en ella casi setecientos años; y aun fuera de Galicia, que quedó por los suevos, todo lo demás de España por fuerza de armas se rindió á los godos. Esto en España. En la Gallia se ensancharon los términos del señorío de los godos con esta ocasion. Las cosas de Italia iban de caída á causa de las guerras civiles que andaban muy encendidas con grande y vergonzosa flaqueza del imperio romano, de manera que apenas ya ni por sus fuerzas ni con socorros de fuera se podian entretener; porque muerto el emperador Vio Severo, Flavio Antemio tuvo por algun tiempo el imperio de occidente, sustentado con las fuerzas y mañas de Ricimer, patricio, que sacó del barato para sí por mujer una hija del nuevo emperador, bien que la amistad no duró mucho, ni podia ser seguro tan gran poder de hombre particular; y es cosa forzosa que perezca ó que haga perecer el que pone miedo al principe, como acaeió entonces. Resultaron diferencias entre el suegro y el yerno; vinieron á las armas, y Ricimer se apoderó de la ciudad de Roma y la saqueó, dió otrosí la muerte al emperador Antemio. Con esto un senador llamado Olibrio sucedió en el imperio. El mismo Ricimer pocos dias despues murió atormentado de gravísimos dolores. El vulgo entendia que era venganza del cielo por haber menospreciado poco antes el derecho de afinidad tan estrecha y haber maltratado aquella ciudad. Muerto poco despues Olibrio, siguióle Glicerio, en ninguna cosa mas afortunado que su predecesor, porque Julio Nepote, á quien Leon, emperador de oriente, dió el imperio de occidente, le forzó á renunciarle, y le envió á Salonia, ciudad de Esclavonia, para que allí fuese obispo de aquella ciudad á propósito que no le escarneciesen y maltratasen, si quedase en Italia despojado del mando como hombre particular, y para que con aquella dignidad se sustentase y pasase por el agravo que le hacian; dado que parece vino de su voluntad en ello, pues poco despues fué aquella ciudad acogida del mismo Nepote, cuando asimismo le echó de la silla imperial Momillo Augusto. Orestes, maestro que era de la milicia romana despues de Ricimer, y padre deste Momillo, quitó el imperio á Nepote, y en él puso á este su hijo, lo cual sucedió á 31 de octubre año de 475. Vulgarmente á este nuevo emperador llamaron Augustulo por via de escarnio y porque en él se acabó de todo punto el imperio de occidente, que otro del mismo nombre, es á saber, Octavio Augusto, habia fun-

dado á lo que parecia para siempre y para que fuese perpetuo. Desta manera trueca y revuelve la fortuna, ó fuerza mas alta, las cosas humanas. Caen las ciudades y los imperios, yérmanse los pueblos y las provincias se asuelan; que es todo consideracion muy á propósito para conhortarse cada cual y llevar en paciencia sus trabajos. Ciudades y reinos muy nobles yacen por tierra caidos como cuerpos muertos; y nos, cuyas vidas estrechó la naturaleza dentro de pequeños términos, si alguno de los nuestros muere; harémos extremo sentimiento? Razon es sin duda y muy justo nos acordemos que somos hombres, y no nos queramos atribuir la inmortalidad de los que están en el cielo. Imperó Augustulo nueve meses y veinte y cuatro dias. Odoacro, hombre bárbaro, rey de los herulos, habiéndole quitado el imperio, se apoderó de Italia y de Roma, y tuvo aquel imperio por mas de diez y seis años. Este fué el fin del imperio de occidente, estos los emperadores postreros y desgraciados que aquí habemos juntado como las heces que fueron del imperio romano y de su majestad. Volvamos atrás y contemos algunas cosas que en su tiempo acontecieron. Eurico, rey de los visogodos, despues de haber domado á España, acometió las tierras de la Gallia. Añadióse este nuevo mal á los demás con que las provincias todas eran trabajadas. La deslealtad, que en aquel tiempo mas que en otro se usaba, fué la principal causa destes daños. Fué así, que Arvando primero y despues Seronato, que eran en la Gallia gobernadores por los romanos, persuadieron á este Rey que se apoderase de las provincias del imperio, pues le seria cosa fácil en tiempos tan revueltos. Juntóse con esto que á Genserico, vándalo, venció en una batalla naval cerca de Sicilia Basilisco, capitan famoso del emperador Leon. Con esta pérdida maltratado el Vándalo, se volvió en Africa, y por miedo que tenia de mayor daño, donde movió por sus embajadores á la una y á la otra gente de los godos, ostrogodos y visogodos contra los romanos, con grandes esperanzas que les puso delante y partidos aventajados. Estas fueron las causas de la guerra que se hizo en Francia. Arvando y Seronato, descubierta la traicion y convencidos en juicio, pagaron con las cabezas. El intento de Genserico tuvo mejor suceso, porque Teodemiro, rey de los ostrogodos en Panonia, recobrado que hobo su hijo Teodorico, que largo tiempo estuvo en Constantinopla en rehenes, y el cielo le tenia aparejado el imperio de Italia, dió cuidado á Vindemiro su hermano para que hiciese guerra á Italia, que de sí misma iba á caer y estaba para perderse. Pero este, vencido por los dones que Glicerio Augusto le dió en el tiempo que tuvo el imperio, deja Italia, se pasó en la Gallia, y juntó sus fuerzas con Eurico, que con gran espanto y daño de aquella provincia comenzaba á talar los campos y meter á fuego y á sangre las villas y lugares. Fué esta junta de grande efecto, y dado que Epifanio, obispo de Pavia, varon en aquel tiempo de grande autoridad, enviado por Nepote Augusto, trató de sosegar estas gentes, no hizo algun efecto; antes partido él, los de Rodas, de Cahors, de Limoges, los gabalitanos quedaron sujetos por las armas de los godos. Arverno otrosí, ciudad de la primera Aquitania, que hoy llaman Claramonte, no lejos de aquel collado donde la antigua Gergovia de César estuvo situada, forzosamente se hobo de entregar por es-

tar cansados los ciudadanos de un cerco que sobre ella tuvieron muy largo. Hacían resistencia á los godos y á sus intentos por una parte el obispo de aquella ciudad, llamado Sidonio, con sus fervientes oraciones y vida muy santa, por otra el conde Ecdicio con su valor y con las armas, hijo que era de Avito, uno de los emperadores ya contados. Pero las orejas de los santos y del cielo estaban sordas para oír las plegarias de aquel pueblo, y los muros de la ciudad por la mayor parte echados por tierra y allanados. Por esta causa Ecdicio se resolvió de huir. Llamóle el emperador Nepote y hízole patrio, que á la sazón era nombre de grande dignidad, premio debido á su virtud, si bien tuvo poca dicha en defender la ciudad. En lo que mas se señaló este nobilísimo varón fué en la liberalidad con los pobres en un tiempo que corrió de una hambre y carestía muy grande, mayormente en la Borgoña. Acudió á tan grave necesidad Ecdicio con sus tesoros y con sus riquezas. Envió su gente con jumentos y carros para que le trajesen todos los pobres que hallasen. Juntaron como cuatro mil dellos, hombres y mujeres y niños; á estos todos dió en su casa el sustento necesario por todo el tiempo que duró aquel azote y trabajo; y despues por el mismo órden los hizo volver á sus casas y á sus tierras. Partidos los pobres, dice Gregorio Turonense que se oyó una voz del cielo, que dijo: «Ecdicio, Ecdicio, porque hiciste esto, y obedeciste á mi voz, y sustentando á los pobres, hartaste mi hambre, ni á tí ni á tus descendientes para siempre faltará pan.» Para hacer rostro á los godos, que se iban apoderando de gran parte de la Gallia, el emperador Nepote despachó á Oreste, maestro de su milicia, con bastante número de gente. Era este capitán godo de nacion; y conforme á la poca lealtad que en aquel tiempo se usaba, dejada aquella empresa, revolvió con sus fuerzas contra su mismo señor y emperador sin parar hasta despojarle del imperio y poner en su lugar á su hijo, que, como queda dicho, se llamó Augustulo. Con la vuelta de Orestes no quedó en la Gallia quien hiciese resistencia á los godos; así extendían sin contradicción en aquella provincia los términos de su imperio. Apoderáronse de Marsella y de otras ciudades por toda aquella comarca, cuyos campos riega el caudaloso río Ródano con sus aguas. Finalmente, Eurico puso la silla de su reino en Arles, y soberbio y arrogante con tantas victorias, como si le faltaran de todo punto los enemigos, revolvió su furia contra la religion católica, como príncipe arriano, que era muy aficionado á aquella mala secta. Para mejor salir con lo que pretendía, que era deshacer los católicos, echaba los obispos de sus iglesias sin poner otros en su lugar. Los demás sacerdotes y clero, por no tener quien los acaudillase, se derramaban por diversas partes y se reducían á muy pequeño número. Desamparaban los templos, que en parte se caían, en otros nacían yerbas y matas y todo género de maleza en tanto grado, que las mismas bestias y ganados se entraban dentro á paecer, sin que la santidad de aquellos lugares fuese parte para reparar este daño por estar las puertas caídas y la entrada libre para todos, así hombres como brutos, si ya no era que los matorrales y zarzales en algunos templos eran tan grandes que no dejaban entrar á nadie. Sidonio Apollinar en muchas cartas llora la calamidad de tiempos tan miserables; déjese ha de tomar la razon

de estas cosas por haberlas dejado los historiadores de contar. Reinó Eurico por espacio de diez y siete años. Falleció en Arles de su enfermedad el año de nuestra salvacion de 483. En este mismo año Simplicio, pontífice romano y sucesor de Hilario, pasó desta vida á otra mejor. Hállase una carta de Simplicio para Zenon, obispo de Sevilla, do se ponen estas palabras: «Por relacion de muchos liemos sabido que tu caridad con el favor del Espíritu Santo así gobiernas tu Iglesia, que con la ayuda de Dios no sienten los daños del naufragio. Por tanto gloríándonos con tales nuevas, nos pareció conveniente de hacerte vicario de nuestra silla, con cuya autoridad y vigor esforzado no permitas en alguna manera que se traspasen los decretos del amaestramiento apostólico ni los términos de los santos padres. Porque justa cosa es que sea remunerado con honra aquel por cuyo medio en esas regiones se sabe crece el culto divino.» Destos principios, como quier que los romanos pontífices en adelante acostumbrasen á hacer sus vicarios á los obispos de Sevilla, les nació aquella autoridad que algunas veces tuvieron sobre las demás iglesias de España, junto con que aun por este tiempo la iglesia de Toledo no tenía el derecho y autoridad de primado. A Simplicio sucedió Félix, cuya carta asimismo se ve para el mismo Zenon, en que no hay cosa alguna que digna de memoria sea.

CAPITULO VI.

Del reino de Alarico.

Hechas las exequias de Eurico, los principales, á los cuales el padre estando á la muerte mucho les encomendó á Alarico, su hijo, y á él dió muy buenos consejos, le declararon por sucesor de su padre. En tiempo deste rey las cosas de los visogodos estuvieron pacíficas en España. La Gallia, por estar dividida en muchos señoríos de godos, francos y borgoñones, no podía sosegar largo tiempo. Teodorico en Italia, con consentimiento del emperador Zenon, que sucedió á Leon, fundó el reino de los ostrogodos, ca venció y mató al rey Odoacre año de nuestra salvacion de 493. El origen de los ostrogodos y su principio se ha de tomar del tiempo de Radagaiso, el cual como fuese deshecho en Fiesoli por las gentes de Honorio y por el esfuerzo de Stilicon, los que quedaron de aquel ejército destrozado de ostrogodos, pasados varios trances, juntaron sus fuerzas con los hunnos, y en la batalla Catalúnica estuvieron de parte de Atila, como queda arriba dicho. Despues, como tuviesen por mejor asentar á sueldo del imperio romano que servir á los otros bárbaros, el emperador Marciano les dió tierras en Panonia donde morasen. Poco despues vino á ser rey de aquella gente Teodormiro, cuyo hijo fuera de matrimonio habido en una mujer llamada Eurelieva, por nombre Teodorico, de edad de siete años, envió su padre por rehenes al Emperador Leon. Era mucha su gracia; por esto y con la buena crianza y su ingenio se hizo muy amable al emperador, tanto, que llegado á mayor edad le dió licencia para volverse á su patria. Despues de la muerte del padre como hecho rey volviése á visitar al emperador Zenon en el mismo tiempo que Odoacre Herulo acometió el imperio de Italia, alcanzó dél fácilmente licencia de pasar contra aquel Rey, y vencidos y destruidos los

enemigos, se llamó rey de Italia. Sujetó otrosí á Roma, como manifestamente se entiende por las cartas que Casiodoro, su secretario, escribió en nombre del mismo rey. Para cobrar fuerzas y arraigarse muy de propósito en el nuevo reino que conquistara acordó ayudarse de todas partes, y en particular emparentar con los francos, borgoñones y visogodos, príncipes y naciones en aquel tiempo de grande poder y fama. Con este intento él mismo casó con Audefleda, hermana de Clodoveo, rey de los francos, que ya en aquella sazón era cristiano. De dos hijas suyas, habidas en una mujer soltera, la una, llamada Ostrogoda, dió por mujer á Alarico, rey de los visogodos; la otra, llamada Teudicoda, á Gundibaldo, rey de los borgoñones. Por esta forma y con estos casamientos se hizo como juez y cabeza de todo el occidente; y como tal procuró concertar cierta diferencia que resultó entre los visogodos y los francos con cartas y mensajeros que despachó á los unos y á los otros, en que con los ruegos mezclaba amenazas si no venían en lo que era razon. Los francos, por el amor que tenían á la religion católica, que poco antes abrazaran, aborrecían á los visogodos como gente inficionada de la secta arriana. Demás desto, llevaban mal que todos los desterrados y enemigos de los francos hallasen segura acogida en el reino de Alarico. Quejábase otrosí Clodoveo que Alarico en cierta habla que tuvieron concertada trató de armarle cierta zalagarda para quitarle la vida, lo cual decía saber muy cierto. La verdad era que dos reinos comarcanos como estos no podían estar mucho tiempo sosegados ni faltar ocasiones de desabrimientos. Destos principios se temía alguna grave guerra y que se encendería algun gran fuego entre aquellas dos gentes ferocísimas. El rey ostrogodo, avisado de lo que pasaba, primero por la fama, y despues por diversos mensajeros que le vinieron, y recebiéndose de los daños que podrian resultar, despachó á cada uno de los dos su embajada con sendas cartas que les escribió muy prudentes y graves para sosegarlos y concertar aquellas diferencias. Avisóles que recebia el mayor pesar que podia ser viendo que dos tan amigos suyos se armaban el uno contra el otro y aun se despeñaban en su perdicion, desórden de que sus enemigos se alegraban por verlos escondidos en odios tan grandes; que por el mismo caso que cada uno buscaba la destruicion del otro resultaba el peligro, no solo de su vida, sino tambien de sus súbditos, que ordinariamente lastan los desatinos de sus reyes; los reinos se fundan con prudencia y modestia, la desenfrenada locura los deshace y consume; las guerras que fácilmente se emprenden muchas veces se rematan en triste y miserable fin; que le parecia cosa justa antes de venir á las manos intentasen algun camino y manera de concertarse, pues los ánimos que hasta entonces por cosas de poco momento estaban entre sí irritados, con facilidad se apaciguarían y ternían concordia; pero si el odio pasaba adelante y con muestras mas graves perdían del todo la amistad, no quedaria esperanza de concordarlos hasta tanto que, consumidas y desbechas las riquezas y fuerzas, el uno de los dos reinos que en gran manera florecían de todo punto quedase asolado; que temía, á causa del parentesco que con ambos tenía, resultaria en él el afrenta é infamia de entrambas partes de cualquier manera que el nego-

cio sucediese; que si á Alarico no enfrenaba el respeto de padre ni á Clodoveo reprimía el amor de hermano; él como á hijo amenazaba al uno, y al otro apercebía que tendria por enemigo aquel que mostrase mayor odio y aversion á la paz, no obedeciendo á los consejos y amonestaciones de un pecho amíicísimo y de un tan cercano pariente. Alarico mas fácilmente daba oídos á estas amonestaciones. Clodoveo, por ser hombre mas feroz, deseaba cualquier condicion de paz. Dió pues esta soberbia respuesta: que él no tenía otro ánimo con Alarico del que era justo y él gustaba; que él fué el primero agraviado y ofendido, junto con que demás de dar acogida á sus enemigos en sus tierras, le habia denunciado la guerra; que el derecho de naturaleza y la majestad real pedían no diese lugar á estas demasías, sino que se defendiese y desagraviase; concluía con decir que convidando él con la paz, y el enemigo presentando la guerra, deseaba le hobiera dado la naturaleza dos manos derechas, la una para contraponerla á Alarico, y dar la otra desarmada al mismo Teodorico. Esta respuesta de tanta resolucion hizo que el Ostrogodo quedase mas inclinado á Alarico. Escribió cartas á todos los demás reyes, cuyas copias hoy andan, en que reprehende la soberbia y orgullo del francés, cárgale que confiaba en sus fuerzas y en su fiereza, que era la causa de tener las orejas cerradas á la razon y justicia; amonesta que todos acudan á aquel peligro y atajar aquel daño, que podria resultar en perjuicio de todos; despachasen sus embajadas á amenazar á Clodoveo y apartalle de aquel mal propósito; que la conservacion del estado de cada uno en particular dependia de la comun providencia y amistad que todos entre sí debían tener y de contrapesar las fuerzas de los príncipes por esta forma. No aprovechó ni la diligencia del rey Teodorico ni su autoridad para que la guerra no pasase adelante y viniesen á las manos. Marcharon el uno contra el otro. Juntáronse las dos huestes enemigas en los campos Vogladenses, tierra de Potiers. No se reconocían ventaja los unos á los otros ni en los ánimos ni en las armas ni en el arte militar, ni en el vigor y fuerzas de los cuerpos. Luego pues que llegaron los unos y los otros á vista, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Fué la batalla muy reñida y dudosa, igual el peligro, no menor la esperanza. Alarico no dejó por intentar cosa alguna y las que se podían esperar de un valeroso capitán, porque como cargasen los enemigos con grande impetu, y los godos por todas partes fuesen destrozados y muertos, y los demás por salvar las vidas volviesen las espaldas, él con ánimo muy grande acudia á todas partes, á los temerosos esforzaba, levantaba los caidos, do era la mayor carga y do quiera que se mostraba alguna esperanza, allí ayudaba con obras y con palabras. Señalábase entre todos los suyos por el caballo en que iba y sus armas resplandecientes y sobrevistas reales. Decía á sus soldados que no en la ligereza de los piés sino en las manos y su valor debían poner la esperanza; que en aquel trance lo mas peligroso era lo mas seguro, y la firme resolucion muy poderosa arma en la necesidad; grande afrenta que los vencedores de tantas naciones se dejasen vencer de aquella gente. Suele el temor ser mas poderoso que la vergüenza; así los soldados no recibían las palabras ni daban oídos á las amonestaciones de Alarico. Vuelvon

De los reyes Gesaleico, Teodorico y Amalarico.

todos las espaldas. Quedaba de los postreros Alarico; y visto que no podia mas, pretendia tambien salvarse, cuando Clodoveo, que peleaba en el primer escuadron, se fué para él, y de un encuentro y bote de lanza le arrancó del caballo. Procuraba Alarico levantarse, pero acudió un peon francés que le quitó la vida. Por el contrario, dos caballeros godos, movidos del deseo de vengar á su rey, por el un lado y por el otro, puestas en el ristre sus lanzas, se fueron para el rey francés. Valióle una buena loriga que llevaba y un valiente manco llamado Clodorico, que acudió á favorecerle. Muerto Alarico, los godos que escaparon de la matanza se derramaron por las ciudades comarcanas, sin que quedase escuadron alguno de consideracion para hacer rostro á los francos. Con esto la ciudad de Anguloma, que se tenia antes por los godos, despues desta rota tan grande vino en poder de los francos, mayormente que una parte de los muros por su vejez de repente se cayó y allanó por tierra. Los godos que no se hallaron en esta batalla se apellidaron de nuevo y se atrevieron á probar ventura en la comarca de Burdeos; el suceso fué el que antes; la matanza que dellos se hizo tan grande, que desde aquel tiempo el lugar en que se dió la batalla tomó nuevo apellido, ea vulgarmente se llamó el Campo Arriano por causa de la religion que los godos seguian. En prosecucion destas dos victorias tan señaladas se rindieron á los vencedores muchos pueblos de la Francia, como Burdeos, los Vesates, los de Cahors, los de Rodes, por conclusion los de Alvernia, cuyo capitán y caudillo llamado Apollinar, duendo que era de Sidonio, obispo de Alvernia, murió en la batalla, por donde quedaron alterados y amedrentados. Hasta la misma ciudad de Tolosa se rindió, do estaba la casa real y silla de los godos, de suerte que apenas en toda Francia les quedó cosa alguna que no viniese en poder de los francos. Halláronse en los tesoros y recámara de los reyes godos los vasos y los demás instrumentos de los sacrificios del templo de Jerusalem, de que Alarico, primero de aquel nombre, rey de aquella nacion, se apoderó cuando entró y saqueó á Roma, y dél vinieron á poder de sus sucesores, y al presente al de Clodoveo; fueron tomados en los reales vogladenses ó en Tolosa, que en esto los autores son varios; y aun no falta quien diga que estos vasos estaban en Careasona, y como quier que por este respeto la tuviesen cercada los francos, sobrevinieron en su ayuda los ostrogodos, que la libraron. Murió Alarico año de nuestra salvacion de 506. El imperio y señorío que su padre le dejó asaz próspero, él le continuó con engaños y crueldad por espacio de veinte y tres años, que fué el tiempo que reinó; por esta causa se compadeció poco la gente de su desastre, antes pensaban y decian que le tenia merecido. Si bien fué el primero de los reyes godos que estableció y promulgó leyes por escrito, recopiló en suma y publicó el *Código de Teodosio* á 3 de febrero del mismo año que fué muerto. Porque antes dél en paz y en guerra acostumbraban á gobernarse los godos á fuer de otras naciones bárbaras por las costumbres y usanzas de sus mayores y antepasados. A las leyes de Alarico los reyes siguientes añadieron otras muchas, y de todas se forjó el volúmen que vulgarmente los españoles llamamos el *Fuero Juzgo*, de que tornaremos á hablar otra vez en lugar mas á propósito.

Tenia Alarico en su mujer Teudicoda, que poco antes falleció, á Amalarico, y en una mujer soltera á Gesaleico. Los principales de los godos por la poca edad de Amalarico, que era de cinco años solamente, dieron sus votos y hicieron rey á Gesaleico. Llevó mal el Ostrogodo que por respeto ninguno dejasen á su nieto y le despojasen del reino de su padre. Era señor de Italia, de Sicilia, de las Islas vecinas á Italia, del Ilírico y Dalmacia, y juntamente entretenia á su sueldo ejércitos muy ejercitados en las armas. Envió ochenta mil combatientes á la Gallia debajo la conducta de Ilba, conde de los gépidas, con intento así bien de reprimir el orgullo de los francos, soberbios por la victoria ganada, y con esto sustentar el reino de los visogodos, que estaba á punto de perderse, como de restituir á su nieto en el reino de aquella gente, que injustamente le quitaran. Gesaleico, medroso de tan grande aparato y porque Gundobaldo, rey de Borgoña, que como suele acontecer acudió á la presa, estaba apoderado de la ciudad de Narbona, como quier que no se tuviese por seguro en alguna parte de Francia, se recogió á Barcelona. Era hombre cobarde y inclinado á crueldad, pues con sus manos dentro de la casa real en aquella ciudad dió la muerte á Goerico, hombre principal, pasión ordinaria de los hombres cobardes y medrosos que pongan toda su esperanza y seguridad en la muerte de los hombres excelentes y poderosos y en la maldad. Ilba, llegado en la Gallia y ayudado por los que quedaban de visogodos, ganó la victoria del enemigo, ca venció á los franceses. Murieron en la batalla veinte mil francos; con esto los ostrogodos se apoderaron de la Proenza como en premio de su trabajo. La Aquitania, que es Guiena, tornó á poder de los visogodos. Los ostrogodos, demás de lo dicho, se apoderaron de Narbona, que quitaron al de Borgoña, y aun trataban de pasar los montes Pirineos. Gesaleico por esta causa, perdida la esperanza de sus cosas y desconfiado de las voluntades de los soldados por saber muy bien el odio que muchos le tenian por su cobardía y crueldad, pasó en Africa. Trasimundo, rey de los vándalos, dado que estaba casado con hermana de Teodorico, quier por compasion de aquel hombre ahuyentado, quier por llevar mal que el poder de Teodorico, que de tiempo atrás se hacia temer, se aumentase con la junta de aquel nuevo reino, le recibió benignamente y ayudó con dinero, como se entiende por las cartas de Teodorico, en que se queja de la injuria que en esto el Vándalo le hacia. Con esta ayuda le tornó á enviar á la Gallia, donde despues de estar escondido un año, juntado con el dinero africano un ejército, se atrevió á probar el trance de la batalla, que se dió á doce millas de Barcelona. Quedó vencido en ella por Ilba, volvió en la Gallia buyendo, y en breve murió de enfermedad causada por la pesadumbre que recibió de sucederle las cosas tan mal, que fué el cuarto año de su reinado y de nuestra salvacion de 510. Con la muerte de Gesaleico se excusaron grandes alteraciones, y comenzó el antiguo resplandor á renovarse en el reino de los godos. En Talavera, en tiempo de nuestros padres, se

halló un sepulcro de mármol blanco con este letrero vueito de latin en romance :

LITORIO, SIERVO DE DIOS, VIVIÓ AÑOS SETENTA Y CINCO, POGO MAS Á MENOS : REPOSÓ EN PAZ Á 25 DE JUNIO, ERA 548.

Debajo del letrero estaba y está hoy una cruz con alla y omega para muestra de que el enterrado allí seguía la religion cristiana. Deste Litorio hace mención Máximo, cesarAugustano; dice que murió en Ebury de los carpetanos, año 509. Ebury es Talavera. Muerto Gesaleico, quien haya sido puesto en su lugar no concuerdan los autores; los mas afirman que el mismo Teodorico, ostrogodo, se llamó de allí adelante rey de los visogodos. Conforme con esto que los concilios de los obispos que por este tiempo se tuvieron en España ponen al principio el nombre de Teodorico y tambien el año de su reinado. Otros son de parecer que á Gesaleico sucedió Amalarico, y que Teodorico solamente fué tutor y gobernador en lugar de su nieto. Desto por gobernar el reino á su voluntad y estar apoderado de todas las rentas reales de España para mantener las compañías de guarnicion, así de visogodos como de ostrogodos que tenía, procedió la opinion que hace rey á Teodorico. Nosotros no queremos interponer nuestro parecer en este caso; el lector por sí lo podrá determinar, consideradas las razones que por la una y por la otra parte militan. Lo que escritores españoles afirman, sin testimonio de algun escritor forastero, no nos contenta, es á saber, que Teodorico vino en España; por que ¿cómo se puede creer que Casiodoro y otros que escribieron por menudo las cosas de Teodorico hayan pasado en silencio jornada tan memorable? Mucho mas se debe contar entre las consejas de las viejas, dado que don Lúcas de Tuy lo atestigua, haberse casado en Toledo con mujer de la antigua sangre de los españoles, y que vencido por sus ruegos los restituyó en su antigua libertad. Demás desto, añaden que deste casamiento nació Severiano, padre de san Leandro y san Isidoro, dichos que ni concuerdan con la verdad ni vienen bien con la razon de los tiempos. Lo que se averigua es que Teudio, ó como otros dicen Teudis, que fué antes paje de lanza de Teodorico, al presente por beneficio del mismo se encargó de gobernar la tierna edad de aquel mozo y sostener el peso del reino y de todo el gobierno, escalon por donde vino despues á ser rey. Fuera desto, Eutarico, mozo de la real sangre de los Amalos, fué desde España llamado por Teodorico con esperanza de heredar el reino de Italia, por casarle, como le casó, con su hija Amalasiunta. Era Eutarico ostrogodo de nacion, y hallóse en la batalla de Catalúncia; su abuelo fué Veremundo, hijo de Turismundo, de la sangre y alcuña de los Amalos; Turismundo desde Escitia vino á España, siendo rey Teodorico, sucesor de Walla; deste fué hijo Witerico, y nieto Eutarico. Luego que llegó á Italia, Teodorico demás de su nobleza agradóse de su ingenio y condicion, y así le escogió por yerno. Las bodas se celebraron con aderezos y fiestas reales el año de 515, el cual año pasado, siendo cónsules Teodorico y Pedro, en España se tuvo un concilio en Tarragona á 6 de noviembre. En este Concilio se halla la primera vez hecha mención de monjes entre las memorias de España. Mandóse que la fiesta del domingo, á fuer y á la manera de los hebreos, se comenzase des-

de el sábado en la tarde. De aquí procedió la costumbre de los españoles que comunmente tienen la noche del sábado por parte de fiesta y la huelgan. Firmaron en el Concilio Hector, metropolitano cartaginense, que, aunque trasladada aquella dignidad á Toledo, como de suso se dijo, todavía aquellos obispos continuaban aquel título, y antes dél firmó Juan, tarraconense, y Paulo, emporitano. El año que se siguió luego despues, que fué el de 517 del nacimiento de Cristo, se celebró el concilio Gerundense en Girona. En él, conforme á la costumbre de Francia, donde Mamerco, obispo de Viena, porque rabiaban los lobos, para aplacar á Dios inventó las ledanias, ordenaron los padres que en España se hiciese lo mismo despues de Pentecostes, Pascua de Espíritu Santo y tambien el mes de noviembre. Asimismo Hormisda, pontífice, por estos tiempos gobernaba la Iglesia romana; escribió así en particular á Juan, obispo, conviene á saber tarraconense, presidente en estos dos concilios, como tambien en comun á todos los obispos de España, una carta en que manda que en la metrópoli por lo menos cada año se hagan concilios de obispos; ca los antiguos estaban muy persuadidos que consistia la salud de las iglesias en esto, por ser muy á propósito para apretar la severidad de la disciplina, que por culpa de los hombres se suele muchas veces aflojar. Hay demás desto carta de Hormisda para Salustio, obispo de Sevilla, en que le hace su vicario para concertar las diferencias que resultaban entre los obispos de la España citerior, sin perjudicar por tanto á los privilegios y derechos de los metropolitanos. Por esta causa y porque Amalarico puso la silla real y por la mayor parte residió en Sevilla, los obispos de aquella ciudad alcanzaron autoridad, que competia con la de los primados, como queda ya apuntado. Muerto Hormisda, en tiempo de su sucesor, que fué Juan, el primero de aquel nombre, que eligieron á 12 de agosto del año de 523, se tuvieron en España dos concilios de obispos, el uno en Lérida y el otro en Valencia, en que no hay otra cosa digna de memoria sino que en el de Lérida se hace mención de abad y de arcediano. Algunos piensan se celebró en este tiempo el concilio de Zaragoza, que anda vulgarmente en los libros de los concilios, sin que haya para ello ni argumento que convezna ni conjetura bastante, por no tener señalado ni tiempo cuándo se celebró ni cónsules. Vedóse empero en él que ninguno tomase nombre de doctor, sino conforme al orden de derecho. Asimismo se mandó que no se diese el velo á las vírgenes antes de ser de cuarenta años, renovando en esto los decretos de Leon Magno y de otros pontífices y concilios. Murió el pontífice Juan á 27 de mayo, año de nuestra salvacion de 526, en Rávena, del mal olor de la cárcel en que Teodorico le puso, ca ensoberbecido por haber sujetado tantas naciones, volvió la guerra y amenazas contra la religion cristiana y contra Dios. Justino Augusto, sucesor de Anastasio, con celo de la católica religion, en que maravillosamente se señalaba, mandó desterrar los arrianos de todo el oriente. Este decreto de Justino dió tanta pesadumbre á Teodorico (ca entrambas naciones de los godos seguian la secta arriana), que envió por sus embajadores á Juan, pontífice romano, y al obispo de Rávena y á algunos principales del Senado para amenazar al Emperador que, si no le revocaba, él derribaría los tem-

plos de los cristianos en Italia y asolaria la ciudad de Roma y á todos los católicos. Hizo su embajada el Pontífice. Festejóle mucho el Emperador y honróle magníficamente conforme á lo que pedía la razon. Coronó al Emperador de su mano; y dado que le persuadió revocase el edicto, vuelto despues de la embajada, fué por Teodorico encarcelado por sospechar que la honra que le hicieron se onderezaba á entregar á Italia á los griegos y que era aficionado á la parte de los emperadores. Murió el santo Pontífice en la prision. La Iglesia le tiene en el número de los santos mártires, y le hace particular fiesta todos los años el mismo día que murió. Fueron comprehendidos en esta misma causa Simaco y Boecio, hombres principales que habian antes ido á Constantinopla con embajada. Távulos hasta este tiempo presos, en que les mandó dar la muerte. Siguióse en breve la venganza de Dios, porque al principio del mes de setiembre próximo el mismo Teodorico murió por juicio divino y en venganza de aquellas injustas muertes. Dejó por sucesor en el reino de Italia á su nieto Amalarico, nacido de su hija Amalasiunta, de cuya flaca edad y del peso de las cosas, por ser muerto ya su padre, la madre, mujer de ánimo varonil, se encargó. Por la muerte de Teodorico el otro su nieto Amalarico comenzó libremente á gobernar el reino de los visogodos, desde el cual tiempo algunos cuentan los años de su reinado, ni hay mucho que hacer caso, ni mucha diferencia en lo uno y en lo otro, pues consta que Teodorico en tanto que él vivió reinó en España, sea en su nombre, sea en el de su nieto, y en todo se hacia su voluntad. Luego que Amalarico se encargó del reino, lo primero de todo asentó paz con los reyes de Francia, casándose él con una hermana dellos, hija de Clodoveo, ya difunto, que se llamaba Crotilde. Diósele en dote el estado de Tolosa, que fué restituírle á los godos, cuyo antes era. La paz asentada desta manera alteró la locura de Amalarico por esta ocasion. Era Crotilde dotada de una virtud singular; su madre, que el mismo nombre tenia, la amaestrara en el culto de la verdadera religion. Esto fué ocasion de exasperar en gran manera el ánimo de su marido, por ser de secta arriano. El vulgo quando iba á los templos de los católicos la decian afrentas, la ultrajaban y le tiraban cosas sucias. Disimulaba el Rey en esto, y aun quando volvia la recebia con gesto torcido y airado; á los dennuestos y sultura de la lengua añadía golpes y cardenales, tanto, que le hacia muchas veces saltar la sangre. Sufrió ella esta vida tan áspera por mucho tiempo con grande constancia. Confiaba con su paciencia y ejercicios de piedad ablandar algun tiempo y ganar el cruel ánimo de su marido. Mas últimamente, y perdida la esperanza y quebrantado su ánimo con los malos tratamientos que la hacia, escribió una carta á su hermano el rey Childeberto, y con ella le envió juntamente un lienzo bañado en su misma sangre. Avisábale de las desventuras que días y noches pasaba; pedíale que favoreciese á su hermana, que mucho amaba, antes que de todo punto la consumiesen el lloro y lágrimas que vida tan amarga le causaba; con el largo silencio hasta entonces habia disimulado tantas injurias, esperando que la muerte daría fin á tantos trabajos, lo que ojalá sucediera antes que verse puesta en aquella necesidad de revolver sus hermanos con su marido, á lo menos esperaba que mu-

daría aquel hombre la condicion y se trocaría; pero que todo sucedia al revés, ca unas injurias se trababan de otras, y de cada día le daba mas triste y desventurada vida; los regalos y caricias recompensaba con crueldad; las buenas obras con que muchas veces se amansan las fieras trocaba en fiereza; que todo esto le venia no por otra causa sino por perseverar constantemente y tener firme en la religion de sus mayores, y que su madre dulcísima le enseñara; sacudiesen aquel yugo tan grave y tiránico que con voz de casamiento pusieron sobre sus espaldas; pusiesen los ojos en Dios, que esperaba no faltaria á tan justa querella y tan buena demanda; que Amalarico no era hombre sino, debajo de figura humana, una bestia fiera, compuesto de crueldad y soberbia y de todos los males; si no creian á sus palabras, por lo menos les moviese la vista de su sangre, que suele embravecer los toros y leones; si por el deudo no se movian, el respeto de la humanidad los despertase, pues en ninguna cosa los reyes mas semejan á Dios que en levantar á los caidos y injustamente maltratados, mayormente si son mujeres nacidas de sangre real y desde su primera edad criadas con mejores esperanzas. El reino de los francos estaba en esta sazón dividido entre los hijos del rey Clodoveo en esta forma: Childeberto era señor de Paris, Clotario de Soesons, Clodomiro de Orlens, á Teodorico obedecian los de Metz de Lorena; todos se llamaban reyes. Estos, como tuviesen compasion de la desventura de Crotilde, su hermana, y encendidos por esta causa en furor contra el Visogodo y contra la injusticia que le hacia, juntaron sus fuerzas y movieron en busca del enemigo. Hallábase Amalarico desaperecebido y en el negocio culpado; la conciencia de sus maldades le atemorizaba; determinó ponerse en huida. Pudiera escapar y salvarse, sino que, ciego por castigo de Dios con la codicia de las piedras preciosas que dejaba en sus tesoros, volvió de priesa á la ciudad, que se entiende fué Barcelona. Quita la divina venganza el seso á los que quiere derribar; y así fué que, como la ciudad fuese ya entrada y estuviese en poder de los francos, Amalarico, sin saber que hacerse, quiso retirarse á sagrado y valerse de un templo de la religion católica que él habia violado con tantas injurias. No le valió, ca en el mismo camino pereció pasado de un bote de la lanza de un soldado. San Isidoro escribe que Amalarico fué muerto en Narbona y que se dió allí la batalla. Nosotros tenemos por mas cierta la opinion y autoridad de Gregorio Turonense, que fué algun tanto mas antiguo, y refiere el caso como queda puesto. Adon, vienense, dice que los francos discurrieron por toda España en prosecucion de la victoria, y que echaron por el suelo despues de largo cerco á Toledo, ciudad puesta en medio de España y de asiento muy fuerte. Añade que ganaron muchos otros pueblos y ciudades con el mismo curso de la victoria. Procopio dice que quitaron toda la Gallia Gótica á los godos; el silencio en esta parte de los otros escritores hace que no se pueda poner esto por cierto, y porque consta que los reyes siguientes de los visogodos extendian su imperio y jurisdiccion en la Gallia hasta el rio Ródano. Consta otrosí que Amalasiunta, despues de la muerte de Teodorico, su padre, dió la Proenza á Teodoberto, hijo de Teodorico, rey de Lorena, ya difunto, y esto porque los francos no llevasen mal el poseer los ostrogodos alguna par-

te en la Gallia; lo demás dejó á los visogodos, contenta con el imperio de Italia. Lo mas cierto que Childeberto se apoderó de los tesoros de Amalarico, entre los cuales halló ornamentos de iglesia, que eran de oro; y que, recobrada su hermana, se volvió á su tierra. Murió Amalarico año del Señor de 531; reinó cinco años, bien que si queremos tomar el principio de su reinado desde la muerte de Gesaleico, habrémos de confesar que tuvo el imperio veinte años. Crotilde, su mujer, murió en el mismo viaje. Un cierto autor dice que la antigua Aldera fué reedificada por Amalarico con nombre de Almería, que es apellido algo semejable, así al del Rey como al antiguo que tenia. Tambien es averiguado que el año quinto del reino de Amalarico se celebró el concilio Toledano segundo por siete obispos; entre los demás fueron Nebridio, bigerrense, y Justo, urgelitano. Mandóse en aquel Concilio que los mozos que por voluntad y voto de sus padres se recibian y entraban en los colegios eclesiásticos y los ordenaban de la primera tonsura de clérigos, cuando viniesen á la edad de diez y ocho años en público les preguntasen si querian guardar castidad; si consintiesen y viniesen en ello, que de allí adelante no pudiesen, dejada su profesion, enlazarse en las ataduras del matrimonio; si no consintiesen, tuviesen libertad de casarse; mas si los tales venidos á mayor edad, con voluntad de sus mujeres, quisiesen apartarse todavía de su comunicacion, pudiesen ser ordenados de orden sacro. Yerran los que por ocasion deste decreto piensan lo que no fué, que los sacerdotes españoles por este tiempo se casaban. Presidió en este Concilio Montano, prelado de Toledo y metropolitano de la primera silla de la provincia Cartaginense. Hállanse dos cartas de Montano, la una á los ciudadanos de Palencia, la otra á Toribio, monje, en que, como metropolitano, dice le incumbia el cuidado de la ciudad de Palencia, y que por ciertas razones queria que al obispo de aquella ciudad estuviesen sujetas Coca y Britalbo. San Ilesonso en el libro que escribió de los *Claros varones de España* hace mencion destas cartas y dice corria muy gran fama que Montano, siendo acusado de deshonestidad, para muestra de su inocencia tuvo en el seno ascuas vivas en tanto que decía la misa, sin que las vestiduras se quemasen ni sin que se apagase el fuego. Deste principio parece que tuvo origen en España aquella costumbre generalmente recibida en otros tiempos, y della diversas veces se trata en las leyes de los godos, pero contraria á las divinas, de la compurgacion vulgar para descargarse de hurtos, adulterios y otros delitos, cuando á alguno se les imponian. Hacíase desta manera y por este orden. El reo primeramente se confosaba de sus pecados; encendian un hierro ó traian un vaso de agua hirviendo; bendecia el hierro ó agua un sacerdote despues de dicha su misa; el que tocado el hierro ó bebida el agua escapaba del peligro, era dado por libre de la sospecha ó inlambia que le cargaban. Usóse esta costumbre, no solo entre los godos, sino tambien fué establecida por leyes de los otros reyes de España y de las demás naciones que tenian el nombre cristiano, hasta tanto que Honorio III, pontífice romano, trecientos y cincuenta años ha, con una ley que hizo en este propósito revocó de todo punto este género de compurgacion vulgar. Florecieron por estos tiempos en España cuatro hermanos, claros por

los estudios de la sabiduría y por la dignidad episcopal que todos tuvieron. Estos fueron Justo, urgelitano, cuya declaracion y exposicion sobre los *Cánticos* anda; Justiniano, obispo valentino, este compuso un libro en que declara cinco cuestiones á él propuestas por un cierto llamado Rústico, es á saber, del Espíritu Santo, de los Bonosiacos, que por otro nombre eran Fotinianos, de la Trinidad, y que el bautismo cristiano no se ha de iterar, y que dilere del bautismo de san Juan; el tercero fué Nebridio, obispo agatense, vivió en la Gallia Gótica; el cuarto fué Elpidio, del cual no se sabe donde fué obispo. Fuera destes vivió en esta era Aprigio, obispo de Beja, en Portugal, famoso por los *Comentarios* que escribió sobre el *Apocalipsi*, que hemos visto, y claro por el testimonio del mismo san Isidoro.

CAPITULO VIII.

De los reyes Teudis y Teudiselo.

Por la muerte de Amalarico, como quier que no tuviese hijos, faltó de todo punto la alcuña de los reyes visogodos, y el reino vino á parar en Teudis, de nacion ostrogodo. Los principales de los visogodos procuraron que fuese su rey por ser excelente en las artes de la guerra y de la paz y por la experiencia de cosas que tenia y su singular prudencia; demás que habia ganado la voluntad de muchos en el tiempo de su gobierno, que tuvo en la menor edad de Amalarico, y mandó sobre la república á su voluntad. Su mujer, por ser persona muy poderosa y de lo mas noble de España, le trajo en dote un estado de que se podian armar dos mil combatientes. Todo esto fué como escalon para que en este tiempo alcanzase el reino. El rey Teodorico, ostrogodo, con el cuidado en que le ponian las cosas de su nieto, trató los años pasados de hacer que Teudis volviese á Italia con muestra de querer honrarle; pero él, entendido este artificio, procuró con todo cuidado divertirle. En el tiempo que reinó Teudis en España se mudó en Roma la forma de gobernar la república, porque se quitó el nombre y poder de cónsules el año de 541, en que Basilio, llamado Junior, sin compañero fué el postrero que tuvo el consulado. El año siguiente Childeberto, rey de los francos, y Clotario, su hermano, por no estar del todo satisfechos con la venganza pasada, tornaron á hacer guerra á España; y despues que por todas partes talaron la provincia Tarraconense, pusieron cerco sobre Zaragoza. Los ciudadanos en aquel peligro hicieron recurso á san Vicente, mártir, á quien tenian por patron; los varones enlutados, las mujeres sueltas los cabellos y cubiertas con ceniza andaban en procesion todos los días al redor de los muros de la ciudad, en que llevaban la túnica de san Vicente, con lo cual y con lágrimas imploraban la ayuda del cielo. Childeberto pensó al principio que aquel lloro femenino era á propósito de algunas encantaciones y hechicerías que hacian; despues, sabida la verdad de uno que prendieron, y con recelo de algun castigo del cielo por esto respeto si pasaba adelante, templó su saña y cesó de hacerles mas agravio. Diéronle los ciudadanos á su instancia la vestidura ó orario de san Vicente; él, como si fueran grandes despojos de los enemigos, la llevó á Paris, donde edificó un templo en el arrabal en nombre deste santo, que al presente se llama de San Ger-

man, y es á manera de alcázar con foso y con adarves, sus troneras y traviesas, apartado de los demás edificios. Fué esta rica joya agradable, así por la devoción que él tenía al mártir como por la venganza que con esto parecía tomar de las injurias pasadas, y porque serviría esta prenda en adelante como de memoria de la victoria que ganaron. Si bien, como Isidoro escribe, los francos á la vuelta se vieron en extremo peligro por estar apoderado Teudiselo con parte de los godos de las hoces, estrechuras y pasos de los Pirineos. El rey Teudis, á causa de tener menos fuerzas y por estar desapercibido de todas las cosas, temia en lugar abierto presentar la batalla, y pretendia con aquella ventaja de lugar por medio de Teudiselo aprovecharse de sus contrarios. Sucedió como pensaba, que los francos fueron en aquellas estrechuras cercados por todas partes, maltratados y destrozados en tanto grado, que, compradas las troguas á dinero, apenas últimamente con voluntad de Teudiselo pudieron encumbrar aquellos montes y salir á campo raso. A esta guerra se siguió una peste, con que innumerables hombres en espacio de dos años, que fué el tiempo que duró este mal, perecieron en España. Teudis, con deseo de satisfacerse de la afrenta recibida, ó por pretender con alguna notable empresa extender la fama de su nombre, ó lo que mas creo, por ayudar á los vándalos, que ya de tiempo atrás corrían peligro de perder el imperio de Africa, pasado el Estrecho, puso cerco á Ceuta, ciudad que está en frente de España á la entrada del Estrecho, donde, como por guardar el día del domingo cesase el combate, con una repentina salida que los cercados hicieron recibió muy grande daño. Los que estaban en los reales sin falta no fueron muertos; el Rey con parte del ejército se salvó en la armada que tenía en el mar, y le fué forzoso volver á España. Esto sucedió en el mismo tiempo que Belisario, por mandado de Justiniano, emperador que era de las provincias de oriente, quitó Africa á los vándalos, cuyos señores fueran por espacio de cien años. En la prosecucion desta guerra sucedió un caso notable. Fuscia y Gotio fueron por Gilimer, rey de los vándalos, enviados con embajada á Teudis para pedirle socorro. Tardaron mucho en la navegacion, tanto, que llegó antes que ellos la nueva de lo que pasaba; y los que venían en una nave de Africa, como testigos de vista, avisaron de un gran lloro y trabajo de Africa que Cartago era tomada, el rey de los vándalos Gilimer preso y el reino de los vándalos acabado. Los embajadores no sabian desto nada; preguntados por el rey Teudis en qué estado quedaban las cosas de Gilimer, respondieron que en muy bueno. Fuéles mandado que sin tardanza volviesen á Africa y que allí esperasen la respuesta de todo lo que pedian. Ellos, sospechosos que el Rey estaba tomado del vino por haberlos festejado con un gran convite en que largamente se bebió, el día siguiente tornaron á referir su embajada. Como les fuese respondido lo mismo, cayeron en la cuenta del mal y daño sucedido, y tuvieron por cierto que, mal pecado, el reino de los vándalos era destruido y Africa reducida al poderío del imperio romano. Volvieron á Africa, y presos no léjos de Cartago por los soldados romanos, dieron noticia á Belisario de todo lo que pasaran. Despues desto vinieron nuevas de Italia que por el esfuerzo, primeramente de Belisario,

despues de Narsete, que le sucedió en el cargo de general por el imperio, el reino de los godos quedaba deshecho, vencidos en batalla y muertos Teodato, Vitiges, Ildebaldo, Ardarico, Totila y Teya, todos por órden reyes de Italia despues de Teodorico. Con esto la república romana, como juntados en un cuerpo todos sus miembros antes destrozados, despues de largo tiempo comenzaba á reducirse en su antigua dignidad y resplandor en tiempo y por el valor del emperador Justiniano, en cuyo imperio tuvieron fuerza las armas contra los extraños, bien así como el consejo y prudencia en su casa. En lo que mas se señaló fué que, con ayuda principalmente del jureconsulto Treboniano, hizo reducir la muchedumbre de leyes que andaban derramadas casi en dos mil libros con buen órden á pocos volúmenes. Lo primero que se compuso fué el *Código*, á ejemplo del de Teodosio, despues la *Instituta* y *Digestos*; diligencia que le acarreó, así bien como cualquier otra cosa que hiciese, gran renombre y fama. Por el mismo tiempo los arrianos dieron la muerte en Marsella á san Laureano, varon admirable, húngaro de nacion y que en Milan se ordenó de sacerdote. Perseguia en aquella ciudad la secta arriana con grande libertad. Pretendió darle la muerte el rey Totila, que á la sazón era rey de Italia; huyó por escapar de aquel peligro sin parar hasta llegar á Sevilla. Allí dió tales muestras de su virtud, que despues de la muerte de Máximo le eligieron en obispo de aquella ciudad. Hacia grandes diligencias Totila para darle la muerte. Amonestóle en sueños Dios del peligro que corria, embarcóse en una nave para ir á Roma. Refieren que en aquel camino dió la vista á un ciego, y que llegado á Roma, el Pontífice le hizo mucha honra. Desde á poco dió la vuelta á Marsella, ciudad que en este tiempo estaba en poder de los romanos. Allí, finalmente, los arrianos le dieron la muerte. El obispo de Arles procuró que su cuerpo fuese sepultado en Besiers de Francia. La cabeza llevaron á Sevilla, y con su llegada aquella ciudad quedó luego libre de la hambre y de la peste que padecia, segun que el mismo á su partida profetizó que sucederia. Siguióse tras esto en breve la muerte de Teudis, que fué el año de Cristo de 548; tuvo el reino por espacio de diez y siete años y cinco meses. Un cierto hombre, no se sabe por qué causa, se resolvió de matar al Rey ó morir en la demanda. Para salir con esto fingió y daba muestras de estar loco. Dejéronle entrar do estaba el Rey; embistió con él y metióle una espada por el cuerpo. En este postrer trance conoció el Rey y confesó ser aquella justa venganza de Dios por cierta muerte que él en otro tiempo dió á un su capitán, debajo cuya bandera en su mocedad militaba, y le tenía jurada fidelidad. Llegó á tanto su contrición, que mandó á los que presentes estaban no hiciesen algun mal á su matador. Este ejemplo de benignidad entre los otros males que tuvo se puede alabar en la vida y muerte deste Príncipe, junto con que permitió á los obispos católicos, si bien era de diversa secta, que se juntasen en Toledo y hiciesen concilio para determinar lo que los pareciese acerca de la fe y de lo tocante á la religion. Gobernaba la Iglesia romana despues de Juan el Segundo y de Agapito y de Silverio el pontífice Vigilio, en cuyo tiempo muerto Teudis, Teudiselo por su valentía, de que dió muestra en la guerra de los francos, y

por la nobleza de su linaje, que era hijo de una hermana de Totila, rey de los ostrogodos, por voto de los principales sucedió y fué hecho rey de los visogodos. Los principios de su reinado y las esperanzas que dél tenían por su valentía en las armas en breve se escurecieron y trocaron por derramarse en deshonestidad. Muchos de los suyos, procurándolo él, fueron muertos de secreto; á otros levantaron falsos testimonios y condenaron en juicio; todo á propósito de tomalles sus mujeres para hartar su lujuria. Por esta causa fué de tal manera aborrecido y incurrió en desgracia del pueblo y de los principales, que se conjuraron contra él y le mataron. En tiempo de Teudiselo se decia comunmente que en un lugar cerca de Sevilla, que hoy se llama Oseto, y Plinio le llama Oset, en un templo de los romanos y católicos, así hasta los mismos arrianos para hacer diferencia los llamaban, las fuentes del bautismo, aunque cerradas por el obispo en presencia del pueblo y selladas con diligencia, el jueves de la Semana Santa, que por traer á la memoria los tormentos que padeció Cristo se llama tambien la Semana Grande, luego el sábado siguiente cada un año acostumbraban á henchirse de agua sin que nadie supiese de dónde aquel agua procedia ó manaba. El rey Teudiselo, movido por la fama deste milagro y por sospecha que era engaño, ca era él de secta arriano, como una y otra vez pusiese guardas, y sin embargo las fuentes se hinchasen, mandó que al derredor del templo, porque no viniese el agua ocultamente encañada, se tirase un foso de veinte y cinco piés en ancho y otros tantos en alto. En esta obra estaba ocupado cuando los suyos se hermanaron contra él y le dieron la muerte. Este milagro de las fuentes, como lo refiere san Isidoro, Pascasio, obispo, en una carta que escribió á san Leon el Magno, dice que acontecia en Sicilia. Puede ser que, como es ordinario, trastrocadas las cosas por la fama, lo que sucedia en una provincia se atribuyese á otra. Lo que en este caso es mas de maravillar, que san Isidoro no haya hecho mencion alguna de milagro tan ilustre; y que conforme á lo dicho, sucedió en España casi en su mismo tiempo, mayormente que refiere lo que hemós dicho del milagro de Sicilia. La muerte deste Rey pasó en esta manera: en Sevilla acometieron los conjurados la casa real, y al tiempo que yantaba le dieron la muerte. Reinó diez y ocho meses y trece días. El reino de los francos, que por muerte de los otros reyes de Francia se juntara en Clotario, muerto él, se dividió á esta misma sazón en cuatro partes entre cuatro hijos que dejó. Lo de Paris se dió á Chereberto, lo de Metz y Lorena á Sigiberto, lo de Soesons á Chilperico, lo de Orlens tuvo Guntrano; todas estas fueron ciudades reales, y ellos se llamaron reyes.

CAPITULO IX.

De los reyes Agila y Atanagildo.

En lugar de Teudiselo por eleccion de los principales sucedió en el reino Agila. Gobernó los godos cinco años y tres meses; fué trabajado de adversos sucesos, que se continuaron hasta el fin de su vida. A los principios puso un cerco muy apretado y de mucho tiempo sobre la ciudad de Córdoba que no le queria obedecer. Los cercados al improviso hicieron una sa-

lida, en que le desbarataron con muerte de su hijo y pérdida de otros muchos de los suyos y del bagaje. Con esto alzó el cerco y no paró hasta Mérida. Conocióse en este desastre el poderio del mártir Ascisclo, cuyo templo, que estaba cerca de Córdoba, él habia profanado, ca metió en él sus caballos; así se persuadia el pueblo que era castigo del cielo y pena de aquel desacato por la devoción que al mártir tenían. Y san Isidoro escribe que como por aquella afrenta y revés comenazase á ser despreciado, no paró el daño en esto; y es ordinario que en pos de la fortuna va el favor y desfavor de los hombres. Alzóse pues contra él Atanagildo, y para mas fortificarse con una embajada que envió al emperador Justiniano, prometió que si le acudiese y socorriese, en pago de la ayuda le entregaria no pequeña parte de España para que volviere á la obediencia del imperio romano. Fué enviado de la Gallia Liberto, patricio, título y nombre que antes era de nobleza, ya en este tiempo lo era de dignidad, inventada por Constantino Magno, con muchos privilegios que le dió. Entre los demás, uno en particular era muy notable, que tenia mejor asiento que los prefectos del Pretorio. Con la venida de Liberto se dió la batalla cerca de Sevilla, do entendemos fué el principio de aquella rebelion. Quedó la victoria por Atanagildo, y con esto Agila fué muerto en Mérida por los mismos principales que le seguian, año del Señor de 554. Pesábales, es á saber, que con las guerras civiles se quebrantasen las fuerzas y perdiesen las riquezas de los godos que en tantos años se juntaran. Temian juntamente, á ejemplo y imitacion de Italia y de Africa, que por aquel camino los romanos no recobrasen á España de todo punto. El mismo año en Constantinopla por diligencia del emperador Justiniano se tuvo un concilio general de ciento y setenta y cinco obispos contra muchos que seguian las opiniones de Orígenes, ajenas de la verdadera piedad. En aquel Concilio, que entre los generales es el quinto, se determinó que los muertos podian ser descomulgados; y al contrario de lo que Orígenes enseñó, que ni el sol ni las estrellas ni las aguas que están sobre los cielos son ciertas virtudes animadas y racionales. Fué tambien reprobado lo que Teodoro, mopsuesteno, habia dicho y las respuestas de Teodoro y una epístola de Iba, edeseno, que fueron los tres capítulos sobre que despues resultaron grandes debates, tanto, que por esta causa muchos no recibian este Concilio. Presidieron en este Concilio Mena, obispo de Constantinopla, y muerto él, el que le sucedió, que fué Eutiquio; que Vigilio, pontífice romano, el cual preso que fué en Roma, por mandado del Emperador le llevaron, y á la sazón se hallaba en Constantinopla, nunca se quiso hallar presente á las acciones del Concilio; pero confirmó por sus cartas lo que los padres determinaron y decretaron, y en particular se dice que el dicho Pontífice condenó á Orígenes. Jornandes, obispo de los godos, continuó la historia de aquella nacion hasta estos tiempos, en que Atanagildo, por la muerte de su contrario, quedó sin contradiccion por rey de los godos. Tuvo este Rey mucho que hacer por toda la vida, y emprendió guerras muy trabadas, en que á las veces le sucedió prósperamente, á las veces al contrario; porque, olvidado de lo que prometiera, procuró luego echar á los romanos de

toda España, los cuales, así por el asiento que poco antes se tomara como por fuerza de armas; estaban apoderados de una parte no pequeña della; tanto, que su imperio se extendía del un mar al otro. Tuvo de Gosuinda, su mujer, dos hijas: la una se llamó Galsuinda, que casó con Chilperico, rey de Soesons, en Francia; la otra, Brunequilde, que era la menor, casó con Sigiberto, rey de Metz, en Lorena, hermano de Chilperico. Estas dos señoras, por diligencia de los obispos de Francia y por medio de su doctrina, dejada la secta arriana, que profesaran desde su tierna edad, fueron instruidas en la religión católica; y aun no falta quien diga que Atanagildo de secreto seguía la religión católica, dado que por respeto del tiempo en público profesó la secta arriana, por miedo, á lo que se entiende, de no alterar los ánimos de su gente. Reinó quince años y seis meses; murió en Toledo de su enfermedad, año de 567. Máximo, cesaraugustano, dice que este Rey fundó en aquella ciudad el monasterio agaliense, así dicho de una alquería que se llamaba Agalia, distante de San Pedro y San Pablo Pretoriense ducentos y cincuenta pasos entre occidente y septentrion. Yo creo se debe leer entre oriente y septentrion, por lo que adelante se dirá. En Portugal, cuatro leguas de Guimaranes, pueblo que los antiguos llaman Idania, á la ribera del río Vicela, hay una aldea con nombre de Atanagildo, por ventura fundada por este tiempo; en ella se ven cimientos y ruinas de edificios que muestran fué obra de godos, muy diferente de la fábrica romana y de la manera y primor que tenían los romanos en edificar. Después de la muerte de Atanagildo se siguió una vacante de cinco meses; don Lúcas de Tuy dice de cinco años y cinco meses. La causa fué que los principales de los godos, divididos en parcialidades y pasiones, no venían de conformidad en nombrar algun particular que con fuerzas y ingenio sustentase la república que se iba á caer. Poco caso hacían de los daños públicos por cumplir con sus pasiones particulares. Gobernaba la Iglesia romana, después de Vigilio y de Pelagio, Juan, tercero deste nombre. Los suevos á la misma sazón, señores que eran de Galicia, volvieron á la católica religión, que antes dejaban, renunciada la secta arriana que habían mucho favorecido y trabajado de todas maneras á los católicos en aquella tierra por espacio de casi cien años. Ayudó mucho para reducirlos la diligencia de Martino, dumiense; era húngaro de nación, y con grandes peregrinaciones que hizo, anduvo las provincias de oriente, y se hizo muy docto y muy aventajado en el estudio de las divinas letras. Este insigne varón, venido en España, dió gran muestra en Galicia de su bondad y sabiduría; de su erudición la dan bastante los libros que escribió, su mucho lustre y elegancia de palabras, las hermosas sentencias de que están esmaltados. Anda un tratado suyo *De irá*, otro de *Humildad cristiana*, otro *De moribus*, y últimamente, de la diferencia de las *Cuatro virtudes cardinales*, en los cuales, porque con las muchas sentencias y agudeza del estilo se llega mucho á la semejanza del de Séneca, los dos postreros libros andan en algunas impresiones en nombre de aquel filósofo puestos entre sus obras. Edificó desde sus cimientos el monasterio dumiense; y mudado después en obispado, de abad dumiense se llamó obispo del mismo títu-

lo, y mas adelante fué prelado de Braga con retención de la iglesia dumiense, que unieron con el nuevo obispado que le dieron. Después de muerto, por la mucha fama de su santidad en Galicia y en parte de la Lusitania le tuvieron y tienen por santo hasta hacerle fiesta á 20 de marzo. Cuando los suevos abrazaron la religión católica tenían por rey á Teodomiro. Qué reyes después de Remismundo, de quien se habló de suso, antes deste tiempo hayan tenido los suevos no se sabe, ca las antiguas memorias y historias de aquellos tiempos han faltado. La ocasión de reducirse fué esta: acaeció muy á propósito que el hijo mayor de Teodomiro, que le había de suceder en el reino, estaba doliente de una grave enfermedad. Volaba por el mundo la fama de los milagros de san Martín, turonense. Envió el Rey á su sepulcro embajadores en romería para alcanzar salud para su hijo, que llevaron tanto peso de oro y plata cuanto era el del cuerpo de aquel mozo. Como ninguna cosa se alcanzase por este medio, entendió su padre que diferenciarse en la religión y seguir la secta de Arrio era la verdadera causa de no alcanzar de Dios lo que tanto deseaba por las oraciones de san Martín. Envió nuevos embajadores, que le trajeron parte del manto de que san Martín usaba en vida. En el entre tanto el hijo alcanzó la salud deseada; y sin embargo, por voto que había hecho su padre y con que se obligara si alcanzase lo que deseaba y pedía á Dios, mandó luego edificar en nombre de san Martín un templo. Algunos piensan que este templo se hizo en Orense á causa que la iglesia mayor de aquella ciudad se llama del nombre de san Martín. No paró en esto la devoción del Rey, antes por su diligencia los suevos se redujeron públicamente á la religión católica, y para mas confirmarlos en aquella religión por amonestación de san Martín, dumiense, se juntó un concilio en Braga de los obispos de Galicia el año tercero del reino de Teodomiro. En los actos deste Concilio, que fué el primero entre los bracarenses, se lee el nombre del rey Ariamiro, pero está la letra errada. Fué esto el año de Cristo de 563. Lucrecio, obispo de Braga, sucesor de Profuturo, tuvo el primer lugar entre ocho obispos que allí se hallaron. Después dél Andrés, obispo del Padron, Martín, dumiense, Lucencio, comimbricense; demás destes Coto, Hilderico, Timoteo y Malioto, sin declarar en qué iglesias eran obispos. En aquel Concilio confirmaron la religión católica, y reprobaron la secta de Prisciliano. Vedóse, conforme á la costumbre antigua, que los cuerpos de los difuntos no se enterrasen dentro de los templos. Señaláronse los términos á cada una de las diócesis de Galicia hasta donde cada cual se extendía, como lo dice Itacio en la *Crónica de los suevos, vándalos y godos*. No hay duda sino que por estos tiempos hubo diversos escritores, llamados itacios ó idacios; y entre otros uno que cien años antes del en que vamos escribió una historia de las cosas de España. Algunos entienden que la distinción de los términos ya dicha se hizo en el concilio Lucense ó de Lugo, que dicen se tuvo luego el siguiente año, movidos por memorias que hay desto en los archivos de la iglesia de Lugo. Esto sigue don Lúcas de Tuy en particular; otros se persuaden por razones que para ello alegan que entre estos dos concilios hubo espacio de seis años. Mas todas estas opiniones son inciertas, ni

hay para qué aproballas ni reproballas; cada uno conforme á su juicio les dará el crédito que le pareciere; yo me allego á los que sospechan, y es muy probable, que este decreto se hizo primero en el concilio de Braga, y despues se confirmó en el de Lugo. Averiguase que Martino, ya que era prelado de Braga, envió ciertos capítulos, que él mismo juntó de los concilios griegos, para que los viesen los padres del concilio de Lugo. Tambien es averiguado que aquella iglesia de Lugo, por permission del Rey y á su instancia, se hizo metropolitana, que es tanto como hacella arzobispal, y á su prelado arzobispo; si bien se ordenó que la tal concesion no parase perjuicio á la iglesia de Braga, antes por esta razon alcanzó autoridad de primado, pues por el mismo caso le quedaba por súbdito el arzobispo de Lugo, bien que en aquel tiempo la dicha iglesia no usó deste nombre de primado. En este mismo tiempo volaba por todas partes la fama de san Millan de la Cogulla por su grande santidad. Siendo mozo se ejercitó en oficio de pastor, dende se pasó á la profesion de la vida monástica. A los principios tuvo por maestro un monje llamado Félix; despues, con deseo de vida mas perfecta, se apartó del trato de la gente, y en la soledad del monte Destercio pasó cuarenta años de su vida. De allí Didimio, obispo de Tarazona, movido de su grande fama, le sacó para ordenarle de presbítero y darle, como le dió, el cuidado de la iglesia virgogiense. Impusieronle sus compañeros muchas calumnias por no llevar bien la severidad de la disciplina y de la vida que hacia y ejemplo que daba; por esta causa, renunciando aquel cargo, en una capilla ó ermita que levantó cerca de aquel pueblo, pasó lo demás de su edad, que vivió hasta ser de cien años, ocupado en la contemplacion de las cosas divinas. En aquel lugar pasó desta vida y sepultaron su cuerpo; y en el mismo, pasados mas de otros cincuenta años, por su devocion y respeto se levantó un monasterio de su mismo nombre, en riquezas, autoridad y majestad y en anchura de todo el edificio uno de los mas principales y mas nombrados de toda España.

CAPITULO X.

De las dos hermanas Galsuinda y Brunequilde.

Dos hijas del rey Atanagildo Galsuinda y Brunequilde, como poco antes queda dicho, casaron en Francia con dos reyes de aquella gente, casamientos que fueron desastrados; así lo mostró el suceso de las cosas. El contento de la una fué breve, ca apenas era casada cuando desastradamente murió. La vida de la otra fué larga, mas sujeta á muchas calamidades. El vulgo á estos trabajos le añadió la infamia y mal nombre de que queremos descargar con argumentos y testimonios concluyentes á esta nobilísima hembra. Tuvo Clotario, primero de aquel nombre, rey de los francos, cuatro hijos, todos reyes. Repartieron entre sí el imperio de su padre en esta forma. Chereberto fué rey de Paris, Chilperico de Soesons, que por quedar apoderado de los tesoros del padre, era mas poderoso que los otros; Guntrano tuvo á Orliens, Sigiberto lo de Metz, de Lorena. Con este casó primero Brunequilde, la menor de las dos hermanas, con el menor de los hermanos, moza elegante en denuedo, de buen parecer,

de honestas costumbres, prudente en el consejo, y en las palabras blanda. Sea lícito usar de las mismas palabras de Gregorio, turonense, prelado del mismo tiempo. Dirás que puede mucho el tiempo para mudar las costumbres, y mas de los príncipes; sea así, pasemos adelante. Chilperico de su primera mujer Audovera tuvo á Meroveo y Sigiberto, sus hijos; despues casó con Galsuinda, hermana mayor de Brunequilde. Fredegunda, amiga deste Rey y que tenia con él gran cabida, demás de atreverse á la nueva casada y tener con ella reyertas, decirle baldones y ultrajes, fué causa de su muerte, porque en el lecho de su marido la hallaron muerta, sin que dejase algun hijo. Entró en su lugar la misma Fredegunda, y llamóse reina. Esta, dado que cometió muchos delitos y maldades, vivió mucho. Fué en aquel tiempo conocida por su desvergüenza, deshonestidad, lujuria y crueldad; porque habiendo por la muerte de Chereberto, rey de Paris, heredado aquel reino Sigiberto, su hermano, le hizo matar por medio de dos homicianos, estando descuidado en la dicha ciudad. Brunequilde, espantada por el desastre y muerte de su marido y cuidadosa de su hijo Childeberto, envióle á aquellas partes de Metz donde tenia favor en la gente y ganadas las voluntades de la provincia. Mas ella vino á poder de Chilperico, y por él fué enviada presa á Ruan; lector, atencion, que son muchos los personajes de que en este capítulo se trata. Movido de su hermosura, Meroveo, hijo mayor de Chilperico, se casó con ella. Era aquel casamiento ninguno, por estar vedado por derecho el casarse con la que fué mujer de su tio. Sin embargo, pudiera alcanzar perdon de su padre por haber errado como mozo, si su madrastra Fredegunda no lo impidiera; así fué primero hecho fratre, y despues tambien muerto. El mismo fin tuvo Clodoveo, su hermano menor. Pretestato, obispo de Ruan, fué enviado en destierro; el cargo fué hallarse al casamiento de Meroveo y Brunequilde. A estas crueldades y impiedades se allegó la deshonestidad desta mujer; sin tener respeto al Rey, su marido, como deshonesta puso los ojos en Landrico, su condestable. Vino esto á noticia de su marido, y por sospechar castigaria estas deshonestidades mal encubiertas y locos amores, ellos se anticiparon, que fué otra nueva maldad, y como volviese de caza, le procuraron matar junto á un pueblo llamado Cala; hizose así, con que despues fué la vida mas suelta. Hizo Fredegunda guerra en favor de Clotario, su hijo, contra Childeberto, primo del niño, el cual por testamento de Guntrano, su tio, era rey de Borgoña, demás del reino de su padre, que ya de antes tenia. Llevaba Fredegunda por general de su gente al mismo Landrico, que salió con la victoria por permission de Dios. Siguióse tras esto la muerte de Childeberto y de su mujer. Hobo sospecha que con ponzoña que les dieron; no se dice quién, solo consta que de dos hijos que dejó el muerto Teodoberto, el mayor quedó por rey de Metz, y Teodorico, el menor, de Borgoña, debajo la tutela de Brunequilde, su abuela. Estos, siendo de edad, hicieron guerra á Clotario (causas de guerra nunca pueden faltar entre los comarcanos); las historias de Francia dicen que á persuasion de Brunequilde, con intento que tenia de acrecentar con nuevas honras á Protadio, un italiano amigo suyo; si con verdad, ó por odio que la tenian por ser

española, aun no lo determinamos. Añaden qué pasó tan adelante en esto, que revolvió á Teodorico contra Teodoberto, su hermano, con decir que el dicho Teodoberto era hijo de un hortelano y que se había apoderado de los tesoros de su padre. No pararon estas alteraciones y odios hasta tanto que los dos hermanos se hicieron guerra, y Teodoberto fué en Colonia muerto á traicion; otros dicen que su hermano despues de vencido le dejó con la vida y envió preso á Challon. El vencedor, repudiada antes desto Hermemberga, hija de Weterico, como se dirá en otro lugar, hobo en su poder á una hija de su hermano muerto y dos hermanos suyos. A los infantes mató Brunequilde; así lo dicen. La doncella era de excelente hermosura; y como quier que su tío la quisiese tomar por mujer y la abuela no viniese en esta maldad, dicen que con la espada desnuda la quiso matar, y lo hiciera si no acudieran los criados de su casa y la librarán del peligro. Dicon mas, que ella, en venganza desta injuria, mató al dicho Teodorico, su nieto, con una bebida mortal que le dió al salir del baño; pero autores muy graves testifican que murió de cámaras. Con su muerte, tal cual fué, recayó el reino en Clotario, hijo de Fredegunda, que á esta sazón ya era muerta de enfermedad. Este se disgustó con Brunequilde, porque con nueva injuria trataba de dar el reino de Teodorico á un hijo que el difunto dejó, por nombre Sigiberto, si bien era bastardo. Pasó el negocio á las armas, y siendo Sigiberto desamparado de los suyos y puesto en huida, dos hermanos suyos, llamados Corbo y Meroevo, y la misma Brunequilde vinieron á poder de Clotario; lo que dicen sucedió el año de 616. Corbo fué luego muerto; á Meroevo quiso dar el vencedor la vida por haberle en el bautismo sacado de pila. Contra Brunequilde, dicen, usó de mayor severidad, porque cuatro veces la hizo azotar, despues desto, atada por los cabellos á la cola de un caballo por domar, la hicieron pedazos, sin embargo que era mujer de grande edad. Poco se movió el pueblo á compasion, á causa que dicen por sus engaños y embustes perecieron diez reyes y grande muchedumbre del pueblo. En particular escriben que á Desiderio, obispo de Viena, y á Columbano, varon santo, á este desterró, y al otro dió la muerte, que son todas fábulas mal forjadas. En tanta manera los escritores franceses se descuidaron á divulgar patrañas y el vulgo á recebillas, vergonzoso descuido, si no entendieron que la mentira se podía descubrir; y si lo entendieron, fué desvergüenza notable. Buenos autores afirman que todo esto es una pura tragedia, tomada sin juicio de los rumores y habillitas del pueblo. Yo entiendo que las maldades de Fredegunda y el castigo que le dieran, si los austrasianos fueran vencedores, mintiendo como suele la fama y trocando los nombres, se han atribuido á Brunequilde, princesa religiosa y buena, como lo muestran dos cartas de san Gregorio, papa, para ella llenas de verdaderas alabanzas, además de muchos templos magníficos edificadas y adornados en Francia á su costa y gran número de cautivos rescatados con su dinero. Por ventura ¿negarás que esto sea así? Mostrárem os memorias ciertas de todo ello. Por ventura ¿creerá alguno que tales cosas hayan sido hechas por mujer impia y cruel? No lo parece. Alégase á esto otro argumento mas fuerte, y es no hacer en su *Historia de Francia* Gregorio, turonen-

se, que vivió en aquel tiempo, mencion alguna destas maldades. ¿Podráse pensar que hizo esto por respeto de Brunequilde un escritor francés y varon de grande autoridad? Por ventura el que declaró todas las maldades y engaños de Fredegunda y las puso por escrito ¿perdonará á una mujer extranjera? No lo creo yo. Dirás que el rey godo, por nombre Sisebuto, en la vida de san Desiderio, obispo de Viena, cuenta muchas maldades de Brunequilde y testifica que hizo morir á aquel mártir, y que últimamente por venganza de Dios pereció arrastrada de caballos. Fuerte argumento es este si se probase bastante que el autor de aquella vida fué el rey Sisebuto, y no mas aína otro del mismo nombre mas moderno, que afirma recogió aquellos rumores del vulgo con menor autoridad y diligencia que si fuera rey. Quede pues por cosa cierta que Brunequilde fué buena princesa, y que sin embargo en aquellos tiempos muy perdidos la cargaron de pecados ajenos, segun el Bocacio lo consideró primero que nos, escritor de ingenio poético, pero de grande diligencia y cuidado en rastrear la antigüedad; y despues dél Paulo Emilio en su *Historia de Francia*. Esto baste en este propósito; volvamos de nuestro cuento á las cosas de España.

CAPITULO XI.

De los reyes Liuva y Leuvigildo.

Despues de la muerte de Atanagildo, rey de los visogodos, que falleció en Toledo, como queda dicho, Liuva, así se halla escrito el nombre deste rey en las monedas antiguas, hombre muy poderoso y de grande experiencia de cosas, fué declarado por rey en Narbona, do hasta entonces tuvo el gobierno como virey que era de la Gallia Gótica. Sucedió esto el año segundo del emperador Justino, el mas mozo, que tenia el imperio romano, y fué el primero que envió á Longino con nombre de Exarco para que en lugar de Narsete gobernase la Italia. Comenzó Liuva á reinar el año de Cristo de 567. No hay cosa que de contar sea deste Rey, salvo que el segundo año de su reinado declaró á Leuvigildo, su hermano, por compañero del reino con igual poder. Tomó para sí el señorío de la Gallia Gótica por haber allí vivido mas de ordinario, y aun don Lúcas de Tuy dice tuvo el imperio de la Gallia por espacio de siete años antes que fuese rey de España. Las demás provincias sujetas á los godos encomendó á su hermano, por cuyo medio esperaba que la república, en muchas partes caída, volveria en su antiguo lustre. Si bien tenian entre las manos grande guerra contra los romanos, que estaban apoderados de gran parte de aquella anchísima provincia y la defendian, no solo con sus armas, sino eso mismo con el esfuerso y ayuda de algunos de los godos, los cuales, por las parcialidades que entre sí tenian, se recogian á los romanos como á refugio comun. Tenia Leuvigildo dos hijos de su mujer Teodosia, hija que fué de Severiano, duque y gobernador de la provincia Cartaginense, hermana de Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Los hijos de Leuvigildo eran Hermenegildo y Recaredo. Muerta Teodosia, Leuvigildo casó con Gosuinda, que estaba viuda del rey Atanagildo, en el mismo tiempo que por su hermano fué llamado á la compañía del reino. Hecho rey,

como quier que fuese de grande esfuerzo y señalado por la prudencia, así en guerra como en paz, sin alguna dilacion movió guerra á los romanos. Juntáronse las huestes de la una parte y de la otra. Dióse la batalla en los pueblos bastetanos, que era donde hoy está Baza. Perdieron la jornada vencidos los romanos, con que fueron echados de toda aquella region. Demás desto, la comarca de Málaga fué puesta á fuego y á sangre; Medinasidonia, cerca del Estrecho, tomada de noche por entrega que hizo de aquella ciudad un hombre llamado Framidanco. La ciudad de Córdoba estaba levantada y no queria reconocer vasallaje despues que venció al rey Agila, como queda dicho; acudió allá, púsole debajo de su obediencia, y con ella muchos pueblos y ciudades al derredor y aldeas con gran daño de la gente, mayormente del campo, que son los que mas padecen en el tiempo de las guerras. La comarca de Sabaria, que no se sabe en qué parte de España cayese, fué asimismo maltratada con robos y talas y puesta á sujecion. Estaba ocupado Leuvigildo en estas cosas cuando falleció en la Gallia Liuva, su hermano, el año de 572; reinó solos cinco años, y aun algunos deste número quitan dos años. Leuvigildo, sosegadas las cosas de la Bética y echados los romanos de todas aquellos provincias, dió vuelta hácia la Cantabria ó Vizcaya, en que tomó por fuerza á Amaya (otros la llaman Aregia, y otros Varegia, ciudad sin duda situada entre Búrgos y Leon). Lo demás de la Cantabria, que se extendia hasta Anaya, fué destrozado y maltratado con robos y talas, muchos revoltosos muertos, y en este número un sacerdote, á quien san Millan de la Cogulla antes habia denunciado la muerte, porque en una junta de los principales de Cantabria no quiso dar fe á su profecía en que les avisaba de la destruicion que se aparejaba á toda aquella provincia. Desde Cantabria pasó con las armas en Aquitania, do Aspidio, que en la ciudad Agerense, que hoy es Agen, no queria obedecer, aprendió mal su grado cuán peligroso sea probar la fuerza de los reyes, ca vinieron á poder del Rey, así él como su mujer y hijos, despues de haber perdido sus bienes. El abad hielarensis dice que Aspidio era en aquella comarca senior, que es lo mismo que el mas viejo, dado que aquella palabra la toma en significacion de señorío y principado; y es cosa averiguada que los mas viejos deben imperar, de donde en lo de adelante, así en las memorias de España como en las acciones de los concilios, principalmente los que en tiempo de Carlo Magno se tuvieron en Francia, los señores y príncipes se comenzaron á llamar seniores, costumbre que desde aquel tiempo pasó á las lenguas vulgares de España, Italia y de Francia, que esto quiere decir señor. En el mismo año que murió Liuva, Miro, ó como otros escriben Ariamiro, gobernaba la nacion de los suevos, y era rey por muerte de su padre, que sucedió dos años antes. En este mismo tiempo se tuvo el segundo concilio Bracarense en Braga; halláronse en él doce prelados de Galicia. Tuvo el primer lugar y mayor autoridad entre los demás Martino, dumicense, ya metropolitano de Braga. Con los decretos deste Concilio se confirmaron los suevos en la religion recibida. Ayudó otrosi un milagro que sucedió por aquellos tiempos en esta manera. Salió el Rey de un templo que con advocacion de san Martín, obispo de Turs, dijimos edificó su padre. Un truhan contra la vo-

luntad del Rey extendió la mano para coger uvas de una parra muy hermosa que tenian delante la puerta del templo, secósele súbitamente la mano; enojado el Rey, mandó se la cortasen; rogóle el pueblo por él, y al fin alcanzó le perdonase. Hizo otrosi oracion al Santo, que, sin embargo de la ofensa, le tornó la mano al ser de antes, milagro y merced por la cual todos glorificaron á Dios y á su Santo. En este mismo concilio de Braga, ó como algunos sienten, en el que poco despues se juntó en Lugo, dividieron los obispados de Galicia, sus aledaños y distritos. Division muy famosa, y que la confirmó el rey Wamba en la que él adelante hizo de todos los obispados de su reino. Nótase en la division de los obispados de Galicia, reino de los suevos, que al obispo dumicense, que por estar aquella iglesia junto á la ciudad de Braga no tenia distrito alguno, señalan por feligreses solo la familia del Rey. Que debia tener la corte y casareal su obispo particular, costumbre que pasó asimesmo al reino de los godos, y algunos pretenden se debria renovar en nuestro tiempo por razones que para ello alegan, ni frivolas ni de todo punto concluyentes; así nos parece. Las palabras del Concilio, repetidas en la division de Wamba, son estas: A la sede dumicense pertenezca la familia real. El año siguiente, segun que lo pone Sigiberto, los españoles celebraron la fiesta de la Pascua á los 12 de las calendas de abril, que es á 24 de marzo; los franceses á los 14 de las calendas de mayo, es á saber, á 18 de abril, en el cual dia dice que las fuentes del lugar Oseto, que se solian por sí mismas todos los años henchir, manaron como era de costumbre, señal que los franceses acertaron y se engañaron los de España, milagro con que muchas veces por estos tiempos, como lo dice Gregorio, turenense, escritor desta era, se mostró y entendió la verdad sobre este punto, ca gran diversidad de opiniones sobre el dia en que se debia de celebrar la Pascua hobo entre estas dos naciones, por no estar asentada del todo la razon del cómputo eclesiástico. Y aun por las tablas de Dionisio, abad, que son las mismas de Juan Lucido, se ve que los franceses acertaron. Contemporáneo de Gregorio fué Donato, un monje, el que con otros setenta compañeros de Africa pasó en España, y con la ayuda y riquezas de una mujer poderosa y rica, llamada Minicia, edificó en Játiva, segun que muchos entienden, el monasterio servitano. Fué el primero, como dice san Ildefonso, que introdujo en España la forma de la vida monástica; hase de entender la que milita debajo de cierta regla en conventos y en comunidad, porque de monjes en las acciones de los concilios de España se halla hecha mencion antes destes tiempos, mas, ó no estaban atados con alguna obligacion de votos, ó esparcidos por los bosques hacian vida solitaria. Volvamos con nuestro cuento á Leuvigildo, el cual, sosegadas las alteraciones de Aquitania, hoy Guiena, dió la vuelta á España con determinacion de echar por tierra el imperio de los suevos, que en ella durara tanto tiempo. El rey Miro, temiéndose del poder de los godos, que ya se metian haciendo daño por Galicia, con embajada que les envió para pedir paz, alcanzó solamente treguas por cierto tiempo. Otorgólas el Godo, lo uno porque no tenia bastante causa para hacer guerra á los suevos ni otra ocasion mas de la mudanza de religion en mejor, lo otro porque Leuvigildo estaba

encendido en deseo de hacer guerra y destruir un ejército de los romanos, al cual Justino, emperador, encomendara la guerra de las fronteras de España. Lo primero que hizo Leuvigildo fué entrar por los montes de Oropeda, que á las haldas de Moncayo se comienzan á empujar, y pasando por Molina, Cuenca y Segura y por la comarca de Granada, se terminan en el estrecho de Cádiz. Ciertos montañeses, confiados en la aspereza de los lugares y de los montes, no le querían obedecer; mas él con las armas y guerra los sujetó. Con esto se hizo mayor el poder de los godos, y el de los romanos se disminuyó, porque poseían solamente y conservaban, con poca esperanza de sustentarse y prevalecer, un pequeño pedazo de tierra hácia el mar, como yo pienso, Mediterráneo. Antes que Leuvigildo comenzase esta guerra dió primero orden en las cosas de su reino y de su casa, y con intento de quitar á los grandes la costumbre muy recibida de elegir por sus votos los reyes, juntamente con deseo que tenia de que el reino se continuase en su familia y descendientes, declaró por sus compañeros en el reino á sus hijos Hermenegildo y Recaredo. Para esto dividió la provincia y señorío en tres partes: á Hermenegildo encomendó el gobierno de Sevilla, si bien Gregorio Turonense dice que de Mérida. Del nombre de Recaredo fundó la ciudad llamada Recopolis, que es tanto como ciudad de Recaredo, en aquella parte donde Guadiela se junta con el río Tajo, no lejos de la villa de Pastrana, como lo atestigua el moro Rasis. Esta fundación fué el año de 577. Sin embargo, otros muchos pretenden que aquella ciudad de Recopolis se fundó en la Celtiberia, do al presente está Almonacid, vulgarmente llamado de Zorita, de sitio por su naturaleza muy fuerte y agrio. Lo mas cierto que Leovigildo puso la silla de su reino en Toledo, por donde desde aquel tiempo se comenzó á llamar ciudad Regia, y en lo de adelante fué cabeza y asiento del reino de los godos, como hasta esta sazón hobiese estado en Sevilla. Destos principios se abrió puerta para que aquella ciudad alcanzase la dignidad de primacia sobre las demás iglesias y ciudades de España, segun que en sus lugares se declarará mas amplamente. Gobernaba la Iglesia de Roma por estos tiempos el pontífice Benedicto, sucesor de Juan el Tercero; el imperio romano poseía Tiberio, segundo deste nombre, sucesor de Justino, llamado el mas Mozo; por este mismo tiempo Miro, rey de los suevos, hizo guerra á los de la Rioja; no se sabe por qué causa, solo se refiere los venció y despojó de sus bienes, y por conclusion los sujetó á su señorío. Llamábase antiguamente aquel pedazo de tierra Bucones, por lo menos así la llama el arzobispo don Rodrigo; es grande su fertilidad y frescura, los campos tan á propósito para sombrarlos de trigo, que muchas veces acuden veinte por uno.

CAPITULO XII.

De la guerra de Hermenegildo.

Ingunde, hija de Sigiberto, rey de Lorena y de Brunquilde, casó con Hermenegildo, año de nuestra salvación de 579. Era esta señora nieta de la reina Gosuinda y de Atanagildo, por donde con este casamiento emparentaban entre sí aquellas dos familias reales, traza con que el rey Leuvigildo pretendia asegurar su reino y el

de sus hijos, mayormente que á este nuevo parentesco se allegaba juntamente el de los reyes francos, con quien asimismo emparentaba. Vino Ingunde de Francia con grande acompañamiento. Su abuela Gosuinda la tuvo consigo algun tiempo con muestras de amor y de alegría muy grande; haciale todas las caricias que podia á propósito de ganarle la voluntad y obligarla con estos halagos á que, dejada la religion católica, abrazase la secta de Arrio y de nuevo se bautizase, como lo tenian de costumbre los arrianos. Ingunde no daba orejas á esto ni quiso venir en manera alguna en lo que su abuela pretendia; decia que conforme á la costumbre cristiana habia recibido el santo bautismo debajo la invocacion de la Santa Trinidad, y que en esta fe y creencia pretendia mantenerse hasta lo postrero de su vida. La abuela, como mujer que era soberbia y cruel, y no menos fea en las costumbres que en el cuerpo, ca le faltaba el uno de los ojos, no pudo sufrir que aquella moza hiciese poco caso de sus amonestaciones; embravecióse en gran manera, pasó tan adelante, que le dijo muchos baldones, ultrajes y denuestos, y aun cierto dia puso en ella las manos, y asiéndola por los cabellos, la arrastró por el suelo hasta hacerla reventar la sangre; otra vez la hizo caer en una piscina ó estanque á grande riesgo de la vida. Ingunde no se movia por estos malos tratamientos, ni alojó por ellos en lo que debia, antes se entiende que por su diligencia mas que por otra causa Hermenegildo, su marido, comenzó á tratar de hacerse católico. Allegáronse á esto las amonestaciones de san Leandro, obispo de Sevilla, que, como le sintiese inclinado á lo mejor, le animó y enseñó todo lo que á la verdadera religion pertenecia. Tuvieron comodidad para comunicarse de espacio á causa que el rey Leuvigildo se era ido á lo mas interior de España, que es el reino de Toledo. Estaba por este tiempo desposada con Recaredo una hija del rey Chilperico de Francia y de Fredegunde, llamada Ringundo; venia á verse con su esposo, segun lo tenían concertado; llegó hasta Tolosa, donde por un aviso que vino de la muerte de su padre, que le mató Landrico, su condestable, como arriba queda dicho, de repente se volvió á su tierra sin pasar adelante. Perdida pues la esperanza de que aquel casamiento se hobiese de efectuar, Recaredo casó adelante con una señora, por nombre Bada, cuyo linaje y nacion no se sabe; quién dice que fué de la nobilísima sangre de los godos, su padre Fonto, conde de los patrimonios. Solo consta que á la misma sazón que el rey Leuvigildo se ocupaba en dar orden en estos casamientos, Hermenegildo, su hijo, de todo punto se pasó á la parte de los católicos. La mudanza deste Príncipe en la religion, dió ocasion á una guerra muy pesada y muy larga entre padre y hijo. Gosuinda, que debiera terciar bien y aplacar el ánimo de su marido, parte por la braveza de su corazon, parte por ser como era madrastra, encendia mas el fuego y irritaba el corazon del Rey, que de suyo estaba muy apasionado por aquella causa. Antes que viniesen á las manos y que los desabrimientos llegasen á rompimiento, intentó el padre de reducir su hijo por buenos medios á su voluntad. Despachóle embajadores y escribióle una carta desta sustancia: «Mas quisiera, si tú vinieras en ello, tratar de nuestras habiendas y diferencias en presencia que por carta; por-

»que ¿qué cosa no alcanzara de tí si estuvieras delante, ¿quier te mandara como rey, quier te castigara como padre? Trajérate á la memoria los beneficios y regalos pasados, de que parece con tu inconstancia te burlas y haces escarnio. Desde tu niñez, puede ser con demasiada blandura, te crió y amaestré con cuidado, como quien esperaba serias rey de los godos en mi lugar. En tu edad mas crecida antes que lo pidieses, y aun lo pensases, te di mas de lo que pudieras esperar, pues te lize compañero de mi reinado y te puse en las manos el sceptro para que me ayudases á llevar la carga, no para que armases contra mí las gentes extrañas, con quien te pretendes ligar. Fuera de lo que se acostumbraba, te di nombre de rey para que, contento de ser mi compañero en el poder, me dejases el primer lugar, y en esta mi edad cargada me sirvieses de arrimo y me aliviases el peso. Si demás de todo esto desearas alguna otra cosa, decláralo á tu padre; pero si sobre tu edad contra la costumbre allende tus méritos te he dado todo lo que podias imaginar, ¿por qué causa como ingrato impiamente ó como malvado fuera de razon engañas mis esperanzas y las truecas en dolor? Que si te era cosa pesada esperar la muerte deste viejo y los pocos años que naturalmente me pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que se diese parte del reino á tu hermano, fuera razon que me declararas tu sentimiento primero, y finalmente, te permitieras á mi voluntad. La ambicion sin duda y deseo de reinar te despeña, que suele quebrantar las leyes de naturaleza y desatar las cosas que entre sí estaban con perpetuos nudos atadas. Excúsate con tu conciencia y cúbreste con el velo de la religion, bien lo veo, en lo cual advierto que, no solamente quebrantas las leyes humanas, sino que provocas sobre tu cabeza la ira de Dios. ¿De aquella religion te apartas, guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo el nombre de los godos se ha aumentado en riquezas y ensanchado en poderio? ¿Por ventura menospreciarás la autoridad de tus antepasados, que debias tener por sacrosanta y por dechado sus obras? Esto solo pudiera bastar para que considerases la vanidad de esa nueva religion, pues aparta el hijo del padre, y los nombres de mayor amor muda en odio mas que mortal. A mí, hijo, por la mayor edad toca el aconsejarte que vuelvas en tí, y como padre mandarte que, dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu corazón. Si lo haces así, fácilmente alcanzarás perdon de las culpas hasta aquí cometidas; si acaso no condesciendes con mi voluntad y me fuerzas á tomar las armas, será por demás en lo de adelante esperar ni implorar la misericordia de tu padre.» Dió esta carta mucha pesadumbre á Hermenegildo, como era razon; pero determinado de no mudar parecer, respondió á su padre, y le escribió una deste tenor: «Con paciencia y con igual ánimo, rey y señor, he sufrido las amenazas y baldones de tu carta, dado que pudieras templar la libertad de la lengua y la cólera, pues en ninguna cosa te he errado. A tus beneficios, que yo tambien confieso son mayores que mis merecimientos, deseo en algun tiempo corresponder con el servicio que es razon y permanecer por toda la vida en la reverencia que yo estoy obligado á tener á mi padre. Mas ven abrazar la religion mas segura, que tú para hacerla

»odiosa llamas nueva, nos conformábamos con el juicio de todo el mundo, además de otras muchas razones que hay para abonalla. No trato cuál sea mas verdadera; cada cual siga lo que en esta parte le pareciere, á tal que se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la buenandanza de nuestra nacion á la secta arriana que siguen, por no advertir la costumbre que tiene Dios de dar prosperidad y permitir por algun tiempo que pascen sin castigo los que pretende de todo punto derribar; y esto para que sientan mas los reveses y el trocarse su buenandanza en contrario. Y que la tal prosperidad no sea constante ni perpetua lo declara bastantemente el fin en que por semejante camino han parado los vándalos y los ostrogodos. Que si te ofendes de haber yo mudado partido sin consultarte primero, sea-me lícito que yo tambien sienta que no me des lugar y licencia para que estime en mas mi conciencia que todas las cosas, por lo cual, si necesario fuere, estoy presto de derramar la sangre y perder la vida; ni es justo que el padre pueda con su hijo mas que las leyes divinas y la verdad. Suplico á nuestro Señor que tus consejos sean saludables á la república, y no perjudiciales á nos, que somos tus hijos; y que te abra los ojos para que no des orejas á chismertas y reportes con que tú tengas que llorar toda la vida, y á nuestra casa resulte infamia y daño irreparable por cualquiera de las dos partes que la victoria quedare.» Estaba el pueblo dividido en dos parcialidades: los católicos, que eran en gran número, y tenían menos fuerzas, seguian el partido de Hermenegildo, quien en público, quien de callada. Los arrianos eran mas poderosos, y tomaron la voz de Leuvigildo. Gregorio Turonense dice que Hermenegildo cuando le ungiéron en la frente y le confirmaron, que era la manera como recibian en la Iglesia á los arrianos, mudó el nombre antiguo que tenia en el de Juan. Contra esto hacen las monedas de oro batidas como parece en lo mas recio de la guerra para que sirviesen, á lo que se entiende, como de insignias y divisas á los soldados; que son de buen oro, y tienen de una parte el nombre y rostro de Hermenegildo, y por reverso una imagen de la victoria con estas palabras: «Hombre, huye del Rey»; aludiendo á la sentencia de San Pablo, en que manda que el hereje despues de una segunda monicion sea evitado. Buscaron los católicos socorro de léjas tierras, y para esto Leandro fué por mar á Constantinopla, do estaba Tiberio Augusto. Leandro de monje benito fué promovido en prelado de Sevilla; era persona de singular erudicion y aprobacion de costumbres y no menor suavidad en su trato; la elegancia en el estilo y en las palabras era muy grande, cosa que en aquel tiempo se podia tener por milagro. Poco efecto y provecho hizo á lo que parece la ida de Leandro en lo que se pretendia; pero hallóse en un concilio de obispos en aquella ciudad, y trabó familiaridad grande con san Gregorio, que tuvo despues renombre de Magno, y entonces era legado en Constantinopla del papa Pelagio II. La semejanza de la vida y de los estudios fué causa que trabasen la amistad, de que dan muestra los libros de los *Morales*, que á persuasion de san Leandro y en su nombre san Gregorio publicó. Los principios desta guerra concurren con el año de 580; año que fué desgraciado al pueblo cristiano y aciago porque en él nació en Arabia

el falso profeta Mahoma, caudillo adelante y cabeza de una nueva y perversa secta, de quien se hablará otra vez en su lugar. Fortificó Hermenegildo á Sevilla y á Córdoba, proveyólas de trigo, de almacén y de todo lo necesario para todo lo que sucediese, ora la guerra se prolongase, ora las apretasen con cercarías. Hizo alianza con los capitanes romanos. Entrególes para seguridad á su mujer y un hijo que poco antes le habia nacido, fuera de que, si sucediese algun desastre, queria estuviesen lejos del peligro de la guerra las dos cabezas que él mas amaba. Por el contrario, Leuwigildo, visto que no podia ganar á su hijo ni por miedos que le ponía ni por promesas que le hizo, acordó de acudir á las armas y á la fuerza. Para salir mas fácilmente con su intento lo primero que hizo fué por medio de mucho oro que dió á los romanos atraellos á su partido, como hombres que se vendían á quien mas pujaba, sin tener cuenta con la fe y sin mirar lo que tenían concertado con su hijo. Inclináronse pues y abrazaron aquella parte do esperaban seria mas cierta la ganancia y el interés mas colmado. Tomado este asiento, trató juntamente aquel Rey de concertar en cierta forma los católicos con los arrianos, por constarle que la diferencia de la religion era causa de aquellas revueltas y daños. Para esto juntó en la ciudad de Toledo un concilio de los obispos arrianos, en que se decretó lo primero que se quitase la costumbre de rebaptizar, como lo tenían antes en uso, á los que de la religion católica se pasaban á la secta arriana. Decretaron otrosí sobre la cuestion tan reñida entre católicos y arrianos que entre las personas divinas el Hijo era igual al Padre; pero esto fué solo de palabra, que la ponzoña y perversidad de antes se les quedaba en sus corazones muy arraigada. Todavía esta ficcion y engaño fué parte para que mucha gente simple, como quitada la causa de la discordia, unos claramente se apartaron de Hermenegildo, otros defendían en lo de adelante su partido mas tibiamente. La mayor parte de la gente, movida del peligro que amonazaba y por acomodarse con el tiempo, quisieron mas estar á la mira que entrar á la parte, y por la defension de la religion católica poner á riesgo sus vidas y sus haciendas. Pasáronse en estas cosas tres años. En este tiempo, muerto el emperador Tiberio, otro que se llamó Mauricio le sucedió en el imperio romano. El rey Leuwigildo no se descuidaba, antes en todos sus estados hizo grandes levas de gentes, con que movió contra su hijo. Marchó con su ejército hasta lo postrero de Andalucía, y puso sitio sobre Sevilla, ciudad famosa, grande y rica. Tenia poca esperanza que los cercados se rindiesen por su voluntad por estar aficionados á su hijo y prevenidos de su prelado Leandro. Acordó usar de fuerza y juntamente valerse de sus mañas. Pasa por aquella ciudad Guadalquivir, tan caudaloso y de tan grandes acogidas de agua, que tiene fondo bastante para gruesas naves. Parecióle sería bien impedirles la navegacion, y que por el rio no pudiesen entrar provisiones, y para esto sacalle de madre y echallo por otra parte. Era esta empresa de grande trabajo y obra de muchos dias. Por esto una legua mas arriba de Sevilla para hacer sus estancias reedificaron los muros de la antigua Itálica, cuya magnificencia en tiempo de los romanos fué grande, y della dan bastante mues-

tra las ruinas que allí se ven, donde en nuestro tiempo está el monasterio famoso de San Isidro. Miro, rey de los suevos, si bien era católico, acudió con su gente en favor de Leuwigildo; mas pagó tan grande maldad, segun se entendió, con la muerte, ca falleció durante el cerco de Sevilla. Sucedióle Eborico, su hijo. Gregorio Turonense dice al contrario desto, es á saber, que Miro siguió el partido de Hermenegildo, y que concluida la guerra, se concertó con Leuwigildo, y vuelto á su tierra falleció poco despues de enfermedad que le sobrevino en aquel cerco por ser el aire mal sano y las aguas no buenas. Echaron pues el rio por otra parte, con que los cercados comenzaron á padecer grande falta. Hermenegildo, ya que era pasado un año del cerco, perdida la esperanza de poderse defender, de secreto se recogió á los romanos, como ignorante que estaba de que habían mudado partido y pasóse á sus contrarios. Luego que partió Hermenegildo, la ciudad se entregó á su padre, que fué el año del Señor de 586. No se contentó con esto Leuwigildo ni paró antes de haber á las manos á su hijo. En la manera cómo le prendió no concuerdan los autores; quién dice que, vista la mala acogida que le hacían los romanos y su deslealtad, dió la vuelta á Córdoba, y que aquellos ciudadanos por alcanzar perdon de su padre se lo entregaron, que á los caidos todos les faltan; Turonense va por otro camino, y afirma que le prendieron en el lugar de Oseto, donde conforme á lo que de suso queda dicho, la pila del bautismo todos los años de suyo se henchía de agua. Recogióse Hermenegildo en aquel lugar por ser muy fuerte plaza y sus moradores á él muy aficionados, metió consigo hasta trecientos soldados escogidos, y las demás gentes dejó en sus reales, que tenia por allí cerca. Pensaba si su padre usaba de fuerza acometerle por frente y por las espaldas. Hacia la cuenta sin parte, y así sucedió todo al contrario; porque Leuwigildo, avisado del intento de su hijo, como es cosa ordinaria que discordias civiles nunca faltan espíassecretas, con presteza ganó por la mano y deshizo aquellas trazas. Acudió pues con diligencia sobre aquel lugar, y apoderado del pueblo, le puso fuego por todas partes. Hermenegildo, perdida la esperanza de poderse defender, se recogió al templo, si por ventura con entrenarse algun tanto se aplacase la saña de su padre. Iba en compañía de Leuwigildo el otro hijo Recaredo, que si bien era menor en la edad, en la nobleza de corazon y en la prudencia igualaba á su hermano. Pidió licencia á su padre y lugar á su hermano para verse con él. Concertada la habla y entrado que hobo en el templo, por algun espacio de tiempo se detuvo sin poder decir palabra, como suele acontecer cuando el dolor, la ira y el miedo son muy grandes. La abundancia de las lágrimas y el sentimiento le quitaban la habla, mas despues que sosegó algun tanto de corazon, dice, flaco es dolerse por el desman de los suyos y no poner otro remedio sino las lágrimas. Tu desventura no es solo tuya, sino nuestra, á todos nos toca el daño, pues entre padre y hermanos no puede haber cosa alguna apartada. No quiero reprehender tus intentos ni el celo de la religion, aunque ¿qué razon pudo ser tan bastante para tomar las armas contra tu padre? Tampoco me quejo de los que con sus consejos te engañaron. Las cosas pasadas mas fácilmente se pue-

den llorar que trocar. Esta es, mal pecado, la desgracia destes tiempos, que por estar dividida la gente y reinar entre todos una pestilencial discordia, la una parcialidad y la otra ha pretendido tener arrimo en nuestra casa, que es la causa de todos estos daños. Resta volver los ojos á la paz para que nuestros enemigos no se alegren mas con nuestros desastres. Lo que ojalá se hobiera hecho antes de venir á rompimiento; pero todavía queda el recurso á la misericordia paterna, si de corazón pides perdón de lo hecho, que será mejor acuerdo que llevar adelante la pertinacia y arrogancia pasada. Por lo de presente y por lo que ha sucedido, debes entender cuánto será mejor seguir la razon con seguridad que perseverar con peligro en los desconciertos pasados. Acuérdate que en la adversidad suele ser muy necesaria la prudencia, y que el ímpetu y la aceleracion te será muy perjudicial. De mi parte te puedo prometer que si de voluntad haces lo que pide la necesidad, nuestro padre se aplacará, y contento con un pequeño castigo, te dejará las insignias y apellido de rey.» Confirmó estas promesas con juramento, hizo llamar á su padre, y venido que fué, Hermenegildo con un semblante muy triste se arrojó á sus piés. Recibióle con muestras de alegría, dióle paz en el rostro, que fué indicio de quererle perdonar, mas otro tenia en el corazón; habiéndole algunas palabras blandas, y con tanto le mandó llevar á los reales; poco despues, quitadas las insignias reales, le envió preso á Sevilla. El abad bichlarensense dice que le desterró á Valencia y que murió en Tarragona. La verdad es que en Sevilla, á la puerta que llaman de Córdoba, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo Hermenegildo, espantosa por su altura y por ser muy angosta y oscura. Dicese comunmente que en ella estuvo con un pié de amigo atadas las manos al cuello, y que el santo mozo, no contento con el trabajo de la cárcel, usaba de grande aspereza en la comida y vestido; su cama una manta de cilicio, y él mismo ocupado en la contemplacion de las cosas divinas sospiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve. En esta forma de vida perseveró hasta tanto que llegó la fiesta de Pascua de Resurreccion, que aquel año cayó á 14 de abril, y fué puntualmente el de Cristo de 586, segun que se entiende por la razon del cómputo eclesiástico, si bien algunos deste número quitan dos años. El arcipreste Juliano quita uno; mas el abad bichlarensense señala que Hermenegildo murió el tercer año del emperador Mauricio, lo cual concuerda con lo que queda dicho. El caso sucedió desta manera: Leuvigildo con el deseo que tenia de reducir á su hijo, pasada la media noche, le envió un obispo arriano para que, conforme á la costumbre que tenian los cristianos, le comulgase aquel día á fuer de los arrianos. El preso, visto quien era, le echó de sí con palabras afrentosas. Tomó el padre aquel ultraje por suyo, y de tal suerte se alteró, que sin dilacion envió un verdugo, llamado Sisberto, para que le cortase la cabeza; bárbara crueldad y fiereza que pone espanto y grima. Era Hermenegildo de condicion simple y llana, cosas que si no se templan, suelen acarrear daños y aun la muerte. La memoria deste santo mártir se celebra en España de ordinario á 14 de abril, dado que en algunas iglesias se hace un día antes. El lugar de la prision

adelante se mudó en una capilla con advocacion del santo. La devocion que con él antiguamente se tuvo fué muy grande, como se entiende así por lo dicho como de que muchos, así varones como hembras, se llamaron de su nombre Hermenegildos, Hermesindas, Hermenesindas, y aun los sobrenombres de Armengol y Hermengando, de que usaron los españoles, entienden algunos se tomaron del nombre deste santo. Lo mismo se dice de Hermegildez y Hermildez, que tienen terminacion aun mas bárbara. No se sabe dónde esté al presente su cuerpo, ni aun se averigua bastantemente el lugar en que á la sazón le sepultaron. Un hueso suyo dentro de una estatua de plata muestran en capilla particular de la iglesia mayor de Zaragoza; gobernaba por estos tiempos la Iglesia romana Pelagio II. Gregorio el Magno, sucesor de Pelagio, relató como cosa fresca la muerte de Hermenegildo. Allí dice que junto al cuerpo del mártir se oyó música celestial, cierto de los ángeles que celebraron su entierro y sus honras de que el cruel ánimo de su padre le privó. Añade que corría fama y se decía que en el mismo lugar de noche se vieron luces á semejanza de antorchas. Estas cosas y la muerte del verdugo Sisberto muy fea, que le avino muy en breve, aumentó en gran manera la devocion del mártir. Al presente se ha acrecentado notablemente despues que el papa Sixto V puso el nombre de Hermenegildo en el Calendario romano, con orden y mandato que en toda España se le haga fiesta á los 14 dias del mes de abril.

CAPITULO XIII.

De la muerte del rey Leuvigildo.

Luego que Ingundis tuvo aviso de la prision y muerte de su marido, pasó en Africa, llena de amargura y de lágrimas. Los capitanes romanos que la tenian en su poder acordaron enviarla juntamente con su hijo, por nombre Teodorico, y hacer della presente al emperador Mauricio. Por el contrario, los reyes de Francia, Childebarto, hermano de Ingundis, y Guntrando, su tío, principes valerosos y bravos, se aparejaban para vengar con sus armas aquella injuria y la muerte de Hermenegildo. Recaredo, avisado destes apercebimientos, para ganar por la mano rompió con sus gentes por la Francia y por las tierras de los enemigos; apoderóse por fuerza de un castillo muy fuerte en el territorio de Arles, que se llamaba Ugermo. Taló demás desto y dió el gasto á todos los campos comarcanos. Fué grande el daño que hizo, y mayor el espanto que puso en toda aquella gente; por esto se trató de hacer paces, y para efectuarlas despachó Leuvigildo sus embajadores; pero no acabaron cosa alguna á causa que, demás de los agravios pasados, las gentes y armadas de los godos de nuevo tomaron ciertas naves francesas en las marinas de Galicia con los hombres y todo el haber que traian y con que venian á sus contrataciones. Esto irritó tanto á los franceses, que si bien se despachó otra nueva embajada sobre el caso, aquellos reyes, mayormente Guntrando, no quisieron dar oidos á lo que los godos pedian. Quién dice que Recaredo desde Narbona rompió segunda vez por las tierras de los francos, y de nuevo dió la tala á los campos muy fértiles de la Francia. Childebarto, como al que tocaba de mas cerca este dolor, y por el deseo

que tenia de vengar á su hermana y á su cuñado, y tomar la emienda debida de tantos desaguisados, convidó al emperador Mauricio, cuya amistad poco antes habia el menospreciado, para juntar sus fuerzas y armas contra los longobardos y contra los godos, que estaban apoderados los unos de Italia y los otros de España. Tomado este asiento, un gran ejército de franceses pasó en Italia. Mostróse el enemigo al principio temeroso. No queria venir al trance de la batalla; por esto los francos, y por ser de su natural muy confiados, se descuidaron de tal suerte, que los contrarios dieron sobre ellos á deshora con tal orden, que al punto los vencieron y desbarataron. No refieren el número de los muertos; solo consta que fué la mayor matanza que en aquel tiempo se hizo de los francos. Este revés sin duda hizo que Childeberto se humanase para con los godos, mayormente que el Emperador, ocupado en otras cosas, ayudaba mas á sus compañeros con el nombre que con las fuerzas; además de la muerte de Ingundis, hermana de Childeberto, que se supo en esta sazón, y era la causa destes bullicios y guerra; quién dice que falleció en Africa, quién en Sicilia, ca no concuerdan los autores, como tampoco no se sabe lo que se hizo de su hijo. Solo refieren que le llevaron al Emperador; debió fallecer poco despues de la madre, mas dichoso en esto que si huérfano, desterrado y pobre y cautivo viviera mucho tiempo. Máximo dice que murió en Palermo la madre, y el hijo poco despues en Constantinopla. En este medio en España el rey Leuvigildo, por el deseo que tenia de apagar la católica religion, causa como él entendia de tantos daños y males, desterraba los varones mas santos de todo su reino, como los que conservaban y mantenian el culto de la verdadera religion. En particular desterró los dos hermanos y prelados Leandro, de Sevilla, y Fulgencio, de Écija; estaba contra ellos irritado principalmente por el favor que dieron á Hermenegildo, su hijo. Lo mismo hizo con Mausona, metropolitano de Mérida, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo. Hízole venir á Toledo, y desde allí, despues de muchas afrentas que le hizo, le envió al destierro, solo por mostrarse constante en la religion católica y porque no quiso manifestar al Rey y entregalle la vestidura de santa Olalla por miedo de los arrianos. Pusieron en lugar de Mausona y nombraron por arzobispo un grande arriano llamado Sunna. Sucedió un milagro al partir de Mausona para muestra de su inocencia, y fué que el caballo en que le pusieron para llevarle al destierro, sin embargo que era por domar y muy feroz, recibió sin dificultad sobre sí al santo varon. Muchos otros obispos fueron al destierro, y pusieron otros en su lugar, de que se entiendo procedió que, sosegada la Iglesia acaecia, contra lo que disponen las leyes eclesiásticas, haber dos obispos de una ciudad, como se ve por las memorias públicas de aquel tiempo. Parece que adelante, con deseo de la paz, cuando se convirtió España, se introdujo esta novedad que los unos obispos y los otros quedasen con sus oficios. De las rentas de las iglesias se apoderó el avariento Rey sin alguna resistencia, derogó los privilegios de los eclesiásticos, dió la muerte á muchos hombres principales, parte por causas verdaderas, á otros por testimonios que les levantaban y calumnias que les arrimaban, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Lo que con

esta carnicería principalmente pretendia era que ninguno de otro linaje pudiese aspirar al reino. Muchos, quebrantados con estos males, no solo del pueblo, sino de los principales en riquezas y nobleza, se sujetaron á la voluntad del Rey y pasaron á la secta de los arrianos. Entre estos Vincencio, obispo de Zaragoza, como se hiciese arriano, con el ejemplo de su inconstancia trajo otros muchos al despeñadero; si bien Severo, obispo de Málaga, y Liciniano, obispo de Cartagena, sus contemporáneos, escribieron contra lo que hizo. Dura hasta nuestra edad el libro de Liciniano, de quien atestigua Isidoro que escribió muchas epistolas á Eutropio, obispo de Valencia, y que falleció en Constantinopla, á lo que se entiendo, huido de la rabia del Rey. En aquella ciudad Juan, abad biclearense, natural de Santaren, en Portugal, gastó por causa de los estudios en su menor edad diez y siete años, con que alcanzó conocimiento de la una y de la otra lengua latina y griega, y se aventajó en las otras artes y ciencias. Despues desto, vuelto á la patria de su larga peregrinacion, sufrió muchos trabajos como los demás católicos. Desterráronle á Barcelona: en el destierro, á la vertiente de los Pirineos, edificó un monasterio que se llamó Biclearense, y hoy se llama de Valclara, apellido conforme al antiguo. Ordenó que los monjes siguiesen la regla de san Benito, y él mismo les añadió otras constituciones y estatutos á propósito de la vida religiosa. Deste monasterio, donde fué abad algun tiempo, le sacaron en el reinado de Recaredo para hacerle obispo de Girona, y en tiempo del rey Suintila pasó por la muerte al cielo y á gozar el premio de sus trabajos. Tuvo por sucesor á Nonito, de quien y de Juan, presbítero de Mérida, y Novello, obispo de Alcalá, sucesor de Asturio, despues de otros algunos, todos personas señaladas, no se sabe si con la tempestad que en estos tiempos corria, y con las olas de persecuciones fueron trabajados. A san Isidoro, hermano de Leandro y de Fulgencio, para que no le maltratasen valió su pequeña edad, sus buenas inclinaciones y su grande ingenio, que le hacia de presente ser amado de todos, y para adelante con sus grandes letras y santidad alumbró toda la Iglesia. Allegábase á lo demás su nobleza, la modestia de su rostro y su mesura, la suavidad de su condicion, si bien no dejaba de hacer rostro á los arrianos ni temia irritallos con sus disputas. Animábase á hacello, parte por ser católico, parte por las cartas que Leandro, su hermano, desde el destierro le enviaba, en que le animaba á derramar la sangre, si fuese necesario, por la defensa de la verdad. El reino de los godos, que por los caminos ya dichos parecia ir en aumento y cobrar de cada día mayores fuerzas, por el mismo tiempo se acrecentó con apoderarse de todo lo que los suevos en España poseian, lo cual avino en esta manera y con esta ocasion. El rey Eborico, hijo de Miro, fué despojado de aquel reino por Andeca, hombre principal y que estaba casado con la madrastra de Eborico, llamada Sisegunda. No se contentó con despojalle del reino, sino que por asegurarse le forzó á meterse fraile y trocar las insignias reales y cetro con la cogulla. Era Eborico amigo de los godos y su confederado; por esto Leuvigildo tomó las armas contra el tirano. Vencióle y prendióle en batalla, y despojado del reino le cortó el cabello, que conforme á la costumbre de aquellos tiempos era privalle de la

nobleza y hacelle inhábil para ser rey; finalmente, le desterró á Beja, ciudad de la Lusitania. Con la ocasion destas revueltas se levantó otro, por nombre Malarico, y con el favor que tenia entre aquella gente se llamó rey. Acudió Leuvigildo tambien á esto, sosegó estas nuevas alteraciones, con que toda la Galicia quedó sin contradiccion por suya; ca Eborico se debió quedar como particular en el monasterio, ni el rey godo debió tener mucha voluntad de restituirle. Por esta manera el rey de los suevos, que en algun tiempo floreció mucho y poseyó una buena parte de España por espacio de ciento y setenta y cuatro años, cayó de todo punto, que fué el año de Cristo 586. En el mismo año Leuvigildo falleció en Toledo el 18, despues que con su hermano comenzara á reinar. Hay fama, y muchos autores lo atestiguan, que al fin de la vida, estando en la cama enfermo sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana, y volvió su ánimo á lo mejor y á la verdad; y que en particular con Recaredo, su hijo, trató cosas en favor de la religion católica. Díjole que el reino que, adquiridas y ganadas muchas ciudades, le dejaba muy grande, seria muy mas afortunado si toda España y todos los godos recibiesen despues de tanto tiempo la antigua y verdadera religion. Encargóle tuviese en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, á quien mandó en su testamento alzar el destierro. Avisóle que, así en las cosas de su casa en particular como en el gobierno del reino, se aprovechase de sus consejos. Y aun Gregorio Magno refiere que antes que muriese de aquella enfermedad encargó mucho á Leandro, que debió venir á la sazón, cuidase mucho de Recadero, su hijo, que por sus amonestaciones esperaba y aun deseaba en las costumbres, humanidad y todo lo demás semejase á Hermenegildo, su hermano, á quien él sin bastante causa dió la muerte. Puédese creer que las oraciones del santo mártir fueron mas dichosas y eficaces despues de muerto que en la vida para alcanzar de Dios que su padre se redujese á buen estado. Nuestros historiadores refieren que Leuvigildo, dado que de corazon era católico, no abjuró públicamente, como era necesario, la herejia por acomodarse con el tiempo y por miedo de sus vasallos. Máximo dice se halló presente á la muerte deste Rey y vió las señales de su arrepentimiento y sus lágrimas. Pone su muerte año 587, 2 de abril, miércoles al amanecer. Esto su desengaño se debió encaminar, entre otras cosas, por muchos milagros que se hicieron en favor de la religion católica. Entre los demás se cuentan los siguientes: En el tiempo que perseguia con las armas á su hijo inocente, un monasterio que estaba en la comarca y ribera de Cartagena con advocacion de San Martin, huido que se hobieron los monjes á una isla que por allí caía, fué saqueado por los soldados del Rey; uno dellos, desnuda la espada, como acometiese al abad que solo quedaba, en castigo de su sacrilegio cayó muerto en tierra; el Rey, sabido el suceso, mandó que toda la presa se restituyese al monasterio. Sucedió otrosí en una disputa que hobo sobre la religion que un católico, en testimonio de la verdad que profesaba, tomó en la mano, sin recibir alguna lesion ni daño, un anillo del fuego en que estaba ardiendo, sin que el hereje se atreviese á hacer otro tanto en defensa de su secta. Con estos y otros milagros comenzaba el ánimo del Rey á moverse y vacilar. Preguntó á cierto obispo

arriano por qué causa los arrianos no ilustraban su secta y la acreditaban con semejantes obras ni hacian milagros como los católicos, tales y tan grandes. A esta pregunta el Obispo «á muchos, dice, oh Rey, si es lícito decir verdad y blasonar á la manera de los contrarios de nuestras cosas, que eran sordos, hice que oyesen, y aun abrí los ojos de los ciegos para que pudiesen ver. Pero las cosas que hasta aquí por huir ostentacion se han hecho sin testigos, quiero hacellas públicamente y probar con las obras la verdad de lo que digo.» No paró en palabras, sino que se vino á la prueba. Pasaba el Rey poco despues desto por una calle. Cierto arriano, que á persuasion del Obispo fingió estar ciego, á grandes voces pedía que le fuese por él restituida la vista; representaba la comedia delante del mismo que la inventara; tendía las manos, hacia otros ademanes en que mostraba esperaba con humildad la sanidad por los ruegos y santidad del Obispo. Estaban todos suspensos y esperaban ver alguna maravilla; y fué así, pero al revés de lo que cuidaban, porque el engañador malvado, luego que el Obispo le tocó los ojos con sus manos, quedó de todo punto ciego y perdió la vista que antes tenia. Conoció el miserable su daño, y vencido del dolor, que pudo mas que la vergüenza, confesó luego la verdad y descubrió á la hora el engaño y toda la trama. Por estos caminos la secta arriana, como era razon, comenzó en grande manera á ir de caída, y el ánimo del Rey á enajenarse poco á poco, mayormente que por espacio de cuatro años gran muchedumbre de langosta talaba de todo punto los campos de España, y mas del reino de Toledo, en que por la templanza del aire suele tener mas fuerza esta plaga. El pueblo, como acostumbra, decia ser castigo de Dios en venganza de la muerte de Hermenegildo y de la persecucion que hacian contra la verdadera religion. Esta loa á lo menos se debe á Leuvigildo por testimonio del mismo san Isidoro, que despues del rey Alarico reformó las leyes de los godos, que con el tiempo andaban estragadas; añadió unas y quitó otras. Paulo, diácono de Mérida, refiere otrosí lo que vió, es á saber, que el abad Nuncto, varon de grande santidad, como quier que de Africa pasase á Mérida con deseo de visitar el sepulcro de santa Olalla, desde aquella ciudad, por huir la vista de mujeres, poco despues se apartó al yermo, donde, dado que era católico, el Rey le sustentó á su costa hasta tanto que los rústicos comarcanos se conjuraron contra él y le dieron la muerte. La causa no se sabe; por ventura no podian sufrir las reprehensiones libres de aquel varon santo por ser hombres feroces y de rudo ingenio. No castigó el Rey este caso; castigóle Dios con que los demonios se apoderaron de los matadores sacrílegos. Por conclusion, Leuvigildo fué el primero de los reyes godos que usó de vestidura diferente de la del pueblo, y el primero que trajo insignias reales, y usó de aparato y atuendo de príncipe, cetro y corona y vestidos extraordinarios; cosas que cada uno conforme á su ingenio podrá reprehender ó alabar, por razones que para lo uno y para lo otro se podrian representar.

CAPITULO XIV.

De los principios del rey Recaredo.

Hicieron las exequias del rey Leuwigildo con la solemnidad que eraazon. Concluidas, Recaredo, su hijo y sucesor, volvió su pensamiento á dar orden en las cosas de su casa, y consiguientemente en el estado de la república. Pretendia ante todas cosas aplacar y ganar á los reyes de Francia, y aun el tiempo adelante para que la paz fuese mas firme, muerta Bada, su primera mujer, trató de emparentar con Childeberto, rey de Lorena, casando con Clodosinda, otra su hermana. Para alcanzar esto con mayor facilidad envió á excusarse que no tuvo parte en la muerte de Hermenegildo, antes le dolió en el alma aquel desastre de su hermano. No era aun llegada la sazón de efectuar cosa tan grande, si bien estaba ya cerca. Lo que sobre todo importaba fué que, por consejo de los dos hermanos Leandro y Fulgencio, como católico que ya era de secreto, comenzó muy de veras á tratar de restituir en España la religion católica; bien que por entonces le pareció disimular algun tanto y no forzar el tiempo, sino acomodarse con él. Consideraba la condicion del pueblo, que se deja mas fácilmente doblegar con maña que quebrantar por fuerza, especial en materia de mudar la religion en que desde su primera edad se criaron. Acordó pues para salir con su intento usar de artificio y de industria, halagar á unos, sobrellevar á otros, y con mercedes que les hacia ganarlos á todos. Sucedió todo como se podia desear, ca sabida la voluntad del Rey, bien así los grandes que los menudos se rindieron á ella y vinieron de buena gana en lo que al principio pareció tan dificultoso. Así que los godos todos, y entre los suevos los que perseveraban en la locura del error antiguo de comun acuerdo le dejaron y abrazaron el partido de la Iglesia católica, y juntamente con esto pretendian ganar la gracia de su señor, al cual, demás de su buena condicion y sus costumbres muy suaves, ayudaba mucho su gentil disposicion y rostro para ganar las voluntades de todos. Con que por toda la vida fué muy amado de sus vasallos, y despues de muerto su memoria muy agradable á los que le sucedieron adelante. Cosa forzosa es que en la mudanza de la religion resulten en el pueblo alteraciones y alborotos; la buena traza de Recaredo hizo que en su tiempo y por esta causa ni durasen mucho, ni fuesen muy señalados; y la severidad que usó en castigar, no solamente no fué odiosa por ser necesaria, sino tambien popular y á todos, así grandes como pequeños, agradable. El primero que hizo rostro á la pretension del Rey fué el obispo Ataloco en la Gallia Narbonense por ser tan aficionado á la secta arriana y en tanto grado, que vulgarmente le llamaban Arrio. Allegáronsele en la misma provincia los condes Granista y Bildigerno, sea movidos de sí mismos, sea á persuasion del Obispo. La verdad es que tomaron las armas contra el Rey y alteraron el pueblo para que se rebelase; pero este torbellino, que amenazaba mayor tempestad y daño, tuvo breve y fácil fin á causa que Ataloco falleció de puro pesar por ver que los suyos llevaban lo peor y que por estar los del pueblo inclinados á la religion católica no les podia persuadir que no hiciesen mudanza. A los condes vencieron en batalla las gentes de Recaredo, y con esto ven-

garon los malos tratamientos que de todas maneras habian hecho á los católicos. Es así que toda herejía es cruel y fiera, y ningunas enemistades hay mayores que las que se forjan con voz y capa de religion, ca los hombres se hacen crueles y semeables á las bestias fieras. Estas alteraciones de la Gallia Narbonense se levantaron y sosegaron al principio del reinado deste Principo en tiempo que el décimo mes despues que se encargó del gobierno renunció él publicamente la secta arriana y abrazó la antigua y católica religion. Restituyó otrosí á las iglesias los derechos y posesiones que su padre les quitara, además de nuevos templos y monasterios de monjes que con real magnificencia á su costa levantaba. A muchos de sus vasallos volvió las haciendas y honras de que su padre los despojara, cuya acedia sobrepujaba él con su benignidad, y sus malas obras con beneficios que á todos hacia. Ocupábase el Rey en estas obras, y la divina Providencia cuidaba de sus cosas. El rey Guatrando habia enviado un su capitan, por nombre Desiderio, con un grueso ejército para que en venganza de los daños pasados rompiese por las tierras que los godos poseian en la Gallia. Acudieron las gentes de Recaredo, vinieron con el francés á batalla junto á la ciudad de Carcazona, en que al principio los godos llevaron lo peor y volvieron las espaldas. Recogieron dentro de la ciudad; y desde allí puestos de nuevo en ordenanza salieron contra los franceses, que sin concierto seguian la victoria. Cargaron con tal denuedo sobre ellos y con tal esfuerzo, que con la ayuda de Dios se trocó el suceso de la pelca, y los godos, olvidados de las heridas y del trabajo, vencieron y desbarataron á los enemigos y los pusieron en huida; que estaban atónitos por la osadía y denuedo de los godos, que tenian por vencidos y la victoria por suya. Murió el general francés, y de sus gentes pocos se salvaron por los piés, los mas quedaron tendidos en el campo. Todo esto sucedió dentro del primer año del reinado de Recaredo, que fué el de Cristo de 587, segun que se entiende por un letrado de aquel tiempo que halló estos años en una piedra de Toledo, y le puso en el claustro de la iglesia mayor el maestro Juan Bautista Perez, canónigo á la sazón y obrero de aquella iglesia, y despues por sus buenas partes de erudicion y virtud, dado que de gente humilde, murió obispo de Segorve. Las letras dicen:

IN NOMINE DOMINI CONSECRATA ECCLESIA SANCTAE MARIAE
IN CATHOLICO DIE PRIMO IDUS APRILIS, ANNO FELICITER PRIMO
REGNI DOMINI NOSTRI GLORIOSISSIMI FL. RECCAREDI RE-
GIS, ERA DCXXV.

Quiere decir: «En nombre del Señor consagróse la iglesia de Santa María en el barrio de los católicos, ó á la manera de los católicos, á 13 de abril en el año dichosamente primero del reinado de nuestro señor el gloriosísimo rey Flavio Recaredo, era 625», es á saber, el año de Cristo de 587 puntualmente. Máximo hace mencion desta consagracion, que él llama reconciliacion por estar aquella iglesia profanada por los arrianos. En el año siguiente se descubrió una conjuracion que se tramaba contra el Rey por la misma causa de la mudanza en la religion. Fué así que Mausona, mudadas las cosas, volvió á su arzobispado de Mérida. Sunna, arriano, que estaba puesto en su lugar, y su competidor, llevó mal esta vuelta y restitution, por ver era ne-

cesario caer él de un lugar tan alto y preeminente como tenía. Comunicó su sentimiento con algunos de su parcialidad, y concertó de quitar la vida á Mausona, empresa atrevida y loca, mayormente que residía en aquella ciudad el duque Claudio con cargo del gobierno de toda la Lusitania, y tenía puesta en aquella ciudad guarnicion de soldados, persona esclarecida por la constancia de la religion católica, segun que se entiendo por las cartas que le escribieron los santos Gregorio el Magno y Isidoro. Advertidos los conjurados del peligro que corrían por esta causa, acordaron de dar la muerte juntamente á Mausona y á Claudio. La ejecucion de hecho tan grande encomendaron á Witerico, mozo de grande ánimo y osadía, y que se criaba en la misma casa de Claudio, y aun con el tiempo vino á ser rey de los godos y de España; en tales tratos se ejercitaba el que se criaba para reinar. Para ejecutar este caso era necesario buscar alguna ocasion. Sunna mostró querer visitar á Mausona, y pidió para ello le señalase lugar y tiempo. Sospechó el santo prelado lo que era, y que en muestra de amor le podrían armar alguna celada. Avisó á Claudio para que se hallase presente y para que con su valor y autoridad reprimiase la malicia de su competidor, si alguna tenía tramada. Pareció á los conjurados buena ocasion esta para de una vez ejecutar sus malos intentos. Llegado el tiempo de la visita, saludáronse los unos y los otros como es de costumbre; después de las primeras razones los conjurados hicieron señal á Witerico, que, como lo tenía de costumbre, estaba á las espaldas de Claudio. No pudo en manera alguna arrancar la espada, dado que acometió á hacerlo, quier fuese por cortarse con el miedo como mozo, quier por favorecer Dios á los inocentes, que debió ser lo mas cierto, y comunmente se tuvo por milagro; si bien los conjurados no por eso se apartaron de su mal propósito; antes acordaron en una pública procesion que hacían á la iglesia de Santa Olalla, que estaba en el arabal de aquella ciudad, matar sin distincion alguna al Prelado y á todos los que en ella iban. Para obrar esta crueldad metieron gran número de espadas en ciertos carros que traían cargados de trigo. Acudió nuestro Señor á este peligro; porque Witerico, sea por causa del milagro pasado, sea por aborrecimiento de aquella maldad, mudado de propósito, dió aviso de aquella trama. Adelantóse Claudio y ganó por la mano, acometió con su gente á Sunna y á sus parciales, que eran muchos, degolló á todos los que se pusieron en defensa y prendió á los demás. Dió aviso al Rey de todo lo que pasaba; y por su mandado aplicó al fisco todos los bienes de los principales, y á ellos despojó de los oficios y acostumbramiento que tenían, juntamente con desterrarlos á diversas partes. A Sunna, cabeza de la conjuracion, dieron á escoger que dejase á España ó renunciase la herejía, que fué un partido mejor y de mayor clemencia que él merecía; él, por estar obstinado en su mal propósito, escogió de pasarse en Africa; á Witerico por el aviso que dió, otorgaron enteramente perdon. El castigo de Vacrila, uno de los conjurados, fué señalado entre los demás. Acogióse al templo de Santa Olalla como á sagrado; no le quisieron hacer fuerza, solo le condenaron en que perpetuamente sirviese de esclavo en aquel templo y hiciese todo lo que en él le mandasen. Al conde Paulo Segá, otra cabeza de la conjura-

cion, segun que lo refiere el abad biclareno, condenaron en que le cortasen las manos y fuese desterrado á Galicia. Con estos castigos se desbarató aquella tempestad, que amenazaba mayores daños; pero, sin embargo, que todos los demás debieran quedar avisados y excusar semejantes pretensiones impias y malas, otra mayor borrasca se levantó luego. La reina Gosuinda, al principio por respecto del Rey, su antenado, fingió de abrazar la religion católica; el embuste pasó tan adelante, que acostumbraba, cosa que pone horror, en la iglesia de los católicos escupir secretamente la hostia que le daba el sacerdote, por parecerle seria gran sacrilegio y en grande ofensa de su secta si la pasase al estómago. Lo mismo hacia un obispo, por nombre Uldida, que tenía gran cabida con ella y la gobernaba con sus consejos. Esta ficcion no podia ir á la larga sin que se descubriese; trató con el dicho obispo de matar al Rey, y pudiera salir con ello si la divina Providencia no le amparara para que se asentase mejor el estado de la religion católica. Sabido lo que se tramaba, el Rey desterró á Uldida el obispo; de Gosuinda era dificultoso determinar lo que se debía hacer; acudió nuestro Señor, ca á la sazón la sacó desta vida, y con la muerte pagó aquella impiedad, como mujer desasosegada que era y toda la vida enemiga de los católicos. Por el mismo tiempo, el año que se contaba de nuestra salvacion de 588, los franceses se apercebían para hacer entrada en las tierras de los godos. El rey Guntrando ardía en deseo de satisfacerse de la afrenta que se hizo á su general Desiderio el año pasado. Juntó de todo su señorío un grueso ejército, que llegaba á número de sesenta mil combatientes de pié y de caballo. Nombró por general destas gentes á Boso; él por mandado de su Rey rompió por las tierras de la Gallia Gótica. Para acudir á esta entrada de los francos despachó Recaredo al duque Claudio, de la antigua sangre de los romanos, para que desde la Lusitania, donde residía, acudiese al gobierno y cosas de Francia y con su destreza reprimiase el orgullo de los contrarios. Movié con sus gentes, y pasados los Pirineos, halló á los enemigos cerca de Carcasona. Allí, alegre por la memoria de la rota poco antes dada á los franceses, determinó presentalles la batalla, que fué muy herida, pero en fin la victoria quedó por él. Gran número de los francos pereció en la pelea, y otros muchos mataron en el alcance; no pararon hasta forzar los reales de los vencidos y gozar de todos los despojos, que eran grandes. Esta victoria fué la mas ilustre y señalada que los godos por estos tiempos ganaron, segun que lo testifica san Isidoro, y parece cosa semejante á milagro lo que refieren, es á saber, que Claudio con una compañía de trescientos soldados, los mas escogidos entre todos los suyos, se atrevió á encontrarse con un enemigo tan poderoso, y fué bastante para desbaratar al que venia cercado de tan grandes huestes. El año luego adelante se urdió otra nueva conjuracion contra el rey Recaredo, de que Dios le libró no con menor maravilla que de las pasadas. Argimundo, su camarero, pretendía quitarle la vida y por este camino apoderarse del reino; cosa tan grande no se podia efectuar sin ayuda de otros, ni comunicada con muchos estar secreta. Echaron mano de los conjurados; pusieron los compañeros á cuestion de tormento, que confesaron llanamente toda la trama y pagaron con las

vidas. Al movedor principal y caudillo, para que la afrenta fuese mayor y el castigo mas riguroso, lo primero le cortaron el cabello, que era tanto como quitalle la nobleza y hacerle pechero; ca los nobles se diferenciaban del pueblo en la cabellera que criaban, segun que se entiende por las leyes de los francos, que tratan en esta razon de los que podian criar garceta. Demás desto, cortada la mano, le sacaron en un asno á la vergüenza por las calles de Toledo, que fué un espectáculo muy agradable á los buenos por el amor que á su Rey tenian. El remate destas afrentas y denuetos fué cortalle la cabeza para que pagase su locura y fuese escarmiento á otros; pero esto sucedió algun tiempo adelante. Volvamos con la pluma á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO XV.

Del Concilio toledano tercero.

Gobernaba por estos tiempos la iglesia de Toledo des-pues de Montano, Juliano, Bacauda y Pedro, que todos cuatro por este orden fueron prelados de aquella iglesia y ciudad, Enfimo, sucesor de Pedro, varon señalado en virtud y erudicion. Deseaba el Rey, así por ser ya católico, segun está dicho, como por mostrarse agradecido á Dios de las mercedes recibidas en librarle tantas veces de los lazos que los suyos le armaban y de las guerras que de fuera se le levantaban, confirmar con público consentimiento de sus vasallos y con aprobacion de toda la Iglesia, la religion católica que abrazaba. Procuraba otrosí que la disciplina eclesiástica relajada, como era forzoso, por la revuelta de los tiempos, se reformase y restituyese en su vigor. Comunicóse con Leandro, arzobispo de Sevilla, por cuya direccion, como era justo, se gobernaba en sus cosas particulares y en las públicas. Pareció seria muy á propósito convocar de todo el señorío de los godos los obispos para que se tuviese concilio nacional de toda España en Toledo, ciudad regia, que así de allí adelante se comenzó á llamar á causa que los reyes godos, segun que se ha dicho, pusieron en ella la silla de su imperio. Señalóse día á los obispos para juntarse; acudieron como setenta, y entre ellos cinco metropolitanos, que es lo mismo que arzobispos. Abrióse el Concilio, y tívose la primera junta al principio del mes de mayo, año del Señor de 589. En aquella junta hizo el Rey á los padres congregados un breve razonamiento deste tenor y por estas palabras: «No creo ignoreis, sacerdotes reverendísimos, que para reformar la disciplina eclesiástica á la presencia de nuestra serenidad os he llamado; y porque en los tiempos pasados la herejía presente no permitia en toda la Iglesia católica se tratasen los negocios de los concilios, Dios, al cual plugo por nuestro medio quitar el impedimento de la dicha herejía, nos amonestó pusiésemos en su punto la costumbre y institutos eclesiásticos. Alegráos pues y gozáos que la costumbre canónica por providencia de Dios y por el medio de nuestra gloria se reduce á los términos antiguos. Lo primero que os amonesto y juntamente exhorto es que os ocupeis en vigiliias y en oraciones para que el orden canónico, que de las mientes sacerdotales habia quitado el largo y profundo olvido y que nuestra edad confiesa no saberle, por ayuda de Dios nos sea de nuevo manifestado.» Los padres, movidos con este razonamiento del Rey, cada

cual conforme al lugar y autoridad que tenia, alabaron á la divina benignidad. Al Rey dieron las gracias por la mucha aficion que mostraba á la religion católica. Junto con esto mandaron se ayunase tres dias para disponer los ánimos y conciencias. Tívose despues la segunda junta; en ella el Rey ofreció á los padres por escrito en nombre suyo y de la reina Bada una profesion que hacia de la fe católica y abjuracion de la perfidia arriana. Recibieronla los padres con grande aplauso y satisfaccion por resplandecer en ella la piedad del Rey y estar en ella comprehendida la suma de la verdadera religion. En particular en el símbolo constantinopolitano que allí se pone, por expresas palabras se dice que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. A los demás, así obispos como grandes que se hallaban presentes, y dejada la secta arriana querian abrazar la verdad y imitar el ejemplo de su Rey, les preguntaron si en aquella profesion y abjuracion les descontentaba alguna cosa. Dieron por respuesta que aprobaban y abrazaban todo lo que la Iglesia católica profesa. Ocho obispos y cinco grandes fueron los que, renunciadas las malas opiniones, públicamente despues de los reyes, dieron de su mano firmada otra profesion de fe semejable á la primera. Concluido esto, que fué la primera parte del santo Concilio, en segundo lugar se promulgaron veinte y tres cánones á propósito de reformar las costumbres y la disciplina eclesiástica. En ellos es de considerar lo que en particular se manda acerca de la comunión, es á saber, que ninguno del pueblo pudiese comulgar sin que públicamente él y todos los que presentes estaban, en tanto que se decia la misa, pronunciasen el símbolo de la fe que habian recibido de la forma que en el Concilio constantinopolitano se promulgó. Puédesse entender que deste principio se tomó la costumbre guardada comunmente en España hasta nuestro tiempo que ninguno comulgue antes que en compañía del sacerdote haya pronunciado todos los artículos de la fé y del símbolo cristiano. El Rey por un su edicto confirmó todas las acciones del Concilio, mandando que se guardase todo lo en él decretado. Por remate y conclusion hizo Leandro á los padres y al pueblo un razonamiento muy elegante desta sustancia: «La celebridad deste día y la presente alegría es tan grande y tan colmada cuanta de ninguna fiesta que por todo el discurso del año celebramos, lo que ninguno de vos podrá dejar de confesarlo. En las demás festividades renovamos la memoria de algun antiguo misterio y beneficio que se nos hizo; el día de hoy nos presenta materia de nueva y mayor alegría, cuando, gracias al salvador del género humano, Cristo, la gente nobilísima de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba en medio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada de la luz celestial, ha entrado por el camino de la inmortalidad, y ha sido recibida dentro del divino y eterno templo, que es la Iglesia. Si las cosas quebradizas y terrenas, y que solo pertenecen al arreo del cuerpo y á su regalo, cuando suceden prósperamente, de tal suerte aficionan los corazones, que á las veces la mucha alegría saca algunos de juicio; ¿en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llamados y admitidos á la herencia del reino celestial? Quanto por mas largo tiempo hemos llorado la ceguedad y miseria en que nuestros hermanos estaban, quanto menor era la esperanza que nos queda-

ha de su remedio, tanto es mas razon que en este dia nos alegremos y regocijemos. A mí por cierto el mismo sol me parece que ha salido hoy mas resplandeciente que lo que suele, la misma tierra se me figura muy mas alegre que antes. Gózase el cielo por la entrada que se ha abierto á tantas gentes para aquellas sillas bienaventuradas y por la vecindad que tantos hombres han tomado de nuevo en aquella santa ciudad, que señalados con el nombre cristiano habian caido en los lazos de la muerte. La tierra se alegra porque estando antes de ahora sembrada de espinas, al presente la vemos pintada y hermoseedada de flores, de las cuales, padres que hasta aquí sufristes grandes molestias, podéis tejer y poner en vuestras cabezas muy hermosas guirnaldas. Sembrastes con lágrimas, ahora alegres coged las flores y segad los campos que ya están sazonados; llevad á los graneros de la Iglesia manojos de espigas granadas. La grandeza de vuestra alegría no se encierra dentro de los términos de España; forzosa cosa es que pase y se comuniquen con lo demás de la Iglesia universal, que abraza y tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y acrecentada al presente con añadirsele esta provincia nobilísima, inspirada del Espíritu Santo, engrandece la divina benignidad por tan señalado beneficio. Porque la que por su esterilidad era despreciada en el tiempo pasado, al presente por el don celestial de un parto ha producido muchos hijos. Con que las demás naciones, si algunas todavía perseveran en los errores pasados, á ejemplo de nuestra España, podrán esperar su remedio; y que se hayan de juntar en breve dentro de las cabañas de la Iglesia y debajo de un pastor, Cristo, aquel lo podrá poner en duda que no tiene bien conocida la fe de las divinas promesas. Y está muy puesto en razon que los que tenemos un Dios y un mismo origen y padre de quien procedemos todos, quitada la diversidad de las lenguas con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazon, y estémos entre nos atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa que entre los hombres hay mas suave, mas saludable y mas honesta para quien pretende honra y dig-

nidad. Reviente de envidia y de dolor el enemigo del género humano, que solia gozarse particularmente en nuestras miserias y males; duélase y llore que tantas almas y tan nobles en un punto se hayan librado de los lazos de la muerte. Nos, por el contrario, á ejemplo de los ángeles, cantemos gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz. Que pues la tierra se ha reconciliado con el cielo, podrémos tener esperanza, no solo de alcanzar el reino celestial, sino eso mismo cuidado de invocar de día y de noche la divina benignidad por el reino terrenal y por la salud de nuestro Rey, autor principal y causa desta gran felicidad.» El Biclarense, que continuó el *Cronicon* de sus tiempos hasta este año, y en él puso fin á su escritura, testifica que Leandro, prelado de Sevilla, y Entropio, abad servitauo, fueron los que tuvieron la mayor mano en el Concilio, gobernaron y enderezaron todo lo que en él se estableció. Don Lucas de Tuy añade que Leandro fué primado de España, y que en este Concilio tuvo poder de legado apostólico; pero esto no viene bien con las acciones del Concilio, pues por ellas se entiendo tuvo el tercer asiento y lugar entre los padres, y el segundo Eufanio, prelado de Toledo, y en el primer lugar se sentó Mausona, el de Mérida, tan nombrado. En todo esto y en distribuir los asientos se tuvo al cierto consideración al tiempo en que cada cual destes prelados se consagró; y así, Mausona por ser el mas antiguo tuvo el primer lugar. Una sola cosa puede causar admiración, y es que el Rey por una manera nueva y extraordinaria confirmó los decretos deste Concilio por estas palabras: «Flavio Recaredo, rey, esta deliberación que determinamos con el santo Concilio, confirmándola, firmo.» Y es cosa averiguada que en los concilios generales los emperadores romanos cuando en ellos se hallaron, como lo muestran sus firmas, consentian en los decretos de los padres; mas nunca los confirmaron ni determinaron cosa alguna por no pasar, es á saber, los términos de su autoridad, que no se extiende á las cosas eclesiásticas, y mucho menos á juntar ó á confirmar los concilios y lo por ellos decretado.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la muerte del rey Recaredo.

UNA nueva y clara luz amanecía sobre España después de tantas tinieblas, felicidad colmada y bienandanza, sosegados los torbellinos y diferencias pasadas; fiestas, regocijos, alegrías se hacían por todas partes. Gozabase que sus miembros divididos, destrozados y que parecia estar mas muertos que vivos por la diversidad de la creencia y religion, y que solo conformaban en el lenguaje comun de que todos usaban, se hobiesen unido entre sí y como hermanado en un cuerpo, y juntado en un aprisco y en una majada, que es la Iglesia,

sus ovejas descarriadas, merced de Dios y gracia singular, gran contento de presente y mayores esperanzas para adelante. Los principes extranjeros con sus embajadas daban el parabien al Rey por beneficio tan señalado; ofrecíanle á porfía sus fuerzas y ayuda para llevar adelante tan piadosos intentos y continuar tan buenos principios. En particular el sumo pontífice Gregorio Magno, que por muerte de Pelagio II sucediera en aquella dignidad á 3 de setiembre año del Señor de 590, al fin de la indiccion octava, como del registro de sus epistolas se saca (en la historia latina pusimos un año mas), luego al principio de su pontificado escribió á Leandro una carta en que le da el parabien y se alegra

por la reduccion del rey Recaredo á la verdadera religion. Dice que será bienaventurado si perseverare en aquel propósito y los fines fueren conformes á los principios, sin dejarse engañar de las astucias del enemigo. Asimismo el rey Recaredo, sabida la eleccion de Gregorio, acordó envialle, como es de costumbre, su embajada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Escogió para esto personas principales, en particular á Probino, presbítero, y en su compañía algunos otros abades. Dióles para este efecto sus cartas y juntamente algunos presentes de oro, demás de trecientas vestiduras que envió para los pobres de San Pedro de Roma, que, segun parece, en aquel tiempo de las rentas eclesiásticas se sustentaban los pobres y los hospitales. Todo, como yo entiendo, por consejo y á persuasion del arzobispo Leandro, ca desde los años pasados tenia trabada una estrecha amistad con Gregorio Magno, causada de la semejanza de los estudios y de la santidad de las costumbres y vida que resplandecia en entrambos igualmente. Demás desto, otra causa particular se ofrecia para enviar esta embajada, aunque no se declara, es á saber, para procurar que el Concilio toledano, celebrado poco antes, y sus acciones y decretos fuesen aprobados por la Iglesia romana, á quien es necesario hacer recurso en las cosas eclesiásticas, y de donde los estatutos de los concilios toman su vigor y fuerza. Tres cartas se leen de Gregorio Magno, su data el noveno año de su pontificado, es á saber, la indiccion segunda; por donde se sospecha que los embajadores susodichos, trabajados con la navegacion, que les debió salir larga y dificultosa, y forzados por los temporales contrarios á volver en España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. La primera destas tres cartas se endereza á Claudio, duque de Mérida, persona la mas principal despues del Rey que se conocia en España; en ella le encomienda al abad Ciriaco, que se partia para España. La segunda carta era para Leandro, en que se duele que el mal de la gota le tuviese tan trabajado. La postrera es para el Rey para animalle, como le anima, á llevar adelante la religion recebida; juntamente alaba que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacian; porque como los judfos le hobiesen acometido con gran dinero para que revocase cierta ley que contra ellos se promulgara, no quiso venir en ello. Enviole juntamente con la carta una cruz, en que estaba engastada parte del madero de la vera Cruz, y junto con ella de los cabellos de san Juan Bautista; enviole eso mismo dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol san Pedro, y que por el mismo caso tenia virtud contra las enfermedades; en la otra iban ciertas limaduras de las cadenas con que el mismo apóstol estuvo aprisionado; estos presentes eran para el Rey. Para el arzobispo Leandro en premio de sus grandes méritos envió el palio, ornamento que se suele de Roma enviar á los arzobispos. Hay otra carta del mismo pontífice Gregorio para Leandro, en que le dice que el presbítero Probino con su consentimiento llevara á España parte de los libros que el mismo Gregorio habia escrito á instancia y por respeto del mismo Leandro. Dícese vulgarmente entre los españoles, sin que haya autor que lo atestigüe y asegure, que los embajadores del Rey trajeron una imágen de Nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Lean-

dro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva junto con los cuerpos de san Fulgencio, obispo de Ecija, y santa Florentina, su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de jerónimos de los mas principales de España. Los cuerpos de los santos están hoy dia en Berzocana, aldea no léjos de Guadalupe, do fueron ballados. Dícese demás desto que santa Florentina pasó su vida en Ecija, do se muestran rastros, así de sus casas como de uno y el mas principal de cuarenta monasterios de monjas que estaban á su cargo y debajo de su gobierno, en el mismo sitio en que al presente está otro monasterio de jerónimos á la ribera del rio Genil. Escribió Fulgencio de la fe de la Encarnacion y de algunas otras cuestiones un libro que se conserva hasta nuestro tiempo. Máximo, cesarAugustano, le atribuye los tres libros de las *Mitologias*, obra erudita, que otros quieren sea de Fulgencio, obispo ó ruspense ó cartaginense en Africa. Los embajadores del Rey se entretienen en Roma en sazón que muchos concilios de obispos se tenian en España por decreto, á lo que se entiende, y autoridad del Concilio toledano pasado, en que se estableció un decreto de los padres que los concilios provinciales, en los cuales se entendió siempre consistia la reformacion y bien de la Iglesia, se juntasen cada un año. Conforme á esto, primero en Sevilla se juntaron con Leandro siete obispos de las iglesias sufragáneas. Lo que se trató principalmente en este Concilio fué un pleito sobre los esclavos de la iglesia de Ecija; ca Pegasio, obispo de aquella ciudad, pretendia que Gaudencio, su predecesor, contra derecho los habia ahorrado y puesto en libertad. Otros tantos obispos se juntaron por el mismo tiempo en Narbona, ciudad de la Gallia Gótica, y de comun acuerdo establecieron quince cánones á propósito de reformar las costumbres de la gente eclesiástica, que estaban estragadas. Demás desto, el metropolitano de Tarragona, bien que no se halló en el Concilio toledano próximo pasado, juntó en Zaragoza sus obispos sufragáneos. En este Concilio se declaró en tres capítulos la manera con que se debian recibir en la Iglesia católica los que se quisiesen apartar de la secta arriana. En Toledo asimismo, en Huesca y en Barcelona se tuvieron otros concilios particulares, cuyas acciones no pareció referir aquí en particular por ser fuera de nuestro propósito y porque se pueden leer en el libro muy antiguo de *Concilios de San Millan de la Cogulla*. Volvamos á las cosas del Rey, el cual despues de fallecida la reina Bada, con deseo que tenia de hacer las paces con los reyes de Francia, puestas en olvido las injurias y desabrimientos pasados, por sus embajadores pidió por mujer á Clodosinda, la otra hermana de Childeberto, rey de Lorena, segun que arriba queda tocado, matrimonio que últimamente alcanzó con protestar y certificar á aquellos reyes que no tuvo parte en la muerte de Hermenegildo, antes le cupo gran parte del dolor y del revés de su hermano. Estaba Clodosinda prometida á Antari, rey de los longobardos; pero fué antepuesto Recaredo, así por la instancia que hizo sobre ello, como porque los reyes de Francia cuidaban, lo que era verdad, que los casamientos entre los que son de diferente religion y creencia, ni son legitimos ni suceden bien. El Longobardo todavía era gentil; Recaredo, demás que toda la vida confesó á

Cristo, como lo hacen todos los que se llaman cristianos, últimamente por diligencia de Leandro y de Fulgencio se convirtiera á la religion católica con todos sus estados y señoríos. No concuerdan los autores en el tiempo que estas bodas se celebraron. La verdad es que en lo postrero de la edad de Recaredo se hizo alianza con los de Francia; juntamente lo que de los romanos quedaba en España fué trabajado y ellos vencidos por las armas de los godos en algunos encuentros y batallas que se dieron de ambas partes; demás desto, que los vascones, que hoy son los navarros, y con deseo de novedades andaban alterados, fueron por la misma manera sujetos, y sosegaron. Con estas cosas el Rey ganó renombre inmortal y por todo lo demás que gloriosamente hizo en tiempo de paz y de guerra despues que comenzó á reinar. Tuvo una grandeza singular de ánimo, grande ingenio y prudencia, condicion y presencia muy agradable; lo que sobre todo le ennobleció fué el celo que mostró á la verdadera y católica religion. Pasó desta vida año de nuestra salvacion de 604. Reinó quince años, un mes y diez dias. San Isidoro dice que en Toledo, estando á la muerte, hizo pública penitencia de sus pecados á la manera que entonces se acostumbraba. San Gregorio escribe que los merecimientos de san Hermenegildo fueron causa de la reduccion que España hizo de la secta arriana á la religion católica. Dejó Recaredo tres hijos, el mayor se llamó Liuva, los otros Suintila y Geila. Entiéndese que á Liuva hobo en su primera mujer, pues tenia edad conveniente para suceder á su padre, como le sucedió, y para encargarse del gobierno. Los dos postreros no se sabe qué madre tuvieron, si nacieron del primer matrimonio, si del segundo. Lo que consta es que destes principes, y en particular de su padre Recaredo, sin jamás faltar la línea decien den los reyes de España, como se entiende por memorias antiguas y lo testifican los historiadores, en particular se saca del rey don Alonso el Magno y Isidoro, pacense, por sobrenombre el mas Mozo. Por lo cual pareció se procederia en todo con mas luz, si se ponía aquí el árbol deste linaje. Gosuinda, mujer que fué del rey Atanagildo, tuvo dos hijas de aquel matrimonio, es á saber, Galsuinda y Brunequilde. Clodoveo, otro rey de los francos, tuvo tres nietos, que se llamaron Guntrando, Chilperico y Sigiberto, hijos todos de Clotario, que fué hijo de Clodoveo. Galsuinda casó con Chilperico, que pereció por astucia y engaño de Fredegunde, como arriba queda dicho. Sigiberto casó con Brunequilde, y en ella tuvo á Childebarto y á Ingunde y á Clodosinda. Leovigildo, sucesor de Atanagildo, de su primera mujer Teodosia, antes que fuese rey, hobo á Hermenegildo y á Recaredo, sus hijos; hecho rey, casó con Gosuinda, la reina viuda. Demás desto, hizo que Hermenegildo casase con Ingunde, y Recaredo casó con Clodosinda, las dos nietas de su segunda mujer. Débese tambien considerar en la historia de Recaredo y de los reyes que adelante le sucedieron, que de ordinario se hace mencion de condes y duques, nombres que significaban los gobernadores y magistrados ó otros oficios y dignidades seculares. Condes eran los que gobernaban alguna provincia, duques los que en alguna ciudad ó comarca eran capitanes generales; y porque en particular podian batir moneda para el sueldo de sus gentes, de aquí

procedió que el escudo vulgarmente se llamó en España y se llama ducado. Y no solo los que tenian los gobiernos se llamaban condes, sino asimismo los que en la guerra ó en la casa real tenian algun cargo ó oficio principal, ca hallamos en la guerra condes catafractarios, clibanarios, sagitarios, tiufados. En la casa real se halla conde del Establo, que hoy se llama condestable, conde de la Cámara, del Patrimonio, de los Notarios, todo, á lo que se entiende, á imitacion de lo que usaban los emperadores romanos, que, como en este tiempo los godos no daban mucha ventaja en poder y valor á los romanos, así de buena gana los imitaban en las ceremonias y nombres de oficios que ellos modernamente inventaran. De la misma ocasion y imitacion, como algunos sospechan, y no mal, procedió el prenombre de Flavio, de que usó el primero entre los godos Recaredo, y en lo de adelante le usaron los demás reyes muy de ordinario. Por conclusion, á Toledo dieron título de ciudad real, que era el mismo con que los griegos honraban la ciudad de Constantinopla, silla y asiento de aquel imperio. De lo dicho se saca y consta que los condes y duques en esta era fueron nombres de gobierno y no de estado; pero despues por merced de los reyes se dieron los dichos títulos por juro de heredad, con jurisdiccion y estado limitado ordinariamente de ciertos pueblos y lugares, que para ellos y para sus hijos los reyes les daban.

CAPITULO II.

De los reyes Liuva y Witerico y Gundemaro.

Era Liuva de edad apenas de veinte años cuando falleció el rey Recaredo, su padre. Por su muerte, luego que le hizo sepultar y las exequias con la solemnidad que era razon, sin contradiccion le sucedió en el reino y en la corona. Su pequeña edad daba ocasion para que se le atreviesen, y las discordias pasadas, aun no bien sosegadas, á conjuraciones y engaños. Por esta causa, bien que daba muestras de grandes virtudes y de partes á propósito para reinar, y que por las pisadas de su padre se encaminaba para gobernar muy bien su estado y ganar renombre inmortal, fué muerto á traicion por Witerico, persona acostumbrada á semejantes mañas. Tuvo el reino solos dos años, en que no obró cosa que de contar sea, salvo que con la hermosura de su rostro y con su gentileza tenia granjeadas las voluntades de todos, y por ser muerto en la flor de su edad dejó un increíble deseo de sí y una lástima extraordinaria en los ánimos de sus vasallos. Hállanse en España monedas de oro acuñadas con su nombre, y en el reverso estas palabras *Hispani pius*, que es lo mismo que en *Sevilla piadoso*, cosa que da alguna muestra de su piedad. Las tales monedas no se pueden atribuir al otro Liuva, tio mayor que fué deste Príncipe, por tener puesta la corona en la cabeza, de que antes del tiempo del rey Leovigildo no usaron los reyes godos, como arriba queda mostrado. Lo que resultó desta traicion fué que el parricida, con ayuda de su parcialidad, se apoderó del reino de los godos, y le tuvo por espacio de seis años y diez meses. Fué en las cosas de la guerra señalado; bien que en algunos encuentros que tuvo con los romanos que en España quedaban llevó lo peor; pero por remate, cerca de Sigüenza, en aquella parte de España

que se llamaba Celtiberia, parte de la Hispania Tarraconense, las gentes de Witerico vencieron á los contrarios en una batalla que les dieron de poder á poder. Habia á la sazón fallecido en Francia Childéberto, rey que era de Loreña; sucediéronle dos hijos suyos en sus estados y señoríos. Teodoberto quedó por rey de Loreña; y Teodorico fué rey de Borgoña. Con este Teodorico casó Hermemberga, hija del rey Witerico, que envió él á Francia con grande acompañamiento; pero en breve dió la vuelta á España doncella. La causa no se sabe, dado que corrió fama que el rey Teodorico fué ligado para que no pudiese tener ayuntamiento con aquella doncella por arte y hechicerías de sus concubinas, á las cuales era dado demasíadamente. Otros dicen fué astucia de Brunequilde, que por mandarlo ella sola todo, dió traza para que la nuera sin alguna culpa suya fuese enviada á su padre. Despachó Witerico embajadores á Francia sobre el caso con órden que, si aquel Rey no se descargase bastantemente, acudiesen á las provincias comarcanas y procurasen en venganza de aquella afrenta que aquellos príncipes hiciesen liga entre sí y tomasen las armas en daño del de Borgoña, contra quien estaban irritados el rey Clotario, su antiguo enemigo, y el rey de Loreña, Teodoberto, á causa que le solia denostar y decir que era hijo bastardo de su padre y nacido de adulterio. Concertáronse pues estos dos reyes con Agilulfo, rey de los longobardos; y juntadas sus fuerzas, se aparejaban para hacer guerra al comun enemigo. No podia Teodorico resistir á poderes tan grandes; por donde, conocido el riesgo que corría y quebrantada su ferocidad, acudió á lo que era mas fácil, que fué concertarse con su mismo hermano Teodoberto con dalle alguna parte de su mismo estado. Vino Teodoberto de buena gana en este concierto, así por su interés como por ser cosa natural querer componerse con su hermano antes que vengar las injurias de los que no le tocaban. Sucedió como los dos deseaban, porque hecha esta alianza, los otros príncipes desistieron de aquella empresa y partieron mano de aquella guerra, que cuidaban sería muy brava. Con esto el rey Witerico comenzó á ser menospreciado de los suyos, y á brotar el odio que en sus corazones largo tiempo tenían encerrado, en especial que se decia trataba de restituir en España la secta arriana, con cuyas fuerzas y ayuda, como yo pienso, alcanzó el reino. Esta voz y fama alteró el pueblo en tanto grado, que tomadas las armas entraron con grande furia en la casa real y mataron al Rey, que hallaron descuidado ya sentado á yantar. No paró en esto la rabia, porque arrastraron el cuerpo por las calles, y con grandes baldones y denuetos que todo el pueblo le echaba, sucio y afeado de todas maneras le enterraron en cierto lugar muy bajo. Con este desastre tuvieron todos por entendido pagó la muerte que él mismo diera á tuerto á su predecesor el rey Liuva, como queda dicho; y claramente se mostró que la divina justicia, dado que algunas veces se tarda, á la larga ó á la corta nunca deja de ejecutarse. Por la muerte de Witerico alcanzó el cetro de los godos Gundemaro, persona muy señalada en aquella sazón, sea por ser cabeza de aquel motin y autor de la muerte que se dió al tirano, sea por voto de los principales de aquel reino, ca estaban muy satisfechos de su prudencia y partes aventajadas, así para las cosas de la guerra

como para las de la paz. Lo que consta es que comenzó á reinar año del Señor de 610; y si es licito en cosas tan antiguas ayudarse de conjeturas, entiendo que los franceses con sus fuerzas, por estar ofendidos contra Witerico, le ayudaron no poco para subir á aquel grado. Consta por lo menos que acostumbó Gundemaro pagar á los franceses parias, como se ve de las cartas del conde Bulgarano, gobernador á la sazón por el rey de la Gallia Gótica, cartas que hasta hoy se conservan y hallan entre los papeles antiguos y libros de la universidad de Alcalá de Henáres y de la iglesia de Oviedo. De donde ásimismo se entiende que los embajadores de Gundemaro que envió á Francia fueron contra el derecho de las gentes, que los tienen por cosa sagrada, maltratados una vez por aquellos reyes, y sin embargo, para mas justificar la queja despachó nuevos embajadores, á los cuales tampoco se dió lugar para hablar á aquellos reyes. Por esto, alterado Bulgarano, no permitió que los embajadores del rey Teodorico pasasen á España; y llegado el negocio á rompimiento, abrió la guerra contra Francia, y con las armas que tomó, de repente se apoderó de dos fuerzas, es á saber, Jubiniano y Corneliaco, y echó dellas las guarniciones de franceses que allí estaban. Acometió el conde Bulgarano en particular estos dos pueblos de la Gallia Narbonense á causa que en el asiento que el rey Recaredo tomó con los franceses los entregara á Brunequilde, por cuya muerte, que se siguió poco adelante sin dejar alguna sucesion por ser ya muertos sus hijos y nietos, se puede presumir que los reyes de Francia no acudieron á recobrar con las armas aquellas dos plazas. Esto en Francia. En España el rey Gundemaro hizo guerra prósperamente á los de Navarra, que de nuevo se alteraban, y ásimismo tuvo contiendas con los capitanes y gentes romanas que mantenian aquella parte de España, que todavia se tenia por el imperio; lo cual y su muerte, que fué en Toledo de enfermedad, sucedieron el año del Señor de 612; reinó un año, diez meses y trece dias. La reina, su mujer, se llamó Hilduara; mas no se sabe haya dejado alguna sucesion. Era á la sazón en el oriente emperador de Roma Heraclio, sucesor de Focas; y en la Iglesia romana, despues de Gregorio el Magno y de Sabiniano y Bonifacio III, que consecutivamente le sucedieron, presidia Bonifacio IV; en la iglesia toledana Aurasio, sucesor de Eufimio, de Tonancio y Adelfio, que por este órden le precedieron. Fué Aurasio persona, así en las letras y erudicion como en valor y virtudes, tan señalada, que se puede comparar con cualquiera de los pasados. En tiempo deste prelado, es á saber, el primer año del reinado de Gundemaro, veinte y cinco obispos de diversas partes de España se juntaron en Toledo para determinar en presencia del Rey y por su mandado cierta diferencia que resultara entre el arzobispo de Toledo y los obispos de la provincia cartaginense por esta razon. Eufimio, en las acciones del concilio de Toledo próximo pasado, por descuido se firmó y llamó metropolitano de la provincia de Carpetania; y porque la provincia cartaginense se extendia mucho mas que los carpetanos, que eran lo que hoy es reino de Toledo, los demás obispos apellidaban libertad y no querian reconocer sujecion á la iglesia de Toledo. Este pleito se debió comenzar desde los derechos de Cartagena y su autoridad se

trasladaron á Toledo, y continuarse algunos años adelante. Fueron pues citados para dar razon de sí; y eidas las partes, así el Rey como los obispos pronunciaron sentencia en favor del arzobispo Aurasio. Entre los obispos que asistieron se cuentan Isidoro, arzobispo de Sevilla, que lo era por muerte de san Leandro, su hermano; Inocencio, arzobispo de Mérida, y Eusebio, de Tarragona; y demás destes, si las firmas deste Concilio no nos engañan, se halló tambien presente Benjamín, obispo dumiense. Quince obispos de la provincia cartaginense, por tocarles á ellos en particular este negocio, en un papel aparte firmaron la dicha sentencia. Sus nombres fueron estos: Protogenes, que se llama prelado de la santa iglesia de Sigüenza; Teodoro, castulonense; Miniciano, segoviense; Stéfano, oretano; Jacobo, mentesano; Maguencio, valeriense; Teodosio, ercabicense; Martino, valentino; Tonancio, palentino; Portario, segobriense; Vincencio, bigastriense; Eterio, bastitano; Gregorio, oxomense; Presidio, complotense; Sanablis, elotano. De donde se entiende que en la provincia de Toledo antiguamente se comprehendian mas iglesias sufragáneas de las que tiene al presente, y que el distrito que tenian los prelados de Toledo como metropolitanos era mas ancho que hoy; porque del primado que tenia sobre las demás iglesias de España, al presente no tratamos, ni entonces se trataba. La verdad es que desde el tiempo de Montano, prelado que fué antiguamente de Toledo, en un concilio que se tuvo en la misma ciudad dieron á aquella iglesia autoridad sobre todas las iglesias de la provincia cartaginense, como los mismos que eran interesados en la diferencia susodicha lo confesaron; y se ve manifestamente por el proceso deste Concilio y por la determinacion y sentencia que dieron los obispos que en él se hallaron. Floreció por este tiempo el insigne poeta Draconcio; puso en verso el principio del Génesis.

CAPITULO III.

Del reinado de Sisebuto.

Hiciéronse el enterramiento y exequias del rey Gundemaro con la solemnidad que era justo. Las lágrimas que se derramaron fueron muchas por haber tan en breve faltado un príncipe tan excelente, de costumbres y vida muy aprobada, y que con la grandeza del ánimo juntaba mucha afabilidad y blandura; cosa con que grandemente se granjean las voluntades del pueblo. Concluido esto, los grandes del reino se juntaron á elegir sucesor; por su voto salió nombrado Sisebuto, persona de no menores partes que su antecesor, señalado en prudencia en las cosas de la paz y de la guerra, ferviente en el celo de la religion católica, y lo que en aquellos tiempos se tenia por milagro, enseñado en los estudios de las letras, y que tenia conocimiento de la lengua latina; con que el dolor que todos recibieran con la pérdida pasada se templó en gran parte. Consérvanse hasta el dia de hoy para muestra de su ingenio y erudicion algunas epístolas suyas y la vida que compuso de san Desiderio, obispo de Viena, á quien el rey Teodorico de Borgoña, exasperado con la libertad y reprehensiones de aquel santo varon, hizo morir apedreado; si ya aquella vida se ha de tener por del rey Sisebuto,

y no mas áína por de otro del mismo nombre, á que yo mas me inclino por las razones que quedan puestas en otro lugar. En una aldea llamada Granátula, en tierra de Almagro, se ve una letra en una piedra berroqueña, en que se dice que el obispo Amador falleció el año 614, y que es el segundo año del reinado de Sisebuto, punto fijo y muy á propósito para averignar el tiempo en que este Rey comenzó á reinar. Entiéndese que aquella piedra se trajo de las ruinas del antiguo Oretó, que estaba de allí distante solo por espacio de media legua. No salieron vanas las esperanzas que comunmente tenian concebidas de las virtudes de Sisebuto, porque en breve sosegó y sujetó los asturianos y los de la Rioja, ca por estar tan léjos y por la aspereza y fortaleza de aquellos lugares andaban alborotados sin querer reconocer obediencia al nuevo Rey. Para la una guerra y para la otra se sirvió de Flavio Suintila, hijo del buen rey Recaredo y mozo de mucho valor; escalon para poco despues subir al reino de los godos. Concluido esto, el mismo Rey, con nuevas levas de gente que hizo por todo su estado, engrosó el ejército de Suintila con intento de ir en persona contra los romanos, que todavía en España conservaban alguna parte, como se entiende, hácia el estrecho de Cádiz y á las riberas del mar Océano, parte de la Andalucía y de lo que hoy se llama Portugal. Entró pues por aquellas tierras, venció y desbarató en batalla dos veces á los contrarios, con que les quitó no pocas ciudades y las redujo á su obediencia, de guisa que apenas quedó á los romanos palmo de tierra en España. Lo que mas es de loar fué que usó de la victoria con clemencia, porque dió libertad á gran número de cautivos que prendieron los soldados, teniendo respeto á que eran católicos; y para que su gente no quedase desabrida, mandó que de sus tesoros se pagase á sus dueños el rescate. Cesario, patricio, por el imperio puesto en el gobierno de España, movido de la benignidad del rey Sisebuto y pérdida de la esperanza de poder resistir á sus fuerzas por estar tan léjos el emperador Heraclio, que á la sazón imperaba, acometió á mover tratos de paz con los godos. Ofrecióse para esto una buena, aunque ligera ocasion, y fué que Cecilio, obispo mentesano, con deseo de vida mas sosegada, desamparada la administracion de su iglesia, se retiró en cierto monasterio, que debia estar en el distrito de los romanos. Citóle el Rey para que diese razon de lo que habia hecho y estuviese á juicio. Cesario, sin embargo que los suyos se lo contradecian y afeaban, dió orden que fuese llevado al Rey por Ansemundo, su embajador, al cual demás desto encargó, si hallase coyuntura, que moviese tratos de paz. Escribió con él sus cartas en este propósito, en que despues de saludar al Rey pretende inclinalle á concierto y á tener compasion de la sangre inocente de los cristianos derramada en tanta abundancia, que los campos de España como con lluvias estaban della cubiertos y empantanados. Dice que le envia el obispo Cecilio con deseo de hacerle en esto servicio agradable; y en señal de amor un arco, dádiva pequeña si se mirase por sí misma, pero grande si consideraba la voluntad con que le enviaba. Fué esta embajada agradable á Sisebuto, ca tambien de su parte se inclinaba á la paz, y con este intento despachó un embajador suyo llamado Teodorico con cartas para Cesario. El, junto con otros embajadores suyos, le envió al

emperador Heraclio para que confirmase las condiciones que entre los dos capitularon. Era este Emperador muy dado á la vanidad de la astrología judiciaria. Avisábanle que su imperio y los cristianos corrían gran peligro de parte de la gente circuncidada. Lo que debiera entender de los sarracenos y moros lo entendía de los judíos; así, dió en perseguir aquella nacion por todas las vías y maneras á él posibles. Lo primero echó á todos los judíos de las provincias del imperio, despues con la ocasion desta embajada que le enviaron de España, desque facilmente vino en todo lo que tenían concertado, trató muy de veras con el embajador Teodorico hiciese con su señor que desterrase á todos los judíos de España como gente perjudicial á todos los estados, que él mismo los alanzara de sus tierras, y que con ninguna cosa le podrían mas ganar la voluntad. Aceptó este consejo Sisebuto, y aun pasó mas adelante, porque, no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedía el Emperador, sino tambien con amenazas y por fuerza los apremiaron para que se bautizasen, cosa ilícita y vedada entre los cristianos que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad; y aun entonces esta determinacion de Sisebuto tan arrojada no contentó á los mas prudentes, como lo testifica san Isidoro. Entre las leyes de los godos que llaman el *Fuero Juzgo* se leen dos en este propósito, que promulgó Sisebuto el cuarto año de su reinado. Andaban las cosas revueltas, y así, no era maravilla se errase, porque el Rey se hizo juez de lo que se debiera determinar por parecer de los prelados; como sea así que á los reyes incumba el cuidado de las leyes y gobierno seglar, lo que toca á la religion y el gobierno espiritual á los eclesiásticos. Mas á la verdad los ímpetus y antojos de los príncipes son grandes, y muchas veces los obispos disimulan en lo que no pueden remediar. Publicado este decreto, gran número de judíos se bautizó, algunos de corazon, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo; no pocos se salieron de España y se pasaron á aquella parte de la Gallia que estaba en poder de los francos, de do no mucho despues fueron tambien echados con los demás judíos naturales de Francia por edicto del rey Dagoberto y á persuasion del mismo emperador Heraclio. Fué así, que de Francia fueron á Constantinopla dos embajadores llamados Servacio y Paterno, con quien el Emperador tuvo la misma plática que tuviera con Teodorico, y les persuadió se hiciese en Francia lo que en las demás provincias ejecutaban. Publicóse pues un edicto en Francia en que so pena de la vida se mandaba que dentro de cierto tiempo ninguno estuviere en ella que no fuese cristiano. Muchos quisieron mas ir desterrados; los otros ó fingidamente por acomodarse al tiempo ó de verdad profesaron la religion cristiana. Por esta manera la divina justicia con nuevos castigos por estos tiempos trabajaba y afligia aquella nacion malvada en pena de la sangre de Cristo, hijo de Dios, que tan sin culpa derramaron. Pero dejemos lo de fuera. En España el Rey, usando de la libertad ya dicha, depuso á Eusebio, obispo de Barcelona, y hizo poner otro en su lugar, como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba fué que en el teatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana supersticion de los dioses que ofendian las orejas cristianas.

Esta pareció por entonces culpa bastante, por haberlo el Obispo permitido, para despojarle de su iglesia. El desórden fué que el Rey por su autoridad pasase tan adelante; por cuya diligencia demás desto en Sevilla el año seteno de su reinado se juntaron ocho obispos. Presidió en este Concilio san Isidoro. Los padres en esta junta reprobaron la secta de los acéfalos, herejía condenada al tiempo pasado en el oriente, pero que comenzaba á brotar en España por los embustes y engaños de cierto obispo venido de la Suria, que fué convencido de su error y forzado á hacer del pública abjuracion. Demás desto, en el mismo Concilio señalaron los términos y alodanos á las diócesis de los obispos particulares sobre que tenían diferencia. A las monjas fué vedado hablar con hombres, sin exceptar á la misma abadesa, á la cual mandaron no hablase con alguno de los monjes fuera del abad y del monje que tenia cuidado de las religiosas; y aun con estos no sin testigos, y solamente de cosas santas y espirituales. Hallóse en este Concilio junto con los obispos el rector de las cosas públicas, por nombre Sisiselo, que así se han de emendar los libros ordinarios, donde se lee Sisebuto diferentemente de como está en los códices mas antiguos de mano. Estaba el Rey ocupado en estos y semejantes negocios cuando le sobrevino la muerte, año de nuestra salvacion de 621; reinó ocho años, seis meses y diez y seis dias. Muchas cosas se dijeron de la ocasion de su muerte; unos que los médicos le dieron una purga, aunque buena, pero en mayor cantidad de lo que debieron; otros que en lugar de purga le dieron de propósito yerbas; la verdad es que en las muertes de grandes príncipes de ordinario se suelen levantar y creer muchas mentiras con pequeño fundamento, principalmente de los que por su buen gobierno y aventajadas partes fueron muy amados de sus súbditos. Hizose el enterramiento y honras como convenia á Príncipe tan grande; muchas lágrimas se derramaron, muestra de la mucha voluntad que todos comunmente le tenían. En la vega de Toledo junto á la ribera de Tajo hay un templo de Santa Leocadia muy viejo y que amenaza ruina; dicese vulgarmente, y así se entiende, que lo edificó Sisebuto; de labor muy prima y muy costosa. El arzobispo don Rodrigo testifica que Sisebuto edificó en Toledo un templo con advocacion de Santa Leocadia; la fábrica que hoy se ve no es la que hizo Sisebuto, sino el arzobispo de Toledo don Juan el Tercero; despues que aquella ciudad se tornó á recobrar de moros levantó aquel edificio. Demás desto, testifican que por órden deste Rey los godos usaron de armadas por la mar, y esto para que, pues hasta entonces ganaran gran honra por tierra, se enseñoreasen del mar; ca es cosa cierta que la tierra se rinde al que señorea el mar, que fué parecer de Temístocles. Por ventura tambien pretendian pasar con sus conquistas en Africa por hallarse señores casi de toda la España. Algunos historiadores nuestros dicen que Mahoma, fundador de aquella nueva y perjudicial secta, despues que tuvo sujetas la Asia y la Africa, pasó últimamente en España, y que por autoridad y temor de san Isidoro se huyó de Córdoba; cuento mal forjado que, ni se debe creer, ni concerta con la razon de los tiempos, ni viene bien con lo que las historias extranjeras afirman, y así se debe desechar como cosa vana y fabulosa. Lo cierto es que por la muerte de Sisebuto

sucedió en el reino su hijo Recaredo, mozo de poca edad y de fuerzas no bastantes para peso tan grande. Reinó solos tres meses, y pasados falleció sin que dél se sepa otra cosa.

CAPITULO IV.

De los reyes Suintila y Rechimiro.

Por la muerte destes dos reyes padre y hijo los grandes del reino nombraron por sucesor á Suintila, persona que en las guerras pasadas habia dado muestra de valor y partes bastantes para el gobierno, además que la memoria de su padre le hacia bienquisto con todos, y hizo mucho al caso para que le tuviesen por digno de aquella dignidad y grandeza. Era persona de mucho ánimo y no de menor prudencia; ni con los trabajos se cansaba el cuerpo, ni con los cuidados su corazon se enflaquecía. Su liberalidad fué tan grande para con los necesitados, que vulgarmente le llamaban padre de los pobres. Los de Navarra, gente feroz y bárbara, con ocasion de la mudanza en el gobierno de nuevo se alborotaron, y tomadas las armas, ponian á fuego y á sangre las tierras de la provincia tarraconense; acudió el nuevo Rey con presteza, y con sola su presencia, por la memoria de las victorias pasadas, hizo que se le sujetasen y rindiesen. Perdonólos, pero con condicion que á su costa edificasen una ciudad llamada Ologito, como baluarte y fuerza que los enfrenase y tuviese á raya para que no acometiesen novedades tantas veces, pues les estaba mejor carecer de la libertad, de que usaban mal. Esta ciudad piensan algunos sea la villa que hoy en aquel reino se llama Olite, mas por la semejanza del nombre que por otra razon que haya para decillo, conjetura que suele engañar á las veces. Concluida esta guerra, los romanos que en España quedaban y mas confiaban en el asiento que tenían puesto con los godos que en sus fuerzas, últimamente fueron constreñidos á salirse de toda España, donde por mas de setenta años á las riberas del uno y del otro mar habian poseido parte de lo que hoy es Portugal y de la Andalucía, bien que muchas veces se extendian ó estrechaban sus términos, conforme á como las cosas sucedian. Algunos entienden que por esta causa los godos fortificaron la ciudad de Ehora para que sirviese de frontera contra los romanos. Dan desto muestra dos torres fuertes y de buena estofa, que comunmente dicen por tradicion las edificó el rey Sisebuto, es á saber, para reprimir las entradas que los romanos por aquella parte hacian en las tierras de los godos. Conserváronse los romanos por tan largo tiempo en aquellas partes tan estrechas de España, á lo que se entiende, por estar Africa tan cerca para fácilmente ser socorridos; y al presente, por fallarles esta ayuda á causa de la cruel guerra que el falso profeta Mahoma y los que le seguian hacian por aquellas partes, fueron vencidos y echados de España. Tenian los romanos dividido aquel gobierno en dos partes, y puestos en España dos patricios. Destos al uno con buena industria y maña granjeó el Rey, al otro venció con las armas, y á entrambos los redujo en su poder. A todas estas cosas tan señaladas dió fin el rey Suintila dentro del quinto año de su reinado, que se contaba del nacimiento de Cristo 626. En el cual año, con intento de asegurar la sucesion del reino y hacer que quedase en

su casa, declaró por su compañero á Rechimiro, su hijo, mozo que, aunque era de pequeña y tierna edad, con su buen natural daba muestras que imitaria las virtudes de su padre y de su abuelo. Todo esto no fue bastante para que los godos no se desabriesen, ca llevaban muy mal que con este artificio se heredase la majestad real, que antes se acostumbraba dar por voto de los grandes del reino; y es cosa averiguada que desde este tiempo el que poco antes era acatado de todos y temido vino á ser tenido en poco, de tal suerte, que no sosegaron hasta tanto que derribaron de la cumbre del reino á Suintila y á su hijo; que debió de ser la causa porque san Isidoro en la *Historia de los godos*, con que llegó hasta este año, no pasase adelante con su cuento, por hacérsele, como yo pienso, de mal de poner por escrito las afrentas y desastre de aquel Rey, poco antes muy señalado y deudo suyo, y por no dejar memoria de las alteraciones, traiciones y malos tratos que en este caso sucedieron. Lo que principalmente en Suintila se reprehende fué que, despues de tantas victorias y de estar España toda sosegada y en paz, se dió á vicios y deleites; en que se muestra claramente cuánto es mas dificultoso al que tiene mando y libertad para hacer lo que quiere vencerse á sí mismo y á sus pasiones en tiempo de paz que en el de la guerra con las armas sujetar á sus enemigos. Teodora, su mujer, que algunos sospechan fué hija del rey Sisebuto, y Geila ó Agilano, su hermano, á quien habia entregado el gobierno así de su persona como del reino, con sus malos términos fueron ocasion en gran parte del odio que contra él se levantó, y despertaron contra él gran parte de los enemigos, que al fin le echaron por tierra y prevalecieron. Presidia á la sazón en la iglesia de Toledo Helladio, sucesor de Aurasio, varon de señalada prudencia, modestia y erudicion, muy libre de toda avaricia, constante y para mucho trabajo. Fué los años pasados rector de las cosas públicas, que era en lo seglar el mayor cargo de los godos. Dejó el oficio con deseo de seguir vida mas perfecta, y tomó en Toledo el hábito de monje en el monasterio agaliense, y en él en breve llegó á ser abad; dende por orden del rey Sisebuto pasó á ser arzobispo de Toledo. Tuvo por discípulo al glorioso san Ildefonso, cosa que le dió no menos renombre que sus mismas virtudes, aunque fueron grandes. El mismo le ordenó de diácono, y adelante le sucedió, así en la abadía como en el arzobispado. Parece que la alteracion de los tiempos y pena que Helladio recibió por las revueltas que resultaron fueron ocasion de su muerte, porque al mismo tiempo que Suintila por traicion de Sisenando fué despojado del reino, pasó desta vida. En cuyo lugar sucedió Justo, y por algun tiempo presidió en aquella iglesia. La caída del rey Suintila fué desta manera. Era Sisenando hombre de gran corazon, muy poderoso por las riquezas que tenia, diestro y ejercitado en las cosas de la guerra. Parecióle que el aborrecimiento que comunmente tenían al rey Suintila le presentaba buena ocasion y le abria camino para quitarle la corona. Las fuerzas que tenia no eran bastantes para cosa tan grande. Acudió al rey Dagoberto de Francia. Persuadióle le ayudase con sus fuerzas, avisóle que las voluntades de los naturales estaban de su parte, solo recelaban comenzar cosa tan grande sin tener socorros de otra parte; que

Suintila debajo de nombre de rey era muy cruel tirano, ejecutivo, sujeto á todos los vicios y fealdades, monstruo compuesto de aficiones y codicias entre sí contrarias y repugnantes. Tomado asiento con el Francés, Abundancio y Venerando, capitanes franceses, con gente de Borgoña se metieron por España y llegaron á Zaragoza. Los grandes, que hasta entonces se recelaban y temían, se declararon, y tomadas las armas, no pararon hasta echar del reino á Suintila con su mujer y hijo Rechimiro. Esto se tiene por mas cierto que lo que otros dicen, es á saber, que el rey Suintila y su hijo fallecieron de enfermedad en Toledo, porque del Concilio cuarto toledano y de lo que en él se refiere parece lo contrario; y aun dél se entiende tambien que Agilano, hermano del rey Suintila, entre los demás se arrió á Sisenando y siguió su partido, si bien la amistad no le doró mucho. De las historias francesas se ve que al rey Dagoberto dieron los nuestros, por ventura á cuenta de los gastos de la guerra, diez libras de oro, que él aplicó para acabar la fábrica de San Dionisio, templo muy sumptuoso y grande junto á Paris y obra del rey Dagoberto. Floreció por este tiempo Juan, obispo de Zaragoza, sucesor de Máximo. Fué muy señalado así bien en la bondad de su vida y liberalidad con los pobres como en la erudicion y letras, de que da testimonio un libro que dejó escrito en razon de cómo se debía celebrar la Pascua. Por el mismo tiempo fueron en España personas de cuenta Vincencio y Ramiro. Vincencio fué abad en San Claudio de Leon, do por defender la religion católica fué muerto por los arrianos, secta que parecia estar ya acabada; su cuerpo en la destruicion de España llevaron á la ciudad de Oviedo. Ramiro fué monje en el mismo monasterio de Leon, y al lado del altar mayor en propia y particular capilla están sus huesos guardados y reverenciados del pueblo. Reinó Suintila diez años; despojéronle del reino año del Señor de 631.

CAPITULO V.

Del rey Sisenando.

Luego que Sisenando salió con lo que pretendia y se vió hecho rey de los godos, como persona discreta advirtió que, por estar los naturales divididos en parcialidades y quedar todavía muchos aficionados al partido contrario, corria peligro de perder en breve lo ganado si no buscaba alguna traza para acudir á este peligro. Parecióle que el mejor camino seria ayudarse de la religion y del brazo eclesiástico, capa con que muchas veces se suelen cubrir los príncipes y aun solaparse grandes engaños. Juntó de todo su señorío como setenta obispos en Toledo con voz de reformar las costumbres de los eclesiásticos, por las revueltas de los tiempos muy estragadas; mas su principal intento era procurar que el rey Suintila fuese condenado por los padres como indigno de la corona, para que los que le seguian y de secreto le eran aficionados, mudado parecer, seosegasen. Túvose la primera junta en la iglesia de Santa Leocadia á 5 de diciembre, año de 634, es á saber, el tercero del reinado del mismo Sisenando. Hallóse el Rey en la junta, y puesto de rodillas con muestra de mucha humildad, con sollozos y lágrimas que de su pecho y sus ojos despedia en abundancia, pidió

á los padres le encomendasen á la divina Majestad para que ayudase sus intentos; que el fin para que se juntaran era la reformacion de la disciplina eclesiástica y de las costumbres; que era justo acudiesen á negocio tan importante. Animáronse los obispos con las buenas palabras del Rey, publicaron decretos muy importantes, y en particular señalaron la forma y ceremonias con que se deben celebrar los concilios provinciales, que mandaban se juntasen cada un año. Las cabezas principales de los decretos son estas. Los padres en los asientos y en el votar guarden la antigüedad de su consagracion. Con su voluntad sean admitidos al concilio los grandes que pareciere se deben en él hallar. Muy de mañana se cierren las puertas del templo en que se tiene la junta, fuera de una por donde entren los padres, con su guarda de porteros. El metropolitano proponga los puntos de que en el concilio se ha de tratar. Las causas particulares proponga el arcediano. Haya en España un Misal y un Breviario. (El cuidado de hacer esto se encomendó á san Isidoro, que tuvo el primer lugar en este Concilio; de aquí resultó que comunmente el Misal y Breviario de los mozárabes se atribuyen á san Isidoro, dado que san Leandro compuso muchas cosas dello, y con el tiempo se añadieron muchas mas.) Antes de la Epifanía resuelvan los sacerdotes entre sí en qué dia de aquel año se ha de celebrar la Pascua, y dello los metropolitanos por sus cartas den aviso á las iglesias de su provincia. El *Apocalipsi* de san Juan Evangelista se cuente entre los libros canónicos. Las iglesias de Galicia en la bendicion del cirio Pascual, en las ceremonias y oraciones se conformen con las demás de España. Ninguno se ordeno de obispo ni do presbítero que no sea de treinta años y tenga aprobacion del pueblo. Los judios en adelante no sean forzados á bautizarse. Los que forzados del rey Sisebuto se bautizaron perseveren en la fe que profesaron. Los judios y los que dellos decien den no puedan tener públicos officios y magistrados. Los clérigos no corten el cabello, solo en lo mas alto de la cabeza, que deben afeitarla toda; pero de guisa que los cabellos queden en forma de corona. Ninguno se apodere del reino sino fuere por voto de los grandes y prelados. El juramento hecho al Rey no sea quebrantado. Los reyes del poder que les ha sido dado para el bien comun no abusen para hacerse tiranos. Suintila, su mujer y hijos y su hermano sean descomulgados por los males que cometieron en el tiempo que tuvieron el mando. Lo que se pretendia con este decreto, y á que todo lo demás se enderezaba, era asegurar en el reino á Sisenando, y junto con esto para lo de adelante dar aviso que ninguno imitase ni se atreviese á hacer locuras semejantes. Decreto en que parece tener alguna muestra de aspereza extender el castigo á los hijos del Rey, á quien debía excusar la inocencia de su edad. Pero fué costumbre de los antiguos usada de todas las naciones, que á veces los hijos sean castigados por los padres; y esto á propósito que el mucho amor que les tienen enfrene á los que de su particular interés no harian caso. Firmaron las acciones y decretos del Concilio todos los obispos. Los metropolitanos por este órden: Isidoro, arzobispo de Sevilla; Selva, de Narbona; Stefano, de Mérida, sucesor de Mausona; Inocencio y Renovato, que por este órden le precedieron en aquella iglesia. En cuarto lugar firmó Justo,

prelado de Toledo; en el quinto Juliano, de Braga; y en el postrero Audax, de Tarragona. De los demás prelados y del orden que guardaron no hay que hacer mención en este lugar. Solo de Justo, arzobispo de Toledo, quiero añadir que, según parece, era persona suelta de lengua y maldiciente, tanto, que en todas sus pláticas acostumbraba á reprehender y murmurar de todo lo que Helladio, su predecesor, había hecho; la condición tuvo tan áspera, que sus mismos clérigos por esta causa le ahogaron en su lecho después que en aquella iglesia presidió por espacio de tres años. Quién dice que el Justo á quien mataron sus clérigos fué diferente del que fué arzobispo de Toledo. Entre las firmas de los otros obispos está la de Pimenio, un obispo que se llama de Asidonía, cuyo nombre hasta el día de hoy se lee en Medinasidonia en la iglesia de Santiago, grabado en una piedra, y en otra iglesia de San Ambrosio que está á la ribera del mar como media legua de Bejer de la Miel; por donde se entiende que debió consagrarse aquellas dos iglesias. Demás de lo dicho, personas eruditas y diligentes son de parecer que el libro de las leyes góticas, llamado vulgarmente el *Fuero Juzgo*, se publicó en este concilio de Toledo, y que su autor principal fué san Isidoro: concuerdan muchos códices antiguos destas leyes que tienen al principio escrito como en el Concilio toledano cuarto, que fué este, se ordenaron y publicaron aquellas leyes. Otros pretenden que Egica, uno de los postreros reyes godos, hizo esta diligencia. Muévase á sentir esto por las muchas leyes que hay en aquel volumen de los reyes que adelante vivieron y reinaron. Puede ser, y es muy probable, que al principio aquel libro fué pequeño, después con el tiempo se le añadieron las leyes de los otros reyes como se iban haciendo. Por conclusion, una fórmula que anda impresa de cómo se han de celebrar los concilios ordinariamente se atribuye á san Isidoro; mas algunos entienden que adelante alguna persona la forjó de lo que en esta razon se determinó en este Concilio y de otras muchas cosas que juntó, tomadas de otros concilios; y que para darle mayor autoridad y crédito la publicó en nombre de san Isidoro, como autor tan grave, y que en particular tuvo el primer lugar en este concilio de Toledo. Todo pudo ser; el juicio desto quedará libre al lector; el nuestro es que las razones que se alegan por la una y por la otra parte ni concluyen que la dicha fórmula sea de san Isidoro ni tampoco lo contrario.

CAPITULO VI.

Del rey Chintila.

Casi por el mismo tiempo que Justo, arzobispo de Toledo, falleció de la manera que ello haya sido, el rey Sisenando pasó desta vida; murió de su enfermedad en Toledo veinte dias después el año del Señor de 635; reinó tres años, once meses y diez y seis dias. Acudieron los grandes y prelados, conforme á la orden que se dió en el Concilio pasado, para elegir sucesor. Regularon los votos, salió nombrado Chintila y elegido por rey. En lugar del arzobispo Justo sucedió Eugenio, segundo deste nombre, varon esclarecido, así por sus virtudes como conocido por la estrecha amistad que tuvo con san Isidoro, arzobispo de Sevilla; al cual, como Eugenio por

sus cartas preguntase si el inferior puede absolver de la sentencia y censura fulminada por el superior, y si los apóstoles todos fueron de igual poder, respondió en una carta que por ser muy memorable me pareció poner aquí. Dice pues: «Al carísimo y excelente en virtudes» Eugenio, obispo, Isidoro. Recibí la carta de vuestra» santidad, que trajo el mensajero Verecundo. Dimos» gracias al Criador de todas las cosas porque se digna» conservar para bien de su Iglesia en salud vuestro» cuerpo y alma. Para satisfacer conforme á vuestras» fuerzas á vuestras preguntas pedimos que por los su» fragios de vuestras oraciones seamos del Señor libra» dos de las miserias que nos afligen. Cuanto á las pre» guntas que vuestra venerable paternidad, dado que» no ignora la verdad, quiere que responda, digo que» el menor, fuera del artículo de la muerte, no puede» desatar el vínculo de la sentencia dada por el superior;» antes al contrario, el superior, conforme á derecho, po» drá revocar la del inferior, como los padres ortodoxos» por autoridad sin duda del Espíritu Santo lo tienen de» terminado; que decir ó hacer al contrario, como vues» tra prudencia lo entiende, sería cosa de mal ejemplo,» es á saber, gloriarse la segur contra el que corta con» ella. En lo de la igualdad de los apóstoles, Pedro se» aventajó á los demás, que mereció oír del Señor: Tú» eres Pedro, etc., y no de otro alguno, sino del mismo» Hijo de Dios y de la Virgen, recibió el primero la hon» ra del pontificado. A él tambien después de la resur» reccion del Hijo de Dios fué dicho por él mismo: Apa» ciente mis corderos; entendiendo por nombre de cor» deros los prelados de las iglesias, cuya dignidad y» poderío, dado que pasó á todos los obispos católicos,» especialmente reside para siempre por singular privile» gio en el de Roma, como cabeza mas alta que los otros» miembros. Cualquiera pues que no le prestare con» reverencia la debida obediencia, apartado de la cabe» za, se muestra ser caido en el acefalismo. Doctrina» que la santa Iglesia aprueba y guarda como artículo» de fe, lo cual quien no creyere fiel y firmemente no po» drá ser salvo, como lo dice san Atanasio hablando de» la fe de la Santa Trinidad. Estas cosas brevemente he» respondido á vuestra dulcísima caridad sin ser mas» largo; pues, como dice el filósofo, al sabio poco le» basta. Dios os guarde.» Un pedazo desta carta engi» rió don Lucas de Tuy poco menos ha de cuatrocientos años en una disputa docta y elegante que hizo contra la secta de los albigenses, que se derramaba y cundia por España. Volvamos al rey Chintila, de quien algunos sienten fué hermano carnal del rey Sisenando y padre de ambos Suintila. En contrario desto hace que en el cuarto Concilio toledano se dicen muchos baldones contra Suintila, que no parece sufriera ninguno de sus hijos que en su presencia maltrataran de aquella suerte á su padre; conjetura á mi ver bastante. La verdad es que luego que el rey Chintila se encargó del gobierno, sea por miedo de alguna revuelta, sea por imitar el ejemplo de su predecesor, hizo que se juntase un nuevo concilio de obispos en Toledo á proposito que por su voto los padres confirmasen su eleccion. Era cosa muy larga esperar que todos los prelados de aquel reino se juntasen. Acudieron sin dilacion veinte y dos obispos, casi todos de la provincia cartaginense, que fué el primer año del reinado de Chintila, y del nacimiento de Cristo se contaban 636.

Hízose la junta en la iglesia de Santa Leocadia, en que se ordenaron algunas leyes. La primera contiene que cada un año á 13 de diciembre por espacio de tres dias se hagan las letanías. Habia costumbre de muy antiguo que antes de la Ascension se hiciesen estas procesiones por los frutos de la tierra. Mamerco, obispo de Viena, en cierta plaga, es á saber, que los lobos en aquella tierra rabiaban y hacian mucho daño, por estar olvidada la renovó como docientos años antes deste tiempo, y aun añadió de nuevo el ayuno y nuevas rogativas, todo lo cual se introdujo en las demás partes de la Iglesia. Gregorio Magno asimismo los años pasados, por causa de cierta peste que anduvo en Roma muy grave, ordenó que el día de san Márcos se hiciesen las letanías; lo uno y lo otro se guarda do quiera todos los años. En España, en particular en el Concilio gerundense se aprobó y recibió todo lo que está dicho; mas en este Concilio fué tan grande la devocion y celo de los padres, que con un nuevo decreto mandaron se hiciesen las dichas letanías el mes de diciembre, no con intento de alcanzar alguna merced ni de librarse de algun temporal, sino para aplacar á Dios y alcanzar perdon de los pecados, que eran muchos y muy graves. Verdad es que estas letanías se han dejado, y ya en ninguna parte se hacen. Los demás decretos deste Concilio son de poca consideracion. Enderézanse á confirmar la eleccion del rey Chintila y amparar á sus hijos, que aun despues de la muerte de su padre mandan ninguno se atreva á hacerles agravio ni demasia. En particular para reprimir la ambicion se ordena, so pena de excomunion, que ninguno se apodere del reino sino fuere elegido por votos libres, y que se dé solamente á los que descendian de la antigua nobleza y aleuñia de los godos. Que ninguno se atreva á negociar los votos antes de la muerte del Rey, por ser lo contrario ocasion de alteraciones y alevos. En este Concilio, que entre los toledanos es el quinto, tuvo el primer lugar Eugenio, arzobispo de Toledo, que firmó los decretos del Concilio por estas palabras: Yo Eugenio, por la misericordia de Dios, obispo metropolitano de la iglesia de Toledo, de la provincia cartaginense, consintiendo firmé estos comunes decretos. Despues dél se sigue Tonancio, obispo de Palencia, como se lee en los códices muy antiguos, y por su orden los demás obispos. Para que estos decretos tuviesen mas fuerza y fuesen recibidos de todo el reino, el año luego siguiente á instancia del Rey se juntaron en Toledo pasados de cincuenta obispos, todos del señorío de los godos. Celebróse el Concilio, que fué el sexto entre los de Toledo, en Santa Leocadia la Pretoriense, que algunos entienden fué la iglesia desta Santa que está junto al alcázar llamado en latin Pretorio, y en su vejez muestra rastros de su antiguo primor y grandeza. Otros quieren que la iglesia de Santa Leocadia la Pretoriense fuese la que está fuera de la ciudad, porque tambien las casas de campo se llaman pretorios. Demás que el alcázar entonces no estaba donde hoy. La verdad es que la junta se tuvo á 9 de enero, año del Señor de 637; en ella se ordenaron y publicaron diez y nueve decretos, que se enderezan parte á reformar la disciplina eclesiástica, parte á confirmar lo que acerca del Rey y de sus hijos se decretó en el Concilio pasado. Demás desto, ordenaron por decreto particular que no se diese la posesion del reino á nin-

no antes que expresamente jurase que no daría favor en manera alguna á los judíos, ni aun permitiera que alguno que no fuese cristiano pudiese vivir en el reino libremente. Halláronse en este Concilio los prelados Setva, de Narbona, Juliano, de Braga, Eugenio, de Toledo, Honorato, de Sevilla, sucesor de san Isidoro, que ya por estos tiempos era fallecido. Allende destes, Protasio, obispo de Valencia, y los demás prelados que firmaron por su orden. El que tuvo mas mano en la direccion de los negocios, y se entiende formó los decretos que en este Concilio se hicieron, fué Braulio, obispo de Zaragoza, que en aquella iglesia sucedió á su hermano Juan, como persona que se aventajaba á los demás en el ingenio, erudicion y letras. Demás desto, en nombre del Concilio escribió una carta á Honorio, á la sazón pontífice romano, para pedirle que con su autoridad aprobase lo que en el Concilio se decretara. Desta carta dice el arzobispo don Rodrigo era tan elegante en las palabras, tan llena de graves sentencias, el estilo tan concertado, que causó grande admiracion en Roma. La celebracion destes concilios fué la cosa mas memorable que se cuenta del rey Chintila; debió ser que por haber echado los enemigos de todo su señorío y estar el reino reposado y en paz no se ofrecieron guerras de consideracion, mayormente que la buena diligencia del Rey y la autoridad de los obispos tenian los naturales reprimidos para no mover alteraciones y alborotos. Falleció el rey Chintila año de nuestra salvacion de 639. Poseyó el reino tres años, ocho meses y nueve dias.

CAPITULO VII.

De la vida y muerte del bienaventurado san Isidoro.

Por el Concilio toledano sexto y por los obispos que en él se hallaron, como queda apuntado, se entiende que el bienaventurado san Isidoro á la sazón era pasado desta presente vida; y por lo que dél escribió san Ildefonso en los *Varones ilustres* parece fué su muerte el año postrero del rey Sisenando, que se contaban del nacimiento de Cristo 635. Otros son de opinion que tuvo vida mas larga y llegó al tiempo del rey Chintila, cuyo reinado acabamos de tratar. Fué este insigne varon hermano de padre y madre de san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina; otros tambien le señalan por hermana á Teodosia, madre de los reyes Hermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad fué el menor entre todos sus hermanos; en la elocuencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente, y en la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fué duque de la provincia cartaginense. Dejó muchos libros escritos que dan bastante muestra de lo que queda dicho, cuya lista y catálogo san Ildefonso y Braulio pusieron en la vida que deste Santo escribieron. Indicio y presagio de su grande elocuencia fué lo que escriben de un enjambre de abejas que volaban al rededor de la cuna y de la boca de san Isidoro siendo niño, cosa que ni se cree ni se dice sino de personas de gran cuenta. Verdad es que tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo cual, y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, fué ocasion que se salió y huyó de la casa de su padre. Andaba descarriado por los campos, cuando á la sazón advirtió en un pozo

un brocal acanalado por el largo uso y por el ludir de la *soga*: Consideró, aunque pequeño, con aquella vista cuán grandes sean las fuerzas de la costumbre y como el arte, perseverancia y trabajo pueden mas que la naturaleza; con esta consideracion dió la vuelta. Parte deste brocal, que es de mármol, se muestra en San Isidoro de Sevilla, y se tiene ordinariamente fué el mismo de que se ha dicho. Destos principios subió á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennoblecíó toda España; y al tiempo que sus hermanos andaban desterrados por el rey Leuwigildo, sirvió mucho con su celo y osadía á la Iglesia católica. Ayudóle mucho para que se le hiciese tan docto san Leandro, su hermano, ca vuelto del destierro, y conocidas sus aventajadas partes y las grandes esperanzas que de sí daba, ó fuese por otra causa, le encerró en un aposento sin dejalle libertad para ir donde quisiese. Aprovechóse él de aquella clausura, de la edad y ingenio, que todo era á propósito, para revolver gran número de libros, de que resultó el de las *Etimologías*, de erudicion tan varia, que parece cosa de milagro para aquellos tiempos, obra que últimamente perfeccionó y publicó adelante á persuasion de Braulio, su grande amigo. Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió san Leandro, su hermano, que por su muerte fué puesto en su lugar y en su silla. Gobernó aquella iglesia con gran prudencia, hizo leyes y constituciones muy á propósito. Mas como quier que entendiase que todo lo demás es de poco momento, si los mozos desde su primera edad á manera de cera no son amaestrados y enderezados en toda virtud, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y ejercitarla en virtud y letras. Deste colegio á guisa de un castillo roquero salieron grandes soldados, varones señalados y excelentes, entre los demás los santos Illefonso y Braulio. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fué Isidoro á Roma, que debió ser con deseo que tenia de renovar y continuar la amistad que entre aquel santo pontífice y su hermano desde los años pasados estaba trabada. Lo que añaden que en brevísimo espacio, antes la misma noche de Navidad hizo aquella jornada y dió la vuelta; demás desto, que dos candelas que él mismo con cierto artificio hizo, se hallaron en su sepulcro encendidas en tiempo del rey don Fernando el Primero; ítem, que el falso profeta Mahoma fué por este Santo echado de Córdoba; todas estas cosas las desechamos como frívolas y hablillas sin fundamento, pues ni son á propósito para aumentar su grandeza, y quitan el crédito á las demás que dél con verdad se cuentan. Por la verdad y templanza se camina mejor; mas ¿qué cosa puede ser mas vana que pretender con fábulas honrar la vida y hechos de los santos de Dios? O ¿qué cosa puede ser mas perjudicial ni mas contraria á la religion y honra de los santos que la mentira? La verdad es que la prudencia de san Isidoro ayudó mucho para que todo el reino se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su orden se hicieron, y que para reformar las costumbres, á instancia suya y por su orden, se tuvieron en Sevilla y en Toledo algunos concilios. Fué arzobispo de Sevilla como cuarenta años. Llegado á lo postrero de su edad, que fué muy larga, le sobrevino una muy grave y mortal fiebre. Visto que se moría, hizose llevar en hombros por sus discípulos á la iglesia de San Vi-

cente de la misma ciudad de Sevilla; hiciéronle compañía hasta tanto que rindió el alma un obispo llamado Juan y Uparcio, sus muy especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de sus pecados y recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía, con que por espacio de tres dias se aparejó como era razon para partir desta vida. En aquel tiempo dió lugar á todos para que le viesen y hablaron. Consolólos con palabras muy amorosas; pidió perdon, así como estaba, á todo el pueblo en comun y misericordia á Dios con oracion muy ferviente y grande humildad interior y exterior. Por conclusion, entre los sollozos de los suyos y lágrimas muy abundantes que toda la ciudad despedia por su muerte, en el mismo templo rindió el espíritu á 4 de abril, que es el mismo dia en que en España se le hace fiesta particular. El año en que murió no está puntualmente averiguado. No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban se dieron por su mandado aquellos dias á pobres. Reconoció por toda la vida el primado de la iglesia romana, ca decia era la fuente de las leyes y decretos á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto solia decir en toda la vida; pero al tiempo de su muerte mas en particular protestó á aquella nacion que si se apartaban de los divinos mandamientos y doctrina á ellos enseñada serian castigados de todas maneras, derribados de la cumbre en que estaban y oprimidos con muy grandes trabajos; mas que todavía, si avisados con los males se redujesen á mejor partido, con mayor gloria que antes se adelantarian á las demás naciones. No se engañó en lo uno ni en lo otro, ni salió falsa su profecía, como se entiende, así por las tempestades antiguas que padeció España como por la grandeza de que al presente goza, cuando vemos que su imperio, derribado antiguamente por las maldades y desobediencia del rey Witiza y despues levantado, de pequeños principios ha venido á tanta grandeza, que casi se extiende hasta los últimos fines de la tierra. Por la muerte de san Isidoro sucedió en aquella silla Teodisclio, griego de nacion; deste refieren algunos corrompió las obras de san Isidoro y las entregó á Avicena, árabe, para que traducidas en lengua árabe se publicase en su nombre y por suyas. Lo que toca á Avicena, si ya no fué otro del mismo nombre, es falso, pues por testimonio de Sorsano, contemporáneo del mismo Avicena y que escribió su vida, se sabe que mas de trecentos años adelante pasó toda la vida en la casa y palacio real de los Persas sin venir jamás á España. Martino Polono en su *Cronicon* dice que, como el papa Bonifacio VIII tratase de nombrar y señalar los cuatro doctores de la Iglesia para que se les hiciese fiesta particular, no faltaron personas que juzgaron debía san Isidoro ser antepuesto á san Ambrosio, á lo menos era razon que con los cuatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea la erudicion deste santo varon en todo género de letras, y que en el número de los cuatro doctores se cuentan y ponen dos de Italia, y ninguno del poniente ni de los tramontanos. Tambien es cosa cierta que en España, bien que en diferentes tiempos, florecieron tres personas muy aventajadas deste mismo nombre: Isidoro, obispo de Córdoba, al que por su antigüedad llaman el mas Viejo; el segundo, Isidoro, hispalense, cuya vida acabamos de escribir; el postrero, Isi-

doro, pacense, que fué adelante, y por esto se llama comunmente el mas Mozo; dado que á las veces suelen dar este mismo apellido á Isidoro el hispalense cuando le comparan con el cordobés. Esto se advierte para que este sobrenombre de Junior ó mas Mozo no engañe á ninguno ni le deslumbré.

CAPITULO VIII.

De los reyes Tulga, Chindasvinto y Recesvinto.

En lugar del rey Chintila, por voto de los grandes del reino, fué puesto Tulga, mozo en la edad, pero en las virtudes viejo; en particular se señalaba en la justicia, celo de la religion, en la prudencia, en el gobierno y destreza en las cosas de la guerra. Fué muy liberal para con los necesitados, virtud muy propia de los reyes, que es justo entiendan que la abundancia de bienes y sus riquezas no deben servir para su particular provecho y para sus deleites, sino para ayudar á los flacos y para remedio de todo el pueblo. Iba destos principios en aumento, y parecia habia de subir á la cumbre de toda virtud y valor cuando la muerte le atajó los pasos, que de enfermedad le sobrevino en la ciudad de Toledo, año de nuestra salvacion de 641. Tuvo el reino solos dos años y cuatro meses. Sigiberto, gemblacense, dice que el rey Tulga fué mozo liviano, y con su libertad y soltura dió ocasion á los suyos para que se levantasen contra él y le echasen del reino. La razon pide hacer mas caso en esta parte de lo que san Illefonso depone, como testigo de vista, que de lo que escribió un extranjero, ó por odio de nuestra nacion, ó lo que es mas probable, por engaño, á causa de la distancia del lugar y tiempo en que y cuando escribió, con que fácilmente se suelen trocar las cosas. La verdad es que por la muerte de Tulga, como quier que el reino de los godos quedase sin gobernalle y sujeto á ser combatido de los vientos, Flavio Chindasvinto, por tener á su cargo la gente de guerra con cuyas fuerzas se habia rebelado contra el rey Tulga, que parece le despreciaba por su edad, luego que falleció, con las mismas armas y con el favor de los godos se apoderó de todo y se quedó con el reino; que los demás grandes del reino no se atrevieron á hacerle contradiccion ni contrastar con el que tenia en su poder los soldados viejos y las huestes del reino. Verdad es que, aunque se apoderó del reino tiránicamente, en lo de adelante se gobernó bien; que parece pretendia con la bondad de sus costumbres, prudencia y valor suplir la falta pasada. Lo primero que hizo fué poner en orden las cosas de la república con buenas leyes y estatutos que ordenó; y para que con mayor acuerdo se tratase de todo lo que era conveniente, el sexto año de su reinado hizo juntar en Toledo los obispos de todo su señorío. Concurrieron treinta obispos de diversas partes. La primera junta se tuvo á 28 de octubre, día de los apóstoles san Simon y Júdas. Es este Concilio entre los toledanos el seteno. En él se publicaron seis decretos, y entre ellos, conforme á lo que estaba ordenado en el Concilio valentino, que se tuvo en tiempo del rey Teodorico y del papa Simaco, de nuevo se mandó que á la muerte de cualquier obispo se hallase el que de los obispos comarcanos fuese para ello avisado para asistir en el enterramiento y honras del difunto, y acudir á lo que ocurriese. Ponen

pena de descomunion por espacio de un año y suspension de su oficio y dignidad al que no obedeciese y avisado no quisiese acudir. No falta quien diga que en este Condilio, por autoridad de los padres, se compuso la diferencia que entre los arzobispos de Sevilla y Toledo andaba sobre el primado. La verdad es que en el postrer capítulo se mandó que los obispos comarcanos por su turno, cada cual su mes, acudiese á la ciudad de Toledo y con su presencia la honrase; decreto que dicen ordenan teniendo consideracion á la dignidad del rey y á honrar al metropolitano. Por lo demás, las firmas de los obispos muestran claramente que no pretendieron por este privilegio dar al arzobispo de Toledo la autoridad de primado, pues despues de los arzobispos Oroncio, de Mérida, y Antonio, de Sevilla, en tercero y cuarto lugar firmaron Eugenio, prelado de Toledo, y Protasio, de Tarragona. Siguiéronse los otros obispos por el orden de su antigüedad y consagracion; despues dellos los vicarios ó procuradores de los obispos ausentes, en cuyas firmas se debe advertir que no dicen consentir solamente, sino determinar las acciones del Concilio; cosa extraordinaria, y que en nuestra edad no usaron de semejante autoridad y palabras los vicarios de los obispos ausentes en el concilio de Trento. Era por este tiempo arzobispo de Sevilla Antonio, como queda tocado, que sucedió en lugar de Teodiselo, depuesto poco antes y echado de toda España por mandado del rey Chindasvinto, á causa que con su natural liviandad sembraba mala doctrina, y aun le convencieron que para dar mayor autoridad á lo que enseñaba corrompió las obras de san Isidoro que le vinieron á las manos, como al que le sucedió en su iglesia y dignidad. Depuesto, pasó en Africa y allí se hizo moro; que tan grande es la fuerza de la obstinacion y en tanto grado se ciegan los hombres que una vez se apartan del verdadero camino. Desta caída de Teodiselo refieren los que pretenden favorecer el primado de Toledo, y en particular el arzobispo don Rodrigo, que el rey Chindasvinto tomó ocasion para pasar á aquella ciudad real la dignidad de primado, y quitarla á la ciudad de Sevilla en que hasta entonces estuviera, y que lo uno y lo otro se hizo por voluntad y privilegio del Pontífice romano; lo cual dicen sin argumento bastante ni testimonio de algun escritor antiguo que tal diga; así, lo dejamos como cosa sin fundamento. Gobernaban por estos tiempos la Iglesia de Roma Teodoro y el que le sucedió, que fué Martino el Primero. Tiénese por cierto, y hay memorias antiguas, que Chindasvinto, con deseo que tenia de enriquecer á España con libros y letras, envió á Roma el obispo de Zaragoza, llamado Tajo, para que con voluntad del papa Teodoro buscase en particular los libros de san Gregorio sobre Job, llenos de alegorias y moralidades excelentes, para que los trajese consigo á España; ca los que el dicho Gregorio envió á Leandro, á quien los dedicó, si los envió empero, no parecian por la injuria de los tiempos. Decia tener gran deseo, por medio de aquellos libros, de renovar en España la memoria del uno y del otro Santo, aumentar la religion católica y confirmarla y enriquecer la librería eclesiástica, que tenia por cierto con ninguna cosa podria dar mas lustre á su reino, que se hallaba por medio de la paz, y por haber alanzado de sí la impiedad arriana,

colmado de bienes, que con los estudios de la sabiduría y con procurar que la religion se conservase en su puridad; que para todo eran muy á propósito los libros de los padres antiguos. Llegó Tajo á Roma, propuso su embajada. Deseaba el Papa darle contento y complacer al Rey; pero habia sucedido en Roma lo mismo que en España, que casi no quedaba memoria de aquellos libros. Era cosa larga revolver todos los papeles y archivos; dilatábase el negocio de día en día, ora alegaban una ocasion de la tardanza, ora otra. Visto el Obispo que todo era palabras y que no se descubria camino para alcanzar lo que pretendia, acudió á Dios con muy ferviente oracion; suplicóle no permitiese que tan grandes trabajos fuesen en vano, que ayudase benignamente los piadosos intentos de su Rey; pasó toda la noche en estas plegarias. Acudió nuestro Señor á su demanda, señalóle el lugar en que tenian guardados los escritos de san Gregorio, con que se efectuó todo lo que deseaba. Hobo fama, y el mismo Tajo lo testifica en una carta que escribió en esta razon, que el mismo san Gregorio le apareció y reveló lo que tanto deseaba saber. Por el mismo tiempo comenzó á correr en España la fama de Fructuoso. Trocó la vida de señor, que las historias de aquel tiempo llaman senior, por ser de la real sangre de los godos y su padre duque, en la flor de su edad, con la vida de particular y de monje. Tuvo por maestro al principio á Tonancio, obispo de Palencia. Llegado á mayor edad, con deseo de mas perfeccion se fué á vivir al desierto en aquella parte que hoy llaman el Vierzo, donde de su mismo patrimonio adelante edificó un monasterio de monjes con la advocacion de los mártires Justo y Pastor. Cerca de Complútea, á las baldas del monte Irago, se ven los rastros deste monasterio, y en la iglesia catedral de Astorga, de donde cae no léjos aquel sitio, entre las demás dignidades se cuenta el abad complutense, ca despues que aquel monasterio fué en el tiempo adelante destruído, se ordenó que aquella abadía fuese dignidad de Astorga. De un privilegio que dió el rey Ramiro el Tercero á la dicha iglesia de Astorga se entiende que el rey Chindasvinto ayudó con muchas posesiones y preseas que dió á Fructuoso para la fundacion y dotacion de aquel monasterio. Demás desto, porque en el primer monasterio no cabia tanta muchedumbre de religiosos como cada día acudian á la fama de Fructuoso y de su santidad, fundó él mismo allí cerca otro monasterio con advocacion de San Pedro, en un sitio rodeado por todas partes de montes y arboledas muy frescas. Deste convento, en tiempo del rey Wamba, fué prelado el abad Valerio, cuyo libro se conserva hasta hoy con título de la *Vana sabiduría del siglo*, sin otras algunas obras suyas en prosa y en verso, que dan muestra de su ingenio, piedad y doctrina. Este monasterio reedificó adelante y le ensancló Genadio, obispo de Astorga, año del Señor de 906, como se entiende por la letra de una piedra que está en la misma puerta del claustro, por donde de la iglesia se pasa al monasterio. Otro tercero monasterio edificó Fructuoso en la isla de Cádiz, y el cuarto en tierra firme, nueve leguas de aquellas riberas, sin otros que en diversos lugares fundó, así de varones como de mujeres. Entre las virgenes Benedicta tuvo el primer lugar, y fué muy señalada, porque dejado el esposo á quien estaba prometida, persona rica

y muy noble, con deseo de conservar la virginidad acudió al amparo de Fructuoso. Esto pasaba en España en lo postrero de la edad del rey Chindasvinto, cuando él, con intento de asegurar y continuar el reino en su familia, de que se apoderara por fuerza, nombró por su compañero en él á su hijo Flavio Recesvinto, el año de Cristo de 648, despues de haber reinado solo y sin compañero por espacio de seis años, ocho meses y veinte dias. Despues desto, aunque vivió tres años, cuatro meses y once dias, pero este tiempo se cuenta en el reinado de su hijo, á causa que por su mucha edad le dejaba todo el gobierno. Falleció Chindasvinto en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen, con yerbas que le dieron. Su cuerpo y el de la reina Ricibergera, su mujer, sepultaron en el monasterio de San Roman, que hoy se llama de Hormisga, y está á la ribera del río Duero, entre Toro y Tordesillas. Fundóle este mismo Rey para su entierro y sepultarse en él, como se hizo.

CAPITULO IX.

De tres concilios de Toledo.

Era por estos tiempos arzobispo de Toledo Eugenio III, sucesor del otro Eugenio. Fué discípulo de Heladio, como lo fueron los otros tres arzobispos que le precedieron. Siendo mas mozo, con deseo de darse á las letras dejó en la iglesia de Toledo un lugar principal que tenia entre los demás ministros de aquel templo, y tomó el hábito de monje en Santa Eogracia de Zaragoza. Por muerte de Eugenio II le sacaron del monasterio casi por fuerza para que tomase el gobierno de la iglesia de Toledo. Corrigió el canto eclesiástico y le redujo á mejor forma, ca estaba estragado con el tiempo y mudado de lo que solia ser antiguamente. Compuso un libro *De Trinitate*, y á la obra de Draconcio, que en verso heróico, á manera de paráfrasi, declara el principio del Génesis y la creacion del mundo, añadió Eugenio la declaracion del día seteno que faltaba. Destos versos y de otras epigramas suyas, que hasta nuestra era se han conservado, se entiende que tuvo letras y ingenio y erudicion no pequeña para aquellos tiempos. Entre aquellas epigramas están los epitafios de los rey y reina Chindasvinto y Ricibergera, si bien son algo groseros, mas á causa de lo poco que en aquella edad se sabia que por falta del mismo Eugenio. Algunos dicen que fué tío de san Iñefonso, hermano de su madre. Otros lo tienen por falso; paréceles que si esto fuera así, ó el mismo san Iñefonso ó san Julian, en lo que añadieron á los *Claros varones* de san Isidoro, hicieran mencion de cosa tan señalada. Algunos martirologios ponen á este prelado en el número de los demás santos, y señalan su día á 13 de noviembre, por el cual camino van tambien algunas personas eruditas. Hace contra esto que en el *Martirologio* de Toledo, en que parece se debia principalmente poner, no está; en fin, este punto ni por la una parte ni por la otra está averiguado bastantemente. Demás desto, sospecho yo que Eugenio III fué el que se halló y firmó en el Concilio próximo pasado de Toledo. Muéveme á pensar esto ver que Antonio, arzobispo de Sevilla, que poco antes fué elegido, en las firmas le precedia para muestra de que era mas antiguo prelado. En tiempo deste prelado, sin du-

da á instancia del rey Recesvinto, se juntó en Toledo otro nuevo Concilio, que entre los de aquella ciudad se cuenta por el octavo. Era grande el celo que este Rey tenía y la afición á las cosas eclesiásticas; ocupábase en revolver los libros sagrados, hallábase en las disputas que en materia de religion se hacian; para adornar los templos y aumentar el culto divino no cesaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas, en que parece pretendia imitar el ejemplo de su padre. Acudieron cincuenta y dos obispos; juntáronse en la Basílica de San Pedro y San Pablo á 16 de diciembre, año de 653. Hallóse el Rey aquel día presente en la junta, y despues de haber delante los padres dicho algunas palabras, presentó un memorial. En él estaba en primer lugar la profesion de la fe católica; despues desto amonestaba y rogaba á los prelados que no solo determinasen lo que concernia á las cosas sagradas, sino también diesen órden en el estado del reino, quier fuese con reformar las leyes antiguas, quier con añadir ó quitar las que les pareciese; lo mismo pide también á los grandes del reino, aquellos que por la costumbre recibida se debian hallar en los concilios. En particular pide determinen qué se debe hacer de los judíos, que, recibida la religion cristiana por la fuerza que los reyes pasados les hicieron, todavía perseveraban en sus antiguos ritos y ceremonias. Fué así, que los judíos presentaron una peticion, que hasta hoy día está en el *Puero Juzgo* entre las demás leyes de los godos; contenia en sustancia que, dado que el rey Chintila los forzó á hacerse cristianos, querian renunciar el sábado y las demás ceremonias de la ley vieja; solamente se les hacia mal el comer carne de puero, y esto mas porque su estómago no lo llevaba, por no estar acostumbrados á tal vianda, que por escrúpulo de conciencia; y todavía, para muestra de su intencion, se ofrecian de comer otros manjares guisados con ella. Este memorial del Rey, que tenía inserta la dicha peticion, se leyó en el Concilio. Fué grande la alegría de los obispos por ver el buen celo del Rey. Trataron entre sí lo que debian hacer, y por comun acuerdo ordenaron doce cánones, en que satisficieron bastante á todo lo que el Rey pretendia. Demás desto, declararon que los votos y juramentos ilícitos no obligan. En el tiempo de la Cuaresma, cuando por antigua costumbre todos ayunan, mandaron que nadie comiese carne sin evidente necesidad. Por la revuelta de los tiempos, cuando se apoderaba del reino, no el que tenía mejor derecho, sino el que era mas poderoso, los reyes pasados habian impuesto sobre el pueblo grandes y pesados tributos. Interpusieron los padres su autoridad conforme á lo que el Rey les concediera, y reformaron todas estas imposiciones, y redujéronlas á menor cuantía y mas tolerable. Consideraban que nunca es seguro el poder cuando es demasiado, que las cosas moderadas duran y son perpetuas, y que los príncipes no son bastantes para contrastar con el aborrecimiento del pueblo si se enciende mucho contra ellos. Por conclusion, como quier que muchos estuviesen quejosos del padre deste Rey y pretendiesen les habia hecho agravio y quitado injustamente sus haciendas, ordenóse que el rey Recesvinto tomase posesion de la herencia y bienes paternos con tal condicion, que estuviere á justicia con los que pretendian estar agraviados y despojados injustamente, y

oídas las partes, se les diese la satisfaccion conveniente. En este Concilio se asentaron y firmaron en primer lugar cuatro arzobispos por este órden: Oroncio, de Mérida; Antonio, de Sevilla; Eugenio, de Toledo; Potamio, de Braga. Despues destos los demás obispos por su órden; entre los demás fué uno Bacanda, obispo de Egabro, es á saber, de Cabra, lugar en que en el cementerio de San Juan se lee hasta hoy su nombre grabado en un mármol blanco; que debió hallarse este prelado á la consagracion de aquel templo ó de otro alguno en que se halló aquella piedra, cuya consagracion fué el año de 650 por el mes de mayo. Es también de considerar que en el Concilio firmaron los abades, cosa extraordinaria y no muy conforme á derecho; y en este número fué uno san Ildefonso, á la sazón abad agaliense. Firmaron asimismo los grandes, así duques como condes, y personas que tenían algun cargo en el reino, cosa aun menos usada y contra el derecho comun; pero no hay que maravillarse, porque estos concilios de Toledo fueron como Cortes generales del reino, en que se trataba, no solo de las cosas eclesiásticas, sino también del gobierno seglar. Pasados otros dos años, el de nuestra salvacion de 655, por órden del mismo Rey se juntaron en la misma ciudad de Toledo diez y seis obispos para celebrar el noveno concilio de Toledo. Fué la junta á 1.º de noviembre en la Basílica de Santa María Virgen; publicaron en ella diez y siete decretos sobre materias diferentes. No se hallaron los demás arzobispos y metropolitano; por su ausencia tuvo el primer lugar Eugenio, arzobispo de Toledo. No paró en esto el cuidado del Rey, porque luego el año siguiente, á 1.º de diciembre, se juntaron en la dicha ciudad veinte obispos para celebrar otro Concilio, que fué el deceno entre los de Toledo. La cosa de mayor consideracion que decretaron fué que la fiesta de la Anunciacion, cuando el Hijo de Dios se vistió de nuestra carne para nuestro remedio, y se celebraba á 25 de marzo, por ser ordinariamente tiempo de Cuaresma, en que se hace memoria de la muerte y pasion de Cristo, se trasladase á 18 de diciembre; lo cual desde entonces se guarda en toda España, sin embargo que también se celebra la otra fiesta de marzo al uso romano. La fiesta de diciembre llama comunmente el vulgo nuestra Señora de la O, y los libros eclesiásticos le ponen nombre de la Expectacion. Lo que se ha contado es la verdad puntualmente. Mandaron otrosí que las vírgenes consagradas á Dios, que llaman beatas en el mismo Concilio, trajesen un velo negro ó rojo, como señal para ser conocidas. Tratóse asimismo la causa de Potamio, obispo de Braga, que por haber caido en flaqueza de la carne fué depuesto, dejándole solamente el nombre de obispo, que fué despojarlo del lugar y no de la dignidad. Templaron desta manera el castigo por confesar él mismo de su voluntad su delito y por la penitencia que hiciera por espacio de nueve meses en el vestido y en la comida con deseo de alcanzar misericordia de Dios. En su lugar fué puesto Fructuoso, de abad de Compluto el tiempo pasado electo en obispo dumicense, y al presente como arzobispo de Braga firma despues de los arzobispos Eugenio, de Toledo, y Frigilivo, de Sevilla, en tercer lugar y el postrero. Tratóse del testamento de san Martin, obispo en otro tiempo dumicense, en que nombró por albaceas á los reyes

suevos; y porque los reyes godos se apoderaron de aquel reino, esta y las demás cargas y derechos de aquellos príncipes les incumbían. Hallábase el Rey perplejo sobre este caso; consultó con los prelados del Concilio lo que se debía hacer; ellos remitieron la determinación de todo esto á Fructuoso, el nuevo obispo de Braga, cuya santidad y virtudes fueron tan señaladas en aquel tiempo, que en España le tienen por santo; y en particular las diócesis de Braga, de Eborá y de Santiago celebran su fiesta á 16 días del mes de abril. Su cuerpo fué sepultado en un monasterio que él mismo edificó entre Dumio y Braga, ciudades cuyo prelado fué. Dende, como quinientos años adelante por orden de don Diego Gelmírez, primer arzobispo de Santiago, le trasladaron á aquella iglesia. Muchos fueron los milagros que nuestro Señor hizo por su medio después de su muerte; dellos, en gran parte, hizo memoria y historia particular Paulo, diácono emeritense, que en este lugar no sería á propósito relatarlos. Por este mismo tiempo floreció santa Irene, vírgen de Portugal; diólo la muerte un hombre, llamado Britaldo, porque nunca quiso casarse con él ni consentir con sus locos amores; y porque el caso no se descubriese la echó en el río Nabanis, que pasa por Nabancia, patria desta Santa Vírgen. Buscaron su cuerpo con diligencia; halláronle junto á la ciudad que entonces se llamaba Scalabis. Dicese que por milagro se apartaron las aguas del río Tajo en aquella parte por donde el río Nabanis se junta con él, y que los que buscaban á la vírgen á pié enjuto la hallaron en medio de aquel río en un sepulcro fabricado por mano de los ángeles; que fué causa que la devoción desta vírgen se extendió muy en breve por toda aquella comarca de tal suerte, que por este respeto aquel pueblo mudó el nombre que antes tenía de Scalabis, y del nombre de aquella vírgen se llamó Santaren. Nabancia quieren los doctos que sea la villa de Tomar, muy conocida en Portugal por ser asiento de la caballería de Cristus, la mas principal de aquel reino.

CAPITULO X.

De la vida de san Iñonso.

El año noveno del reinado de Recesvinto, en que del nacimiento de Cristo se contaban 657, Eugenio III, arzobispo de Toledo, pasó desta vida. Por su muerte pusieron en su lugar á Iñonso, á la sazón abad agaliense, persona de muy santa vida, lo cual y sus muchas letras y doctrina y la grande prudencia de que era dotado fueron parte para que fuese estimado del clero, de los principales y del pueblo y le tuviesen por digno para encomendalle el gobierno espiritual de su ciudad. Fué natural de Toledo, nacido de noble linaje; su padre se llamó Estéban, su madre Lucía. Tiénese ordinariamente por tradición que vivían en lo mas alto de la ciudad en unas casas principales, que de lance en lance vinieron con el tiempo á poder de los condes de Orgaz, y dellos los años pasados las compraron los religiosos de la compañía de Jesus, y por devoción de san Iñonso dieron á ellas, y en particular á la iglesia, la advocación deste Santo; en que los antepasados parece faltaron, pues era razon hobiese en aquella ciudad algun templo con nombre de san Iñonso, su ciuda-

dano y natural. En las letras tuvo por maestro á Eugenio III, por ser, como era, persona docta, y aun algunos sospechan y arriba se tocó, deudo suyo. La fama de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, volaba por todas partes, y el cuidado que tenía en enseñar la juventud era muy señalado. Por esta causa san Iñonso fué á Sevilla para estar en el colegio fundado para este efecto por aquel Santo. Allí se entretuvo en el estudio de las letras hasta tanto que fué bastantemente instruido en las artes liberales, de cuya erudición y doctrina dan muestra los muchos libros que adelante escribió. Juliano, su sucesor, dice que el mismo san Iñonso los juntó y puso en tres cuerpos. Son ellos de mucha doctrina y llenos de sentencias muy graves; mas el estilo, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, es mas redundante que preciso y elegante. Acabados sus estudios y vuelto á Toledo, sin embargo que eran grandes las esperanzas que todos tenían dél, y lo mucho que se prometían de su nobleza, de su doctrina y virtudes, pospuesto todo lo al, con desseo de mas perfección y de seguir vida mas segura, se determinó dejar el regalo de su casa y tomar el hábito de monje en el monasterio agaliense. No se pudo esto negociar tan secretamente que su padre no lo entendiese. Procuró apartarle de aquel propósito, y aun el mismo día que iba á tomar el hábito fué en pos dél y entró en el monasterio en busca de su hijo; andávole todo, mas no pudo encontrar con él, porque el Santo, como viesé á su padre de léjos y sospechase lo que era y su saña, torció el camino y se metió y estuvo detrás de un vallado hasta tanto que su padre dió la vuelta á su casa sin efectuar lo que pretendía. El monasterio agaliense estuvo asentado no léjos de la ciudad de Toledo á la parte de septentrion. Tenía nombre de San Julian, como todo se entiende de Máximo, obispo de Zaragoza que fué por este tiempo. En el Concilio toledano undécimo firma Gratino, abad de San Cosme y San Damian, y poco despues Avila, abad agaliense de San Julian. Dúdate en qué sitio estuvo este monasterio agaliense. Los pareceres son varios. La resolución es en este punto y lo cierto que hubo dos monasterios en Toledo, ambos de benitos y ambos á la ribera de Tajo y á la parte de septentrion, por donde el dicho río corre, como se ve en la caída que hace desde el aserradero por la puente de Alcántara de septentrion á mediodía. Demás que la puente por do se iba á la huerta del Rey estaba mas abajo de la que hoy se ve, y por consiguiente la dicha huerta con el río le caía á la parte del septentrion. El uno destes dos monasterios se llamaba de San Julian, que era su advocación, y por otro nombre se llamó agaliense, de un arrabal donde estaba, llamado Agalia. Caía muy cerca de Toledo, solos docientos y cincuenta pasos, que hacen mil y docientos y cincuenta piés, distante de la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. El otro monasterio se intitulaba de San Cosme y San Damian, distante de Toledo dos millas, que hacen media legua. Todo esto dice Máximo, obispo de Zaragoza, en las adiciones á Dextro. San Iñonso fué abad primero en San Cosme y San Damian, siendo diácono; y desta elección habla Cijila, y aun dice pasó mucho tiempo hasta que adelante fué arzobispo. En este medio fué asimismo abad agaliense. Y desta elección y cargo habla Juliano en la vida deste Santo, con que quedan

concertados Máximo, Cijila y Juliano. En la huerta de los Chapiteles, parte de la huerta del Rey, hay claros rastros de que fué monasterio, que debió ser la parte mas principal del agaliense, y pasado los tojares hay una dehesa, y en ella una casa grande y antigua, que sospecho yo por la distancia fué el otro monasterio, y aun dello hay buenas señales. La pretoriense de San Pedro y San Pablo creo yo fué San Pablo á la caída de la alhóndiga, donde estuvieron los padres dominicos por casi doscientos años. La palabra pretoriense quiere decir iglesia del campo, San Pablo está fuera de los dos muros de Toledo. Ayuda el nombre de San Pablo, que el de San Pedro se debió con el tiempo dejar por abreviar. Desta iglesia, que en un tiempo fué muy principal y las ruinas lo muestran, y en ella se celebró el concilio décimotercio de Toledo, hasta la huerta del Rey, que debió ser toda del monasterio agaliense por donacion del rey Atanagildo, su fundador, hay los doscientos y cincuenta pasos que dice Máximo, si bien los monjes tenían otra huerta particular, cercada de piedra con sus estribos contra las crecientes del rio, la cual se ve hoy pegada con la casa que llaman de los Chapiteles. Del nombre del monasterio ó del arrabal donde estuvo quedó el que hoy tienen los palacios de Galiana, á lo que parece; que lo que el vulgo dice de la mora Galiana son consejas y patrañas. Tomó pues san Iñonso como deseaba el hábito de monje, cuyo intento últimamente, aunque con dificultad, aprobó su padre, en especial por las amonestaciones de su mujer, que afirmaba haber por oraciones alcanzado de Dios despues de larga esterilidad aquel hijo, y que para alcanzarle hizo voto de dedicarle á nuestro Señor; que volviesen á Dios lo que de su Majestad recibieran; que era mas sano consejo carecer del hijo por un poco de tiempo que, con hacerle volver atrás de su intento, incurrir en ofensa de Dios y ser atormentados con perpetuos escrúpulos de la conciencia. Fué tanto lo que en aquel monasterio se adelantó san Iñonso en todo género de virtud, que dentro de pocos años le encomendaron el gobierno de aquellos monjes por muerte de Adeodato, despues de Heladio, Justo y Richila, abad de aquel monasterio. En el tiempo que fué abad, ya muertos sus padres, fundó de su patrimonio en una heredad suya, llamada Debiense, un monasterio de monjas. Este monasterio dice Juliano, el archipreste, estaba veinte y cuatro millas de Toledo, cerca de Hlescas. Poco adelante, por muerte de Eugenio III, como queda dicho, fué elegido en arzobispo de Toledo, dignidad y oficio en que se señaló grandemente, y parecia aventajarse á sí mismo y ser mas que hombre mortal. ¿Quién será tan elocuente y de ingenio tan grande que pueda dignamente poner por escrito las cosas deste Santo y de tal manera contar sus obras y grandezas, que parezcan, no cosas fingidas, sino, como lo fueron, verdaderas? Quién de ánimo tan sencillo que se persuada á dar crédito á cosas tan extraordinarias y maravillosas? Fué así, que dos hombres llamados Pelagio y Helvidio, por la parte de la Gallia Gótica venidos en España, decian y enseñaban que la Madre de Dios no fué perpetuamente vírgen. San Iñonso, porque esta locura y atrevimiento no fuese en aumento, acudió á hacerles resistencia y disputar con ellos, parte con un libro que compuso, en que defiende lo contrario, parte con diversas disputas que con ellos tuvo. Con esta di-

ligencia se reprimió la mala semilla de aquel error y se desbarataron los intentos de aquellos dos hombres malvados. El premio deste trabajo fué una vestidura traída del cielo. La misma noche antes de la fiesta de la Anunciacion, que poco antes ordenaron los obispos se celebrase en el mes de diciembre, como fuese á mañines y en su compañía muchos clérigos, al entrar de la iglesia vieron todos un resplandor muy grande y maravilloso. Los que acompañaban al Santo, vencidos del grande espanto, huyeron todos; solo él pasó adelante, y púsose de rodillas delante el altar mayor. Allí vió con sus ojos en la cátedra en que solía él enseñar al pueblo á la Madre de Dios con representacion de majestad mas que humana. La cual le habló desta manera: «El premio de la virginidad que has conservado en tu cuerpo, junto con la puridad de la mente y el ardor de la fe y de haber defendido nuestra virginidad, será este don traído del tesoro del cielo.» Esto dijo, y juntamente con sus sagradas manos le vistió una vestidura con que le mandó celebras las fiestas de su Hijo y suyas. Los que le acompañaban, sosegado algun tanto el miedo, vueltos en sí y animados, llegaron do su prelado estaba á tiempo que ya toda aquella vision era pasada y desaparecida; halláronle casi sin sentido, que el miedo y la admiracion le quitaron con la habla; solos sus ojos eran como fuentes, y se derretian en lágrimas por no poder hablar á la Virgen y dalle las gracias de tan señalado beneficio. Cijila, sucesor de Iñonso, refiere todo esto como oído de Urbano, que fué tambien arzobispo de Toledo, y de Evancio, que fué arcediano de la misma iglesia, personas que, conforme á la razon de los tiempos y de su edad, se pudieron hallar presentes al milagro. Las palabras de la Virgen que refiere Cijila son estas: «Apresúrate y acércate, carísimo siervo de Dios, recibe este pequeño don de mi mano, que te traigo del tesoro de mi Hijo.» La piedra en que la gloriosa Virgen puso los piés está hoy dia en la misma entrada de aquel templo, con una reja de hierro para memoria de cosa tan grande. Demás desto, el mismo año, como parece lo siente Cijila, ó como otros sospechan el luego siguiente, á 9 dias de diciembre, dia de santa Leocadia, sucedió otro milagro no menos señalado que el pasado. Acudió el pueblo á la iglesia de Santa Leocadia, do estaba el sepulcro de aquella vírgen; halláronse presentes el Rey y el Arzobispo. Alzóse de repente la piedra del sepulcro, tan grande, que apenas treinta hombres muy valientes la pudieran mover; salió fuera la Santa Virgen, tocó la mano de san Iñonso, díjole estas palabras: «Iñonso, por tí vive mi Señora.» El pueblo con este espectáculo estaba atónito y como fuera de sí. Iñonso no cesaba de decir alabanzas de la vírgen Leocadia. Encomendóle eso mismo la guarda de la ciudad y del Rey; y porque la Virgen se retiraba hácia el sepulcro, con deseo que quedase para adelante memoria de hecho tan grande, con un cuchillo que para este efecto le dió el mismo Rey, le cortó una parte del velo que llevaba sobre la cabeza; el velo juntamente con el cuchillo hasta el dia de hoy se conserva en el sagrario de la iglesia Mayor entre las demás reliquias. Desde este tiempo y por ocasion destes milagros dicen que el Padre Santo quiso ser canónigo de Toledo. En señal desto hasta hoy dia la noche de Navidad le penan como á los otros prebendados ausentes. Grande fué la autoridad y crédito

que por medio destes milagros ganó este Santo; que aumentaba él perpetuamente con aventajarse cada día mas en el ejercicio de todas las virtudes. Principalmente se señalaba en la caridad con los pobres y en remediar sus necesidades, tanto, que se tiene por cierto dió principio á la costumbre que hasta el día de hoy se guarda en aquella iglesia, es á saber, que á costa del arzobispo en cierta parte de las casas arzobispales cada día se da de comer á treinta pobres. Destos treinta, los diez son mujeres, y los demás varones; el canónigo semanalero, despues de dicha la misa en el altar mayor, acude á echar la bendición á la mesa de los pobres y mirar que no les falte cosa alguna. Esto es lo que en Toledo se acostumbra, y á lo que dicen dió principio san Iñefonso. Lo que yo sospecho es que esta costumbre tuvo origen de otra mas antigua, y era que los patriarcas, que son los mismos que primados, en memoria de Cristo y de sus apóstoles, cada día convidaban á su mesa doce pobres, como lo refiere Focio, patriarca de Constantinopla, en su *Biblioteca* en la vida de San Gregorio el Magno, y se puede comprobar con algunos ejemplos antiguos. El número de treinta pobres señaló adelante el arzobispo don Juan, infante que fué de Aragon. Mucho se pudiera decir de las virtudes y alabanzas de san Iñefonso, y en particular como la suavidad de su condicion era grande, la gravedad y mesura no menor; virtudes que, aunque entre sí parecen contrarias, de tal guisa las templaba, que ni la severidad impedía á la suavidad, ni la facilidad era ocasion que alguna persona le despreciase. Gobernó aquella iglesia por espacio de nueve años y casi dos meses; trocó esta vida mortal con la eterna al principio del año décimonono del reinado de Recesvinto; su cuerpo sepultaron en la iglesia de Santa Leocadia á los piés de Eugenio, su predecesor. En la destruicion de España fué dende llevado á la ciudad de Zamora, y allí en propio sepulcro y capilla es acatado en la iglesia de San Pedro de aquella ciudad. La vestidura sagrada que le dió la Virgen, por el mismo tiempo llevaron á las Astúrias, y está en la ciudad de Oviedo en un arca cerrada, que nunca se ha abierto, ni persona alguna ha visto la dicha vestidura que dentro está.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey Recesvinto.

En tiempo de san Iñefonso se juntó en Mérida un Concilio á 6 de noviembre, año de 666. Halláronse en él doce obispos de la Lusitania, que hoy es Portugal; ordenaron y publicaron veinte y tres decretos, que no pareció referir aquí, casi todos enderezados á reformar y dar orden en el oficio canónico, en que tenían gran debate y grande variedad en la manera del rezado. Por el mismo tiempo en Africa iba en grande aumento el poder de los mahometanos, á causa que Abdalla, duque de Moabia, que fué el cuarto sucesor del falso profeta Mahoma, venció en una gran batalla á Gregorio, capitán y gobernador de Africa por los romanos, con que se hizo señor de aquella muy ancha provincia. El estrago del ejército romano fué muy grande, y casi ninguno mayor en aquella era. Poseian los godos de tiempo muy antiguo en Africa parte de la Mauritania Tingitana, y en particular á Ceuta, con el territorio comarcano. De

todo lo demás, fuera desto, quedaron apoderados los mahometanos despues de aquella victoria; y desde aquel tiempo, muy ufanos y orgullosos, fundaron en Africa un nuevo imperio, cuyos reyes, que conforme á la costumbre de aquella gente tenían poder, no solo sobre el gobierno seglar, sino tambien sobre las cosas pertenecientes á la religion, se llamaron miramamolines, que es lo mismo que príncipes de los creyentes, á la manera que en Asia los príncipes supremos y emperadores de aquella nacion se llamaban califas. Está Africa dividida de lo de España, y parte con ella términos por el angosto estrecho de Gibraltar. A muchos parecia que destos principios amenzaba algun grande mal á España por aquella parte, y en particular se aumentó el miedo por un eclipse extraordinario del sol, que trocó el día en escurisima noche en tiempo del rey Recesvinto, como lo refiere el arzobispo don Rodrigo, pronóstico, á lo que entendian, de sobrados males. Verdad es que por el esfuerzo deste Rey los navarros, que andaban alborotados y no cesaban de hacer cabalgadas en las tierras comarcanas, se reportaron y sosegaron. Demás desto, hizo reformar las leyes de los godos, que estaban muy estragadas; quitó muchas de las antiguas, y añadió otras de nuevo, cuyo número, como se ve en el *Fuero Juzgo*, no es menor que todas juntas las de los otros reyes. Hallábase con esto este Rey nobilissimo, y de los mas señalados en guerra y en paz que tuvo España, muy próspero y bienquisto de los suyos, quando le sobrevino la muerte, que fué á 1.º de setiembre por la mañana, año del Señor de 672. Reinó, despues que su padre le declaró por su compañero, veinte y tres años, seis meses y once días; y despues de la muerte de su padre veinte y un años y once meses. Dos leguas de Valladolid, que algunos piensan se llamó antiguamente Pincia, hay un pueblo llamado Wamba, que antes se llamó Gerticos; en él se hallaba este Rey quando le sobrevino la muerte, porque desde Toledo habia allí ido por ver si con la mudanza del cielo y con los aires naturales, que se entiende, y así parece que lo dice el arzobispo don Rodrigo, era aquel pueblo del patrimonio de sus antepasados, pudiese mejorar y recobrar la salud; pero la enfermedad tuvo mas fuerza que todas estas prevenciones. Su cuerpo sepultaron en la iglesia de aquel lugar, y allí se muestra su sepulcro; de allí, por orden del rey don Alonso el Sabio, le trasladaron á Toledo y pusieron en la iglesia de Santa Leocadia, que está á las espaldas del alcázar, junto al altar mayor al lado del Evangelio, segun ordinariamente se tiene entendido en aquella ciudad, como cosa que ha venido de mano en mano. En tiempo que don Felipe II, rey de España, el año de 1573, hizo abrir en su presencia el dicho sepulcro, y otro que está á la parte de la Epístola, ningunas letras se hallaron, solo los huesos envueltos en telas de algodón y metidos en cajas de madera; mas las personas eruditas que presentes se hallaron sospechaban que el sepulcro de Recesvinto, como de rey mas antiguo, era el que está á manderecha, y el otro es el del rey Wamba, que se sabe tambien le hizo trasladar á Toledo el mismo rey don Alonso. Cerca de Dueñas, que está mas adelante de Valladolid á la ribera de Pisuerga, hay un templo de San Juan Baptista, de obra antigua y al parecer de godos; está adornado de jaspes y de mármoles, y en él una letra de seis renglones, por la

cual se entiende fué edificado por mandado y á costa del rey Recesvinto, y que se acabó la fábrica el año de 664. Por todo esto, personas de doctrina y erudición conjeturan que estos dos reyes por aquella comarca tenían el estado propio y particular de su linaje.

CAPITULO XII.

De la guerra narbonense que se hizo en tiempo del rey Wamba.

Imperaba por estos tiempos en el oriente Constantino, llamado Pogonato. La Iglesia de Roma gobernaba el papa Adeodato, que escribió una epístola á Graciano, arzobispo en España, como se lee en los libros ordinarios de los concilios, dado que el gótico de san Millan de la Cogulla dice: A Gordiano, obispo de la iglesia de España. Es esta epístola muy señalada, porque en ella deshace y aparta los matrimonios de los que sacaron de pila á sus propios hijos, aunque fuese por ignorancia. A esta sazón se emprendió una nueva y muy brava guerra en aquella parte del señorío de los godos que estaba en la Gallia Narbonense. La ambición, mal incurable, fué causa deste daño y alteró grandemente el reino de los godos, que, vencidos los enemigos de fuera, gozaba de una grande paz y prosperidad. Fué así, que el rey Recesvinto no dejó hijos que le sucediesen; sus hermanos, ó por su edad ó por otros respetos, no fueron tenidos por suficientes para suceder en la corona. Por donde los grandes se juntaron, y por sus votos nombraron por sucesor en el reino á Wamba, hombre principal y que tenía el primer lugar en autoridad y prauanza con los reyes pasados, demás que era diestro en las armas y de juicio muy acertado, y tan considerado en sus cosas y modesto, que en ninguna manera quería aceptar aquel cargo. Excusábase con su edad, que era muy adelante; pedía con lágrimas no le cargasen sobre sus hombros peso tan grave. Consideraba con su gran prudencia que las aficiones del pueblo, como quier que son vehementes, así bien son inconstantes y entre sí á las veces contrarias. Como no desistiese ni se allanase, cierto capitán principal, hombre denodado, con la espada desnuda le amenazó de muerte si no aceptaba por estas palabras: «Por ventura, ¿será justo que resistas á lo que toda la nación ha determinado, y antepongas tu reposo á la salud y contento de todos? En mucho tienes esos pocos años que te pueden quedar de vida, que con esta espada, si á la hora no te allanas, te quitaré yo, y haré que pierdas la vida, por cuyo respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu muerte mostraré al mundo que ninguno debe con color de modestia tener en mas su reposo particular que el pro comun de todos.» Dolegose Wamba con estas amenazas; pero de tal manera aceptó la elección, que no quiso dejarse ungrir, como era de costumbre, antes de ir á Toledo. Pretendía reservar aquella honra para aquella ciudad, y con aquel espacio de tiempo entendía, ó que se mudarían las voluntades de los que le eligieron, ó se ganarían las de todos los demás, de guisa que no sucediese algun alboroto por la diversidad de pareceres. Con esto partió para Toledo, donde á 29 de setiembre fué ungrido y coronado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que estaba cerca de la casa real. Juró ante todas cosas por expresas palabras de guardar las leyes del reino y mirar por el bien comun. Quirico, arzobispo de To-

do, sucesor de san Ilesonso, hizo la ceremonia de la unción. Juliano, asimismo arzobispo de Toledo, en la historia que compuso de la guerra narbonense, refiere que de la cabeza del rey Wamba cuando le coronaron se levantó un vapor en forma de columna, y que vieron una abeja de la misma cabeza volar á lo alto. Dirá alguno que muchas veces al pueblo se le antojan estas y semejantes cosas; verdad es, pero la autoridad del que esto escribe sin duda es muy grande. Hicieron los grandes sus homenajes al nuevo Rey, y entre los demás Paulo, deudo, segun algunos piensan, del Rey pasado; bien que el nombre de Paulo, no usado entre los godos, y la poca lealtad de que usó poco adelante, dan muestra, como otros sienten, que fué griego y no godo de nación. Nació Wamba en aquella parte de la Lusitania que los antiguos llamaron Igeditania; dó hoy día hay un pueblo por nombre Idania la Vieja, y cerca dél una heredad con una fuente cercada de sillares; que tiene el nombre de Wamba. Los de aquella comarca, como cosa recebida de sus antepasados, están persuadidos que aquella heredad fué una de las muchas que este Rey tuvo antes de su reinado. Succedieron al principio alteraciones, en particular en aquella parte de España que hoy se llama Navarra. No estaba bastantemente asegurado en el reino, y á esta causa muchos le menospreciaban, en particular los navarros, con deseo de novedades, diversas veces por este tiempo se alborotaron. Acudió el Rey á las partes de Cantabria, hoy Vizcaya, á hacer levas de gentes y como de cerca atajar aquel alboroto al principio antes que pasase adelante, cuando otro nuevo alboroto le puso en mayor cuidado, que sucedió en la Gallia Gótica con esta ocasion. Muchos andaban descontentos del estado y gobierno y de aquella elección; y como gente parcial no querían obedecer á Wamba ni recibille por rey. Comunicaron el negocio entre sí, y acordaron de rebelarse y tomar las armas. Hilperico, conde de Nimes en Francia, fué el primero á declararse, con fiado en la distancia de los lugares y por ser hombre poderoso en riquezas y aliados. Allegáronse Gumildo, obispo de Magalona, ciudad comarcana, y un abad llamado Remigio. Procuraron atraer á su parcialidad al obispo de Nimes, llamado Aregio; y como en ninguna manera se dejase persuadir, le despojaron de su dignidad y enviaron en destierro á lo mas adentro de Francia, y pusieron en su lugar al abad Remigio. Procedíase en todo arrebatadamente sin orden de derecho y sin tener cuenta con las leyes, en tanto grado, que á los mismos judíos que de tiempo atrás echaran de toda la jurisdicción y señorío de los godos, llamaron de Francia en su socorro. Para sosegar estas alteraciones Paulo fué sin dilacion nombrado por capitán por su grande prudencia y destreza que tenía en las armas. Diéronle la gente que pareció seria bastante para aquella empresa y para sosegar los alborotados. Sucedió todo al revés de lo que pensaban, ca Paulo con aquella ocasion se determinó de descubrir la ponzoña y deslealtad que tenía encubierta en su pecho. Hizo marchar la gente muy de espacio, con que se dió lugar al enemigo para apereberse y fortificarse. El mismo, tambien de secreto, comunicaba con los godos principales en qué manera se podría levantar. Para lo uno y para lo otro era muy á propósito la tardanza y el entretenerse. Así, de camino ganó las voluntades de

Ranosindo, duque tarraconense, y de Hildigiso, gadingo, que era nombre de autoridad y de magistrado y dignidad semejable á la de los duques y condes, como si dijésemos adelantado ó merino. El uno y el otro eran personas muy principales, con cuya ayuda y por su consejo se apoderó de Barcelona, de Girona y de Vi-que, ciudades puestas en la entrada de España por la parte de Cataluña. Acrecentáronse con esto las fuerzas desta parcialidad de levantados. Trataron de pasar á Francia con intento de juntar sus fuerzas con las de Hilderico, con que confiaban serian bastantes para resistir al Rey. Argebaudo, arzobispo de Narbona, al principio pretendió cerrar las puertas de su ciudad á los conjurados. Anticipáronse ellos tanto, que el Arzobispo fué forzado acomodarse al tiempo y dar muestra de juntarse con ellos, mas por falta de ánimo que por aprobar lo que los alevosos trataban. Entrado Paulo en aquella ciudad, hizo junta de ciudadanos y soldados, y en ella reprehendió primeramente al Arzobispo, que temerariamente pretendió cerrar las puertas á los que habian servido mucho á la república, y no trataban de hacerle algun mal y daño. Despues desto, declaró las causas por donde entendía que con buen título podía tomar las armas contra Wamba, que fuera hecho rey, no conforme á las leyes ni con buen orden y traza, sino al antojo de algunos pocos, al cual cuando se da lugar, no el consentimiento comun prevalece, sino la fuerza y atrevimiento. Concluyó con decir sería conveniente y cumpliero proceder á nueva eleccion y conforme á las leyes nombrar un nuevo rey, á quien todos obedeciesen, y con cuyo amparo, fuerzas y consejos hiciesen rostro á los que á Wamba favoreciesen. Ranosindo, á voces para que todos le oyesen, dijo que él no conocía persona mas á propósito ni mas digno del nombre de rey que el mismo Paulo; que fué representar en público la farsa que entre los dos de secreto tenían compuesta y trovada. Muchos de los parciales de propósito estaban derramados y mezclados entre la muchedumbre; estos con gran gritoria acudieron luego á aquel parecer; los cuerdos y que mejor sentiau callaron y disimularon, ca no los cumplía al hacer en tan gran revuelta y alteracion. Con tanto, Paulo fué declarado y elegido por rey; pusieronle en la cabeza una corona que el rey Recaredo ofreció á san Félix, mártir de Girona. Era tanto el calor de aquella rebelion, y tan encendido el deseo de llevar adelante lo comenzado, que todo lo atropellaban; y no solo se apoderaban de las riquezas profanas, oro y plata del público y de particulares, sino tambien extendian sus manos sacrilegas á los tesoros sagrados y á despojar los templos de Dios de sus vasos y preseas. Allegóse á este parecer fácilmente Hilperico, conde de Nimes, el primero que fué á levantarse, y con él se les juntaron todas las ciudades de la Gallia Gótica. Demás desto, no pequeña parte de la España Tarraconense siguió á Ranosindo, su duque. Puestas las cosas en este término, Paulo se ensoberbeció de tal manera, que se resolvió de desafiar al rey Wamba. Envióle una carta afrentosa; era de suyo hombre deslenguado, demás que pretendia acreditarse con el vulgo y con la muchedumbre, que suele á las veces cebarse y hacer caso de semejantes fieros y amenazas. Destos baldones y destas parcialidades, segun yo entiendo, procedió la fama del vulgo, que hace á Wamba

villano, y que subió al cetro y corona del arado y del azada; mas sin falta es manifiesto yerro, que á la verdad fué y nació de la mas principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad. Luego que el rey Wamba fué avisado de la traicion y tramas de Paulo, llamó á consejo los grandes, preguntóles su parecer, si seria mas á propósito sin dilacion marchar con la gente la vuelta de Francia para apagar en sus principios aquel fuego antes que pasase adelante, ó si seria mas expediente rehacerse en Toledo de nuevas fuerzas y socorros para asegurar mas su partido. Los pareceres fueron diferentes: los mas atrevidos tenían y juzgaban por perjudicial cualquiera tardanza; decían que se daría lugar á los traidores para fortificarse y cobrar mas ánimo, y los soldados reales que desearan venir á las manos se resfriarian en gran parte. «¿Qué otra cosa dará á entender el retirarse y volver atrás, sino que con color de recato huimos torpemente, como sea averiguado que ninguna cosa hay de tanto momento en las guerras como la fama? Los varios y maravillosos trances y los tiempos pasados testifican de cuánta importancia para alcanzar la victoria sea el crédito acerca de los hombres y la reputacion.» Otros tenían por mas acertado proceder de espacio y dar lugar á que el nuevo Rey se arraigase mas. Temían que, desamparada España, no se les levantase mayor guerra por las espaldas; que la traicion de Paulo daba bastante muestra de no estar llanas las voluntades de todos. Demás desto, que el ejército que tenía era flaco, pues aun no habia sido bastante para sujetar del todo los de Navarra, y que era forzoso rehacelle. A los grandes emperadores y capitanes muchas veces acarrió gran daño hacer caso del pueblo y de sus dichos y volver las espaldas al qué dirán. Oidos por Wamba los pareceres y pesadas las razones por la una y por la otra parte: «Por mejor, dice, tengo prevenir los intentos de los contrarios y acudir con el remedio antes que el mal pase adelante, y que se nos pase la ocasion que en un momento se suele resbalar de la mano; cosa que nos daría pena doblada. La victoria, que tengo por cierto ganaremos, dará reputacion á nuestro imperio; confío en la ayuda de Dios que mirará por nuestra justicia, y en vuestro esfuerzo, al cual ninguna cosa podrá hacer contraste. Y es justo que encendamos mas aísa con la presteza la indignacion concebida contra los traidores y el fervor de los soldados; que con la tardanza entibialle; ca la ira es de tal condicion, que con la priesa se aviva y con el tiempo se apaga. El trabajo de las ciudades, los campos talados, los bienes de nuestros vasallos robados, ¿á quién no moverán el corazon? Males que forzosamente se aumentarán de cada día si esta empresa se dilata. ¿Quién de vos, si ya el ardor de la noble sangre no está resfriado y acabado el valor antiguo de los godos, no tendrá por cosa mas grave que la misma muerte dejar los amigos y deudos á la discrecion y crueldad de los enemigos, y con la tardanza dar ánimo á los que, asombrados de su misma conciencia y de sus maldades, no podrán sufrir vuestra vista? Apresuremos pues la partida, y con la ayuda de Dios, cuya causa principalmente se trata, castigemos esta gente malvada, y no permitamos se persuadan que tenemos miedo de sus fuerzas. Nuestro ejército ni es tan flaco como algunos han apuntado, y

la loa y prez de la victoria tanto será mayor cuanto con menor aparato y mas en breve se ganare.» Este razonamiento del Rey avivó de tal guisa los corazones de todos, y fué tan grande el ardor que se despertó, que dentro de siete dias pusieron fin á la guerra de Navarra, que fué buen pronóstico para la empresa que quedaba y buen principio. Ninguna cosa mas deseaban los soldados que verse con el enemigo; cualquier tardanza les parecia mil años; tan grande era la confianza que tenían y el ánimo que habian cobrado. Tomaron luego el camino de Calaborra y de Huesca. Llegaron á las fronteras de Cataluña con una priesa extraordinaria. Allí repartieron el ejército en tres partes ó escuadrones; el uno fué á Castrolibia, cabeza que era de Cerdeña; el segundo tomó el camino de la ciudad de Vique; el tercero, como le fué mandado, marchó hácia la marina para dar la tala á los campos y pueblos de aquella comarca. El Rey con la fuerza del ejército seguía las pisadas de los que le iban delante. Hizo justicia de algunos soldados por malos tratamientos que hicieron á la gente menuda y fuerzas á doncellas; mandó les cortasen los prepucios, que fué castigar á los culpados y escarmentar á los demás. Persuadíase el buen Rey que no hay cosa mas eficaz para aplacar á Dios que el castigo de las maldades, y que ninguna cosa enoja mas á su Majestad que disimular los agravios hechos á la gente miserable. Llegó por sus jornadas á Barcelona; apoderóse de aquella ciudad fácilmente, que es cabecera de Cataluña. Los principales de entre los rebeldes que le vinieron á las manos fueron puestos á recado para ser castigados conforme contra cada cual se hallase. Pasó mas adelante y apoderóse de Girona; rindióla su obispo, por nombre Amador, á quien poco antes Paulo pretendió asegurar con una carta que le escribió, en que le amonestaba entregase la ciudad al que primero de los dos con gente se presentase delante. Leyó aquella carta el rey Wamba, y burlándose de Paulo dijo: En nuestro favor se escribió esto como profecía de nuestra llegada. Detúvose en aquella comarca dos dias para repararse; desde que el ejército hobo descansado pasaron las cumbres y estrechuras de los Pirineos sin hallar alguna resistencia. Ganáronse en aquella comarca por fuerza tres pueblos, es á saber, Caucoliberis, que hoy es Colibre; Vultoraria y Castrolibia, que saquearon los soldados. Demás desto, otro pueblo asentado en las estrechuras de aquellos montes, por lo cual se llamaba Clausura, que es lo mismo que cerradura, fué tambien ganado por los capitanes. Allí prendieron á Ranosindo y Hildigiso y otras cabezas de los conjurados. Witimiro estaba con guarnicion de soldados en otro pueblo llamado Sordonia. No le pareció seria bastante para defenderse, resolvióse de huir y llevar la nueva de lo que pasaba á Paulo, que todavía se estaba en Narbona con intento de entretener á Wamba y impedirle la entrada de Francia. No tenia fuerzas bastantes ni se le abria camino para salir con su intento; dejó en aquella ciudad al dicho Witimiro, y él se retiró á Nimes, do en breve esperaba le vendrian socorros de Francia y de Alemania. Pasó el Rey los Pirineos, asentó en lo llano sus reales, entretúvose dos dias hasta tanto que le acudiesen las demás gentes, que por diversos caminos enviara; desde allí envió cuatro capitanes con buen número de soldados para rendir á Narbona por fuerza ó de

grado, ciudad nobilísima puesta en la entrada de Francia. Junto con esto para el mismo efecto envió gente y armada por mar. Llegaron primero las gentes que iban por tierra, convidaron á los de la ciudad con la paz y á entregarse; la respuesta fué arrogante y afrentosa, con que irritados los soldados, acometieron con grande ánimo los adarves. El combate fué muy bravo; pelearon los unos y los otros valientemente por espacio de tres horas, los del Rey por vencer, los otros como gente desesperada y que no esperaba perdon. Ultimamente, los de dentro se retiraron de los muros, forzados de las piedras y saetas que de fuera como lluvia les tiraban. Con tanto, los leales por una parte pusieron fuego á las puertas de la ciudad, y por otra enderezaron escalas y las arrimaron para subir en el muro y escalarle. Entróse la ciudad por ambas partes. Witimiro, como vió tomada la ciudad, retiróse á un templo como á sagrado, en que los vencedores le hallaron y prendieron junto al altar de Nuestra Señora. Fueron asimismo presos el arzobispo Argebaudo y el dean Galtricia, y aun heridos y maltratados con el furor de los soldados. Tomada Narbona, los rebeldes comenzaron á ir de caída, ser menospreciados y aborrecidos, como gente que seguia empresa y partido condenado por los hombres y por la fortuna de la guerra; al contrario, favorecian comunmente el partido de Wamba y su justicia por ser príncipe muy humano y benigno, y porque tomó las armas forzado de los que sin razon le pretendian quitar la corona. Siguieron los leales la victoria, y con la misma facilidad entraron por fuerza las ciudades de Magalona, Agata y Besiers, en que fueron presos algunos de los principales rebeldes, y en particular Remigio, obispo de Nimes. El obispo de Magalona, por nombre Guinaldo, perdida toda esperanza de poderse tener contra pujanza tan grande, se huyó y retiró á Nimes, do estaba Paulo, ciudad en aquella sazón, por los muchos moradores que tenia, hermosura de edificios, pertrechos y murallas muy firmes, nobilísima y de las mas fuertes de la Gallia Narbonense. Quedan en nuestro tiempo claros rastros de su antigua nobleza, en especial un teatro muy capaz, obra hermosísima, que por estar pegado el adarve servia de castillo y fortaleza. Envió el Rey contra esta ciudad cuatro capitanes muy esforzados y famosos, pero poco inteligentes, y proveidos de los ingenios y máquinas que son á propósito para batir las murallas. Llevaron treinta mil hombres de pelea, dieron vista á la ciudad, rompieron con grande ánimo por los que les salieron al encuentro, llegaron á los reparos, do fué muy herida la pelea; ca los del Rey peleaban con indignacion por ver la porfía de los desleales tantas veces abatidos, á los contrarios hacia fuertes la rabia y desesperacion si eran vencidos; arma muy poderosa en la necesidad. Duró la pelea hasta que cerró la noche, que los departió sin declararse la victoria, dado que cada cual de las partes se la atribuía, y en particular los cercados, así por no quedar vencidos como porque los del Rey fueron los primeros que tocaron á retirarse. Sucedió que en lo mas recio de la pelea un soldado dijo á los del Rey por manera de amenaza: «Gruesas compañías de alemanes y franceses serán con nos muy en breve, cuya muchedumbre y esfuerzo á todos os hará caer en las redes y en el lazo.» Pequeñas ocasiones á las veces suelen en la guerra hacer grandes mu-

danzas; ninguna cosa se debe menospreciar que pueda acarrear perjuicio; los mas saludables consejos son los mas recatados. Alojaba el Rey con lo demás del ejército no muy lejos de allí; diéronle aviso de lo que el soldado dijo; pidiéronle enviase soldados de refresco para apretar y concluir con el cerco, que la presteza sería la seguridad; envió hasta diez mil debajo de la conducta de Wandemiro. Era tanto el deseo que llevaban de salir con la empresa, que caminaron toda la noche, y llegaron á los reales el siguiente dia con el sol, antes que se comenzase la batería. Con la vista de tanta gente desmayó Paulo; y por lo que el dia antes pasó advirtió el grande riesgo en que estaban sus cosas si volvian á la pelea y al combate. Disimuló empero cuanto pudo, sacó fuerzas de flaqueza, hizo un razonamiento á su gente, en que les amonestó «no desmayasen por el gran número de los contrarios, ca no el número pelea, sino el esfuerzo; no vencen los muchos, sino los valientes; esta es toda la gente que Wamba tiene, vencida no le quedará mas reparo; á nos muy en breve vendrán socorros muy grandes; y cuando otra cosa no hobiere, con la fortaleza de los muros os podréis entretener largamente y abatir el orgullo del enemigo y su ejército, compuesto de canalla y de pueblo, muy ajeno del valor antiguo de los godos y de su sangre invencible.» Dicho esto, se comenzó la batería; pelearon de todas partes con gran coraje; duró el combate hasta gran parte del dia; cuando causados y enflaquecidos los cercados con la gran carga y priesa que de fuera les daban, dieron lugar á los del Rey para arrimarse á las murallas. Entonces unos pusieron fuego á las puertas, otros con picos y palancas arrancaban las piedras de los adarves. Hecha bastante entrada, rompen con grande ímpetu por la ciudad matando y destrozando cuantos franceses topaban. Persuadiéronse los ciudadanos y los demás que los españoles que dentro estaban, con intento de alcanzar perdón, dieran entrada á los enemigos. Encendidos por esto en gran rabia, pasaron á cuchillo gran número de aquellos soldados que tenían de guarnición, y entre los demás dieron la muerte á un criado del mismo Paulo on su presencia y aun estando á su lado. Era miserable espectáculo ver la gente de Paulo acometida y apretada por frente y por las espaldas de los suyos y de los contrarios con tanto estrago y malanza, que las plazas y calles se cubrian de cuerpos muertos y estaban alagadas de sangre. Los gemidos de los que morian revolcados en su misma sangre, los aullidos de las mujeres y niños, la gritería y estruendo de los que peleaban resonaban por todas partes. El mismo Paulo, causa de tantos males, vista su perdición y la de los suyos: «Confesamos, dice, haber errado; mas por ventura ¿una vez ó en una cosa sola? Antes en todo cuanto hemos puesto mano nos hemos gobernado sin prudencia ni cordura.» Junto con estas palabras se quitó las sobrevistas, y acompañado con los de su casa y de su guarda se retiró al teatro, confiado que era muy fuerte, y que si no se pudiese tener se rendiria con algun partido tolerable. Notaron algunos que el mismo dia, que fué 1.º de setiembre puntualmente, Paulo se despojó de las insignias reales, en que el año antes Wamba fuera puesto en la silla real. Quedaron pues los del Rey apoderados de la ciudad, fuera del teatro y alguna otra pequeña parte. Reposaron aquel

dia y el siguiente con intento de aguardar al Rey y que se le atribuyese la gloria de poner fin á aquella guerra, además que por ventura los vencedores pretendian alcanzar perdón para los culpados; y es cosa natural tener compasion de los caidos, principalmente cuando son deudos y de una misma nacion, como eran los vencidos en gran parte. Acordaron para este efecto enviar persona á propósito al Rey; escogieron de entre los cautivos al arzobispo de Narbona Argebaudo. Él, llegado á la presencia del Rey, como á cuatro millas de la ciudad apeóse del caballo en que iba, hizole una gran mesura, y puesto de rodillas, con sollozos y lágrimas que despedia de su pecho y de sus ojos en abundancia, le habló en esta sustancia: «Tus vasallos, Rey clementísimo, si cabe este nombre en los que se desnudaron del amor de la patria, y con apartarse della y su mudanza han perdido el derecho y privilegio de ciudadanos; estos, digo, tienen puesta la esperanza de su remedio y reparo en sola tu clemencia. No piden perdón de sus yerros, dado que esta petición, solo para contigo que eres tan benigno, no pareciera del todo desvergonzada; solo te suplican uses en el castigo que merecen de alguna templanza. Cosa de mayor dificultad es vencerse á sí mismo en la victoria que sujetar los enemigos con las armas en la mano; pero á otros. La grandeza del corazon y el valor en ninguna cosa mas se declara que en levantar los caidos, ca del prez de la victoria participan los soldados; la templanza y clemencia para con los vencidos es propia alabanza de grandes reyes. No puedes ver con los ojos esta miserable gente por estar ausentes; pero debes considerar que, llenos de lágrimas y tristeza, demás desto arrojados á tus piés, se encomiendan á tu gracia y á tu misericordia, como hombres por ceguera de sus entendimientos, ó por la comun desgracia de los tiempos, ó por fuerza mas alta del cielo, caidos en estas maldades. Cuanto son mas graves sus culpas tanto, señor, será mayor tu alabanza en darles la mano, y volver á la vida los que por su locura están enredados en los lazos de la muerte. Vinieran aquí sin armas con dogales á los cuellos para moverte á misericordia con vista tan miserable, ó poner con la muerte fin á tan triste vida y tan desgraciada; solo se recelaron, si usaban de semejantes extremos, no pareciese te tenían por tan implacable que fuese necesario hacer tales demostraciones. Pocos quedamos, y todos tuyos; no permitas perezcan por tu mano aquellos á quien la crueldad de la guerra hasta ahora ha perdonado. Finalmente, quiero advertir que con el deseo de venganza no hagas por donde esta nobilísima ciudad, fuerte y baluarte de tu imperio, muertos sus ciudadanos, quede destruida y asolada.» Era Wamba muy señalado y diestro en las armas y negocios de la guerra; sobre todo se aventajaba en la benignidad, clemencia y mansedumbre; respondió en pocas palabras: «Aplacado por tus ruegos, soy contento de perdonar la vida á los culpados; mas porque la falta de castigo no haga á otros atrevidos y sea ocasion de menosprecio, solas las cabezas pagarán por los demás.» Importunaba el Obispo que el perdón fuese general. El Rey, con el rostro algo mas airado: «por ventura, dice, ¿no te basta alcanzar la vida para los culpados? ¿Pretendes que el castigo sea á la medida de sus maldades? A tí, Argebaudo, obispo, ayude para que el perdón te sea dado

enteramente haberte apartado de nos contra tu voluntad, de que estamos bastante informado; los demás, todo lo que fuere menos de una muerte afrentosa lo deben contar y poner á cuenta de ganancia y atribuylo, no á sus méritos, sino á nuestra benignidad. »

CAPITULO XIII.

Del castigo de los conjurados.

Acabadas estas razones, pasó el Rey adelante su camino, llegó á la ciudad, y en su compañía la fuerza del ejército y los soldados puestos en ordenanza y á manera de triunfo, que hacian una vista muy hermosa. Con su llegada se puso fin á la guerra y rindióse todo lo que quedaba de la ciudad, en cuya parte mas alta, que caia hácia el reino de Francia, puso guarnicion de soldados, ca se decia que grandes gentes de Alemania y de Francia venian en socorro de los cercados y que ya llegaban cerca. Paulo, con mas deseo de la vida que cuidado del honor, á la hora rindió el teatro, donde estaban en su compañía el obispo Gumildo, Witimiro y mas de otros veinte principales cabezas de aquella conjuracion. A todos fueron puestas prisiones; en particular dos capitanes á caballo llevaron en medio y á pié á Paulo á vista de todo el ejército, asidos de sendas guedejas de sus cabellos por la una y por la otra parte. Con esta representacion y disfrace llegaron á la presencia del Rey. Paulo soltó luego el ceñidor, que era á fuer desoldados y segun la costumbre antigua despojarse de la honra y grado militar; púsole como dogal al cuello para muestra de lo que merecia y del miserable estado en que se hallaba. Estaban él y los demás cautivos postrados por tierra, dió el Rey gracias á Dios por tan grande merced, reprehendió en público la locura de los conjurados, y de tal manera les hizo gracia de las vidas, que mandó ponerlos á buen recaudo y guardar hasta tanto que con mas maduro consejo se determinase su causa. Algunos franceses y sajones, parte que estaban por rehenes en aquella ciudad, parte que al principio juntaron con los traidores sus fuerzas, sin embargo, libremente fueron enviados á sus tierras con dádivas que les dieron. Por esta forma, principios de cosas muy grandes que amenazaban mayores males, y con el levantamiento de Paulo y de toda la Gallia Gótica tenian el reino puesto en cuidado, fácilmente se atajaron. Muchos tuvieron á juicio de Dios lo que sucedió á esta gente, por los tesoros sagrados que robaron y por los templos que despojaron, á los cuales Wamba, hecha pesquisa, mandó restituir todo lo que se halló. Las murallas de la ciudad, que á causa de los combates quedaban maltratadas, hizo reparar. Los cuerpos muertos fueron sepultados para que con el mal olor no inficionasen el aire. Pasáronse tres dias en estas cosas; luego en presencia del Rey, que estaba sentado en su trono, fueron presentados los rebeldes y se pronunció sentencia contra ellos. Quanto á lo primero, el Rey puso sus piés sobre los cuellos de los miserables. Despues preguntaron á Paulo si queria alegar algun agravio porque se hobiese apartado del deber; respondió que no, antes que recibiera muchas mercedes y honras del Rey, y sin propósito se despeñó en aquellos males. Despues desto, leyeron el pleito homenaje que hizo á Wamba con los demás grandes, y jun-

tamente fueron referidas las palabras con que Paulo se hizo jurar por rey. Finalmente, leyeron las leyes de los concilios en razon del castigo que merecen los que se levantan, y conforme á ellas se pronunció contra Paulo y sus consortes sentencia de muerte afrentosa y confiscacion de bienes. Añadieron empero que si el Rey por su clemencia les perdonase las vidas, que por lo menos fuesen privados de la vista. Era la cabellera señal de nobleza antiguamente; el Rey con deseo de ser tenido por clemente, y por esta forma ganar las voluntades de todos, contentóse con que los mutilasen. Vino á la sazón aviso que Chilperico, rey de Francia, segundo deste nombre, venia con sus huestes muy á punto. Salíó Wamba á la campaña, donde esperó por demás cuatro dias á los contrarios. Parecióle con esto daba bastante muestra de su valor y ganaba reputacion; no quiso romper por las tierras de Francia porque no pareciese era el primero á quebrantar las paces que de antes tenian asentadas. Con tanto, dado orden en las cosas de Francia, se resolvió de dar la vuelta á España. Sobrevino nueva que un capitan francés, llamado Lope, corria los campos de Besiers, talaba, quemaba, robaba todo lo que se le ponía delante. Salíó el Rey con su gente al encuentro; el enemigo desconfiado de sus fuerzas se retiró á lo mas alto de las montañas vecinas. Dejó con la priesa parte del bagaje, y por el camino otras muchas cosas los soldados; con que dieron muestra mas de huir que de retirarse. Con estos despojos y las riquezas de Francia quedaron los soldados del Rey muy alegres y contentos. Dieron vuelta á Narbona; gran parte de los soldados y del ejército se repartió por las guarniciones de Francia. Hiciéronse nuevos edictos contra los judíos, con que fueron echados de toda la Gallia Gótica. A otra parte del ejército se dió licencia, en un pueblo en tierra de Narbona llamado Canaba, para que volviesen á sus casas y con el reposo gozasen el fruto de sus trabajos. No pocos quedaron en compañía del Rey, que dió desde la vuelta hácia España. Llegó por sus jornadas á la ciudad de Toledo, hizo en ella una hermosa entrada, y fué recibido á manera de triunfo, honra debida á su dignidad y á cosas tan grandes como debia acabadas en solos seis meses, que se contaban despues que últimamente salió de aquella ciudad. Concertáronse los escuadrones en esta forma: en primer lugar iban los rehenes en camellos, rapadas las barbas y el cabello, descalzos y mal vestidos; Paulo por burla llevaba en la cabeza una corona de cuero negro; seguiause los soldados muy arcaados con penachos y libreas. Corraha los escuadrones el Rey, cuyas venerables canas y la memoria de sus hazañas acrecentaba la majestad de su rostro y presencia. Salíó al encuentro toda la ciudad, que alegre con aquel espectáculo, apellidaba á su Rey salud, victoria y bienaventuranza. Duró grande espacio la entrada; los culpados fueron puestos en cárcel perpetua por fin y repate de cosas tan grandes.

CAPITULO XIV.

De las demás cosas del rey Wamba.

Con esto comenzó España por el esfuerzo de Wamba y su mucha prudencia á florecer dentro con los bienes de una larga paz; de fuera recobraba su lustre antiguo y su dignidad. Puso el Rey cuidado en hermosear

su reino de todas maneras, y en particular ensanchó la ciudad real de Toledo, y para su fortificación levantó una nueva muralla con sus torres, almenas y petriles, continuada por el arrabal de San Isidoro, y que llega de la una puente á la otra. Está Toledo de cuatro partes por mas de las tres cõñida del rio Tajo, que, acanalado por entre barrancas muy altas, corre por peñas y estrechuras muy grandes. La cuarta parte tiene la subida áspera y empinada, por donde la cercaba un muro de fábrica romana mas angosto que el que hizo Wamba, cuyos rastros se ven á la plaza de Zocodover y á la puerta del Hierro. Wamba, con intento de meter dentro de la ciudad los arrabales y para mayor fortaleza, añadió la otra muralla mas abajo. Trajéronse para la obra piedras de todas partes, en particular, á lo que se entiende, de una fábrica romana á manera de circo, que antiguamente levantaron allí, y tenia mármoles con figuras entalladas en ellos de rosa ó de rueda. El vulgo se persuade ser aquellas las armas de Wamba; las mismas piedras muestran lo contrario, ca están sin orden ni traza, sino como las traían así las asentaban los oficiales. Graves autores testifican que para memoria desto hizo grabar dos versos en las torres principales desta muralla en latin grosero y como de aquella era, pero que traducidos en un terceto castellano hacen este sentido:

CON AYUDA DE DIOS EL PODEROSO
REY WAMBA EN SU CIUDAD LEVANTÓ EL MURO,
HONRA DE SU NACION, MURO HERMOSO.

Demás desto, en lo mas alto de las torres puso estatuas de mármol blanco á los santos patronos y principales abogados de la ciudad. Grabó otrosí al pié de las estatuas otros dos versos, que hacen este sentido:

SANTOS, RELUCE AQUI CUYA PRESENCIA,
GUARDAD ESTA CIUDAD Y PUEBLO TODO:
TIRAD, COMO PODERIS, TODA DOLENCIA.

Habian con el tiempo caído las estatuas, borrádose y gastádose las letras que el rey don Felipe, segundo deste nombre, con su acostumbrada piedad y devocion pocos años ha mandó restituir y hacer de nuevo. Fortificábase pues la ciudad por mandado del rey Wamba, y juntamente por su providencia se tornaba á poner en práctica la costumbre de celebrar concilios en aquella ciudad. Así en el año cuarto de su reinado, que se contaba del Señor 675, á 7 de noviembre, se juntaron en la iglesia de Santa María de la ciudad de Toledo á celebrar concilio diez y siete obispos, y casi todos de la provincia cartaginense, demás de siete abades, entre los cuales se cuenta uno llamado Avila, abad del monasterio agaliense de San Julian, si la letra no está mentirosa, como algunos lo sospechan por conjeturas que hay. Hallóse otrosí entre los padres, aunque en el postrer lugar, Gudila, arcediano de Santa María de la Sede ó Silla, por donde se entiende que el templo en que este Concilio se celebró era el mayor y mas principal. Dudan los curiosos si estuvo entonces asentado do hoy está la iglesia catedral. Sospéchase que sí por razon de la piedra que en ella se ve, en que la Virgen gloriosa puso sus sagrados piés para honrar á su devoto san Ilfonso, dado que la fábrica y forma y traza es muy diferente de la de entonces. Este Concilio se cuenta por el oncenno entre los de Toledo. En él se dieron al Rey las

gracias por haber renovado la costumbre de celebrar los concilios, interrumpida por espacio de diez y ocho años. Para adelante mandan los padres que los concilios provinciales cada un año se juntasen en la iglesia metropolitana, sin que haya en él otra cosa digna de memoria. Los cánones que promulgaron fueron en número diez y seis. Por el mismo tiempo en Braga se juntó el Concilio tercero de los bracarenses. Quitóse en él la costumbre de llevar los obispos colgadas al cuello las reliquias de los mártires, y á ellos en andas los diáconos; y ordenóse para adelante que las santas reliquias fuesen por los diáconos llevadas en andas. Ponen pena de excomunion al sacerdote que para decir misa no se pusiese la estola, que llaman orario, sobre entrambos los hombros y cruzada sobre el pecho, costumbre que en algunas partes se ha dejado; en las mas se guarda. Hallóse en este Concilio Isidoro, obispo de Astorga. Floreció asimismo por este tiempo Valerio, abad de San Pedro de los Montes, claro por el menosprecio del mundo y por su erudicion, de que dan testimonio sus obras, y en especial un libro que intituló de la *Vana sabiduria del siglo*. No se hallan otros concilios del tiempo del rey Wamba en los tomos que andan ordinariamente de los concilios; pero no se duda sino que se celebraron otros, como lo da á entender la ley de que se hizo mencion, en que mandaron juntarlos en cada un año. En especial que graves autores afirman que en tiempo de Wamba en un Concilio toledano se señalaron los aledaños y distritos de cada cual de los obispados de España, negocio en que por ser tan grave y tocar á todos no se puede creer se procediese por el voto y parecer de pocos, sino de todos los prelados. Dicen mas, que en aquel Concilio se estableció que todos los sacerdotes viviesen conforme á la regla de san Isidoro. Hiciéronse fuera desto en gracia del rey Wamba y á su contemplacion nuevos obispados en pueblos pequeños y aldeas, y aun en iglesias particulares, como fué en un pequeño lugar en que estaba la sepultura y cuerpo de san Pimenio, y en la iglesia de San Pedro y San Pablo pretorienso, puesta en los arrabales de la ciudad de Toledo, que fué todo un celo piadoso, pero indiscreto en el Rey, y en los obispos una disimulacion y desseo demasiado de agradalle, sin tener respeto á las leyes eclesiásticas que vedan así bien hacer dos obispos en una misma ciudad, como poner obispados en lugares pequeños. Desórdenes que en breve se reformaron en el concilio próximo de Toledo, que fué el doceno de los de aquella ciudad, hasta motejar al rey Wamba de liviano en esta parte; así van los temporales y se truecan los favores de la gente y el aplauso. Ordenó Wamba algunas leyes á propósito de reformar el gobierno, que andaba de muchas maneras estragado, en particular puso cuidado en lo que tocaba á la disciplina militar. Ordenó que cuando se hiciese gente, todos acudiesen á las banderas, fuera de viejos, enfermos y mozos de poca edad. Item, que todos enviasen á la guerra por lo menos la docena parte de sus esclavos con las armas que allí se señalan, diferentes de las demás. A los mismos obispos y sacerdotes para reprimir las entradas y rebatos de los enemigos manda les saliesen con los suyos al encuentro por espacio de cien millas. Con esta diligencia y por buena maña del rey Wamba ganaron los godos una victoria naval muy señalada. Estaban los sarracenos en-

señoreados de toda la Africa por todo lo que se tienden las marinas de nuestro mar Mediterráneo, desde las bocas del rio Nilo hasta el estrecho de Gibraltar. Tenian deseo de pasar en Europa; con este intento armaron una flota de ciento y setenta velas, con que ponian á fuego y á sangre las riberas de España. Juntaron los godos otra gruesa armada; vinieron á las manos con los contrarios con tanto valor y denuedo, que alcanzaron victoria de los enemigos, y parte tomaron, parte quemaron su armada. Velaba el Rey, acudia á todas las partes con presteza sin descuidarse ni excusar gasto, trabajo ni diligencia alguna. No falta quien diga que la armada de Africa vino á persuasion de Ervigio, ca por ser hijo de Ardebasto, pariente de Recesvinto, pretendia hacerse rey. Tenia mucho poder, y su autoridad era grande, sus mañas y artificios extraordinarios. El corazon humano es insaciable, nunca se contenta con lo que posee, aunque sea muy aventajado, antes con el deseo siempre pasa adelante y pretende cosas mayores. No tenia Ervigio esperanza de salir con su intento ni en vida de Wamba ni despues de su muerte, á causa de Teodofredo, hermano de Recesvinto, del cual en la eleccion pasada no se hizo cuenta, como allí se dijo, ca era de pocos años. Resolvióse de valerse de cautelas y mañas, pues cualquier otro camino le hallaba cerrado. Con esta traza hizo, como se cree, venir la armada de los sarracenos contra España. Y como esto no sucediese conforme á su deseo, tuvo forma de hacer que diesen al Rey á beber cierta agua en que habia estado esparto en remojo, que es bebida ponzoñosa y mala. Adoleció luego el Rey y quedó privado de su sentido súbitamente, tanto, que á la primera hora de la noche juzgaban queria rendir el alma. Cortáronle el cabello, hiciéronle la barba y la coroua á manera de sacerdote, vistiéronle un hábito de monje, ceremonia que se usaba con los que morian á propósito de alcanzar perdon de sus pecados. Todo esto se entiendo tramó Ervigio con intento que, aunque mejorase, no pudiese mas ser rey conforme á lo que en el Concilio toledano sexto quedó determinado. Demás desto, como estuviese para espirar, sin embargo que por la fuerza del veneno estaba fuera de sí, trazaron que nombrase por sucesor en el reino al mismo Ervigio. Ordenaron de presto la escritura de nombramiento y renunciacion, y hicieron que Wamba la firmase de su mano. Pasó todo esto á los 14 del mes de octubre un dia de domingo, que era la décimaquinta luna. Por todo esto se entiendo que Wamba fué despojado del reino el año de 680, en que concurren estos particulares; ca sin embargo que luego el dia siguiente mejoró y volvió en sí, no quiso revocar lo hecho. Hallábase de rey poderoso súbitamente hecho monje. Determinó despreciar lo que otros tanto desean, ó por grandeza de ánimo, ó por no tener esperanza de recobrar en paz lo que le quitaran; mayormente que Ervigio estaba apoderado de todo, que el mismo dia se hizo coronar por rey, dado que el ungrirse, ceremonia entonces usada, se dilató hasta el domingo siguiente. Wamba sin dilacion se fué al monasterio de Pampliega, asentado, segun algunos sospechan, en el valle de Muñon. Allí por espacio de siete años y tres meses, ó como otros sienten por mas largo tiempo, pasó lo que le quedaba de vida en servicio de Dios. Reinó ocho años, un mes y catorce dias. Su cuerpo sepultaron en aquel monaste-

rio, y desde allí por mandado del rey don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo. Acompañó sus huesos Juan Martínez, obispo de Guadix, fraile francisco. Pusieronle en la iglesia de Santa Leocadia la de junto al alcázar, en que estaba sepultado el rey Recesvinto. Juliano, arzobispo de Toledo, fué el que ungió al nuevo rey, por donde se entiendo que Quirico, su predecesor, falleció por el mismo tiempo cargado de años, si ya por ventura no renunció la dignidad por ver lo que pasaba, y la sinrazon que se hizo al buen rey Wamba.

CAPITULO XV.

De los nombres de los obispados que habia en tiempo de Wamba.

No será fuera de propósito ni del intento que llevamos poner en este lugar la division que el rey Wamba hizo de los obispados de su reino, y por ella declarar los nombres antiguos que muchas ciudades y pueblos tuvieron, si bien los mas dellos por varios accidentes y sucesos fueron asolados, y despues de su destruccion reedificados á las veces con nombres que les pusieron diferentes de los que antes tenian. Junto con esto será bien que se entiendan y sepan los sufragáneos que cada cual de los arzobispados antiguos tenia, que señalar á cada diócesis sus aledaños y distrito no pareció conveniente ni aun hacadero por estar todo tan mudado y trastocado por el tiempo, que apenas se entenderia lo que en este propósito se dijese. Al arzobispo de Toledo estaban sujetos los obispos siguientes. El de Oreto, ciudad que antiguamente estuvo puesta no léjos de donde al presente está la villa de Almagro, ca dos leguas de aquella villa hay una ermita llamada de Nuestra Señora de Oreto, do se han hallado piedras y llevádo las á Almagro, grabado en ellas el nombre de Oreto. El segundo sufragáneo de Toledo era el obispo de Biacia, que hoy es Baeza. El tercero el de Montesa; esta ciudad hoy se llama Montizon, pueblo situado en la comarca de Ca-zorra, y que en la destruccion de España fué asolado por un capitan moro, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo. Demás destes, el de Acci, ciudad que hoy se llama Guadix. El de Basti, que es Baza. El de Urçi, ciudad que unos dicen que es la misma Almería, otros que Murcia. El de Bagasta; desta ciudad no queda rastro ninguno, solo se entiendo que estaba no léjos de Origüela, así por el órden que estos obispados llevan entre sí como por una puerta que hay en aquella ciudad llamada de Magastro. Máximo, cesarAugustano, dice que los godos á Murcia la llamaron Bigastro. Illici es Elche ó Alicante. Setabis, Játiva. Demás desto, Denia y Valencia, ciudades que caen entre sí cerca y conservan los nombres antiguos, ca Denia se llamó Dianium. Síguese el obispado de Valeria; hoy se llama Valera Quemada. El de Segobriga, ciudad puesta donde al presente está la Cabeza del Griego, pueblo así llamado, á dos leguas de Uclés. Algunos entendieron que Segobriga era Segorve; pero engañólos la semejanza del nombre. Tambien era sufragáneo de Toledo el obispo de Arcabica, que estuvo antiguamente asentada entre Segobriga y Compluto, y por ventura es la misma que Ptolemeo llamó Percabica. Demás desto, Compluto, que es Alcalá, Sigüenza, Osma, Segovia y Palencia estaban sujetas por la misma forma al dicho arzobispo. Por donde se ve que la provincia de Toledo, aun en

tiempo de los godos, se extendia mas que la provincia cartaginense, cuya cabeza á la sazón era Toledo, pues todas las ciudades que hemos contado hasta aquí le estaban sujetas y se encerraban en su distrito. Las ciudades sufragáneas del arzobispado de Sevilla eran, la primera Itálica, que hoy es Sevilla la Vieja, legua y media de aquella nobilísima ciudad, cabeza de Andalucía; la segunda Asidonia, que fué ó Medina Sidonia, como lo dá á entender la semejanza del nombre, ó como otros piensan, Jerez de la Frontera, por un templo que tiene de Nuestra Señora de Sidueña, y el Moro Rasis llama aquella ciudad Jerez de Sidueña. Siguese Elepla, ora sea Niebla, ora Lepe. Malaca, hoy Málaga. Iliberris, ciudad puesta antiguamente dos leguas sobre Granada en un recuesto que hoy se llama monte de Elvira. Astigi, hoy Ecija. Córdoba conserva su nombre antiguo. Egabro, hoy es Cabra cerca de Vae-na. La última ciudad era Tucci, que hoy se llama Martos. Este era el distrito del arzobispado de Sevilla y las ciudades que dél dependian. El metropolitano ó arzobispo de Mérida comprehendia debajo de su jurisdicción las ciudades siguientes: Beja, que se llamaba Pax Julia, ciudad de la Lusitania. Lisbona, ciudad en que se ferian las riquezas de la India Oriental en nuestro tiempo, y que á ninguna de Europa reconoce ventaja en trato, riquezas y grandeza. Eborá, á la cual los godos llamaron Elbora. Don Lúcas de Tuy sintió que esta ciudad era la misma que en el reino de Toledo llamamos Talavera. Osonoba, que se entiende se llama al presente Estombar, pueblo de Portugal cerca de Silves, do al presente está aquella cátedra y silla, que se trasladó á ella cuando se ganó de moros aquella ciudad, en que tambien hay un pueblo llamado Idania la Vieja, antiguamente Igeditania, ciudad asimismo conlada entre las sufragáneas de Mérida. Conimbrica, hoy Coimbra; dos leguas della está Coimbra la Vieja. Demás destas, Viseo y Lameco, ciudades que conservan sus nombres antiguos. Calabria, que pereció del todo, dado que Tundense y Maríneo sospechan fué la que hoy se llama Montanges, por conjeturas, á nuestro parecer, no concluyentes. Salmántica, que por los godos fué llamada Salamantica, hoy Salamanca. La famosa Numancia, al presente Garay. Ultimamente Avila y Coria, que eran los postreros linderos de la provincia de Mérida. Las ciudades sufragáneas de Braga eran estas: Dumio fué antiguamente un monasterio, que todavía hoy se conserva cerca de Braga. Portulace es la ciudad de Portu, por la parte que el río Duero descarga en el mar, y deja formado un buen puerto. Del puerto y de un pueblo que está allí cerca, llamado antiguamente Cale, y hoy Caya, se compuso y derivó el nombre de Portugal. En el mismo distrito estaban la ciudad de Tuy y Orense y el Padron, y que antiguamente se llamó Iria Flavia. Lucus, hoy Lugo. Británica ó Bretonia, puesta entre Lugo y Astorga; hoy dos leguas de Mondoñedo hay un pueblo llamado Bretania, que por ventura es la misma Bretonia ó Britania. Fuera destas ciudades Astorga y Leon eran sujetas al arzobispo de Braga. Con el arzobispo de Tarragona iban las ciudades siguientes: Barcino, hoy Barcelona, y en tiempo de los godos Barcinona. Egara, puesta antiguamente entre Barcelona y Girona, ciudad tambien sufragánea al mismo arzobispo. Allende desto, Empurias y Ausona, que hoy se

llama Vique de Osona, Urgel y Lérida, ciudades bien conocidas. Hictosa, cuyo asiento de todo punto se ignora. Tortosa, que llamaban Dertusa, Zaragoza y tambien Pamplona, que en latin se llama Pompelo, y por los godos fué llamada Pampilona; como tambien Calahorra era una de las dichas ciudades, en latin Calagurris, y que en tiempo de los godos la llamaron Calaforra. Tarazona eso mismo, que fué uno destes obispados, en latin se dijo Turiaso, y por los godos Tirasona. Demás destas, Auca era sujeta á Tarragona, cuyos rastros se ven mas allá de Búrgos, y de su nombre tomaron los montes de Oca este apellido. Esto quanto á la provincia tarraconense. Resta el arzobispo de Narbona en la Gallia Gótica, cuyas sufragáneas fueron las ciudades siguientes: Beterri, que hoy se llama Besiers, y Plinio la llamó Bliterae Septimanorum. Agata, al presente ó es Agde ó Mompeller; Magalona, una casa de recreacion del obispo de Mompeller, ó sea una isleta del mar allí cerca, tiene, segun dicen, hoy este nombre. Nemauso es Nimes. Lateba, hoy Lodeve. Carcasona. Elena, hoy Euna en el condado de Ruisellon. Algunos autores dicen que los obispos de Tuy, de Lugo y de Leon, ó por privilegio de Wamba, ó por costumbre antigua, eran exemptos, y no reconocian á ninguno de los metropolitanos ó arzobispos susodichos por superior; opinion que para seguilla no tiene bastantes fundamentos, en especial que arriba quedaron puestos entre los sufragáneos de Braga. En los concilios antiguos de España se hallan otrosí muchos nombres de obispados que no están en esta division de Wamba, si por haberse mudado las cosas con el tiempo, ó por estar las memorias y libros antiguos estragados, no lo sabria decir, mas de que los obispados son estos: el cartaginense, el epagronse, el castulonense, el fiblariense, el eliocrocense, el eminiense, el inmonticiense, el lamibrense, el clotano, el magnetense, el laberricense; los cuales nombres casi todos no se conocen, ni aun de todas las ciudades arriba puestas se atinan los asientos en que estaban, ni faltaria por diligencia, si en cosas tan oscuras hobiese algun camino para las averiguar de todo punto.

CAPITULO XVI.

De otra division de obispados que hizo Constantino Magno.

Lo que antes de ahora prometimos, y hasta aquí no lo hemos cumplido, quiero poner aquí despues de la division de Wamba la que antes dél hizo de los obispados en España el emperador Constantino, tomada puntualmente del moro Rasis, que dice desta manera: «Constantino puso obispos en muchas ciudades que no los tenían, y informado que en España no los habia, dado que era de campiña muy fértil, hermosa y arreada en todas maneras y muy llena de moradores, hobo su acuerdo sobre lo que debia hacer. Resolvióse seria expediente criar en España obispos, que sin temor alguno libremente predicasen la fe cristiana. Para esto hizo venir á su presencia personas á propósito, repartió entre ellas las ciudades en esta guisa. Al primero señaló por obispo de Narbona y otras siete ciudades, con poder de gobernar los pueblos en lo espiritual y reformar las costumbres. Los nombres de aquellas ciudades son estos: Besiers, Tolosa, Magalona, Nimes, Carcasona. En esta ciudad hay una iglesia con advocacion de Santa María Gloriosa

sa, excelente por siete altares de plata que tiene y por la mucha gente que á ella acude. En especial una vez en el año es mas señalado el concurso; tambien en los demás tiempos es de gran fama y devocion; dista de Barcelona diez jornadas. Demás destas ciudades dieron al obispo narbonense á Luteba y á Enna ó Elena, que es lo mismo. Al segundo obispo fué encomendada la ciudad de Braga, y con ella Dumio, Portu, Orense, Oviedo, Astorga, Britonia, Iria ó Compostella, Aliubra, Iffa, Tuy. Despues destos dos fué nombrado el obispo de Tarragona, al cual otrosí quedaron sujetas las ciudades siguientes: Barcelona, Oca, Morada, por ventura Girona, Beria, por ventura Empurias, Oriola, Herda, que es Lérida, Tortosa, Zaragoza, Huesca, Pamplona, Calahorra. El quarto obispo fué de Cartagena; añadióronle otrosí á Toledo, Oreto, Játiva, Segobriga, Compluto, Caraca, que es Guadalajara, Valencia, Murcia, Baeza, Castulo, Montolia, Baza, Begena, por ventura se ha de leer Bigastra. Al quinto dió á Mérida, ciudad principal, y con ella le consignó Pax Julia, que es Beja, Lisbona, Egitanía, Coimbra, Lamego, Eborá, Coria, Lampa, que ó es Salamanca ó un pueblo llamado Lamasa en tierra de Ciudad-Rodrigo. El postrer obispo tuvo á Sevilla, y con ella Itálica, Sericio de Sidueña, que es Jerez, Niebla, en latin Elepla, Málaga, Iliberris, Astigi, que es Ecija, Egabro, que es Cabra. Desta manera toda España fué por el emperador Constantino dividida en seis obispados. Y para mayor autoridad y que la religion tuviese su cabeza para gobernar y mandar, ól se pasó á Constantinopla, y se llamó rey de aquella ciudad, como quier que los de antes de Roma. Ordenó y mandó demás desto que todo el resto de los cristianos obedeciese al señor de Roma, que acostumbraaban llamar señor de aquellos que eran del órden sagrado. Llamábanle otrosí santo por el poder que recibiera de Pedro, apóstol, que Cristo le habia dado. » Esto dice de la manera susodicha aquel Moro. Concuerta la general de don Alfonso el Sabio, rey de Castilla, en que la division de los obispados en España fué hecha por Constantino Magno, y sigue el órden puesto de suso, mudados solamente algunos nombres de ciudades. De donde, y de la division de Wamba, y por conjeturas emendamos algunos nombres, que sin duda en el Moro andan estragados; y sin embargo, no nos atrevimos á llamar arzobispos á los que el Moro da el nombre de obispos, como ignorante que era de las cosas de nuestra religion, de los grados y policia que en ella hay. Quedará el lector con lo dicho avisado.

CAPITULO XVII.

Del rey Ervigio.

Flavio Ervigio adquirió el reino malamente, como queda dicho; gobernóle empero bien y prudentemente. Cuanto á lo primero, como considerase la inconstancia de las cosas humanas, que no perseveran largo tiempo en un mismo ser, y en particular que el poder adquirido por malas mañas muchas veces por el aborrecimiento que resulta en el pueblo es abatido, que su predecesor era rey muy esclarecido y amado, y fuera por engaño despojado de su grandeza, y que esto la gente de los godos no lo ignoraba, por todas estas razones se receleaba de algun revés y trabajo. Parecióle para ase-

gurar sus cosas tomar el camino que á otros reyes sus predecesores no salió mal, que fué cubrirse de la capa de religion. Con este intento convocó los prelados de todo el reino. Acudieron á Toledo treinta y cinco obispos; tóvose la primera junta á 9 dias de enero, año del Señor de 681. Cuéntase este Concilio por doceno entre los toledanos; en él se establecieron muchas cosas, pero dos fueron las principales. La primera aprobar la eleccion de Ervigio; mas ¿cómo se atrevieran á negar lo que pedía al que tenia las armas en la mano? Temeridad fuera y no prudencia contrastar á su voluntad. Para este propósito absolvieron á los grandes del pleito homenaje que hicieran á Wamba. Alegaban que por la renunciacion que él mismo hizo y por la nueva eleccion tenia perdida su fuerza el juramento y no obligaba. La segunda cosa fué dar al arzobispo de Toledo autoridad para criar y elegir obispos en todo el reino cuando el Rey, á cuyo cargo por antigua costumbre esto pertenecía, se hallase muy léjos; y que cuando estuviese presente, sin embargo, confirmase los que por el Rey fuesen nombrados, que fué una prerogativa y privilegio de grande importancia y como abrir las zanjias y echar los cimientos de la primacia que esta iglesia tiene sobre las demás iglesias de España. Las palabras del decreto, que, aunque oscuras, son muy notables, se pueden ver en el Concilio. Firmaron las acciones deste Concilio quatro arzobispos, Juliano, de Sevilla; Juliano, de Toledo; Liuva, de Braga; Stéfano, de Mérida; ca parece que no obstante el privilegio concedido á la iglesia de Toledo, el de Sevilla no quiso dar al de Toledo el primer lugar, sino guardar su antigüedad, como quier que en los concilios adelante siempre el de Toledo preceda en el asiento y firma á los demás metropolitanos. Despues desto, pasados dos años enteros, de nuevo por mandado del mismo rey Ervigio se juntaron en la misma ciudad treinta y ocho obispos y veinte y seis vicarios de obispos ausentes y nueve abades, que con muchos señores y grandes que presentes se hallaron, celebraron en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo el concilio treceno de Toledo á los 4 del mes de noviembre, año de nuestra salvacion de 683, y del reinado de Ervigio el quarto. Esta iglesia se entiende estuvo donde al presente la de San Pablo, do los padres dominicos estuvieron largo tiempo. Llámase pretoriense porque está fuera de los muros, de *praetorium*, que es casa de campo. En este Concilio por voluntad del Rey y decreto que hicieron los prelados, se dió perdon general á los que siguieron á Paulo. Las imposiciones y tributos se moderaron; y por excusar alborotos y por la gran falta de dinero soltaron á los particulares todo lo que por esta causa debian á las rentas reales. Todo esto se enderezaba á ganar las voluntades con muestra de clemencia y liberalidad, virtudes que en los príncipes cubren otros muchos males. Pretendia otrosí borrar la mancha de haberse apoderado del reino por malas mañas. Demás desto, por cuanto muchos que no eran nobles con diversos colores y trazas se apoderaban de las honras y oficios públicos, y por emparentar los godos nobles con los del pueblo su antigua nobleza en gran parte se estragaba y escurecia, se proveyó de remedio para este daño. Ultimamente, en gracia del Rey los obispos hicieron una ley de amparo para la reina Lubigotona y sus hijos, dado que el Rey les

faltase, en que se muestra lo mucho que temian al pueblo, que por el aborrecimiento del padre no se vengasen en los hijos y en su madre. Tambien se mandó á los obispos que, avisados, acudiesen á la corte para tener y celebrar la Pascua juntamente con el Rey. Por una carta de Juliano, arzobispo de Toledo, á Idalio, obispo de Barcelona, se entiende cómo se trabó amistad entre los dos por venir el dicho Obispo á la corte á celebrar la Pascua, como dejaron ordenado. Firman, en este Concilio los arzobispos Juliano, de Toledo; Liuva, de Braga; Stéfano, de Mérida, y Floresindo, arzobispo de Sevilla. Parece que este Rey se pretendió señalar en juntar muchos concilios, porque el año luego siguiente por su diligencia y por mandado del papa Leon, segundo deste nombre, en Toledo á 14 de noviembre se dió principio al Concilio décimocuarto toledano, que se juntó con intento que los obispos de España aprobasen y recibiesen un concilio que poco antes se celebrara en Constantinopla con asistencia de docientos y noventa prelados, y entre los concilios generales se cuenta por sexto. No pudieron acudir todos los obispos de España á causa de los frios del invierno y por quedar muy gastados de los concilios pasados. Concurrieron diez y siete obispos, casi todos de la provincia cartaginense, y fuera dellos los procuradores de los arzobispos de Tarragona, Narbona, Mérida, Braga y Sevilla y de otros obispos ausentes hasta número de diez. Estos de común acuerdo recibieron y aprobaron el susodicho Concilio constantinopolitano, que ellos contaban por quinto, y le pusieron luego despues del Concilio calcedonense, ca fué comun engaño de aquel siglo en España, Africa y en Ilirico no recibir el quinto Concilio general que se tuvo en tiempo del emperador Justiniano; yerro en que tropezó tambien san Isidoro, como se entiende por diversos lugares de sus libros. Alegaban para esto que en aquel Concilio quinto se reprobaron los escritos de Iba, edeseno, y de Teodoro, monpsuesteno, y de Teodorito, obispo de Ciro, que son los tres capítulos tan nombrados en aquella era. Decian que el Concilio calcedonense aprobó y recibió los dichos autores, y que no era licito condenarlos. Todo esto procedia de no entender que puedan las personas ser aprobadas dado que sus opiniones se reprueben, como en efecto fué así, que el Concilio calcedonense aprobó las personas, el quinto Concilio condenó sus escritos. Finalmente, los prelados de España condenaron los monotelitas y apollinaristas, que ponian en Cristo sola una voluntad, conforme á lo decretado en el dicho Concilio general. Demás desto, una *Apologia*, compuesta por Juliano, arzobispo de Toledo, muy erudita, en nombre del Concilio enviaron á Roma por medio de Pedro, regionario de la Iglesia romana, en que se contenian los principales capítulos y cabezas de nuestra fe. Cuando llegó á Roma, por muerte del papa Leon residia en su silla Benedicto, el cual juzgó que en aquella *Apologia* se decian algunas cosas no bien. Entre ellas una era que en la santísima Trinidad la sapiencia procede de la sapiencia, y la voluntad de la voluntad, manera de hablar conforme á lo que en el Símbolo confesamos, Dios de Dios y lumbre de lumbre. El Pontífice juzgaba que semejantes maneras de hablar no se debian usar, ni extender mas de aquello que la Iglesia usaba. Ofendiale asimismo lo que Juliano decia de Cristo, es á saber, que constaba de tres sustan-

cias. Andaban estas demandas y respuestas entre Roma y España al mismo tiempo que Ervigio, sin embargo de las diligencias hechas para asegurarse en el reino, se hallaba en gran cuidado por parecerle que el aborrecimiento del pueblo todavía se continuaba, y que muerto él, sus hijos no serian bastantes para reparar este daño. Resolvióse de emparentar con el linaje de Wamba, y para esto casar á su hija Cijilona con un hombre principal de aquel linaje llamado Egica. Hizose así, y juntamente le hizo jurar miraria con todo cuidado por el bien de la Reina, su suegra, y de sus cuñados. Hecho esto y quitadas algunas leyes de Wamba, algo rígorosas para tiempos y costumbres tan estragadas, y en particular templada la ley que trataba en razon de las levás de soldados, falleció de su enfermedad en Toledo á 15 dias del mes de noviembre, dia viérnes, año de 687. Reinó siete años y veinte y cinco dias. Su memoria y fama fué grande, aunque ni agradable ni honrosa. Hobo en tiempo deste Rey en España grande hambre; la puente y muros de Mérida fueron reparados con grande representacion de majestad. El sobrestante desta obra y trazador se llamó Sala, como se entiende por unos versos antiguos que andan entre las epigramas de Eugenio III, arzobispo de Toledo.

CAPITULO XVIII.

Del rey Egica.

El dia antes que muriese Ervigio nombró por su sucesor en el reino á su yerno Egica; y para que los grandes sin escrúpulo de conciencia le pudiesen jurar por rey, alzólos el pleito homenaje que á él le tenian hecho. La uncion conforme á la costumbre de aquellos tiempos se hizo nueve dias adelante en Toledo, un dia de domingo, á 24 de noviembre, luna décimaquinta, en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Vióse en este Rey como la memoria del agravio dura mas y es mas poderosa que la del beneficio, ca luego á los principios de su reinado dió muestra el rey Egica del odio que tenia concebido en su pecho contra su suegro, repudiando á su mujer Cijilona en venganza de su padre, dado que tenia della un hijo llamado Witiza. No falta quien diga que lo hizo á persuasion de Wamba, el cual asimismo debajo de muestra de piedad tenia encubierto el deseo de venganza y el aborrecimiento contra Ervigio hasta lo postrero de su edad. Demás desto, castigó á algunos grandes del reino que tuvieron parte en el engaño y privacion del rey Wamba. Estas cosas se reprehenden especialmente en este Rey, que por lo demás en virtudes, justicia y piedad se puede comparar con cualquiera de los reyes pasados. Señalóse igualmente en las artes de la paz y de la guerra; fué collnado y alabado de prudencia y de mansedumbre. Allende desto, movido de su devocion por no dar ventaja á los reyes sus predecesores en el deseo de aumentar la religion, dió órden que se juntase el décimoquinto Concilio toledano. Concurrieron de todas partes sesenta y seis obispos, año del Señor de 688. Juntáronse á 15 de mayo en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Lo que principalmente se trató fué averiguar la fuerza que tenia el juramento que por respeto del rey Ervigio y por su mandado algunos años antes hicieron Egica y los grandes de amparar á la Reina viuda y á sus hijos. La

causa de dudar era que con la revuelta de los tiempos muchos fueron despojados de sus bienes , de que quedaban apoderados y los poseian la mujer y hijos de Ervigio. Preguntóse si por razon del juramento era prohibido , así á los agraviados de ponelles demanda como al Rey de dar sentencia en su favor. Fué respondido de comun consentimiento de los prelados y del Concilio que la santidad del juramento no debe favorecer á la maldad , y que antes se cumple con él en deshacer los agravios y volver por la justicia. Tratóse otrosí de responder á las tachas que el pontífice Benedicto puso en la *Apologia* que le envió el Concilio pasado ; y para este efecto Juliano , con aprobacion de los demás prelados , compuso un nuevo *Apologético* , en que pretende probar que en Dios procede voluntad de voluntad y sabiduría de sabiduría ; y que Cristo nuestro Señor consta de tres sustancias , que era en lo que reparaba Benedicto , ca la palabra sustancia se puede tomar en significacion de naturaleza y de esencia ; y no hay duda sino que en Cristo hay tres naturalezas , es á saber , divinidad , cuerpo y alma. Demás desto , las dicciones abstractas con que se significan las formas á veces se toman por las concretas que significan los supuestos ; de suerte que tanto es decir que sabiduría procede de sabiduría como si dijera el hijo sabio procede del padre sabio. Cuando llegó esta disputa á Roma era difunto el papa Benedicto y puesto Sergio en su lugar , el cual , segun que lo testifica el arzobispo don Rodrigo , la alabó en grande manera. A nos parece algo mas libre de lo que sufría la modestia de Juliano y la majestad del pontífice romano , supremo pastor de la Iglesia ; pero pocos en el ingenio y erudicion reconocen á nadie ventaja , y es dificultoso templar el fervor de la disputa , principalmente los que se sienten irritados. Era Juliano en aquel tiempo muy aventajado en erudicion , de que dan bastante muestra sus obras , en especial la que intituló *Pronóstico del siglo venidero* , y otra *De las seis edades* , libros que duran hasta hoy ; las demás con el tiempo perecieron. Nació de padres judíos , fué discípulo de Eugenio III , su predecesor , muy amigo de Gudila , arcediano de Toledo ; sucedió á Quirico , arzobispo de aquella ciudad , tuvo ingenio fácil , copioso y suave , en bondad y en virtud fué muy señalado. Pasó desta vida en tiempo del rey Egica á 8 de marzo , año de 690 ; su cuerpo fué sepultado en Santa Leocadia. Es contado en el número de los santos , como se ve por los martirologios y calendarios. Las faltas de su sucesor le hicieron mas señalado , ca le sucedió Sisberto , hombre arrojado y malo , pues se atrevió á vestirse la casulla que del cielo se trajo á san Iñonso , la cual hasta entonces sus predecesores por reverencia nunca habian tocado. Deste principio se despeñó en mayores males ; y es así de ordinario que se ciegan los hombres cuando la divina venganza los sigue y no quiere se emboten los filos de su espada. Olvidado pues de la dignidad que tenía , con corazon altivo y revoltoso se rebeló contra el Rey. Era hombre astuto , y no le faltaba maña ni palabras para granjear las voluntades ; y como el reino estuviese dividido en bandos , muchos , así de los nobles como del pueblo , se le arrimaron , de donde resultaron alborotos civiles y guerras con los de fuera , todo , como se puede sospechar , á persuasion de Sisberto. Tres veces se vino á las manos con los franceses , y otras tantas fueron des-

baratados los godos , dado que ni el número de los que pelearon ni de los muertos ni los lugares donde las batallas se dieron se puede averiguar , que fué un notable descuido de aquellos tiempos. Solo consta que el Rey con su prudencia atajó los principios de la guerra civil que amenazaba mayores males. El arzobispo Sisberto , causa principal de todos ellos , fué condenado á destierro , primero por sentencia del Rey , y despues de los prelados , que junto con esto le descomulgaron y despojaron del arzobispado. Para efectuar esto y otras cosas se juntaron en Toledo por mandado del Rey en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo á 2 de mayo , año de 693 , en número sesenta y seis obispos que se hallaron en este Concilio , décimosexto entre los toledanos. Pónese en él una confesion de la fe , y en ella , en confirmacion de lo que antes determinaron , dicen por expresas palabras que en Dios procede voluntad de voluntad , sapiencia de sapiencia , esencia de esencia ; y que Cristo nuestro Señor abajó á los infernos. Dan por nobles y horros de tributos á todos los judíos que de corazon abrazasen la religion cristiana. Reformáronse las leyes de los godos ; mandóse que por la salud del Rey , de sus hijos y nietos se hiciese oracion cada dia en todas las iglesias con rogativa que para esto ordenaron ; deste principio entendemos se tomó la rogativa que hasta hoy en la misa se hace en España mudadas pocas palabras. Firmaron en este Concilio en primer lugar Félix , que de arzobispo de Sevilla en lugar de Sisberto pasó á la iglesia de Toledo ; y con él firmaron Faustino , que de Braga pasara á Sevilla ; Máximo , de Mérida ; Vera , de Tarragona ; Félix , arzobispo de Braga y obispo de Portu. Estos mismos arzobispos con otros muchos prelados , aunque el número no se sabe , se juntaron el año luego siguiente en Toledo en la iglesia de Santa Leocadia del Arrabal. Allí á 7 dias de noviembre celebraron el postrer Concilio de los toledanos. No pudieron acudir sino muy pocos obispos de la Gallia Gótica á causa de cierta peste que heria por este tiempo en la tierra y de la guerra que les daban los franceses comarcanos. Tratóse á instancia del Rey de desarraigar de todo punto del reino los judíos , porque como el Rey testificaba en un memorial que presentó al Concilio , se habian comunicado con los judíos de Africa de levantarse y entregar á España á los moros. Que el mal cuendiera mas de lo que se podia creer , y secretamente estaba derramado por todas las partes de España , si bien no habia pasado los Pirineos ni entrado en la Francia ; que no era justo disimular y sufrir tan grave traicion ; por tanto , que confiriesen entre sí y determinasen lo que se debía hacer. Esto propuso el Rey ; los prelados acordaron que todos los judíos se diesen por esclavos ; y para que con la pobreza sintiesen mas el trabajo que todos sus bienes fuesen confiscados ; demás desto , que les quitasen los hijos luego que llegasen á edad de siete años ; y los entregasen á cristianos que los criasen y amaestrasen. Hicieron asimismo ley de amparo para la reina Cijilona y para sus hijos , caso que el Rey muriese , aunque desde los años pasados , como se dijo , estaba repudiada ; como tambien en un Concilio de Zaragoza que se tuvo tres años antes deste , en general se hizo una ley en que se mandó que despues de la muerte del Rey , cualquiera reina , para que nadie se le atreviese , entrase en religion y se liciese mon-

ja. Estas cosas fueron las que principalmente se decretaron en este Concilio. Tenia el Rey en su mujer Cijilona un hijo llamado Witiza; determinóse su padre de hacelle compañero de su reino. Esto sucedió despues de haber él solo reinado por espacio de diez años. Dan desto muestra algunas monedas que se hallan acuñadas con los nombres destos dos principes por reinar ambos juntamente. Cerca de la ciudad de Tuy, en un valle muy deleitoso, de muchas fuentes y arboleda, hasta hoy se ven algunos paredones, rastros de un edificio real que levantó Witiza para su recreacion en el tiempo que hizo residencia en aquella ciudad, ca su padre, por evitar alborotos y desabrimientos, le envió al gobierno de Galicia, donde fué el reino de los suevos. Falleció el rey Egica en Toledo de su enfermedad el año quinto adelante, que se contaba del Señor 701 por el mes de noviembre. Acudió su hijo desde Galicia, y sin contradiccion fué recibido por rey y ungido á fuer de los reyes godos á los 15 del dicho mes de noviembre.

CAPITULO XIX.

Del rey Witiza.

El reinado de Witiza fué desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas. Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caída y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero. Y es cosa natural y muy usada que cuando los reinos y provincias se hallan mas encumbrados en toda prosperidad entonces perezcan y se deshagan; todo lo de acá abajo á la manera del tiempo y conforme al movimiento de los cielos tiene su período y fin, y al cabo se trueca y trastorna, ciudades, leyes, costumbres. Verdad es que al principio Witiza dió muestra de buen príncipe, de querer volver por la inocencia y reprimir la maldad. Alzó el destierro á los que su padre tenia fuera de sus casas, y para que el beneficio fuese mas colmado los restituyó en todas sus haciendas, honras y cargos. Demás desto, hizo quemar los papeles y procesos para que no quedase memoria de los delitos y infamias que les achacaron y por los cuales fueron condenados en aquella revuelta de tiempos. Buenos principios eran estos si continuara y adelante no se trocara del todo y mudara. Es muy dificultoso enfrenar la edad deleznable y el poder con la razon, virtud y templanza. El primer escalon para desbaratarse fué entregarse á los aduladores, que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los principes, ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades, enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre. Tavo gran número de concubinas con el tratamiento y estado como si fueran reinas y sus mujeres legítimas. Para dar algun color y excusa á este desórden hizo otra mayor maldad; ordenó una ley en que concedió á todos que liciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen; ley abominable y fea, pero que á muchos y á los mas dió gusto. Hacian de buena gana lo que les permitian, así por cumplir con sus apetitos como por agradar á su Rey; que es cierto

género de servicio y adulacion imitar los vicios de los principes, y los mas ponen su felicidad y contento en la libertad de sus sentidos y gustos. Hizose otrosí una ley en que negaron la obediencia al Padre Santo, que fué quitar el freno del todo y la máscara y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reino, hasta entonces de bienes colmado por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buenandanza. Para que estas leyes tuviesen mas fuerza se juntaron en Toledo los obispos á Concilio, que fué el décimo octavo de los toledanos. La junta fué en la iglesia de San Pedro y San Pablo del Arrabal, donde á la sazón estaba un monasterio de monjas de San Benito. Era Gunderico arzobispo de Toledo. Los decretos deste Concilio no se ponen ni andan entre los demás concilios, ni era razon por ser del todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos. En particular, contra lo que por leyes antiguas estaba dispuesto, se dió libertad á los judíos para que volviesen y morasen en España. Desde entonces se comenzó á revolver todo y á despeñarse; porque dado que á muchos daba gusto el vicio, casi todos juzgaban mal dél, y en particular se desabrieron todos aquellos que eran aficionados á las leyes y costumbres antiguas, y muchos volvieron los ojos al linaje y sucesion del rey Chindasvinto para les volver la corona y poner remedio por este camino á tantos males. No se le encubrió esto á Witiza, que fué ocasion de embravecerse contra los de aquella casa, y lo que comenzó en vida de su padre, que fué ensangrentar sus manos en aquel linaje, continuarlo como podia y llevarlo al cabo. Vivian dos hijos de Chindasvinto, hermanos del rey Recesvinto, que se llamaban el uno Teodefredo y el otro Favila. Teodefredo era duque de Córdoba, do para su entretenimiento edificó un palacio á la sazón y aun despues muy nombrado. Estaba determinado de no ir á la corte por no asegurarse del Rey y pasar su vida en sus tierras y estado. Favila era duque de Cantabria ó Vizcaya, y en el tiempo que Witiza en vida de su padre residia en Galicia anduvo en su compañía con cargo de capitán de la guarda, al cual los godos en aquel tiempo llamaban protospatriario. Matóle á tuerto Witiza con un golpe que le dió de un baston, y aun algunos sospechan para gozar mas libremente de su mujer, en quien tenia puestos los ojos. Quedó de Favila un hijo llamado don Pelayo, el quo adelante comenzó á reparar los daños y caída de España, y entonces acerca de Witiza hacia como teniente el oficio de su padre. Mas por su muerte se retiró á su estado de Cantabria, y el conde don Julian, casado con hermana de Witiza, fué puesto en el cargo de protospatriario. Estas fueron las primeras muestras que Witiza en vida de su padre dió de su fiera y de la enemiga que tenia contra aquel nobilissimo linaje. Hecho rey, pasó adelante, y volvió su rabia contra don Pelayo y su tío Teodefredo; al tío, magüer que retirado en su casa, privó de la vista y le cegó; á don Pelayo no pudo haber á las manos, dado que lo procuró con todo cuidado, como tambien se le escapó don Rodrigo, hijo de Teodefredo, que despues vino á ser rey. Don Pelayo por no asegurarse en España dicen se ausentó, y con muestra de devocion pasó á Jerusalem en romería. En confirmacion desto por largo tiempo mostraban en Arratia, pueblo de Vizcaya, los bordones de don Pelayo y su compañero, de que usaron en aquella larga peregrinacion. Resultó des-

tas crueldades y de las demás torpezas y desórdenes deste Rey que se hizo muy odioso á sus vasallos. El, perdida la esperanza de apaciguarlos por buenos medios, acordó de enfrenarlos con temor y quitarles la manera de poderse levantar y hacer fuertes. Para esto mandó abatir las fortalezas y las murallas de casi todas las ciudades de España, digo casi todas, porque algunas fueron exemptas desto mandado, como Toledo, Leon y Astorga, sea por no querer aceptalle, ó porque el Rey se fiaba mas dellas que de las demás. Ultra desto, por las mismas causas desbizo las armas del reino en que consiste la salud pública y la libertad. El color que daba á mandatos tan exorbitantes era el sosiego del reino y desseo que se conservase la paz, como quier que los tiranos luego que dellos se apodera la maldad temen sus mismos reparos y ayudas, y los que ni la vergüenza retira de la torpeza, ni el temor de la crueldad, ni de la locura la prudencia, estos por asegurarse se suelen enredar y caer en mayores daños. Era por este tiempo arzobispo de Toledo Gunderico, sucesor de Félix, persona de grandes prendas y partes si tuviera valor y ánimo para contrastar á males tan grandes, que hay personas á quien, aunque desplace la maldad, no tienen bastante ánimo para hacer rostro al que la comete. Quedaban otrosí algunos sacerdotes, que como por la memoria del tiempo pasado se mantuviesen en su puridad, no aprobaban los desórdenes de Witiza, á estos él persiguió y affligió de todas maneras hasta rendillos á su voluntad, como lo hizo Sindaredo, sucesor de Gunderico, que se acomodó con los tiempos y se sujetó al Rey en tanto grado, que vino en que Oppas, hermano de Witiza, ó como otros dicen, hijo, de la iglesia de Sevilla, cuyo arzobispo era, fuese trasladado á Toledo. De que resultó otro nuevo desórden encadenado de los demás, que hobiese juntamente dos prelados de aquella ciudad contra lo que disponen las leyes eclesiásticas. La muerte de Witiza fué conforme á la vida, si bien los autores en la manera della se diferencian. El arzobispo don Rodrigo dice que fué muerto por conjuracion de don Rodrigo, que se ayudó para esto, así de los de su valía como de los romanos, á los cuales se recogió cuando cegaron á su padre. El desseo de venganza y el miedo del peligro en que andaba le dieron ánimo para quitar la vida al que así le trataba. Su padre lo que le quedó de la vida pasó en Córdoba condenado á perpetuas tinieblas y cárcel. Otros autores muy diligentes afirman que Witiza murió de enfermedad en Toledo el año deceno de su reinado, que se contaba de Cristo 711. Dejó dos hijos, llamados el uno Eva, y el otro Sisebuto; á estos como quier que unos los favoreciesen y otros al contrario, se levantaron en el reino recios temporales y torbellinos, cuyo remate fué la mas miserable desventura de cuantas se pudieran pensar.

CAPITULO XX.

De la genealogia destes reyes.

La misma cosa pido que pues por la disension de los godos y por estar divididas las voluntades entre dos linajes, el uno de Chindasvinto, y el otro de Wamba, que pretendian ambos tener derecho á la corona, las cosas de España se despeñaron por este tiempo en su total perdicion; declaremos en breve la genealogía de la una

familia y de la otra. Dejó Chindasvinto de su mujer Riciberga estos hijos: Recesvinto, el mayorazgo, que le sucedió en el reino, Teodefredo y Favila y una hija, cuyo nombre no se sabe. Recesvinto falleció sin dejar sucesion. Así los grandes del reino pusieron en su lugar á Wamba. La hija de Chindasvinto casó con un conde llamado Ardebasto, griego de nacion, el cual, aunque desterrado de Constantinopla, por su valor y nobleza emparentó con el Rey, y tuvo por hijo á Ervigio, el que dió principio y fué causa de grandes males por apoderarse del reino y quitarle, como le quitó á Wamba, con malas mañas y engaño. El rey Ervigio de su mujer Liubigotona tuvo una hija, por nombre Cijlona, que casó con el rey Egica, deudo que era del rey Wamba, casamiento que se oduerezaba á quitar enemistades y soldar la quiebra de disensiones entre aquellas dos casas. Deste matrimonio nació Witiza, el mayorazgo, y Oppas, prelado de Sevilla, y una hija, que, como dicen autores graves, casó con el conde don Julian. Hijos de Witiza fueron, como poco antes se dijo, Eva y Sisebuto. Teodefredo el segundo, hijo de Chindasvinto, hobo en su mujer Ricilona, señora nobilísima, á don Rodrigo, peste, tizon y fuego de España. De Favila, hijo tambien de Chindasvinto, nació don Pelayo, bien diferente en costumbres de su primo, pues por su esfuorzo y valor comenzaron adelante á alzar cabeza las cosas de los cristianos en España, abatidas de todo punto y destruidas por la locura de don Rodrigo. De don Pelayo traen su descendencia los reyes de España, sin jamás cortarse la línea de su alcuña real hasta nuestro tiempo, antes siempre los hijos han heredado la corona de sus padres, ó los hermanos de sus hermanos, que es cosa muy de notar.

CAPITULO XXI.

De los principios del rey don Rodrigo.

Tal era el estado de las cosas de España á la sazón que don Rodrigo, excluidos los hijos de Witiza, se encargó del reino de los godos por voto, como muchos sienten, de los grandes; que ni las voluntades de la gente se podian soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y baudos, ni tenían fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera. Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenían los cuerpos flacos y los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres. Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenían estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales los mas del pueblo hacían una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarrs, pero muy inhábiles para acudir á las armas y venir á las puñadas con los enemigos. Finalmente, el imperio y señorío, ganado por valor y esfuorzo, se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuorzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo. Paréceme á mí que por estos tiempos el reino y nacion

de los godos era grandemente miserable; pues como quier que por su esfuerzo hobiesen paseado gran parte de la redondez del mundo y ganado grandes victorias y con ellas gran renombre y riquezas, con todo esto no fallaron quien por satisfacer á sus antojos y pasiones con corazones endurecidos pretendiesen destruirlo todo; tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los godos. Tenia el nuevo Rey partes aventajadas y prendas de cuerpo y alma que daban claras muestras de señaladas virtudes. El cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado á la hambre, frio y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquiera hazaña, grande su liberalidad, y extraordinaria la destreza para granjear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos. Tal era antes que lo entregasen el gobernalle; mas luego que le hicieron rey se trocó y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En lo que mas se señaló fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente, fué mas semejable á Witiza que á su padre ni á sus abuelos. Hállanse monedas de oro acuñadas con el nombre de don Rodrigo; su rostro como de hombre armado y feroz y por reverso estas palabras: *Igeditania Pius*, mote puesto, como se entiende, mas por adulacion que por él merecerlo. Esto en general. Las cosas particulares que hizo fueron estas: lo primero con nuevos pertrechos y fábricas ensanchó y hermoseó el palacio que su padre edificara cerca de Córdoba, segun que ya se dijo; por donde los moros adelante le llamaron comunmente el palacio de don Rodrigo; así lo testifica Isidoro, pacense, historiador de mucha autoridad en lo que toca á las cosas deste tiempo. Demás desto, llamó del destierro y tuvo cerca de sí á su primo don Pelayo con cargo de capitán de su guarda, que era el mas principal en la corte y casa real. Amábale mucho, así por el deudo como por haber los años pasados corrido la misma fortuna que él. Por el contrario, el odio que tenia contra Witiza comenzó á mostrar en el mal tratamiento que hacia á sus hijos, en tanto grado, que así por esto como por el miedo que tenian de mayor daño, se resolvieron de ausentarse de la corte y aun de toda España y pasar en aquella parte de Berbería que estaba sujeta á los godos y se llamaba Mauritania Tingitana. Tenia el gobierno á la sazón de aquella tierra un conde, por nombre Roquila, lugarteniente, como yo entiendo, del conde don Julian, persona tan poderosa, que demás desto tenia á su cargo el gobierno de la parte de España cercana al estrecho de Gibraltar, paso muy corto para Africa. Asimismo en la comarca de Consuegra poseia un gran estado suyo y muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquiera otro del reino, y de que el mismo Rey se pudiera recelar. Estos fueron los primeros principios y como semilla de lo que avino adelante, ca los hijos de Witiza antes de pasar en Africa trataron con otras personas principales de tomar las armas. Pretendian estar malamente agraviados. Asistiales y estaba de su parte el arzobispo don Oppas, persona de sangre real y de muchos aliados. Otros asimismo les acudian, quién con deseo de vengarse, quién con esperanza de mejorar su partido, si la feria se revolvía; que tal es la costumbre de la guerra, unos bajan y otros suben. Fuera justo acudir

á estos principios y desbaratar la semilla de tanto mal; pero antes en lugar desto de nuevo se enconaron las voluntades con un nuevo desórden y caso que sucedió y dió ocasion á los bulliciosos de culbrir y colorear la maldad, que hasta entonces temerian de comenzar, con muestra de justa venganza. Era costumbre en España que los hijos de los nobles se criasen en la casa real. Los varones acompañaban y guardaban la persona del rey, servian en casa y á la mesa; los que tenian edad iban en su compañía cuando salia á caza, y seguianle á la guerra con sus armas; escuela de que salian gobernadores prudentes, esforzados y valorosos capitanes. Las hijas servian á la reina en su aposento; allí las amaban en toda crianza, hacer labor, cantar y danzar cuanto á mujeres pertenecia. Llegadas á edad, las casaban conforme á la calidad de cada cual. Entre estas una hija del conde don Julian, llamada Cava, moza de extremada hermosura, se criaba en servicio de la reina Egilona. Avino que jugando con sus iguales descubrió gran parte de su cuerpo. Acocóbalas el Rey de cierta ventana, que con aquella vista fué de tal manera herido y prendado, que ninguna otra cosa podia de ordinario pensar. Avivábase en sus entrañas aquella deshonestidad llama, y cebábase con la vista ordinaria de aquella doncella, que era la parte por do le entró el mal. Buscó tiempo y lugar á propósito; mas como ella no se dejase vencer con halagos ni con amenazas y miedos, llegó su desatino á tanto, que le hizo fuerza, con que se despeñó á sí y á su reino en su perdicion, como persona estragada con los vicios y desamparada de Dios. Hálabase á la sazón el conde don Julian ausente en Africa, ca el Rey le enviara en embajada sobre negocios muy importantes. Apretaba á su hija el dolor, y la afrenta recobida la tenia como fuera de sí; no sabia qué partido se tomase, si disimular, si dar cuenta de su daño. Determinóse de escribir una carta á su padre deste tenor: «Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriere antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva poneros en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con cuántas lágrimas escriba yo este dolor, y cuántas borronas lo declaran; pero si no lo hagoluego, daré sospecha que, no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillada el alma con mancha y infamia perpetua. ¿Qué salida tendrán nuestros males? ¿Quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? ¿Esperarémolos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte? ¿Avergüenzome de escribir lo que no me es lícito callar, ni oh triste y miserable suerte! En una palabra; vuestra hija, vuestra sangre y de la alcuña real de los godos, por el rey don Rodrigo, al que estaba, mal pecado, encomendada, como la oveja al lobo, con una maldad increíble ha sido afrentada. Vos, si sois varones, haréis que el gusto que tomó de nuestro daño se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linaje y á nuestra casa.» Grande fué la cuita que con esta carta cayó en el conde y con estas nuevas; no hay para qué encarecello, pues cada cual lo podrá juzgar por sí mismo. Revolvio en su pensamiento diversas trazas, resolvió de apresurar la traicion que poco antes tenian tramada, dió órden en las cosas de Africa, y con tanto sin dilacion pasó á España,

que el dolor de la afrenta le aguijaba y espoleaba. Era hombre mañoso, atrevido, sabía muy bien fingir y disimular. Así, llegado á la corte, con relatar lo que habia hecho y con acomodarse con el tiempo, crecia en gracia y privanza de suerte, que le comunicaban todos los secretos y se hallaba á los consejos de los negocios mas graves del reino, lo cual todo no se hacia solo por sus servicios y partes, sino mas á fin por amor de su hija. Para encaminar sus negocios al fin que deseaba persuadió al Rey que pues España estaba en paz, y los moros y franceses por diversas partes corrían las tierras de Africa y de Francia, que enviase contra ellos á aquellas fronteras todo lo que restaba de armas y caballos, que era desnudar el reino de fuerzas para que no pudiese resistir. Concluido esto como deseaba, dió á entender que su mujer estaba en Africa doliente de una grave y larga enfermedad; que ninguna cosa le podria tanto alentar como la vista de su hija muy amaia; que esto le avisaban y certificaban por sus cartas, así ella como los de su casa. Fué la diligencia que en esto puso tan grande, que el Rey dió licencia, sea forzado de la necesidad, mayormente que prometia sería la vuelta en breve, sea por estar ya cansado y enfadado, como suele acontecer, de aquella conversacion. En la ciudad de Málaga, que está á las riberas del mar Mediterráneo, hay una puerta llamada de la Cava, por donde se dice, como cosa recebida de padres á hijos, que salió esta señora para embarcarse. A la misma sazón el Rey, que por tantos desórdenes era aborrecido de Dios y de las gentes, cometió un nuevo desconcierto, con que dió muestra de faltarle la razon y prudencia. Habia en Toledo un palacio encantado, como lo cuenta el arzobispo don Rodrigo, cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos, así el pueblo como los principales, que á la hora que fuese abierto, seria destruida España. Sospechó el Rey que esta voz era falsa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los reyes pasados. Demás desto, movido por curiosidad, sin embargo que le ponian grandes temores, como sean las voluntades de los reyes tan determinadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro, no halló algunos tesoros, solo una arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostros y hábitos extraordinarios con un letrado en latin que decia: «Por esta gente será en breve destruida España.» Los trajes y gestos parecían de moros; así, los que presentes se hallaron quedaron persuadidos que aquel mal y daño vendria de Africa; y no menos arrepentido el Rey, aunque tarde, de haber sin propósito y á grande riesgo escudriñado y sacado á luz misterios encubiertos hasta entonces con tanto cuidado. Algunos tienen todo esto por fábula, por invencion y patraña; nos ni la aprobamos por verdadera ni la desechamos como falsa; el lector podrá juzgar libremente y seguir lo que le pareciere probable. No pareció pasalla en silencio por los muchos y muy graves autores que la relatan, bien que no todos de una manera.

CAPITULO XXII.

De la primera venida de los moros en España.

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo

esta caualia su origen y principio en Arabia, y á Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de levante; desde allí se extendió hácia mediodia, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba; y así, despues que venció á Cosroes, rey de Persia, y se apoderó de la Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste; dió sueldo á cuatro mil sarracenos de los mas nobles y valientes. Mostró con esto querer honrallos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen, segun que habian comenzado, nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano, que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el prefecto del Fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco; díjoles palabras afrentosas, es á saber: «¿Qué sobra á los soldados romanos que se pueda dar á estos canes?» Irritáronse ellos con aquella respuesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas, y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sojetaron á Egipto y á los Persas, flacos á la sazón y sin fuerzas por las victorias que poco antes sobre ellos ganaron los romanos; y no solo los sujetaron como vencedores, sino tambien los compeleron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Suria, y diversas veces acometieron la Africa, en que los trances fueron diferentes, ca veces vencian, y á veces al contrario; mas últimamente salieron con la empresa. Fué así que el rey desta gente, por nombre Abimelech, con un grueso ejército se metió por Africa y se puso sobre Cartago; tomola y echola por tierra, pero sin embargo fueron vencidos y echados de toda la Africa por Juan, prefecto del Pretorio, gobernador á la sazón de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con mas fuerzas y mas bravos. Por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fué el año del Señor de 700, poco mas á menos. Las legiones romanas que en Africa y en Cartago quedaban, cansadas de esperar ó con deseo de novedades, alzaron por emperador á un Tiberio Apsimaro, y para apoderalle del imperio pasaron con él á la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó Africa desaperecida y flaca; acometiéronla de nuevo y sujetáronla los sarracenos. Pasaron adelante, y hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritania sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit, llamábase Miramolin, que era apellido de supremo emperador. Gobernaba en su nombre lo de Africa Muza, hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la ejecucion presto. El conde don Julian, luego que alcanzó licencia del Rey para pasar en Africa, de camino se vió con las cabezas de la conjuracion para mas prendallos; hablóles conforme al apetito de cada cual, prometia á unos riquezas, á otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecia la falta que dellas el Rey tenia. No léjos de la villa de Consuegra está un monte llamado Caldo-

rino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traición, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recibida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el Conde y los demás para acordar, como acordaron, de llamar los moros á España. Llegado en Africa, lo primero que hizo fué irse á ver con Muza; declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban; quejóse de los agravios que el Rey tenía hechos sin causa, así á él como á los hijos del rey Witiza, que demás de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba á andar desterrados, pobres y miserables y sin refugio alguno; dado que no les faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasión se declararían. Que era buena sazón para acometer á España, y por este camino apoderarse de toda la Europa, en que hasta entonces no habían podido entrar. Solo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecábase la facilidad de la empresa, á que se ofrecía salir él mismo con pequeña ayuda que de Africa le diesen, confiado en sus aliados. Que por tener en su poder, de la una y de la otra parte del Estrecho, las entradas de Africa y de España, no dudaría de quitar la corona á su contrario. No le parecía al bárbaro mala ocasión esta, solo dudaba de la lealtad del Conde, si por ser cristiano guardaría lo que pudiese. Parecióle comunicar el negocio con el Miramamolín. Salíó acordado que con poca gente se hiciese primero prueba de las fuerzas de España y si las obras del Conde eran conforme á sus palabras. Era Muza hombre recatado; hallábase ocupado en el gobierno de Africa, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio solos ciento de á caballo y cuatrocientos de á pié repartidos en cuatro naves. Estos acometieron las islas y marinas cercanas al Estrecho. Sucedieron las cosas á su propósito, que muchos españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitán Tarif, por sobrenombre Abenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio mas secreto y no se entendiese dónde encaminaban estas tramas, no se aperció armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España, y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Hieraclea, que en él estaba, y en lo de adelante se llamó Gibraltar, de gebal, que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif, el general, de cuyo nombre tambien, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca, llamada antiguamente Tarteso, tomó nombre de Tarifa. Tuvo el rey don Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del Conde y de las fuerzas de los moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quien le llame Inigo) para que le saliese al encuentro. Fué muy desgraciado este principio, y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El ejército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco ejercitada; ni tenían fuerza en los cuerpos ni valor en sus ánimos; los escuadrones mal formados, las armas tomadas de orín, los caballos, ó flacos ó regalados, no acostumbrados á sufrir el polvo, el calor, las tempestades. Asentaron su real cerca de Tarifa; tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor; últimamente, ordenadas las hucas, se dió la batalla, que estuvo por algún espacio

en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho, el general, muerto, y con él parte del ejército; los demás se salvaron por los piés. Pasaron los bárbaros adelante engreídos con la victoria, talaron los campos del Andalucía y de la Lusitania, tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sovilla, por estar desmantelada y sin fuerzas. Sucedió esta primera desgracia el año 713, en el cual Sinderedo, arzobispo de Toledo, por la revuelta de los tiempos ó por la insolencia del Rey se ausentó de España. Pasó á Roma, do los años adelante se halló en un Concilio lateranense, que se celebró por mandado del papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de don Oppas, como de intruso y entronizado contra derecho. Dieron sus votos á Urbano, que era primicerio de aquella iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtud. Pero porque su elección fué en vida de Sinderedo, y parece no fué confirmada por quien de derecho lo debía ser, los antiguos no le contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del rey don Rodrigo.

Cosas grandes eran estas y principios de mayores males, las cuales acabadas en breve, los dos caudillos, Tarif y el conde don Julian, dieron vuelta á Africa para hacer instancia, como la hicieron, á Muza que les acudiese con nuevas gentes para llevar adelante lo comenzado. Quedó en rehenes y para seguridad de todo el conde Requila, con que mayor número de gente de á pié y de á caballo vino á la misma conquista. Era tan grande el brio que con las victorias pasadas y con estos nuevos socorros cobraron los enemigos, que se determinaron á presentar la batalla al mismo rey don Rodrigo y venir con él á las manos. El, movido del peligro y daño y encendido en deseo de tomar emienda de lo pasado y de vengarse, apellidó todo el reino. Mandó que todos los que fuesen de edad acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente; los que menos cuentan dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábase ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerzas para sufrir los trabajos y incomodidades de la guerra; la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones. Este fué el ejército con que el Rey marchó la vuelta del Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos; los moros orgullosos con la victoria; los godos por vengarse, por su patria, hijos, mujeres y libertad no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentían en

sus corazones una tristeza extraordinaria y un silencio cual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre algunos. Al mismo Rey, congojado de cuidados entre día, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pelearon ocho dias continuos en un mismo lugar; los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo, á propósito de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios. Del suceso no se escribe; debió ser vario, pues al octavo dia se resolvieron de dar la batalla campal, que fué domingo á 9 del mes que los moros llaman javel ó sceval, así lo dice don Rodrigo, que vendría á ser por el mes de junio conforme á la cuenta de los árabes; pero yo mas creo fuese á 11 de noviembre, dia de san Martín, segun se entiende del *Cronicon alveldense*, año de nuestra salvacion de 714. Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El Rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenian cuando entraban en las batallas, habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria, saquear y echar por tierra los templos de Dios, hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos, y con las orejas ois el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta ahora han hecho guerra contra eunucos; sientan que cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros; engreidos con aquella victoria y por haberlos Dios cegado han pasado tan adelante, que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corrimos las tierras de Francia; al presente ¡oh grande mengua, y digna que con la misma muerte, si fuere menester, se repare! somos acometidos en nuestra tierra, tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonaros y encenderos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada; ¿quién podrá sufrir tal estrago? Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuán grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos; las vituallas y almacenes en abundancia, el lugar es á propósito; á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demás desto, hay otras cosas, que ahora se callan, y al tiempo del pelear veréis cuán apercibido está todo. En vuestras manos, soldados, consiste lo demás; tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos; acordáos de vuestros antepasados, del valor de los godos; acordáos de la religion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.» Al contrario Tarif, resuelto asimismo de pelear, sacó sus gentes, y orde-

nados sus escuadrones, los hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se extiende el Océano, fin último y remate de las tierras; por aquella nos cerca el mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida, sino fuere peleando. No hay lugar de huir; en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este día, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males; la victoria causa de alegría; no hay cosa mas torpe que vivir vencidos y afrentados. Los que habeis domado la Asia y la Africa, y al presente, no tanto por mi respeto quanto de vuestra voluntad acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganareis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los godos, demás de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temeréis por ventura este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo, sin orden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados, con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas los venceréis. Cuando tenian las fuerzas enteras los desbaratasteis; ¿por ventura ahora, perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, alcanzarán la victoria? La alegría pues y el denuedo que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma, venced los enemigos, que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor, las pobres chozas de Africa con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y llevais el imperio, la salud, el alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.» Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos al son de sus trompetas y cajas se adelantaron, los moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea; fué grande la gritaría de la una parte y de la otra; parecia hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea; despues vinieron á las espadas; la pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando don Oppas ¡oh increíble maldad! disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con don Julian, que tenia consigo gran número de los godos, y de través por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos, atónitos con traicion tan grande y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo impetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el Rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros y acudia á todas partes, socorria á los que via en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponía otros sanos, detenía á los que

huían, á veces con su misma mano; de suerte que, no solo hacia las partes de buen capitan, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último, perdida la esperanza de vencer y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro y subió en un caballo, llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder; con tanto él se salió de la batalla. Los godos, que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron; parte quedaron en el campo muertos, los demás se pusieron en huida; los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice; entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Dia aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre inclito de los godos, allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que mas de trecentos años habia durado quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado, sembrado de perlas y pedrería, fueron hallados á la ribera del rio Guadalete; y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió ó se ahogó á la pasada del rio. Verdad es que como docientos años adelante en cierto templo de Portugal en la ciudad de Viseo se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto en romance dice:

AQUÍ REPOSA RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODO.

Por donde se entiende que salido de la batalla, huyó á las partes de Portugal. Los soldados que escaparon, como testigos de tanta desventura, tristes y afrentados, se derramaron por las ciudades comarcanas. Don Pelayo, de quien algunos sospechan se halló en la batalla, perdida toda esperanza, parece se retiró á lo postrero de Cantabria ó Vizcaya, que era de su estado; otros dicen que se fué á Toledo. Los moros no ganaron la victoria sin sangre, que dellos perecieron casi diez y seis mil. Fueron los años pasados muy estériles, y dejada la labranza de los campos á causa de las guerras, España padeció trabajos de hambre y peste. Los naturales, enflaquecidos con estos males, tomaron las armas con poco brio; los vicios principalmente y la deshonestidad los tenían de todo punto estragados, y el castigo de Dios los hizo despeñar en desgracias tan grandes.

CAPITULO XXIV.

Que los cristianos se fueron á las Astúrias.

Gobernaba la iglesia de Roma el papa Constantino; el imperio de oriente Anastasio, por sobrenombre Artemio; rey de Francia era Childeberto, tercero de aquel nombre, á la sazón que España estaba toda llena de alboroto y de llanto, no solo por la pena y cuita del mal presente, sino tambien por el miedo de lo que para adelante se aparejaba. No faltaba algun género de desventura, pues el vencedor, con la licencia y libertad que suele, affligia todos los vencidos de cualquier edad ó condicion que fuesen. Un buen golpe de los que escaparon de aquella desastrada batalla se recogieron á Eoija, ciudad que no caía léjos, y en aquel tiempo bien fortificada de muros. Con estos se juntaron los ciuda-

daos, y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba, vengarse si pudiesen las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que ejecutaba el alcance y perseguia lo que restaba de los godos. El suceso desta batalla fué el mismo que el pasado; de nuevo fueron los nuestros desbaratados y puestos en huida; los que escaparon de la matanza se fueron por diversos lugares; la ciudad, por estar desnuda de gente de guerra, quedó en poder del vencedor, y por su mandado la echaron por tierra. Despues desto, por consejo y á persuasion del conde don Julian se dividieron los moros en dos partes: los unos, debajo de la conducta de Magued, renegado de la religion cristiana, se encaminaron á Córdoba, que por estar desamparada de sus moradores, que por miedo del peligro se fueran á Toledo, fácilmente fué puesta en seccion y tomada por aviso de un pastor, que en los muros cerca de la puente los mostró cierta parte por donde entraron, ayudados asimismo del silencio de la noche y muertas las centinclas. El gobernador de la ciudad se hizo fuerte en un templo, que se llamaba de San Jorge, en que se mantuvo por espacio de tres meses; pero á cabo deste tiempo, como huýese, fué preso y vino en poder de los moros; el templo entraron por fuerza, y pasaron á cuchillo todos los que en él estaban. Con la otra parte del ejército Tarif saqueaba y talaba y metia á fuego y á sangre lo restante de Andalucía y corria los vencidos por todas partes. Mentesa fué tomada por fuerza y destruida, de la cual dice el arzobispo don Rodrigo caia cerca de Jaen, pero á la verdad algo mas apartada estaba. En Málaga, en Híliberris y en Granada pusieron guarnicion de soldados. Murcia se rindió á partido, que sacó el gobernador aventajado, como buen soldado y sagaz que era, ca despues que en un encuentro fué vencido por los moros, puso las mujeres vestidas como hombres en la muralla. Los moros con aquella maña, persuadidos que habia dentro gran número de soldados, le otorgaron lo que pidió. De Murcia dice el mismo don Rodrigo que en aquel tiempo se llamaba Orelia. Demás desto, los judios mezclados con los moros fueron puestos por moradores en Córdoba y en Granada á causa que los cristianos se habian ido á diversas partes y dejándolas vacías. Restaba Toledo, ciudad puesta en el riñon de España, de asiento inexpugnable. El arzobispo Urbano, sin embargo de su fortaleza, se habia retirado á las Astúrias y llevado consigo las sagradas reliquias porque no fuesen profanadas por los enemigos del nombre cristiano, en particular llevó la vestidura traída á san Ildefonso del cielo, y un arca llena de reliquias, que por diversos casos fuera llevada á Jerusalem, y despues parara en Toledo. Llevó asimismo los libros sagrados de la Biblia, y las obras de los santos varones Isidoro, Ildefonso, Juliano, muestras de su erudicion y santidad, tesoros mas preciosos que el oro y las perlas, porque no fuesen abrasados con el fuego que destruía todo lo demás. En compañía de Urbano para mayor seguridad fué don Pelayo, como se halla escrito en graves autores. Y para que estos tesoros celestiales estuviesen mas libres de peligro, en lo postrero de España los pusieron en una cueva debajo de tierra, distante dos leguas de donde despues se edificó la ciudad de Oviedo. Desde el cual tiempo se llamó aquel lugar

el Monte Santo, y de muy antiguo es tenido en gran devocion por los pueblos comarcanos, de donde todos los años acude allí gran muchedumbre, principalmente la fiesta de la Magdalena. Hicieron asimismo compañía á Urbano y á don Pelayo los mas nobles y ricos ciudadanos de Toledo, por estar mas léjos del peligro, seguir el ejemplo de su prelado y conservarse para mejor tiempo. Juntáronse los moros de diversas partes, en que todo le sucedia prósperamente, para poner cerco á Toledo. Llevaron por su caudillo á Tarif, y por las causas ya dichas fácilmente se apoderaron de aquella ciudad, silla de los reyes godos y lumbre de toda España. En la manera cómo se tomó hay opiniones diferentes. El arzobispo don Rodrigo dice que los judíos que quedaron en la ciudad y estaban á la mira sin poner á riesgo sus cosas, ora venciesen, ora fuesen vencidos los españoles, y tambien por el odio del nombre cristiano sin dilacion abrieron las puertas á los vencedores, y á ejemplo de lo que se hizo en Córdoba y en Granada, los judíos y moros fueron en ella puestos por moradores. Don Lúcas de Tuy, al contrario, afirma que los cristianos de Toledo, confiados en la fortaleza del sitio, magüer que eran en pequeño número, sin fuerzas y sin esfuerzo, sufrieron el cerco algunos meses hasta tanto que últimamente el domingo de Ramos, dia en que se celebra la pasion del Señor, como era de costumbre, salieron los cristianos en procesion á Santa Leocadia, la del Arrabal. Entre tanto los enemigos fueron por los judíos recibidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos. En cosas tan inciertas seria atrevimiento sentenciar por la una ó por la otra parte. Todavía yo mas me allego á los que dijeron que la ciudad despues de un largo cerco entregaron á partido sus mismos ciudadanos. Las condiciones que se asentaron, dicen fueron estas: los que quisiesen partirse de la ciudad sacasen libremente sus haciendas; los que quedar, pudiesen seguir la religion de sus padres, para cuyo ejercicio les señalaron siete templos, es á saber, de los santos Justa, Torcuato, Lúcas, Marco, Eulalia, Sebastian y el de Nuestra Señora del Arrabal. Los tributos fuesen los mismos que acostumbraban pagar á los reyes godos, sin que les pudiesen poner otros de nuevo. Que los gobernasen por sus leyes, y para este efecto se nombrasen jueces de entre ellos que les hiciesen justicia. Por esta manera fué Toledo puesta en poder de los moros. Las demás ciudades de España, unas se rendian de voluntad, otras tomaban por fuerza; que la llama de la guerra se emprendía por todas partes. Los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno guiaba el miedo ó la esperanza. Leon, forzada de la hambre y por falta de mantenimientos, se rindió. Guadalajara en los carpetanos fué tomada. En los celíberos, en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una mesa de esmeralda, como yo lo entiendo de mármol verde, de grandor, estima y precio extraordinario, de donde los moros llamaron aquel pueblo Medina Talmeida, que significa ciudad de mesa. En Castilla la Vieja se entregó Amaya, forzada de la hambre que cada dia se embavecía mas, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demás á causa que muchos, confiados en su fortaleza, se recogieran á ella con to-

do lo mejor de sus casas. Llamábase aquella parte de Castilla en aquel tiempo Campos de los godos; de allí quedó que hasta hoy se llama tierra de Campos. En Galicia quemaron á Astorga; los muros por ser de buena estofa quedaron en pié. En las Astúrias, Gijon, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los moros. Pusieron guardaciones de soldados en lugares á propósito para que los naturales no pudiesen rebullirse ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices. El ejército de los moros, rico con los despojos de España, y su general Tarif, debajo cuya conducta ganaran tantas victorias, dieron vuelta á Toledo para con el reposo gozar el fruto de tantos trabajos, y desde allí, como desde una atalaya muy alta, proveer y acudir á las demás partes. Todo esto pasó el año de 715, en que hallo tambien se apoderaron de Narbona, ca diversos ejércitos de Africa á la fama de victoria tan señalada como enjambres se derramaban por todo el señorío de los godos. Los naturales, parte huidos, parte amedrentados, no hallaban traza para ayudar á su patria; ningun ejército en número y en fuerzas bastante se juntaba; solo cada cual de las ciudades proveia en particular lo que le tocaba; así nombraron diversos gobernadores, y porque en guerra y en paz eran soberanos, sin reconocer superior, algunos historiadores les dan nombre de reyes.

CAPITULO XXV.

Cómo Muza vino á España.

En tanto que esto pasaba en España, de Africa se sonaba que Muza era combatido de diversas olas de pensamiento. Por una parte se holgaba que aquella nobilísima provincia fuese vencida y el señorío de los moros hobiese pasado á Europa, por otra le escocia que por su descuido hobiese Tarif ganado, no solo los despojos de España, sino tambien la honra de todo. Agujoneábanle igualmente la avaricia y la envidia, malos consejeros en guerra y en paz. Acordó de pasar en España, como lo hizo, con un nuevo ejército, en que dicen se contaban doce mil soldados, pequeño número para empresas tan grandes, si los españoles no estuvieran de todo punto apretados y caidos, porque lo que suele acontecer cuando los negocios están perdidos, todos daban buen consejo que se acudiese á las armas y á la defensa, pero cada uno rehusaba de acometer el peligro. Venido el nuevo caudillo de los moros, se mudó la manera de hacer la guerra; que si bien algunos le aconsejaban juntase las fuerzas con Tarif y de consuno acometiesen las demás ciudades que aun no estaban rendidas, prevaleció empero el parecer de aquellos que, aunque eran cristianos, teniendo mas cuenta con el tiempo que con la conciencia, prometian su ayuda á Muza para acabar lo que restaba, con la cual y con sus fuerzas podría sujetar las ciudades comarcanas, cosa que al bárbaro parecia ser de mayor reputacion. Acudió tambien el conde don Julian, sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitán y esperar dél mayores mercedes, sea por odio de Tarif y disension que resultó entre los dos; que suelen los traidores, como son bulliciosos y inconstantes, despues de haber servido perder primero la gracia, y adelante ser aborrecidos, así por la memoria de la maldad como

porque los miran como acreedores. De Algecira, do desembarcaron estos bárbaros, fueron primeramente á ponerse sobre Medina Sidonia, sitio que los moradores sufrieron por algun tiempo, y aun fiados de su valentía diversas veces hicieron salidas sobre los enemigos, mas fueron rebatidos y al fin tomados por fuerza. Pusieron con el mismo ímpetu sitio sobre Carmona, ciudad antiguamente la mas fuerte del Andalucía. Gastáronse algunos dias en el cerco, porque los moradores se defendian valientemente. Usó el conde don Julian de cierto engaño, fingió en cierta cuestion que se huia de los moros; los ciudadanos engañados recibéronle dentro de los muros por la puerta que entonces se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó. Esto dice el arzobispo don Rodrigo. El moro Rasis discrepa en el tiempo y en la manera, ca dice fué tomada despues que Muza y Tarif se vieron en Toledo, y que los soldados de don Julian, no con muestra de huir, sino en traje de mercaderes, metieron en ella las armas con que la ganaron por fuerza. Acudió á Sevilla como á ciudad tan principal gran muchedumbre de godos; pero como la morisma que iba sobre ella fuese grande, perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente se huyeron, y los moros apoderados della, la entregaron á los judíos para que junto con los moros morasen en ella. Beja ía de Lusitania ó Portugal, que se decia Pax Julia, do se recogieron los ciudadanos de Sevilla, corrió la misma fortuna, dado que no se sabe si la entraron por fuerza, si se rindió á partido; solo consta que adelante vivió en ella gran número de cristianos. No léjos della cae Mérida, colonia antiguamente de romanos, y entonces la mas principal ciudad de Lusitania, y que conservaba todavía claros rastros de su antigua majestad, si bien de las muchas guerras pasadas quedó maltratada, y últimamente en la batalla en que se perdió el rey don Rodrigo y con él España, muchos de sus ciudadanos perecieron como buenos. Todo esto no fué parte para que perdiesen el ánimo, antes salieron contra el enemigo que sobre ellos venia. La pelea fué sin órden, muchos de ambas partes perecieron; los moros eran mas en número, y así, los cristianos fueron forzados á retirarse dentro de los muros. A la hora Muza, acompañado de cuatro personas solamente, mirado el sitio y majestad de la ciudad, dijo: Parece que de todo el mundo se juntaron gentes á fundar este pueblo; dichoso quien fuese señor dél. Encendido en este deseo, buscaba traza para salir con su intento. Estaba cerca de la ciudad una cantera antigua, la cual por ser honda pareció á proposito para armar una celada; puso pues en aquellas barrancas de parte de noche buen número de caballos. Dió vista á la ciudad; los cercados salieron á la pelea, adelantáronse sin órden, tanto, que cayeron en la celada; con que por frente y por las espaldas fueron apretados de tal suerte, que, con pérdida de muchos, pocos, cerrado su escuadron y apretados, pudieron volver á la ciudad. Con este daño reprimieron su atrevimiento, acordaron de no hacer salidas, sino defender solamente sus murallas. El cerco iba adelante, dilacion que daba mucha pena á Muza, apercibió todas las suertes de ingenios que en aquel tiempo se usaban, levantó torres de madera, hizo trabucos y mantas con que los soldados arrimados al muro procuraban con picos abrir entrada. Acudian los

cercados á todas partes, y con esfuerzo y diligencia rebatían estos intentos; pero eran pocos en número, y comenzaban á sentir falta de vituallas y municiones. Trataron de rendirse, mas con tales condiciones, que Muza las rechazó con desden y saña. Volvieron los medianeros sin hacer algun efecto, solo con esperanza que aquel general les pareció tan viejo y flaco, que apenas podría vivir hasta que la ciudad fuese tomada. No se le encubrió esto al bárbaro; usó de astucia, que á las veces mas vale maña que fuerza; tornaron los embajadores á tratar del mismo negocio; maravilláronse de hallarle sin canas, que se habia teñido la barba y cabello; mas como quier que no entendiesen el artificio, juzgaron que era milagro: persuadieron á los suyos se rindiesen al que juzgaban venia las mismas leyes de la naturaleza. Los partidos fueron: que los bienes de los ciudadanos muertos en las peleas y en el cerco fuesen confiscados; lo mismo las rentas de las iglesias, sus preseas, vasos y ornamentos de oro y de plata; los que quisiesen quedar en la ciudad retuviesen sus haciendas; los que irse, lo pudiesen hacer libremente adonde quisiesen. No se averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió; el arzobispo don Rodrigo dice fué en el mismo mes que Muza vino á España, pero no declara si el mismo año ó el siguiente. Concuerdan que los de Beja y los de Ilipula, con intento de hacer rostro á los moros antes que del todo se arraigasen en la tierra, con las armas se apoderaron de Sevilla y pasaron á cuchillo gran parte de la guarnicion que allí quedó por los moros. Poco aprovechó este esfuerzo, ca los moros revolviéron sobre ellos, y con su daño los forzaron á sujetarse como de antes por este órden. Vino á España con Muza un su hijo, llamado Abdalasis. Este en cierta ocasion se quejó á su padre de no haberle puesto en cosa en que pudiese mostrar su esfuerzo. Parecióle al padre tenia razon; dióle un grueso escuadron de moros, con que entró por tierra de Valencia, peleó diversas veces con la gente de aquella tierra. Rindiósele aquella ciudad, las de Denia, Alicante y Huerta á partido que no violase los templos, que pudiesen vivir como cristianos, que á cada uno quedase su hacienda con pagar cierto tributo que se les imponia asaz tolerable. Acabadas estas cosas por todo el año de 716, revolvió con sus gentes hácia Sevilla, que estaba levantada, como queda dicho; sujetóla con facilidad, dió la muerte á los que fueron causa del alboroto y de la matanza que se hizo de los soldados moros. Pasó adelante, tomo á Ilipula, en que hizo grande estrago, y aun se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entonces, hoy es un pueblo pequeño, llamado Peñafior, puesto entre Córdoba y Sevilla. El moro Rasis dice que la guarnicion de Mérida fué la que mataron los nuestros; y que para hacer esto los de Sevilla se juntaron con los de Beja y con los de Ilipula, cosa bien diferente de lo que queda dicho. Lo cierto es que de Mérida se partió Muza para Toledo. Salió al encuentro Tarif, y para mas honrarle pasó adelante de Talavera. Juntáronse cerca del rio Tietar, que riega los campos de Arañuelo. Las muestras de amor y contento fueron grandes, los corazones no estaban conformes, la envidia aquejaba á Muza, á Tarif el miedo, que tal es la fruta del mundo. Recelábase Tarif no le descompu-

siesen, porque le achacaba Muza que no había obedecido á sus mandatos ni seguido su órden, que la victoria fué acaso y no conforme á buen gobierno de guerra; achaques y cargos que al vulgo y gente de guerra no parecia bien, por estar acostumbrada á juzgar de los consejos de sus capitanes, no tanto por lo que son como por el fin que tienen y por lo que sucede, demás que todos sabían el mal talante y ánimo de Muza. Continuáronse los desabrimientos hasta que llegaron á Toledo. Allí tomaron cuentas á Tarif, así de lo que gastara en la guerra como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedia y mal tratamiento, y con servir y regular á su contrario procuraba aplacar el ánimo y la saña de aquel viejo. En fin, reconciliados entre sí, caminaron hácia Zaragoza con intento de apoderarse, como lo hicieron, de aquella ciudad poderosa en armas y en gente. Por abreviar, lo mismo hicieron de otras muchas ciudades de la Celtiberia y de la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo, que se apoderaron dellas y de las demás sin sangre, ca se dieron á partido. Con esto parecia que toda España quedaba sujeta y llana, que fué en menos de tres años despues que vino la primera vez el ejército de moros de Africa á estas partes. Verdad es que lo de mas adentro no se podía allanar sin grande dificultad por estar España por muchas partes rodeada de riscos y montes y espesuras muy bravas. Supo el Miramamolín Ulit, así las victorias como las diferencias que andaban entre sus capitanes; y porque no parasen perjuicio les mandó á entreambos ir á su presencia. Muza, resuelto de partirse, porque no sucediesen en lo ganado algunas alteraciones, nombró en su lugar por gobernador á su hijo Abdalasis, de cuyo esfuerzo y valor habia muestras frescas y bastantes. Juraron todos de obedecelle, y con tanto Muza y Tarif, antes grandes y famosos caudillos, y en lo de adelante mas esclarecidos por cosas tan grandes como acabaron, se aprestaron para embarcarse y consigo los tesoros, preseas, riquezas, oro y plata que los godos en tantos años con todo su poder pudieron juntar.

CAPITULO XXVI.

De los años de los árabes.

Con la mudanza del gobierno y señorío las costumbres, ritos y leyes de España se trocaron y alteraron grandemente. Relatallo todo sería largo cuento; lo que al presente hace al propósito, y servirá para entender la historia de los tiempos adelante, dejada la cuenta de los años de que ordinariamente los españoles usaban en los contratos, pleitos y en las historias, cuyo principio se tomaba del nacimiento de Cristo ó era de César, se introdujo casi por toda ella otra nueva manera de contar los tiempos, de que los moros usan en todas las provincias en que se han extendido largamente. Fundador de aquella malvada supersticion fué Mahoma, árabe de nacion, el cual por la mucha prosperidad que tuvo en las guerras y por descuido del emperador Heraclio, se llamó y coronó rey de su nacion en Damasco, nobilísima ciudad de la Siria. Demás desto, para que su autoridad fuese mayor, promulgó á sus gentes leyes como dadas del cielo por divina revelacion. No hay cosa mas engañosa que la máscara de la mala y perversa religion

cuando se toma para cubrir con ella como con velo las maldades y libertad, ni hay cosa mas poderosa para trastornar los ánimos del pueblo y llevarle donde quiera. Desde este tiempo cuando Mahoma se llamó rey comienzan los árabes á contar los años de la egira, que es tanto como jornada ó expedicion. Esto, como quier que sea cierto, es muy dificultoso averiguar con qué año de nuestra salvacion concurrió. Los autores andan varios, y no concuerdan en el cuento de los años adelante; vergonzosa ignorancia de historia y de antigüedad. Grandes tinieblas, de donde será dificultoso sacar á luz la verdad; procurarémoslo empero por cuanto las fuerzas y diligencia alcanzare. El principio desta disputa se tomará un poco mas arriba en esta manera. El año resulta del movimiento del sol que corre por los signos del zodiaco en trecientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia. Del movimiento de la luna y de sus variedades resultan los meses, ca discurre por el mismo círculo en dias veinte y nueve y doce horas. Todo el tiempo se divide en años, y el año en meses, costumbre universal de todas las naciones, de que procede toda la dificultad, por no ser cosa fácil igualar y ajustar en número de dias los movimientos del sol y de la luna tan diferentes entre sí, dado que por muchas veces grandes ingenios se han en esto desvelado. Los mas antiguos romanos gobernaron el año por el movimiento del sol, que dividieron en soles diez meses, cuenta varia y inconstante. Destos meses los seis eran de á treinta dias, los cuatro de á treinta y uno, es á saber, marzo, mayo, julio, octubre. Todo el año tenia trecientos y cuatro dias, comenzábase por el mes de marzo, como los nombres de setiembre, que es el séptimo mes, de octubre y de noviembre lo declaran. En tiempo tan grosero, falto de erudicion y doctrina, no advertían los inconvenientes que las fiestas del estío venian á caer en invierno, las del verano en el otoño, grande desórden y desconcierto. Los árabes, de quien tomaron los moros, para formar el año solo miraron al movimiento de la luna, componiéndolo de doce vueltas que da por el zodiaco, que son doce meses, los seis de á veinte y nueve dias, y los otros seis de á treinta; todo su año tenia dias trecientos y cincuenta y cuatro, manera que entre los romanos imitó Numa Pompilio, ca añadió á la cuenta antigua del año cincuenta dias repartidos en los meses de enero y de febrero, que tambien añadió á los demás; pero sucedia sin duda, aunque en mas largo tiempo, que el frio venia en los meses del verano, y el calor al contrario, inconveniente en que forzosamente incurren los moros por mantenerse obstinadamente hasta el dia de hoy en la costumbre que antiguamente tenían; que las demás naciones tuvieron cuidado y pusieron toda diligencia en ajustar los movimientos de la luna y del sol para corregir toda la variedad é inconstancia que entre ellos hay. Grande fué el trabajo que en esto pasaron, y los caminos que que tomaron diferentes. Los griegos cada ocho años intercalaban noventa dias repartidos en tres meses; lo mismo hicieron los romanos mas modernos por su ejemplo, mudadas solamente algunas pocas cosas. Los hebreos y los egipcios, como gentes mas entendidas en los movimientos del cielo, hallaron mas prudentemente esta manera de emienda, que los latinos llamaron intercalacion. Porque en diez y nueve años, espacio en

que se acaba toda la variedad del movimiento de la luna, intercalaron siete meses á ciertas distancias. Lo mismo hizo Julio César despues que se apoderó de Roma, por entender pertenecía á su providencia y gobierno emendar la razon de los tiempos, que entre los romanos andaba revuelta y confusa. Ayudóse del consejo de Sosígenes, grande matemático y astrólogo, y de Marco Fabio, escribano de Roma, con cuya ayuda redujo el año solar á trecientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia; por donde cada cuatro años se intercala un dia á veinte y cuatro de febrero, que es sexto de las calendadas de marzo, y el dia intercalado se llama tambien sexto de las mismas calendadas; por donde el año se llama bis sexto, que es lo mismo que dos veces sexto. La razon de la luna y de toda su inconstancia y cuenta del año lunar comprehendieron con el áureo número, que procede de uno hasta diez y nueve, y fué puesto en el calendario romano. Intercalaban en diez y nueve años siete lunas, manera que por entonces pareció muy á propósito para que la cuenta de los tiempos fuese ordenada, y ajustados los años solar y lunar; pero con el progreso del tiempo por ciertas menudencias, que no consideraron en la cuenta del año, se halló que ni la una ni la otra cuenta concordaban con los movimientos de aquellos planetas ni entre sí. Por donde los cristianos, que, á imitacion de César, cuanto á las fiestas inmóviles siguen el año solar, y quanto á las movibles el lunar, hallaron haberse alejado mucho de lo que se pretendió, que ni el principio del año caía en el mismo dia que en tiempo de César, ni con el áureo número, como se pretendía, se mostraban las conjunciones de la luna. Por lo uno y por lo otro el papa Gregorio XIII, el año de 1582, cuando esto escribiamos, emendó todo esto, quitó del calendario el áureo número, en cuyo lugar puso otro mayor, que llamaron epactas. Demás desto, en el principio de octubre de aquel año se dejaron de contar diez dias para efecto que el principio del año solar volviese al asiento conveniente señalado por los antiguos. Y para que no hiciese dende mudanza en lo de adelante, proveyó que á ciertas distancias no se intercalase el bisexto, con que se acudió á todos los inconvenientes. Disputar de todo esto mas á la larga y mas sutilmente pertenece á los astrólogos; lo que es deste lugar y aprovecha para la historia es que los moros, como poco antes se ha dicho, hacen el año menor que el nuestro once dias y un cuarto. Lo cual por no considerar muchos autores señalaron en diversos lugares el principio de aquella cuenta de los moros y de aquellos años de la egira con tan extraña variedad, que desde el año de 592 hasta el de 627 casi no hay año ninguno en que alguno ó algunos autores no pongan el principio de la dicha cuenta; variedad y discordancia vergonzosa. Discordancia, de que pienso fué la causa que diversos escritores en diversos tiempos como se informasen cuántos años corrian en aquella sazón de los árabes, por no saber que eran menores que los nuestros, volviendo á contar hácia atrás y á restar aquel número de años de los de Cristo, señalaron diversos principios, los postreros, como contaban mas años, mas arriba. En tanta variedad mucho tiempo nos hallamos suspensos y dudosos en lo que debiamos seguir. Lo que mas verisímil nos parece es que la computacion de los árabes, de los moros y de la egira, que todo es uno, se debe

comenzar el año de Cristo 622 á 15 de julio, segun que lo testifican los *Anales toledanos*, que se escribieron pasados trecientos años ha. Lo mismo comprueban los letreros de las piedras y las memorias antiguas; concuerdan los judíos y moros, con quien para mayor seguridad lo comunicamos, segun que en un librito aparte bastantemente lo tenemos todo deducido. Sin embargo, el arzobispo don Rodrigo y Isidoro, pacense, se apartan desto, porque señalan el principio desta cuenta el año de Cristo de 618, es á saber, el año seteno del imperio de Heraclio. Otros muchos y casi los mas, en que hay mayor daño, igualaron los años de los moros con los nuestros, cosa que no debieran hacer, como queda bastantemente advertido.

CAPITULO XXVII.

De lo que hizo Abdalasis.

Gobernó algun tiempo Abdalasis la provincia que su padre le encomendó sabia y prudentemente. De Africa vinieron á España grandes gentíos para arraigarse mas los moros en ella, para cultivar y poblar aquella anchísima tierra, á causa de las guerras pasadas falta de moradores y yerma. Diéronles campos y asientos, señalaron á Sevilla por cabeza, en que estoviese la silla del nuevo imperio, como ciudad grande y fuerte y cómoda para dende acudir á las demás. Egilona, mujer del rey don Rodrigo, estaba cautiva con otros muchos. El moro gobernador, con son que por derecho de la guerra le tocaba aquella presa, la hizo traer ante sí. Era de buena edad, su hermosura y apostura muy grande. Así, á la primera vista el bárbaro quedó herido y preso. Preguntóle con blandas palabras cómo estaba. Ella, lastimada de la memoria de su prosperidad antigua y renovada con esto su pena, comenzó á derramar lágrimas, despedir sollozos y gemidos. «¿Qué quieres, dijo con voz flaca, saber de mí, cuya desventura ha sonado y se sabe por todo el mundo, tanto mas grave quanto de todos es mas conocida? La que poco antes era reina dichosa, cuyo señorío se extendía fuera de España, al presente ¡oh triste fortuna! despojada de todo, me hallo en el número de los esclavos y cautivos. La caída, tanto es mas dolorosa quanto el lugar de que se cae es mas alto; lo que es de tal suerte, que los españoles, olvidados de su afán, lloran mi desastre y les es ocasion de mayor pena. Tú, si como es justo lo hagan los ánimos generosos, te mueves por el desastre de los reyes, gózate en esta bienandanza tener ocasion de hacer bien á la sangre real. Ningun mayor favor me puedes hacer que volver por mi honestidad como de reina y de matrona, y no permitir que ninguno de mí se burle. Por lo demás tuya soy; de mí, como tu esclava, haz lo que por bien tuvieres. Con las obras, por hallarme en este estado, no te podré gratificar lo que hicieres; la memoria y reconocimiento serán perpetuos, y la voluntad de agradarte y obederte muy grande.» Con este razonamiento y palabras quedó aquel bárbaro mas prendado. Usó con ella de halagos y de blandura, resuelto de tomarla por mujer, como lo hizo, sin quitalle la libertad de ser cristiana. Távola en su compañía con grande honra toda la vida, ca demás de su hermosura y de su edad, que era muy florida, fué dotada de singular prudencia, tanto, que por

sus consejos principalmente enderezaba su gobierno, y á su persuasión, por tener mas autoridad y que nadie le menospreciase, usó de repuesto, aparato y corte real, y se puso corona en la cabeza. En tierra de Antequera por la parte que toca los mojones y los aldeaños de Málaga hay un monte llamado Abdalasis, por ventura del nombre deste príncipe; como tambien algunos sospechan que Almaguer, pueblo de la órden de Santiago, se llamó así de Magued, capitan moro, de quien dicen solia beber del agua de una fuente que está allí cerca; y porque el agua en lengua arábica se dice alma, pretenden que de alma y Magued se compuso el nombre de Almaguer. Hoy en aquel pueblo no hay fuentes, todos beben de pozos. No hay duda sino que con la mudanza que hobo en las demás cosas se mudaron los apellidos á muchos pueblos, montes, rios, fuentes, de que resulta grande confusion en la memoria y nombres antiguos, ca los capitanes bárbaros parece pretendieron para perpetuar su memoria y para mayor honra suya fundar nuevos pueblos ó mudar á otros sus apellidos que tenían de tiempo antiguo. Qué se haya hecho del conde don Julian no se sabe ni se averigua; la grandeza de su maldad hace se entienda que vivo y muerto fué condenado á eternos tormentos. Es opinion empero, sin autor que la compruebe bastantemente, que la mujer del Conde murió apedreada, y un hijo suyo despenado de una torre de Ceuta, y que á él mismo condenaron á cárcel perpetua por mandado y sentencia de los moros, á quien tanto quiso agradar. En un castillo llamado Loharri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la iglesia del castillo, do dicen comunmente estuvo sepullado. Don Rodrigo y don Lúcas de Tuy testifican haber sido muerto y despojado de todos sus bienes, así él como los hijos del rey Witiza. Lo que se puede asegurar es que el estado de las cosas ora de todo punto miserable. Casi toda España estaba á los moros sujeta á esta sazón; no se puede pensar género de mal que los cristianos no padeciesen; quitaban las mujeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas presecas libremente y sin castigo. Las heredades y los campos no rendian los frutos que solian, por estar airado el cielo y por la falta de labranza. Profanaban las casas y templos consagrados y aun los abrasaban y abañian; los cuerpos muertos á cada paso se hallaban tendidos por las calles y caminos; no se oia por todas partes sino llantos y gemidos. Final-

mente, no se puede pensar género de mal con que España no fuese affligida; claro castigo de Dios, que por tal manera tomaba venganza, no solo de los malos, sino tambien de los inocentes, por el menosprecio de la religion y de sus leyes. Todavía en lo de Vizcaya y en parte de los Pirineos hácia lo de Navarra y Aragon, en lo de Astúrias y parte de la Galicia se entretenian los cristianos, confiados mas en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los moros, que en fuerzas ó ánimo que tuviesen para hacer resistencia. Los que estaban sujetos á los moros y mezclados con ellos, entonces se comenzaron á llamar mixti-árabes, es á saber, mezclados árabes; despues, mudada algun tanto la palabra, los mismos se llamaron mozárabes. Dábantes libertad de profesar su religion, tenían templos á fuer de cristianos, monasterios de hombres y mujeres como antes. Los obispos, por miedo que su dignidad no fuese escarneida entre aquellos bárbaros, se recogieron á Galicia junto con gran parte de la clerecía; y aun el obispo de Iria Flavia, que es el Padron, á muchos prelados que acudieron á su obispado, señaló rentas y diezmos con que se sustentasen en aquel destierro, como se entiende por la narrativa de un privilegio que el rey don Ordoño el Segundo dió á la iglesia de Santiago de Galicia, año de Cristo de 913. Desta manera cayó España; tal fué el fin del nobilísimo reino de los godos. Con el cielo sin duda se revuelven las cosas acá; lo que tuvo principio es necesario se acabe; lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó pues el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era; refugio en este tiempo, amparo y columna de la religion católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros termina su muy ancho imperio, y le extiende, como hoy lo vemos, hasta los últimos fines de levante y poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribía en latin, don Filipe II, rey católico de España, vencidos por dos y mas veces en batalla los rebeldes, juntó con los demás estados el reino de Portugal con atadura, como lo esperamos, dichosa y perpetua; con que esta anchísima provincia de España, reducida despues de tanto tiempo debajo un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solia á los malos y á los enemigos de Cristo.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo el infante don Pelayo se levantó contra los moros.

No pasaron dos años enteros despues que el furor africano hizo á España aquella guerra cruel y desgraciada, quando un gran campo de moros pasó las cumbres de los Pirineos por donde parten término España

y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los godos. Además que se les presentaba buena ocasion, conforme al deseo que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles y muy cerca de caer por el suelo á

causa de la ociosidad y descuido muy grande de aquellos reyes, con que las fuerzas se enflaquecían y marchitaban, no de otra guisa que poco antes aconteciera en España. Pipino, el mas Viejo, y Cárlos, su hijo, bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entonces Austrasia y al presente se dice Lorena, eran mayordomos de la casa real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad; camino que claramente se hacían, y escalon para apoderarse del reino y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente á los que eran verdaderos reyes y naturales por ser del linaje y alcuña de Faramundo, primero rey de los francos. Grande era el odio que resultaba y el desgusto que por esta causa muchos recibían; llevaban mal que una casa en Francia y un linaje estuviese tan apoderado de todo, que pudiese mas que las leyes y que los reyes y toda la demás nobleza. Eudon, duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacía rostro y contrastaba á los intentos de los austrasianos. Cada parte tenía sus valedores y allegados, con que toda aquella nación y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos. Lo que hace á nuestro propósito es que con la ocasión de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia las reliquias de los godos que escaparon de aquel misorable naufragio de España, y reducidos á las Astúrias, Galicia y Vizcaya, tenían mas confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrían recobrar su antigua libertad. Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres, hechos esclavos, servían á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos, llegados á lo último de la desventura, no solo padecían el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados, los templos de los santos, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servían á la torpeza de la supersticion mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias; rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza, que era gobernador de Gijon, aunque puesto por los moros, de profesion cristiano, en quien fuera justo hallar algun reparo, no se via cosa de hombre fuera de la figura y apariencia, ni de cristiano mas del nombre y hábito exterior; que les sería mejor partido morir de una vez que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente, que por permission de Dios era acabado; solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable y de vida no tan amarga como era la que padecían. Los que desto trataban tenían mas falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demas cristianos de España y los animase para acometer cosa tan grande; porque, como suele el pueblo, todós blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza; el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el infante don Pelayo, como el que venia de la alcuña y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos

que habia padecido, resplandecía y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales; y aun los mismos que no le conocían, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya, do estaba recogido despues del desastre de España, viniese á las Astúrias, no se sabe si llamado, si de su voluntad, por no faltar á la ocasion, si alguna se presentase, de ayudar á la patria comun. Por ventura tenían diferencias sobre el señorío de Vizcaya, ca tres duques de Vizcaya halló en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro y don Pelayo. A la verdad luego que llegó á las Astúrias todos pusieron en él los ojos y la esperanza que se podría dar algun corte en tantos males y hallar algun remedio, si le pudiesen persuadir que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del amparo y proteccion de los demás. A muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometían con fuerzas tan flacas; parecia desatino sin mayor seguridad aventurarse de nuevo y exasperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Llegó don Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza, gobernador de Gijon, casar con aquella doncella; porque, como suelen los hombres bajos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad, ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenía alguna esperanza que don Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitan Tarif, que aun no era pasado en Africa. Con la ausencia de don Pelayo fácilmente salió con su intento. Vuelto el hermano de la embajada y sabida la afrenta de su casa, cuán grave dolor recibiese y con cuántas llamas de ira se abrasase dentro de sí, cualquiera lo podrá entender por sí mismo. Dábale pena así la afrenta de su hermana como la deshonra de su casa; mas lo que sobre todo sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvía en su pensamiento diversas trazas; parecióle que sería la mejor, en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Astúrias comarcanos, en que tenía gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espanzóse Munuza con la novedad de aquel caso; recelábase que de pequeños principios se podría encender grande llama; acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á don Pelayo por no estar, bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapara con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un rio que por allí pasaba, llamado Pionia, á la sazón muy crecido y arreatado, cosa que le dió la vida; porque los contrarios que le seguían por la huella se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo ni estímar en tanto el pren-

derle como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas. En el valle que hoy se llama Cangas, y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad; tenían entendido que en breve vendría mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelion. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenían de hacer la guerra debajo de la conducta de don Pelayo por la salud de la patria y por el remedio de tantos males; algunos, por miedo que tenían á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos y por el peligro que corrían de ambas partes, ora venciesen los cristianos, ora fuesen vencidos, de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á don Pelayo; en particular los asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nacion, amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase, que con la novedad andaba en balanzas. «Conviene, dice, usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion de moros; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos pues con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, vuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierden. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra; cuánto mas pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos? Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares y el desseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañaísos si pensais que los particulares se pueden conservar destruida y asolada la república; la fuerza desta llama, á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tier-

ra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? ¿El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar? Pero debéis acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se pueda esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deben temer.» Entre tanto que don Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban eran tan grandes, que á las veces no le dejaban pasar adelante. Poníanse delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban; el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los moros, y sin excusar algun peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo don Pelayo por su capitán, y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvacion de 716; algunos á este número añaden dos años. Deste principio al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna esperanza de remedio, un nuevo reino dichosamente y para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales alligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio; tanto importa á las veces no faltar á la ocasion y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso. Los gallegos y los vizcaínos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte de setentrion, y á ejemplo de los asturianos en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de moros, que enviaron á requerillas y conjurallas no faltasen á la causa comun, antes con obras y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de don Pelayo, determinados de aventurarse de nuevo y ponerse al riesgo y al trabajo. Pero los mas por menosprecio del nuevo Rey y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas; querian mas estar á la mira y aconsejarse con el tiempo que hacerse parte

en negocio tan dudoso. Bien entendía don Pelayo de cuánta importancia para todo serían los principios de su reinado. Así, con deseo de acreditarse corría las fronteras de los moros, acudía á todas partes, robaba, cautivaba y mataba; por otra parte visitaba los pueblos de las Astúrias, y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demás desto, con grande diligencia se apercebía de todo lo necesario y lo juntaba de todas partes, sin perdonar á trabajo alguno, á trueque de autorizar su nuevo reino entre los suyos y atemorizar á los bárbaros, ca sabía acudirían luego á apagar aquel fuego. Tenía vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabajos, la presencia y traza del cuerpo no por el arreo vistosa, sino por sí misma varonil verdaderamente y de soldado.

CAPITULO II.

Cómo los moros fueron por don Pelayo vencidos.

Entre los demás capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los mas señalados fué Alcama, maestro de la milicia morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Este, sabidas las alteraciones de las Astúrias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, con recelo que con la tardanza no tomase fuerza aquel atrevimiento y el remedio se hiciese mas dificultoso. Seguía á Alcama un grueso ejército compuesto de moros y de cristianos; llevó en su compañía á don Oppas, prelado de Sevilla, para ayudarse de su autoridad y de la amistad y deudo que tenia con don Pelayo, para reducirle á mejor partido y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados que todo atrevimiento es vano cuando le faltan las fuerzas; que los desvarios en materia semejante son perjudiciales, y los varones prudentes cuando acometen alguna empresa deben poner los ojos en la salida y en el remate; si Munuza ó algun otro gobernador los tenia agravados, mas acertado era alegar de su justicia delante de los moros, que nunca dejaban de hacer razon á quien la pedia; tomar las armas y fuera de propósito usar de fuerza, el intentar lo era locura, y el remate seria sin duda para todos miserable. Con el aviso de que venia Alcama los soldados cristianos se atemorizaron grandemente; y como suele acontecer, los que mas blasonaban antes del peligro y mas desgarros decian, al tiempo del menester se mostraban mas cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos, parecia que apenas podrían sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aqueila gente desarmada y cascada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenia ganadas. Por esto don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Co-

vadonga. Apercibióse de provision para muchos dias, proveyóse de armas ofensivas y defensivas con intento de defenderse si le cercasen y aun si se ofreciese ocasion hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros, informados de lo que pretendia don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podia ser sin recibir daño en aquellas estrechuras; por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrían rendir á aquella gente desesperada. Encargóse desto don Oppas; pidió habla á don Pelayo, y alcanzada, desde un macho en que iba, como se llegase cerca de la cueva, le habló desta manera: «Cuánta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras ni hay para qué relatarlo al presente. Por grande parte del mundo extendimos nuestras armas. A los romanos, señores del mundo, quitamos á España; sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bienandanza, donde poco antes nos hallábamos, hemos caido en grandes y extremos trabajos. Si cuando nuestras fuerzas las teníamos enteras no fuimos bastantes á resistir, ¿por ventura ahora que están por el suelo pensamos prevalecer? Por ventura esa cueva en que pocos, á manera de ladrones, estais encerrados y como fieras cercados de redes, será parte para libraros de un grueso ejército, que es de no menos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que aun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras, á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostraran. ¿Por qué no os apartais de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia, dejadas luego las armas y rendidas, no trocáis las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte, que será el pago muy cierto desta locura, si la llevais adelante, con las honras y premios que os puedo prometer muy grandes, y seguis el juicio y ejemplo de toda España mas áína que el ímpetu desenfrenado de vuestro corazon y el desatino comenzado?» A estas palabras don Pelayo: «Tú, dice, y Wiliza, tu hermano, y sus hijos debéis temer la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado; todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia; las leyes por su antigüedad sacrosantas, abrogadas. Por estos escalones pasastes á tanta locura, que metistes los moros en España, gente fiera y cruel, de que han resultado tantos daños y tanta sangre cristiana se ha derramado. Por las cuales maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú mas que todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenias, has sido el principal atizador destos males; y ahora con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos que de nuevo bajemos las cervices al yugo de la servidumbre, mas duro que la misma muerte, esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo padezcamos los ma-

les y desventuras pasadas, con que hemos sido hasta aquí trabajados. Estos, ¿estos son aquellos premios magníficos, estas las honras con que convidas á nuestros soldados? Nos, don Oppas, ni entendemos que las orejas de Dios nos están tan cerradas, ni el corazón tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas; antes tenemos por cierto que su Majestad sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad. Que si no estamos bastantemente castigados, y aunque afligidos y faltos, no nos quiere acorrer, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males y trocar, como esperamos, esta vida desgraciada con la eterna felicidad.» Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolución que todos tenían de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demás desto convidados con el perdón, no se querían entregar ni daban oído á ningún partido. Fué pues forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva, en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban revolían contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacían en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro; los cristianos, animados y encendidos con la esperanza de la victoria, salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, sucios y de mal talle. La pelea fué de tropel y sin órden; cargaron sobre los enemigos con denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenían cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance; los demás desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo libanense, por do corre el río Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso, como yo pienso, se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban de sí mismo se cayó en el río, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares pedazos de armas y huesos, en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas, para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama pereció en la pelea, el obispo don Oppas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra, pagó con la vida; cosa muy verisímil por la grandeza de sus maldades y por no hallarse mas mención dél en la historia adelante. Munuza, atónito con la nueva de lo que pasaba, y no temiéndose por seguro dentro de Gijón por el odio que le tenían los naturales, acometió á salvarse por los piés; pero cerca de una aldea llamada Olalie, la gente de aquella comarca le dió la muerte, con que no solo quedaron vendadas las injurias públicas, sino tambien aplacado el particular dolor que tenia don Pelayo por la afrenta de su casa; y con tanto, ninguna cosa faltó para que la alegría de la victoria no fuese colmada, como fuera necesario si se les escapara aquel hombre, por cuya crueldad y demasías forzados tomaron las armas. Sucedió esta pelea el año de nuestra salvacion de 718 al mismo tiempo que en Africa Muza fué acusado delante

del Miramamolín por Tarif, su contrario. Tomáronle cuentas del gasto y recibo en la guerra de España. No se descargó bien, y así fué condenado en grande suma de dineros, y él de pesar de la afrenta falleció poco despues. Su hijo Abdalasis, despues que gobernó en España por espacio de tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nacion á causa que forzó muchas hijas de los principales; por esto en la misma mezquita en que, conforme á la costumbre de aquella gente, hacia oracion fué muerto á manos de los suyos el año de 719. Díjose que su misma mujer Egilona le procuró la muerte por verse despreciada de su marido por otras que él mas amaba. Quién dice que su soberbia y altivez le fué ocasion deste desastre; y el usar de insignias reales á persuasion asimismo y por consejo de su misma mujer. El principal en matarle fué un deudo suyo, por nombre Aiub, que se encargó y tuvo el gobierno de España por espacio de un mes; y dél dice el arzobispo don Rodrigo que fundó á Calatayud, pueblo principal poco adelante de la raya de Aragon. En el imperio de los moros, por muerte de Ulit habia sucedido su hermano Zuleyman, por el cual en lugar de Abdalasis fué proveido del gobierno de España Alahor, hombre fiero y cruel, no menos contra los moros que contra los cristianos, porque despojó de sus bienes á los moradores de Córdoba sin otra causa bastante mas del deseo que tenia de robar. Hizo pesquisa y proceso contra los moros que fueron los primeros en venir á España, ca pretendia tenían usurpados los despojos de los vencidos y de toda España. Deste dicen que desde Sevilla trasladó la silla del imperio de los moros á Córdoba, y por entender que el daño recebido en las Astúrias fué por engaño del conde don Julian y de los hijos de Witiza, los despojó de todos sus bienes y les dió la muerte; justo castigo de Dios que los traidores á su patria fuesen tratados desta manera por los mismos á quien sirvieron y llamaron en su ayuda desde Africa.

CAPITULO III.

Lo demás que hizo don Pelayo.

Tal era el estado de la cristiandad en España, para bueno no tal, para tantas tinieblas y tempestad no del todo malo. Luego que don Pelayo ganó aquella gloriosa victoria, no solo se arraigó y fortificó en las Astúrias, do dió principio á su reinado, sino que tambien bajó con su gente á lo llano, y allí trabajaba á los pueblos sujetos á los moros, talaba los campos, robaba y ponía á fuego y á sangre todo lo que se le ponía delante. Acudíale á la fama de sus bazañas de cada dia nuevas fuerzas y gentes, con que tomó por fuerza la ciudad de Leon, puesta á las baldas de los montes con que Galicia y las Astúrias parten término, lo cual sucedió el año de 722. Algunos piensan que desde este tiempo don Pelayo se llamó rey de Leon; otros lo contradicen, personas de mayor conocimiento de la antigüedad, movidos por los privilegios y memorias de los reyes antiguos, de donde se saca claramente que los sucesores de don Pelayo no se llamaron reyes de Leon, sino de Oviedo solamente. A este mismo propósito hacen los sepulcros de aquellos primeros reyes, que se sepultaron en Oviedo y otros pueblos de las Astúrias hasta el tiempo del rey don Ordoño el Segundo, que como fué el primero

que se llamó rey de Leon, así bien se mandó enterrar en la iglesia de Santa María la Mayor, que él mismo desde los cimientos levantó en aquella ciudad. Y sin embargo, se puede creer que luego que la ciudad de Leon fué conquistada, mudaron las armas antiguas de los reyes godos en un leon rojo rapante en campo plateado, insignias que sin duda, cualquier principio que ellas hayan tenido, se han conservado y continuado hasta nuestra edad. La ocasión de tomar estas armas fué que en lengua española con la misma palabra se significa el leon y se llama aquella ciudad; por donde como los de aquel tiempo, gente mas dada á las armas que ejercitada en las letras, no advirtiesen la causa por qué aquella ciudad se llamó Leon, que se derivó de *legio*, palabra latina que significa cierta compañía de soldados, por esta ignorancia inventaron aquella manera de divisa y de armas. Ayudó mucho para llevar adelante las cosas de los cristianos el esfuerzo de don Alonso, el que despues que alcanzó el reino se llamó el Católico. Era hijo de don Pedro, duque de Vizcaya. Decendia de la nobilísima sangre del rey Recaredo, y siendo mas mozo, en tiempo de los reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y al presente por el deseo que tenia de ayudar á la república, dejó su patria y su padre. Traia en su compañía un buen número de vizcaínos, con que los cristianos se animaron grandemente, y sus fuerzas se aumentaron. Para obligalle mas y tenelle mas prendado le casaron con Ormisinda, hija de don Pelayo. Los reyes que sucedieron en España destos príncipes tienen el origen de su linaje y su continua propagacion. Con la venida de don Alonso y con su ayuda Gijon, lugar muy fuerte por su asiento y fortificacion, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Asturias y en Galicia fueron tomados á los moros. Púedese sospechar que don Pelayo y los que le sucedieron, ganados estos pueblos, se intitularon reyes de Gijon, y que esto dió ocasion á algunos para pensar que se llamaran reyes de Leon por ser los nombres latinos destos dos pueblos, es á saber *Gegio* y *Legio*, muy semejantes. Era fácil echar á los moros de los pueblos á causa que los moradores, como eran cristianos, mataban las guarniciones de los moros, y con esperanza de recobrar la libertad con gran voluntad rendian á don Pelayo las ciudades y plazas. Además que los moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas de otras, de tal suerte, que no podian juntar ejército ni resistir á los intentos de los cristianos. Fué así que por muerte de Zuleyman, miramamolín de Asia, Africa y España, sucedieron en aquel imperio muy ancho dos hijos de Ulit, Homar y Izit, por adopcion de su tio: cosa nueva entre los moros, y no sé cuán acertada, que dos con igual poder juntamente reinasen. Homar falleció de su enfermedad dentro del primer año de su imperio. Con esto Izit quedó solo por señor de todo. Este proveyó por gobernador de España á Zama, hombre de grande ingenio y de grande ejercicio en las armas, y no de menor codicia que los pasados, ce inventó nuevos tributos y los impuso sobre las ciudades que le eran sujetas. En Narbona puso guarnicion de soldados y cerco sobre Tolosa, silla y asiento antiguamente en aquella provincia del imperio de los reyes godos. Sobrevino Eudon, duque de Aquitania, en socorro de los cercados. Vino á las ma-

nos con el bárbaro, en que le venció y mató con la mayor parte de su ejército en la pelea y en el alcance. Los que escaparon de la matanza, en tanto que de Africa se proveia nuevo gobernador, eligieron en lugar del capitán muerto á Abderraman, hombre señalado en paz y en guerra, para que con su esfuerzo y prudencia entretuviese las cosas de los moros, que estaban á punto de perderse. Con el aviso de aquella desgracia fué de Africa enviado Aza, á quien otros llaman Adham, para que gobernase en España lo que quedaba de los moros, en lugar y en nombre del miramamolín Izit. Este fué ocasion que la provincia, cansada con tantos males, padeciese nuevos trabajos, por inventar, como inventó, tributos muy mayores que antes con intento de empobrecer los pueblos para que no tuviesen brio ni fuerzas los que tenian ánimo y desseo de levantarse. Pasó en esto tan adelante, que mandó á los pueblos y ciudades que se tomaron por fuerza pagasen al fisco y tesoro real la quinta parte de todas sus rentas y proventos, y á los pueblos que se rindieron á partido ordenó pagasen la décima parte. Con esta condicion se permitió á los cristianos que poseyesen sus heredades y haciendas como por via de feudo ó arrendamiento. El moro Rasis dice que hizo pagar á los moros la quinta parte de todos sus bienes con voz y color de ayudar á los pobres, que eran sin número en toda la provincia, como á la verdad fuese su intento que enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brio para alborotarse. Procuró se edificase la puente de Córdoba sobre el rio Guadalquivir. Sujetó algunas ciudades y pueblos á las haldas de Moncayo, que todavía se mantenian en libertad, y entre ellas tomó por fuerza á Tarazona y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes dentro de dos años y medio que duró su gobierno, los suyos que le aborrecian grandemente, se conjuraron contra él y le mataron dentro de Tortosa. Sucediéronle Ambiza, Odra y Jahea, como lo dice el arzobispo don Rodrigo; yo entiendo que gobernaron por algun tiempo á España, dividida en tres partes por no concertar las voluntades de todos ni venir en uno; ó por ventura el gobierno de cada cual destos tres fué de pocos meses. En Asia, sin duda por muerte del emperador Izit, sucedió en aquel imperio su hermano Iscam, que así lo dejó dispuesto el dicho Izit, con condicion que adoptase por hijo y sucesor, como lo hizo, á su hijo Alulit. Encargóse Iscam de aquel imperio el año que se contó 724 de nuestra salvacion, y de los moros 107, como lo dice el arzobispo don Rodrigo en la *Historia de los árabes*, que iguala los unos á los otros; cosa que no debiera hacer, como en otro lugar se ha mostrado. Tuvo aquel imperio por espacio de diez y nueve años. Fué muy esclarecido príncipe por las cosas que hizo y su perpetua prosperidad, si no amancillara las demás virtudes con una insaciable codicia de juntar de todas partes tesoros, por donde si bien en riquezas sobrepujó á sus antepasados, incurrió en grande aborrecimiento de sus vasallos. En tiempo deste Emperador gobernaron por órden á España los siguientes: Odaifa, Himen, Autuma, Albaitan, Mahomad. La aprobacion y aplauso de todos no fué el mismo; el gobierno de cada cual apenas duró un año entero, y en particular Mahomad tuvo el cargo por espacio de solos dos meses, porque se halla que el año de Cristo de 731 despues de todos estos fué proveido en el go-

bierno de España Abderraman, que debió ser el mismo que nombramos arriba. Las cosas deste Gobernador fueron muy famosas, y el remate que tuvieron muy alegre para los cristianos. Esto pide que se haga relacion y memoria por menudo de todas ellas. Aventajóse grandemente en la guerra, demás de las otras partes en que ninguno de los de su nacion se le adelantó en aquel tiempo. Solo fué cruel de su condicion y áspero, no mas con los españoles que con los moros, que por la libertad del tiempo estaban estragados en muchas maneras. De aquí muchos tomaron ocasion de aborrecerle; en particular Muñiz, hombre principal, poderoso y animoso entre los moros, determinó de declararse contra él y alborotar la Gallia Gótica, que, con ocasion de estar léjos y por el mal tratamiento de los que la gobernaban, le siguió con facilidad. En España otrosí se le juntó lo de Cerdania, que está puesto entre los montes Pirineos. Eudon, duque de Aquitania, por valerse dél contra los franceses y moros que le molestaban, hizo con él liga. Fué Eudon en aquellos tiempos hombre grave, diestro y sabio, como se saca de las memorias antiguas; pero todo lo afeó con casar á este Muñiz con una hija suya con intento de obligalle mas con aquel parentesco. Era aquel casamiento ilícito, y siempre fué vedado en las leyes de los cristianos; así, no solo le fué mal contado, sino tambien le salió desgraciado, porque Abderraman, avisado de lo que Muñiz pretendia y de las alteraciones de aquellas gentes, marchó con su campo á lo postrero de España. Puso cerco sobre la ciudad de Cerdania; Muñiz, perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso y de huir si lo intentaba, y mas de perdon si se entregaba, acordó de despeñarse. Su mujer, que dejó en edad florida y era de notable hermosura, junto con la cabeza de su marido fué enviada á Africa en presente muy agradable al supremo emperador de los moros. Muchos presumian que el desastre de Muñiz fué en venganza de las injurias que él habia hecho á la religion cristiana y de la mucha sangre de cristianos que con fiereza de bárbaro derramara. En particular hizo morir á fuego al obispo Anabado, varon muy santo, y que en la edad de mozo que tenia representaba costumbres de viejo. Ensoberbecido Abderraman con esta victoria, rompió por la Francia con gran espanto de los franceses y godos que por aquella provincia moraban. Pasó por donde se tienden las riberas del mar Mediterráneo hasta el rio Ródano sin hallar quién le hiciese resistencia. Puso cerco sobre Arlés, ciudad principal en aquella comarca. Allí acudió Eudon con su gente y vino á las manos con los bárbaros, pero perdió la jornada con tan grande estrago de los suyos cuanto ninguno en aquella edad fué mayor; de quo por largo tiempo dieron bastante muestra los montones de huesos que quedaron cerca de aquella ciudad en el sitio do se dió la batalla. Revolvió despues desto á mano izquierda, y paseada con sus armas vencedoras gran parte de lo mas adentro de Francia, cargó sobre la Aquitania, y pasado el rio Garona, á las riberas del mar Océano, asoló la inclita ciudad de Burdeos y taló los campos, allanó los templos, sin otros infinitos daños que hizo. En aquella parte con gente que de nuevo recogió Eudon, tornó á probar ventura y presentó la batalla al comun enemigo del nombre cristiano. El suceso fué el mismo que antes, contrario á

los nuestros, próspero á los moros. Los de Angulema, los de Perigueux, los de Jantóie y los de Potiers fueron asimismo trabajados con la llama desta guerra. En grande aprieto se hallaban las cosas de los cristianos, porque ¿quién pudiera hacer rostro á los vencedores de Asia y de Africa, y que poco antes habian deshecho el imperio de los godos? Quién se atreviera á ponerse al riesgo de la batalla, pelear con las invencibles fuerzas de aquellos paganos? La misma fama y la nombradía tenia puesto espanto á las demás naciones, y las tenia acobardadas y casi vencidas. Era á la sazón mayordomo mayor de la casa real de Francia Cárlos Martello, el cual, movido del peligro comun, con grandes levas de gente que hizo de Francia, Alemania y Austrasia, que es hoy Lorena, formó un grueso ejército. Muchos le acudieron de su voluntad y como aventureros por el deseo que tenían de apagar aquel fuego perjudicial. Con estas gentes partió en busca del enemigo determinado de darle la batalla. Llegó por sus jornadas á Turs, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de San Martín, obispo de aquella ciudad, de asiento muy apacible, campo fértil, cielo saludable, do soplan ordinariamente los vientos de poniente y mediodía, y entonces estaba sujeta y pertenecía á la Aquitania. Fortificó sus estancias de la otra parte del rio Loire, sobre que está edificada aquella ciudad, y esto para tener seguras las espaldas, que los enemigos, por ser casi innumerables, no los pudiesen cercar. Eudon, olvidado de la enemistad y diferencias que con Martello tenia, por el peligro comun que todos corrían, juntó con él sus fuerzas, cosa que fué de grande importancia para la victoria. Los historiadores franceses dicen que los moros entraron y pasaron tan adelante en la Francia llamados de Eudon, que pretendía con el daño comun satisfacerse de sus particulares agravios; que tal es la costumbre de los hombres mal considerados. Dicen mas, que al presente mudó de parecer á causa que los moros sin tenerle algun respeto corrieron los campos de la Aquitania ó Guieña. Los historiadores españoles callan esto, y es forzoso que lo uno ó lo otro se haya hecho en gracia ó por odio de la nacion española, ca Eudon era señor de Vizcaya, y lo de Aquitania le dieron en dote con su mujer. En negocio dudoso parece lo mas cierto que los moros no fueron llamados por Eudon, y que la fama en contrario no es verdadera, pues peleó antes desto por dos veces con ellos á gran riesgo de su vida y estado. Iban los bárbaros en busca de los nuestros con tanto orgullo, que les parecia nadie se les pondria delante; llegaron donde los nuestros alojaban. Dióse la batalla de poder á poder, que fué de las mas dudosas y señaladas del mundo. Eran los moros cuatrocientos mil, que convidados de la fertilidad de Francia y por ser gente vagabunda, con sus hijos, mujeres y ropa habian pasado la mar para hacer en ella su asiento. El número de los cristianos era muy menor, pero aventajábanse en el esfuerzo y destreza del pelear, y lo que era mas principal, tenían á Dios y la justicia de su parte. La esperanza por ambas partes era grande, y el miedo no menor. Acométense entre sí las haces, cierran y trábanse los escuadrones, embravécese la batalla por todas partes, que por gran espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria por los moros ni por los cristianos; pero en fin, la valentía y valor prevaleció contra aquella gran cavalla.

Grande y casi increíble fué la matanza; murieron trecientos y setenta mil moros, y lo que hizo mucho al caso para que la victoria fuese mas alegre, el mismo Abderraman quedó tendido entre los demás cuerpos muertos. De los vencedores faltaron hasta mil y quinientos, pequeño número para victoria tan grande, si bien eran de los mass señalados, unos en valor y hazañas, otros en la nobleza de sus linajes. La alegría por causa desta victoria fué colmada para todo el cristianismo, no solo por sí misma, que fué muy señalada, sino por la muestra que se dió y esperanza que todos cobraron de que aquella gente, hasta entonces invencible, podría por el esfuerzo de los cristianos ser vencida. Entre todos se señaló en esta batalla á dicho del mismo Martello el duque Eudon, que en lo mas recio de la pelea, como lo tenían antes concertado, con los caballos ligeros y gente mas suelta rodeó los escuadrones con tanta presteza, que antes que mirasen en ello cargó sobre los enemigos por las espaldas y los puso en confusion. Dióse esta dichosa batalla el año de nuestra salvacion de 734, que era el veinte y uno despues de la pérdida de España. En este tiempo tenia el imperio de oriente Constantino, llamado Coprónimo. De las cartas de Eudon al pontífice romano Gregorio se supo en Roma y se tuvo aviso de la victoria y del número de los muertos; de que se entiendo asimismo que el Papa les envió tres esponjas benditas, es á saber, á la manera que se bendicen los *Agnus Dei*, y que todos los que alcanzaron alguna parte de ellas salieron de la batalla sin lesion alguna; cosa maravillosa como verdadera. Los mas cuentan á este pontífice Gregorio por el segundo de aquel nombre; la razon de los tiempos convence que no fué sino el tercero. Abdelmelich sucedió en el lugar de Abderraman, y tuvo el gobierno de los moros en España y en todo lo que della dependia por espacio de cuatro años siguientes, sin señalarse en cosa alguna, sino en crueldad y en cohechar la gente, que volvia en sí despues de tantos trabajos; tacha que, no solo afea á los príncipes y amancilla á los que gobiernan el pueblo, sino es muy grave delito. Como él era, así le sucedieron las empresas. Tuvo comision y órden de acometer la Francia; pero, perdida mucha de su gente á la pasada de los montes Pirineos, fué forzado de volver atrás. En el mismo tiempo, es á saber, el año 737, don Pelayo, primero rey de España, cargado de años y esclarecido por sus proezas, pasó desta vida en Cangas. Su cuerpo sepultaron en Santa Olalla Velaniense, iglesia que él mismo habia fundado en tierra de Cangas. Allí tambien sepultaron su mujer la reina Gaudiosa. Sucedió en el reino sin contradiccion don Favila, su hijo, y le gobernó por espacio de dos años; príncipe mas conocido por su desastrada muerte y por la liviandad de sus costumbres que por otra cosa alguna; pues sin embargo de las muchas guerras que tenia entre las manos, y que su nuevo reino estaba en balanzas, y mas se conservaba por la flaqueza de los moros y revuelta de los tiempos que por las fuerzas de los cristianos, mostraba cuidar poco del gobierno y tener mas cuenta con sus particulares gustos que con el bien comun; en especial era demasadamente aficionado á la caza, y en ella un oso que seguia desapoderadamente le mató, sin que dejase ninguna loa ni en vida ni en muerte. Fué sepultado en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo edificó en tierra de

Cangas, en que se via otrosí antiguamente el sepulcro y lucillo de Froleva, su mujer. Un cierto diácono, llamado Juliano, griego de nacion, docto en las dos lenguas griega y latina, por estos tiempos escribia en Toledo las antigüedades de España y las cosas que hizo don Pelayo. Dícelo cierto autor. Hay quien diga que fué tesalonicense y arcediano de Toledo; item, que se llamaba Juliano Lúcas; item, que comenzó su historia desde el año 455. Urbano, prelado de Toledo, en lo postrero de su edad, Evancio, arcediano de aquella iglesia, Fredoario, obispo de Guadix, varones excelentes por la santidad de sus costumbres y por su doctrina, resplandecian en aquella escuridad de todas las cosas á la manera que las estrellas entre las tinieblas de la noche. Contemporáneo dellos fué Juan, prelado de Sevilla, que tradujo la *Biblia* en lengua arábica con intento de ayudar á los cristianos y á los moros, á causa que la lengua arábica se usaba mucho y comunmente entre todos; la latina ordinariamente ni se usaba ni se sabia. Hay algunos traslados desta traduccion, que se han conservado hasta nuestra edad, y se ven en algunos lugares de España.

CAPITULO IV.

Del rey don Alonso, llamado el Católico.

Falleció don Favila sin sucesion; don Alonso por tanto y Ormisinda, su mujer, segun que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo, fueron recibidos y declarados por reyes con grande alegría de pueblo y en gran pro de todo el reino. Corrian en don Alonso á las parejas las artes de la guerra y de la paz, maravillosos por la constancia que mostró en las adversidades, señalado por la felicidad que tuvo ordinariamente en sus empresas, tan dado al culto de la religion, que por esta causa le dieron renombre de Católico, apellido que antiguamente en el Concilio toledano tercero, en el tiempo que se redujo á la Iglesia católica toda la nacion de los godos, desechadas las herejías de Arrio, con mucha razon se dió al rey Recaredo. Desusóse despues por muchos siglos hasta que Alejandro VI, sumo pontífice, le renovó en don Fernando de Aragon, rey Católico de España, y hizo que se perpetuase en los reyes sus sucesores. Florecia en aquel tiempo España con los bienes de una muy larga paz; Africa y Francia ardian en guerras civiles. Carlos Martello, por la muerte de Eudon, su competidor, se apoderó del grande estado que tenia en Francia. Tres hijos que quedaron del difunto, Aznar, Hunnoldo y Vayfero, como herederos de la enemistad de su padre y con intento de satisfacerse de su contrario, acudieron á las armas. Aznar en aquella parte de España que cae cerca de Navarra tomó á los moros la ciudad de Jaca con otros muchos castillos y plazas, por donde fué tronco y fundador del reino y gente de Aragon, nombre que se tomó del rio Aragon, que pasa por aquella comarca, y junto con el rio Ega mezcla sus aguas con las de Ebro, como en otro lugar se declara. Hunnoldo y Vayfero acudieron á lo de Francia, rompieron con su gente por toda aquella provincia que corrieron hasta pasar el rio Ródano. En todas partes pusieron grande espanto, no perdonaron á varones ni á mujeres, á niños ni á viejos, como acontece que las pasiones de los prínci-

pes descargan de ordinario sobre la gente menuda. Cargó principalmente este daño sobre los allobroges, que son las partes de Saboya y del Delfinado. Viena con grande dificultad se pudo defender. Dende revolviéron contra lo de mas adentro de Francia que cae desta parte del Ródano. Los moros, movidos del deseo que tenían de satisfacerse de la afrenta pasada, demás desto llamados por Mauricio, conde de Marsella, y de Hunnoldo y Vayfero, que pretendian por este camino apretar á Martello y á los franceses, tornaron á hacer guerra en la Francia. Gobernaba por este tiempo los moros de España Aucupa; este tomó á su llegada residencia á Abdelmelich, y con color que no se descargaba bastantemente de lo que le achacaban, le puso en prisiones. Fué Aucupa muy noble entre los suyos, gran celador de su supersticion, de tal guisa, que ningunos delitos castigaba con tanta severidad como los cometidos contra ella. Concertóse pues con Mauricio, conde de Marsella, y con los hijos de Eudon; y con su ayuda y las gentes que metió en Francia pasó tan adelante, que se apoderó de Aviñon, ciudad puesta sobre el rio Ródano, muy ancha y muy noble. Los pueblos comarcanos padecieron queñas, talas y robos. Todo esto sucedió cinco años despues que se dió la batalla muy famosa de Turs, es á saber, el año 739, que fué el primero del reinado de don Alonso. Miserable el estado en que las cosas estaban, grande la avenida de males; pero el valor de Martello sustentó lo de Francia, porque echó los enemigos de aquella provincia, y los arretró desta parte de los Pirineos. Apoderóse de Aviñon y de Narbona, de suerte que casi no quedó por los godos ni por los moros cosa alguna en toda la Francia. La guerra de Africa se hacia y continuaba con mayor calor y pertinacia. Fué así, que Belgio Abenbejio, capitán de gran nombre entre los moros, levantó los del pueblo contra su señor y miramamolín Iseam; no se declara la causa; á muchos les parece bastante para acometer cualquier maldad el deseo de reinar. Diéronse muchas batallas en Africa, los trances fueron variables, la victoria de ordinario quedó por los levantados, con que finalmente Belgio se determinó de pasar en España. Abdelmelich á la sazón era vuelto al gobierno que antes tuvo, por órden de Aucupa que falleció, y por su muerte dejó dispuesto le sacasen de la prision do él tenia y le restituyesen el cargo, lo cual fué para su mal, á causa que Abderraman, enviado delante por Belgio con un grueso ejército para que le allanase la tierra, le prendió dentro de Córdoba y le hizo morir con todo género de tormentos el año 743, en que murió eso mismo el miramamolín Iseam. Sucedió en aquel grande imperio Alulit, hijo de Izit, segun que lo tenían antes asentado. Tuvo sobrenombre de Hermoso; las esperanzas que al principio dió fueron grandes, el suceso diferente. Poníale en cuidado la guerra que Belgio hacia en Africa, cavolvió, segun parece, de España, y las alteraciones que Doran por parte de los levantados continuaba en España. Los movimientos de Africa no hacen á nuestro propósito, ni hay para que relatallos; basta saber que el emperador Alulit al principio de su imperio proveyó para el gobierno de España un hombre principal y prudente llamado Albulcatar, que con su buena maña y con enviar los revoltosos á Africa para que ayudasen en la guerra que allá se ha-

cia, sosegó las alteraciones de España; pero poco despues fué muerto por conjuracion de Zimael, con que Roba, compañero de Zimael y el principal atizador de aquella conjuracion, se apoderó del gobierno y aun del reino de España, sin que nadie le pudiese ir á la mano, porque el emperador Alulit falleció el segundo año de su imperio, que fué el de 744. Quedó por sucesor suyo Ibrahem, su hermano, que no tuvo mejor suceso, ni le duró el señorío mas tiempo que á su predecesor. Fué así, que Maroan, sin embargo que era de su misma parentela y de la nobilísima alcuña entre los moros de los Humeyas, con el ayuda de aquella parcialidad degolló á Ibrahem dentro de su palacio el año segundo de su imperio; y con tanto quedó por señor de todo. En tiempo deste emperador por muerte de Roba, que le mataron en cierta batalla, tuvo el gobierno de España Toba; y muerto este dentro de un año, Juzef, hombre de grandes partes, fué proveído y enviado de Africa en lugar de los dos. Era de grande edad, y sin embargo muy dado á mujeres; pero recompensaba en parte esta falta la destreza que tenia en las armas y la fama de sus proezas. En tiempo deste gobernador de España, en Asia Abdalla, que era de los Alavecinos, casa y linaje nobilísimo entre los moros, se conjuró con los desta parcialidad, y dió la muerte á Maroan el año del Señor de 750. Pareció justa su pretension por la venganza que tomó de la muerte que dieron á su señor; pero en premio de su trabajo se quedó con el imperio, y con intento de asegurarse en él procuró destruir de todo punto y acabar la parcialidad de los Humeyas, linaje y casta de los emperadores pasados. Como lo intentó, así en gran parte lo puso en efecto. En España el año de 753 en Córdoba se vieron tres soles, cosa que causó grande espanto por ser la gente tan grosera y ruda, que no alcanzaba como en una nube de igual grosura y densidad á la manera que en un espejo se pueden representar muchos soles sin algun otro misterio. Como estaban azorados con el miedo, les parecian y se les representaban otras visiones diferentes, como de hombres que iban en procesion con antorchas de fuego. Aumentóse la maravilla y el espanto por causa de una muy grande hambre que por el mismo tiempo se siguió en España por la sequedad que á veces padece y falta de agua. En el entre tanto el rey don Alonso, con intento de aprovecharse de la buena ocasion que se le representaba para ensanchar los términos de su reino, que eran muy angostos, por la discordia de los moros y sus revueltas tan grandes, además que los cristianos estaban cansados de su señorío, juntó las mas gentes que pudo para hacer entrada en las tierras comarcanas. Sucedióle muy bien su pretension y la jornada, porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy, Astorga; en la Lusitania la ciudad de Portu, asentada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Braga, Viseo, Flavia, y mas adentro á Bletisa y Senticia, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó otrosí por aquella comarca á Simancas, Dueñas, Miranda y las ciudades de Segovia y Avila y á Sepúlveda, puesta á las laldas del monte Orospeña á la ribera del rio Duraton, asentada en un sitio muy fuerte, y que antiguamente se llamó Segobriga, y mas adelante Sepúlvega, como consta de sus mismos fueros de que antiguamente usa-

ba, y que era pueblo muy grande y de muy grande autoridad. Demás desto, con las armas vencedoras y en prosecucion de victorias tan nobles, revolió sobre las comarcas de Briviesca y de la Rioja, pueblos que antiguamente se contaban entre los vándulos, y se apoderó de aquellos distritos. La Rioja está en un lado del monte Idúbeda por la parte que el rio Ogia, que se derriba de aquel monte, pasa y se mezcla con el rio Ebro; es tierra muy apacible y muy fértil. Lo mismo hizo de Pamplona en Navarra, y de lo que hoy se llama Alava, parte de Vizcaya. Verdad es que muchos destes pueblos por el vario suceso de las guerras tornaron á perderse, á causa que el poder de los reyes moros de Córdoba en gran perjuicio de los cristianos comenzó á levantarse por este tiempo, segun que poco despues se dirá, y creció adelante mucho en autoridad y fuerzas. Procuró el rey don Alonso y hizo que en las ciudades catedrales que se ganaron fuesen puestos obispos, que reformaban las costumbres de aquellos cristianos y las limpiaban de la maleza que de la conversacion de los moros se les habia pegado. Cultivaban los pueblos con el buen ejemplo, con nuevas leyes que hacian, con declarailles y predicalles la palabra de Dios. Reedificábanse los templos do estaban caidos, y los profanados con la supersticion de los moros los reconciliaban ó consagraban de nuevo. Reparaban los ornamentos de las iglesias por cuanto lo sufría la pobreza de la gente y las rentas reales, que eran muy ténues. Finalmente, una nueva luz se mostraba por todas partes, muy gran materia al presente de alegría, y de mayor esperanza para lo de adelante. Los antiguos geógrafos situaron los vándulos en la Cantabria por aquella parte que es bañada del mar Océano; los antiguos historiadores de España, como hombres de corto ingenio y pequeña erudicion, los pusieron en aquella parte de Castilla la Vieja que antiguamente llamaron los vaceos. Desta opinion procedió otro nuevo engaño, y fué que como don Alonso ganase gran parte de Castilla la Vieja, la cual nuestros historiadores llamaron vándulos, otros se persuadieron que desta hecha quitó á los moros toda la Cantabria ó Vizcaya. Pero por bastantes testimonios se puede mostrar que los moros en ningun tiempo pasaron de un lugar que en Vizcaya vulgarmente se llama la Peña Horadada. El Rey, despues que concluyó cosas tan grandes, falleció en Cangas en edad de setenta y cuatro años, el año que se contaba 757 de nuestra salvacion. Fué príncipe esclarecido y señalado entre todos. Reinó por espacio de diez y nueve años; quién dice de diez y ocho. Dejó cinco hijos, los cuatro de Ormisinda, su mujer, que fueron Froila, Bimarano, Aurelio y Usenda. De otra mujer baja, y aun esclava, tuvo fuera de matrimonio á Mauregato. Hiciéronle exequias y enterramiento muy solemne, no tanto por el aparato y gasto quanto por las verdaderas lágrimas y sentimiento de todos sus vasallos y por las voces del cielo que dicen se oyeron en el enterramiento de ángeles que cantaban aquellas palabras de la divina Escritura: «El justo es quitado, y nadie pone mientes en ello; es quitado por causa de la maldad, y será en paz su memoria.» Sepultaron estos Rey y Reina en Cangas en el monasterio de Santa María. Tuvo don Alonso un hermano, por nombre Froila, mas conocido por dos hijos suyos, Aurelio y Vere-

mundo ó Bermudo, que por otra cosa que dél se sepa. Volvamos á las cosas de los moros, que por estar mezcladas con las nuestras, no se pueden olvidar del todo. En particular será bien declarar la ocasion, los principios y aumento de la discordia muy grande que entre aquella gente se encendió por este tiempo y los cimientos que con esto se echaron de un nuevo y muy poderoso reino de moros que se levantó en España.

CAPITULO V.

De dos linajes los mas principales entre los moros.

Por las armas de los sarracenos y por el vergonzoso descuido de los nuestros la mayor y mas noble parte de la redondez de la tierra quedó vencida y sujeta á los enemigos del nombre cristiano crueles y fieros, los cuales tienen por abominable y por ilícito todo lo que nosotros tenemos por santo. Al principio obedecian todos á una cabeza y á un príncipe, que cuidaba de todo, de la guerra y del gobierno, hacia y deshacia leyes, administraba justicia, hasta las mismas cosas sagradas y pertenecientes al culto de Dios estaban á su cargo. En las historias de los árabes á veces le llaman califa, que en romance quiere decir sucesor, á veces miramamolín, que es lo mismo que príncipe de los que creen. El amor de la nueva supersticion hizo que al principio las cosas estuviesen quietas; adelante con el grande aumento que tuvieron y por sus muchas riquezas resultaron alborotos, y de uno se hicieron muchos imperios. Las causas destas discordias y los sucesos no hacen á nuestro propósito, solo por lo que toca á nuestro cuento me pareció necesario declarar el origen y progreso de dos familias y casas las mas nobles que hubo entre los moros, y por cuyas diferencias resultaron en este tiempo grandes alteraciones. Mahoma, fundador de aquella secta y maestro de la nueva supersticion, dió á muchas provincias guerras, en que siempre le sucedió prósperamente. Fué hombre de ingenio despierto, astuto y malo; usaba de una profunda ficcion y apariencia de santidad, cosa muy á propósito para enganar á la gente; y no hay cosa mas poderosa para ganar las voluntades de la muchedumbre que la máscara de la religion; así fueron innumerables los que engañó en toda su vida. A la muerte, de muchas mujeres con quien ilícita y torpemente se casó, dejó solamente tres hijas, y ningun hijo varon, ca uno que tuvo se le murió de doce años. La mayor de las hijas se llamó Fatima, las otras, Zeinebis y Imicultis; quedaron casadas con hombres principales, y todavía por la muerte de Mahoma los suegros dél se encargaron del gobierno, primero Abubacar, y despues Homar, en lugar de sus hijas y nietos. Despues destes Atuman, marido de Fatima, tuvo el imperio, que por ser la mayor tenia mejor derecho para suceder á su padre. Deste tuvo origen el linaje de los Alavecinos, gente muy poderosa en riquezas y en señorío. A Atuman, no sin contradiccion de muchos y grande alteracion del pueblo, sucedió Moabia, marido de la segunda hija de Mahoma, llamada Zeinebis, fundador que fué del otro linaje muy valido de los Benhumeyas. La causa destes nombres y apellidos no se sabe ni lo que significan. Lo cierto es que á Moabia sucedieron por órden su hijo Izit, y Mauda, su nieto, que perdonó á sus vasallos y les descargó de

la tercera parte de los tributos con que acostumbraban á servir. Muerto Maula, los moros divididos en dos parcialidades, los unos siguieron á Maroan, y los otros á Abdalla, que era, segun yo pienso, del linaje y alcúña de los Alavecinos. Sea licito usar de conjeturas en cosas tan oscuras como son las de aquella nacion. Por lo menos en tiempo del rey Moabia fué maestro de la milicia, que es como entre nosotros condestable, con que tuvo ocasion de granjear muchas riquezas y aliados, y de presente tuvo manera para echar al contrario del reino y quedar solo por señor de todo. Mas con su muerte la corona y cetro volvieron á Abdelmelich, hijo de Maula, que ganó gran renombre por conquistar, como conquistó, toda la Africa, con que él y sus sucesores se hicieron mas poderosos que antes. Las discordias de los emperadores romanos dieron lugar á este daño, que fué una miserable ceguera y una locura de los hombres muy grande; pero mejor será apartar el pensamiento destas cosas, cuya memoria, á manera de cierto aguijon, punza y duele. Falleció Abdelmelich de su enfermedad, y en su lugar sucedió su hijo Ulit, aquel por cuyo mandado Tarif pasó en España, y vencido y muerto el rey don Rodrigo, se apoderó del reino de los godos. En lugar de Ulit sucedió primero su hermano Zulciman, despues Homar y Izit, hijos de Ulit por adopcion de su tio, para que juntamente y con igual poder gobernase aquel imperio. A estos dos sucedió otro hermano tercero, llamado Iscam. A Iscam Alulit, hijo de Izit. Despues de Alulit, con gran voluntad de toda aquella nacion, Ibrahem, su hermano, tomó el gobierno. A este dió la muerte Maroan, dado que era del mismo linaje de los Humeyas, y por fuerza de armas, como queda dicho, se apoderó de todo. Las discordias destes príncipes dieron ocasion á los Alavecinos, que eran del linaje de Fatima, para levantar cabeza y prevalecer como los que tenian sus fuerzas enteras y unidas, y los contrarios al revés divididas y flacas. Abdalla pues, hombre de grande industria y no menor corazon, muerto que hobo á Muroan, que á causa de aquellas revueltas se ballaba con pocas fuerzas, restituyó últimamente á los que descendian de Fatima el imperio de los moros, como queda ya tocado; y para asegurarle mas y perpetuallé en sus descendientes hizo gran carnicería en el linaje de los Humeyas, por ningun otro delito sino por sospechar pretendian el imperio que ya tuvieron; camino por donde de presente se hizo odioso, y para adelante su nombre fué tenido por infame como de cruel y tirano. Fuera desto, Abderraman, que era de los Benhumeyas, fué puesto en necesidad, por escapar de aquella carnicería, de pasar á España para intentar cosas nuevas, por entender que los moros comunmente en aquella provincia eran aficionados á los emperadores pasados y al linaje de los Benhumeyas, á causa de las muchas mercedes que dellos tenian recibidas; con la ayuda de los cuales y el esfuerzo y buena maña de Abderraman se fundó un nuevo reino de moros en aquella provincia, exempto y libre del señorío de los miramamolines de Africa y de los califas de Asia; su asiento en la ciudad de Córdoba, do las demás ciudades acudian como á su cabeza y metrópoli, segun que adelante se entenderá mejor.

CAPITULO VI.

De los reyes Froila, Aurelio y Silon.

Por la muerte de don Alonso el Católico su hijo mayor, llamado Froila ó Fruela, se encargó del gobierno y del reino de los cristianos en España, como era razon y derecho, el año de 737. Tuvo el reino once años y tres meses; su gobierno y fama tuvo mezcla de malo y de bueno. Fué áspero de condicion, inclinado á severidad, y aun mas aficionado á crueldad que á misericordia. Los príncipes con la grande libertad que tienea pocas veces se van á la mano, y de ordinario siguen sus inclinaciones y pasiones. Los aduladores, de que hay gran número en las casas de los reyes, hacen que el mal pase adelante; que no hay quien se atreva á decir la verdad. A los vicios dan nombres de las virtudes á ellos semejantes, y hacen creer que la crueldad es justicia, y que la malicia es prudencia, y así de lo demás, con que todo se pervierte. Verdad es que tuvo algunas cosas de buen príncipe, porque lo primero fundó y edificó á Oviedo, ciudad principal y noble en las Astúrias, si bien algunos atribuyen esta fundacion á su padre el rey don Alonso, pero sin bastantes fundamentos. Dió á la nueva ciudad derecho y honra de obispado. Demás desto, apartó los casamientos de los sacerdotes, costumbre antiguamente recibida por ley de Witiza, y despues muy arraigada por el ejemplo de los griegos, con que se encendió la ira de Dios contra España y incurrió en tan graves desastres y castigos, como lo entendia la gente mas cuerda. Con esta resolucion quanto fué el amor y benevolencia que ganó con los buenos, tanto se desabrío gran parte del pueblo y de los sacerdotes, porque los hombres ordinariamente quieren que lo antiguo y lo usado vaya adelante; y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre. Desta severidad procedió gran parte del odio que en su vida muchos le tuvieron; y despues de su muerte su nombre quedó acerca de los descendientes amaullado y afrentado mas de lo que merecia. Así se puede sospechar, pues fuera de las demás virtudes, en lo que toca á la guerra procuró seguir las pisadas de su padre. En particular el segundo año de su reinado en una gran batalla desbarató á Juzef, gobernador de España por los moros, viejo capitán, y que con un grueso ejército talaba y destruia las tierras de Galicia. Ninguna victoria hobo en aquella era ni mas esclaredad ni de mayor provecho para los cristianos, ca quedaron muertos cincuenta y cuatro mil moros. Esta pérdida fué causa que Juzef, que por espacio de cuatro años hacia resistencia á Abderraman para que no se apoderase de España como pretendia, se acabase de perder; porque como se viese trabajado por el linaje de los Humeyas, huyó de Córdoba; mas por diligencia de sus enemigos fué preso en Granada, de donde escapó y se huyó á Toledo, conñado en la fortaleza de aquella ciudad y con esperanza que aquellos ciudadanos le acudirian. Sucedióle al revés, que como á caído todos le faltaron, y los mismos en quien mas confiaba le dieron la muerte con intento de ganar á su costa la gracia del vencedor. Desde este tiempo, que fué el año de nuestra salvacion 739, y conforme á la cuenta de los árabes 142, todos los moros de España se tornaron á unir debajo de una cabeza y gobierno; y Abderraman Abenhumeya, que tuvo ade-

Jante sobrenombre de Adahil, fundó un nuevo reino de su nacion mas poderoso que antes, exempto de la jurisdiccion de los moros de Africa y de Asia, como poco antes queda apuntado. Sola Valencia, ciudad de los edetanos, parte de la España Tarraconense, se mantuvo por algun tiempo en la devocion antigua; pero últimamente, Abderraman con un largo y apretado sitio que sobre ella puso la forzó por las armas á seguir el partido de las demás. Era grande el odio que este Príncipe mostraba contra nuestra religion, tanto, que los cristianos de aquella ciudad se salieron della, y llevaron consigo á lo postrero de la Lusitania, por la parte que el promontorio Sacro se alarga mucho en el mar, los sagrados huesos del mártir san Vicente, que en tiempos pasados, como queda dicho, padeció en aquella ciudad, al cual ellos adoraban como á Dios, y era célebre por la fama de los milagros; tales son las palabras del moro Rasis, que me pareció poner aquí. Sucedió adelante que un moro, natural de Fez, llamado Alibobaces, andando por allí á caza halló estos hombres, y como los matase, llevó consigo á Africa por esclavos sus hijos, niños de pequeña edad; por cuya informacion adelante se supo el lugar en que quedaron escondidos los sagrados huesos, que fué ocasion de mudar el nombre á aquel promontorio, y llamarse adelante el cabo de San Vicente; pero desto se tornará á hablar en otro lugar. El rey bárbaro, ensoberbecido con tantas victorias y por sucederle todo á su voluntad, acometió á hacer guerra á los gallegos. Por otra parte, puso cerco sobre Beja, ciudad de Portugal, que antiguamente era Pax Julia. De la una y de la otra parte fué rechazado por el esfuerzo y armas del rey don Fruela, el cual, con su buena dicha y diligencia, no solo defendió las tierras de los cristianos de las insolencias de los bárbaros, sino tambien acudió á sosegar las alteraciones de los naturales, en especial de los gallegos, que sospecho andaban alterados por haber quitado las mujeres á los sacerdotes. Asimismo los de Navarra, que andaban levantados, se redujeron á obediencia el año de 761. En esta jornada se casó el rey don Fruela con Menina, otros la llaman Momerana, hija de Eudon, duque de Guena, y hermana de Aznar, que de buena gana vino en este casamiento por estarles á todos muy á cuento. Desta señora nacieron don Alonso, que adelante tuvo el reino y renombre de Casto, y doña Jimena, muy conocida por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad. Pudiera el rey don Fruela ser contado entre los grandes príncipes si no amancillara su fama y sus virtudes con la muerte que dió por sus propias manos á su hermano Bimarano; hecho grandemente inhumano y que le hizo muy odioso. Era Bimarano de gentil disposicion, y con su mucha afabilidad ganaba las voluntades del pueblo; sospechó su hermano que procuraba hacerse rey, y por ventura, como suele acontecer; los que estaban descontentos de la severidad del Rey pretendian tomarle por su cabeza y debajo de su sombra alterar á los demás, porque no se puede entender que don Fruela sin propósito y sin tener alguna causa para ello hiciese cosa tan fea, dado que ninguna pudo ser bastante para excusar exceso tan grave; y él mismo, para aplacar el odio que de aquella muerte resultó, prohibió y nombró por su sucesor en el reino á don Bermudo, hijo del muerto; pero no sirvió de nada, porque los suyos, y en

particular don Aurelio, su hermano, se conjuraron contra él y le dieron la muerte en Cangas. Sepultaron al rey don Fruela y su mujer Menina en la iglesia mayor de Oviedo. En este tiempo Vero, arzobispo de Sevilla, resplandecía por su santa vida, erudicion y libros que escribió. Asimismo Pedro, prelado de Toledo, sucesor de Urbano, por sobrenombre el Hermoso, compuso un libro de cómo se debía celebrar la Pascua, muy alabado en aquel tiempo, enderezado á los de Sevilla, que en esta cuenta andaban errados. A Pedro sucedió Cijila, que escribió la vida de san Ildefonso. Adriano, pontífice romano, enderezó una carta á este prelado, dado que le llama Egila, en que reprehende la costumbre que tenían en España, creo tomada de Grecia, de comer carne los sábados. Yo entiendo que de aquella costumbre por cierta manera de concordia se tomó la que al presente se guarda de comer aquellos dias los menudos y extremidades de los animales; quién dice que esto se introdujo el año de Cristo 4212 cuando los nuestros en el puerto del Muladar ganaron aquella batalla contra los moros tan señalada y famosa, pero no hay para asegurar esto autor ni argumento bastante. Todavía el despenso de la reina doña Leonor, mujer del rey don Juan el Primero, así lo dice, y la *Valeriana*, como se refiere adelante, libro 11, capítulo 21. Las listas antiguas de los arzobispos de Toledo no solo no ponen á Urbano en aquel número, sino tampoco á Pedro, en lugar de los cuales cuentan por predecesores de Cijila á Sunieredo y Concordio. La escuridad de aquellos tiempos es tan grande, que á las veces nos fuerza á reparar, no de otra manera que quien no sabe el camino, llegado á alguna encrucijada se divide en muchas partes, como ninguno de aquellos caminos le descontente, ninguno le agrada. El matador del rey don Fruela, vengador de Bimarano y hermano de entrambos, dado que otros le hacen primo, hijo de don Fruela, que fué hermano del rey don Alonso, entró en el reino y tomó la corona el año de 768. No hicieron caso de don Alonso, hijo del rey don Fruela, para que heredase á su padre, así por su pequeña edad como por el odio que todos á su padre tenían. Reinó don Aurelio seis años y medio; no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria, por lo menos que por ella merezca ser alabado. Verdad es que apaciguó una guerra civil que encendieron los esclavos, ea con deseo de libertad y con la ocasion que les daba la revuelta de los tiempos, se apellidaron en gran número y tomaron las armas; pero la loa que por esta causa ganó la escurrió del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó de darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias. La prosperidad de Abderraman ponía á los nuestros espanto. Temian con razon que las armas de aquel nuevo reino y sus fuerzas muy grandes no oprimiesen las de los cristianos, que de suyo eran flacas, y por la discordia de los parciales á punto de perderse. Procuró el rey don Aurelio de prevenirse de fuerzas contra aquella tempestad que amenazaba, y por esta causa casó su hermana Adosinda con Silon, hombre poderoso y principal, con esperanza y deseo que en vida le ayudaria, si fuese necesario, y despues de muerto le sucederia en el reino por no tener él hijos, ni aun se sabe bastantemente que haya

sido casado. El *Cronicon* del rey don Alonso el Magno dice que el rey don Aurelio fué sepultado en el valle de Jagueya en la iglesia de San Martín. Don Lucas de Tuy dice que le enterraron en Cangas. Dificultoso es concordar estas opiniones, ni como juez sentenciar por la verdad. Quién dice que Jagueya y Cangas es lo mismo, quién que Jagueya es la villa de Yanguas; por esta opinión hace la semejanza de los nombres moderno y antiguo, y que en aquella villa en la iglesia de San Miguel hay una cueva con advocacion de San Andrés, y en ella dos sepulcros ó lucillos juntos el uno del otro, los cuales el pueblo, como cosa recibida de sus antepasados, tiene por de los dos reyes don Favila y don Aurelio; que si esto se recibe, será necesario confesar que el nombre de aquella iglesia con el tiempo se ha mudado, por lo menos que los huesos de aquellos reyes, de do primero estaban enterrados, se trasladaron á aquel lugar; cosa que en el rey don Favila no tiene duda haber primero sido sepultado en otro lugar, como queda arriba señalado, es á saber, en tierra de Cangas. Por la muerte pues de don Aurelio, Silon, su cuñado, fué alzado por rey en Pravia juntamente con Adosinda, su mujer. Reinó por espacio de nueve años, un mes y un día. Enfrenó al principio de su reinado y sosegó los gallegos, que andaban alborotados cerca del monte Ciperio, que hoy se llama Cebreiros. Los motivos y ocasiones desta guerra no se escriben; solo refieren que por ser Silon de grande edad, ó porque naturalmente era enemigo de cuidados y no se hallaba con fuerzas para llevar aquel peso, se resolvió de partir mano, no solo del cuidado de la guerra, sino tambien del gobierno; y para esto por amonestacion de su mujer nombró por su compañero en el reino con pleua autoridad en guerra y en paz á don Alonso, hijo del rey don Fruela. La miseria y mengua destes tiempos fué tal, que cuando la república estaba mas revuelta con las olas de una cruel tempestad y tenia necesidad de un gobernador varonil, entonces por la mayor parte le cabian en suerte reyes sin provecho y cobardes. Desde este tiempo parece que don Alonso tuvo nombre de rey, como se puede mostrar por un privilegio el mas antiguo de cuantos en España se hallan en los archivos, qdado á Santa María de Valpuesta, que hoy es iglesia colegial, y antiguamente era monasterio de monjas. En él por la liberalidad del rey don Alonso se hace donacion á aquel templo de muchas heredades, era de 812, que concurre con el año de Cristo de 774, que fué el primero del reinado de Silon, si ya por ventura los números no están errados. Porque la opinion de los que atribuyen este privilegio á don Alonso el Católico no viene bien con la razon de los tiempos. Y sea lo que fuere en esta parte, la maldicion que en aquellas letras se contiene es muy digna de ser considerada. Dice que el que quebrantare aquella donacion sea anatema, marrano y descomulgado; de las cuales palabras se entiende que esta palabra marrano no se deriva de la palabra moro, como si dijésemos maurano, como algunos sospechan que resultó en Italia en tiempo del emperador Federico Barbaroja por ocasion que muchos moros que estaban á su sueldo, despues de convertidos á la ley de Cristo, la renegaron, sino que antes viene de la palabra siríaca *marranatha*, con que en las divinas letras se significa la descomunion y maldicion, como tambien significan lo

mismo las otras dos palabras griega y latina *anathema* y *excommunicatus*, de que usa aquel privilegio escrito en lengua latina. Por este tiempo Carlo Magno deshizo el reino de los longobardos, que duró en Italia pasados docientos años, con prender en Pavía á Desiderio, su rey. Confirmó otrosí á instancia del papa Adriano la donacion que Pipino, su padre, hiciera á aquella iglesia del exarcado y otras ciudades de Italia, en que entraban Boloña, Ravena, Ferrara y la Emilia, que era la Lombardía allende el Po, Parma y Plasencia, sin otras muchas ciudades y tierras. De la sepultura del rey Silon hay diferentes opiniones; quién dice que le enterraron en Oviedo, por un letrado muy largo que está á la entrada de la iglesia de San Salvador, donde en cierta manera de cifra se lee su nombre, y se dice y repite docientas y setenta veces que hizo aquella iglesia, demás que debajo de aquel letrado hay ocho letras que significan:

AQUÍ YACE SILON; SEÁLE LA TIERRA LIVIANA.

Otros dicen que le sepultaron en Pravia en la iglesia de San Juan Evangelista, que él levantó desde los cimientos, do sin duda fué puesto el cuerpo de su mujer la reina Adosinda.

CAPITULO VII.

De los reyes don Alonso, Mauregato y don Bermudo.

Hechas las honras y enterramiento del rey Silon, don Alonso, su compañero, con gran voluntad de la nobleza quedó solo con el reino el año de 783. El odio que tenian á su padre estaba olvidado, y con la muestra que habia dado de sus virtudes tenia granjeadas las voluntades de todos sus vasallos. Solo Mauregato, su tío, aunque no era legítimo, pretendia se le hizo agravio en anteponerle á don Alonso. Alegaba que tenia mas estrecho parentesco con los reyes pasados y que todos sus hermanos sucesivamente fueron reyes. No faltaban hombres bulliciosos que con deseo de cosas nuevas daban oídos y favor á sus intentos, personas de malos pensamientos y costumbres, cuales son por la mayor parte los que siguen la corte y casas reales. A persuasion destes, por hallar poco arrimo en los cristianos, hizo recurso á los moros; pidióles le ayudasen, y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo, infame concierto; pero tanto puede el desenfrenado deseo de reinar. Son los moros mas que ninguna otra nacion inclinados á deshonestidad. Con el cebo pues destes deleites y por mandado de su rey Abderraman buen número de aquella gente siguió á Mauregato. Alegábase para inclinarlos mas la honra que les resultaba de tener á los cristianos por tributarios y á su rey por sujeto y obligado. No se hallaba don Alonso apercebido de fuerzas bastantes para hacer resistencia y contrastar á tanto poder. Acordó de dar tiempo al tiempo, y mientras duraban aquellos recios temporales se retiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenia muchos aliados, parientes y amigos de Eudon, de quien venia por parte de madre. Era de veinte y cinco años, cuando al principio de su reinado fué despojado. Reinó Mauregato por espacio de cinco años y seis meses sin señalarse en cosa alguna, sino en cobardía, torpeza, y en la grave maldad que cometió por

la traición que hizo á su patria. Sepultáronle en Pravia en la iglesia de San Juan, como lo dice el *Cronicon* que anda en nombre del rey don Alonso el Magno, por lo menos en el ejemplar de Oviedo. Murió en el año del Señor de 788. En el mismo año Abderraman, rey de los moros, despues que reinara por espacio de veinte y nueve años, pasó desta vida en Córdoba, do hacia su residencia, y la qual ciudad adornó con diversas obras magnificas y reales, como fué un castillo que levantó en ella y unos jardines que plantó muy deleitosos, que entonces se llamaban de Rizafa, y al presente se llaman de Arrizafa. Demás desto, dos años antes que muriese, de lo que ganó en la guerra comenzó á fabricar la mezquita mayor, que hoy es la iglesia catedral de Córdoba, por la manera del edificio, gran número y hermosura de columnas sobre que carga la bóveda, una de las obras mas señaladas de España. Dejó nueve hijas y once hijos; nombró en su testamento por sucesor á Zuleman, el mayor de todos, que tenia puesto en el gobierno de Toledo. Esta su ausencia dió ocasion á Isem, que era el hijo segundo, de apoderarse del reino, sin embargo de lo que su padre dejó dispuesto. Tenia muy de su parte las voluntades del pueblo, con cuya ayuda venció en batalla á su hermano y le hizo retirar al reino de Murcia, desde donde por sesenta mil escudos que le dió, renunciado su derecho, pasó en Africa. Despues desto, Abdalla, que era otro hermano, con deseo de cosas nuevas andaba alborotado; mas hizo asiento con él, con que asimismo desamparó á España. Tuvo Isem el reino siete años, siete meses y siete dias. A Mauregato sucedió don Bermudo, llamado el Diácono, porque en su menor edad recibiera aquel órden de la manera que se usa entre los cristianos. Cuyo hijo fuese don Bermudo no concuerdan los historiadores, ni será fácil preferir la una opinion á la otra, ni los que dicen lo uno á los que sienten lo contrario. Entiendo que por la semejanza de los nombres las memorias de aquel tiempo están varias. Quién dice que fué hijo de Bimarano, á quien el rey don Fruela, su hermano, mató por sus manos; quien que fué hijo del otro don Fruela, hermano del rey don Alonso el Católico, opinion que la siguen autores de crédito y antiguos, en particular el *Cronicon* del rey don Alonso el Magno. Reinó tres años y medio; tuvo dos hijos, don Ramiro y don Garcia, en su mujer Numilon ó Ursenda, con quien se casó ilícitamente; pero despues con mejor consejo se apartó della y perseveró en castidad toda la vida. En lo demás fué hombre templado y modesto, mas amigo del sosiego que sufría el estado de las cosas. Locamente se encarga en semejante tiempo del gobierno quien no tiene bastante ánimo, destreza en las armas, esfuerzo y valor y aun fuerzas corporales. Verdad es que hizo una cosa muy loable y que dió mucho contento, es á saber, que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á don Alonso, hijo de su primo hermano el rey don Fruela, al que despojó Mauregato y le forzó recogerse á Vizcaya. Esto fué el año de 794 á 21 de julio, como lo dice Isidoro, pacense, escritor deste mismo tiempo. Reinó desde aquí adelante por espacio de cincuenta y dos años, cinco meses y trece dias. Fué príncipe muy señalado en la prosperidad continua que tuvo en sus cosas, diestro en las armas, clemente, li-

beral, amable á los suyos, y espantoso á los extraños; en la piedad y religion ninguno se la ganara. Con su esfuerzo principalmente se mantuvieron las cosas de España, que estaban para caerse. Ganó grande reputacion y autoridad, y no menos granjeó las voluntades de sus vasallos con una victoria muy señalada que tuvo el tercero año de su reinado de un capitán moro llamado Mugayo. Tenia por cosa afrentosa al nombre cristiano entregar á aquellos bárbaros las doncellas que torpemente concertó Mauregato. No quiso acudirles con aquel tributo; por esta causa un grueso ejército de enemigos rompió y corrió por todas partes sin parar hasta llegar á las Astúrias. Recogió don Alonso sus gentes, salió en busca del enemigo, dióse la batalla cerca de un pueblo llamado Ledos, quedó la victoria por los nuestros, que fué de las mas señaladas que jamás hobo en España, ca murieron setenta mil moros, con que los cristianos comenzaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servilumbre tan grave, y los moros, enflaquecidos sus fuerzas y embarrizados en otras guerras, no pudieron satisfacerse de aquella mengua y daño; y es cosa averiguada que en aquel tiempo en lo postrero de España por la parte que los montes Pirineos se extienden de mar á mar muchas ciudades y pueblos se ganaron de los moros por las armas de los reyes de Navarra y por el esfuerzo de Carlo Magno, rey de Francia, príncipe de autoridad aventajada entre los reyes cristianos, y por sus grandes proezas muy conocido por la fama. Esto puso en necesidad á Isem, rey de Córdoba, de enviar un capitán de gran nombre, llamado Abdelmelich, con ejército bastante para reprimir las entradas por aquella parte y intentos de los cristianos. Lo que resultó fué que los moros tornaron á apoderarse de Girona en lo postrero de España y de Narbona en la entrada de Francia. De allí dice el arzobispo don Rodrigo que para acabar el edificio de la mezquita de Córdoba hicieron traer la tierra en hombros de cristianos, que fué insolencia de bárbaros, olvidados de la modestia y templanza con la prosperidad. Esta tierra haciendo y debió ser alguna suerte de arena con que hace mayor presa la cal. Edificó allí mismo este Rey otra puente en Córdoba cerca del alcázar, y fué el primero entre los reyes moros que para su guarda tomó soldados extraños, es á saber, tres mil cristianos renegados. Fuera destes para los officios y servicio de la casa real tenia dos mil eunucos. Falleció el año de 795; reinó por espacio de veinte y seis años, diez meses y quince dias. Dejó fama de príncipe prudente, justo y liberal como entre aquella gente, y por sucesor á su hijo Athaca.

CAPÍTULO VIII.

De Elipando, arzobispo de Toledo.

A los trabajos de la cautividad, que cuando fueran solos eran muy graves, se allegó una grande discordia en materia de religion. Los principales movedores y cabezas deste mal fueron Félix, obispo de Urgel en lo postrero de España, y su discípulo Elipando, arzobispo de Toledo, hombres de ingenios no groseros ni faltos de erudicion para las finieblas y grandes revueltas y males de aquel tiempo, entre los cuales no tropezar ni ensuciarse fuera cosa semejable á milagro. Porque

¿qué lugar podían tener las letras en medio de servidumbre tan grave, cuando cargados de tributos y trabajos de todas maneras eran forzados á buscar con el sudor de su rostro el sustento cotidiano? ¿Cómo se podían juntar los concilios eclesiásticos, medicina con que de muy antiguo se solían sanar las heridas en la doctrina, y reformar las costumbres de eclesiásticos y seglares? Los nobles y el pueblo, como á cada uno se le antojaba, así ordenaban sus vidas, y de las cosas divinas, sin que nadie les fuese á la mano, cada cual sentía y hablaba lo que le parecía, cosa muy perjudicial. Demás desto, del trato y conversacion con los moros era forzoso se pegasen á los cristianos malas opiniones y dañadas. En particular estos dos prelados despertaron y publicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del Concilio efesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas del fuego y quema pasada. Decían de Cristo que en cuanto hombre era hijo adoptivo de Dios; doctrina falsa y contra razon, contra todas las divinas y humanas letras y religiones. Porque, ¿cómo puede uno mismo ser hijo natural y adoptivo? Pues consta que el hijo adoptivo graciosamente por sola benignidad de su padre, sin que haya cosa alguna que obligue y fuerce, es admitido á la herencia y derechos ajenos, lo que quien dijese de Cristo, sería forzado á reconocer en él y confesar dos hipótesis ó supuestos, que sería otro desatino mas grave. Félix, por estar su obispado cerca de Francia y porque los años pasados los franceses hicieron diversas entradas por aquellas comarcas, sospechan algunos que fué de aquella nacion. Elipando, como el nombre lo muestra, venia de la antigua sangre de los godos. Hacía por ellos su dignidad y autoridad obispal, la fama de sus nombres y letras; alegaban otrosí en favor de su error á los santos Eugenio, Udefonso, Juliano. Ayudábanse, aunque mal, de algunos lugares de las divinas letras, en que Cristo por la parte que es hombre, se dice ser menor que su Padre. Eran de ingenios bulliciosos y ardientes; así con cartas y libros que enviaban á todas partes pretendían con palabras afeitadas persuadir á los demás lo que ellos sentían. En particular Elipando, por la autoridad que tenia muy grande sobre las demás iglesias, escribió á los obispos de Astúrias y Galicia; en especial pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda, mujer que fuera del rey Silon. Ella, como prudentísima y muy santa, respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia, y que se remitía en todo á lo que los obispos y sacerdotes determinasen. En el número de los cuales se señalaron principalmente Beato, presbítero, y Heterio, obispo de Osma, cuya disputa contra Elipando, erudita y grave, se conserva hasta el dia de hoy, obra larga y de mucho trabajo, pero que el lector tendrá por bien empleado el tiempo que gastare en leerla por convencer la mentira con fuertes argumentos. Pasaba la revuelta adelante, y porque las cosas no sucedían como los noveleros pensaban, Elipando se partió de Toledo para las Astúrias y Galicia, provincias en que inficionó á muchos con aquella mala ponzoña, malo y pestilencial olor de su boca. Félix acometió primero á los de Castilla la Vieja, despues en la entrada de Francia á la Septimania, que es la Gascoña, desde allí corrió lo demás de Francia y Alemania sin hacer algun efecto, á causa que toda suerte

de gentes, los grandes, los medianos y los pequeños se espantaban con la nueva manera de hablar, y en público y en secreto condenaban aquella opinion y los que la enseñaban. En aquellas partes se podían juntar concilios de obispos; y así hallo que en Regino, ciudad de Baviera, que hoy dicen es Ratisbona, en presencia de Carlo Magno, rey de Francia, por un concilio de obispos que allí se juntó sobre el caso fué condenado Félix el año de Cristo de 792. De donde enviado á Roma se retrató delante del papa Adriano fingidamente, por lo que adelante se vió, pues fué necesario que se juntase de nuevo concilio en Francfortia, ciudad de Alemania el año de 794, en que se halló presente Carlo Magno y dos obispos Teofilacto y Stéfano, enviados de Roma por legados, y de España por los católicos, Beato, presbítero, y el obispo Heterio. No perdieron por ende el ánimo los noveleros, antes presentaron un memorial á Carlo Magno en que le suplicaban se hallase presente en aquel juicio, y quisiese seguir antes el parecer de muchos que dejarse engañar de pocos. Tratóse el negocio, y ventilóse aquella mala opinion. Condenáronla y juntamente á los que la seguían, si no desistiesen della. En particular á Félix y Elipando pusieron pena de descomunión. Félix, como lo dice Adon, vienesse, fué por los obispos condenado y enviado en destierro, y en Leon de Francia falleció sin desistir jamás de su error; en tanto grado es dificultoso mudar de opinion, y mas en materia de religion, y reportar un entendimiento pervertido para que vuelva al camino de la verdad. Qué se haya hecho de Elipando no se sabe; y creo mas aína, antes es cierto que se reconoció y que obedeció á la sentencia de los obispos y se apartó de su primer parecer. Tengo asimismo por cierto que no salió de España ni compareció en Regino ni en Roma ni en Francfortia. A los antiguos santos que alegaban por sí los errados, y de cuyos dichos se valían, Eugenio, Udefonso y Juliano, carga Carlo Magno en la carta que escribió á Elipando y á los demás sacerdotes de España; dice que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres. Heterio niega que cosa semejante se hallase en los escritos de aquellos santos. Consta otrosí que de la escuela de Félix, pasados algunos años, salió Claudio, de nacion español, obispo de Turin, persona que con opinion de erudito anduvo algun tiempo y conversó en la casa y corte del emperador Ludovico Pio. Este á las mentiras de los pasados, demás de otras cosas, añadió un nuevo dislate, que las imágenes sagradas se debían quitar de los templos; escribió empero contra él aguda y doctamente Jonas, aurelianense, su contemporáneo.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Casto.

Falleció por este tiempo el rey don Bermudo; sepultóse en Oviedo, do antiguamente se veían los Lucillos suyo y de su mujer. Con tanto quedó solo don Alonso en el gobierno. Tiénese por cierto que con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su mujer, que fué la causa de ponelle el sobrenombre de Casto. Para aumento del culto divino levantó desde los cimientos la iglesia mayor de Oviedo, que se llama de San Salvador. Quién dice que el rey don Bermudo fué el que dió principio á

esta noble fábrica, y aun el letrero que está á la entrada de aquel templo, como queda arriba apuntado, atribuye aquella obra al rey Silon. Pudo ser que todos tres entendieron en ella, y que el que la acabó se llevó, como acontece, toda la fama. Lo que consta es que el rey don Alonso fué el que le adornó de muchas preseas, y en particular refieren que dos ángeles en figura de plateros le hicieron una cruz de oro sembrada de pedrería, de obra muy prima, vaciada y cincelada. Persuadióse el pueblo que eran ángeles porque, acabada la cruz, no se vieron mas. El arzobispo don Rodrigo dice que el Rey alcanzó del Papa, que por la razon de los tiempos fué Leon el Tercero, que aquel su templo se juiciese arzobispal; pero engañóse, porque esto sucedió en tiempo del rey don Alonso el Magno. Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en su casa real, y fué que su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debía á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandía ó Sancho, conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él. Fué el matrimonio clandestino, y déj nació el infante Bernardo, carpense ó del Carpio, muy famoso y esclarecido por sus proezas y hazañas en las armas, segun que le alaban y engrandecen las historias de España. El Rey, sabido lo que pasaba, puso en prisiones al Conde, que vino para hallarse en las Cortes. Acusáronle de traicion y de haber cometido ofensa contra la majestad; convecido, fué privado de la vista y condenado á cárcel perpetua; señalaron para su guarda el castillo de Luna, en que pasó lo demás de la vida en tinieblas y miseria; que tal es la paga de la maldad y su deajo. La hermana del Rey fué puesta en un monasterio de monjas. Sin embargo, el Rey hizo criar el infante como si él mismo le hobiera engendrado y hobiera salido de sus entrañas; verdad es que no se crió en la Corte, sino en las Astúrias. La buena crianza fué parte para que su buen natural se aumentase y aun mejorase. Las armas de los moros por estos tiempos no sosesaban; antes Zulema y Abdalla, tíos del nuevo rey moro, que hasta aquí se entretuvieran en Africa, para prevenir que el rey Alhaca, su sobrino, no se fortificase en el reino, pasaron en España con presteza. Abdalla, como hombre mas atrevido, fué el primero que se apoderó de Valencia, ca los ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema despues acudió al llamado de su hermano para socorrelle y ayudalle en sus intentos. Hicieron entradas por los pueblos y ciudades comarcanas; corrieron los campos por muchas partes, pasaron tan adelante, que se atrevieron á presentar la batalla al rey Alhaca, la cual fué muy herida y dudosa. Derramóse en ella mucha sangre, pero en fin Zulema con otros muchos fué muerto. Abdalla se huyó á Valencia; y como viese que tantas veces la fortuna le era contraria, acordó seguir otro partido y tomar asiento con el Rey, á condicion que le señalase rentas en cada un año con que sustentase en aquella ciudad la vida y estado de hombre principal. Para seguridad que cumpliria lo asentado y sosesaria dió en rehenes á sus mismos hijos, que el rey moro recibió y tuvo cerca de sí con aquel tratamiento que convenia tuviesen sus primos hermanos, tanto, que á uno dellos dió por mujer una hermana suya. Todo esto sucedió el año de los ára-

bes 184, conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo, que era el año quinto despues que Alhaca comenzó á reinar. Las discordias que los moros tenian entre sí parece dieron buena ocasion al rey don Alonso para adelantar su partido, pues muchos autores extranjeros, que los nuestros no dicen palabra, atestiguan que por el esfuerzo del rey don Alonso se ganó de los moros la ciudad de Lisbona, cabeza de Portugal, y que envió á Carlo Magno una solemne embajada, en que los principales, Fruela y Basilico, de los despojos de aquella ciudad le llevaron por mandado de su Rey un rico presente de caballos, armas y cautivos, demás desto una tienda morisca, de obra y grandeza maravillosa. Siguieron despues desto algunos alborotos en el reino y alteraciones civiles tan graves, que pusieron al Rey en necesidad de retirarse al monasterio abelense, muy conocido á la sazón, y asentado en ciertos lugares ásperos y breñas de Galicia. Dende con el ayuda de Teudio, hombre principal y poderoso, se restituyó en su reino con mayor honra despues de aquel trabajo. Pero á mi ver en ninguna cosa se señaló mas el reinado de don Alonso ni fué mas dichoso que por hallarse en su tiempo en Compostella, como se halló, el sagrado cuerpo del apóstol Santiago, pronóstico y anuncio de la prosperidad que tendrían mayor que nunca los cristianos. Lo cual será bien declarar cómo sucedió y tomar el agua y corrida de algo mas arriba.

CAPITULO X.

Cómo se halló el cuerpo del apóstol Santiago.

Floreció el culto de la religion cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte de está situada Iria Flavia, que es el Padron, quanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos dioses, y por mandado de los emperadores romanos todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde ni en lo restante del imperio romano ni en el tiempo que los godos fueron señores de España se tenia noticia del sepulcro sagrado del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande el lugar en que estaba se hincho de maleza, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Teodomiro, obispo iriense. Miro, rey de los suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés. Sucedióle por orden Dominico, Samuel, Gotomaro, Vincibil, Félix, Hindulfo, Selva, Leosindo ó Teosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulfo. De los cuales todos, fuera de los nombres, no ha quedado noticia alguna, y con la misma oscuridad de ignorancia y olvido quedaron sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor, que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera. Fué aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Teodomiro, sucesor de Hindulfo, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande

autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se vian y resplandecian muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantejos; mas con deseo de averiguar la verdad fué allí en persona, y con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecía con lumbreras que se veían por todas partes. Hacia desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra hallaron debajo una casita de mármol y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros, y aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los ángeles que á cada paso, dicen, se aparecian, dieron testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha. El Obispo, con deseo de avisar al Rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la corte. Era el Rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demás de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decian; la alegría que recibió fue extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama, primero por España, despues por todo el orbe cristiano, con que la devocion del apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto, que en ningún tiempo se vió acudir á España, aun cuando gozaba de su prosperidad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemania venian, los de léjos y los de cerca, movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devocion con los muchos y grandes milagros que cada día se hacían al sepulcro del santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se habia creído y se divulgaba. Gobernaba á esta sazón la Iglesia romana el pontífice Leon, tercero deste nombre; hicieron recurso á él el rey don Alonso, y á su instancia y en su favor Carlo Magno, que á esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos. Pidieron que el obispo iricense, sin mudar por entonces el nombre que antes tenia, trasladase su silla á Compostella para mas autorizar aquel santo lugar. Venian en ello los grandes y prelados de España. Concedió el Pontífice á tan justa demanda con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera; dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condicion la iglesia de Compostella quedó exempta docientos y setenta y cinco años adelante, cuando por concesion de los pontífices romanos y á instancia de los reyes de España se trasladaron á Santiago los privilegios y autoridad de Mérida, iglesia en otro tiempo metropolitana, como se declara en otro lugar. En los arclivos y becerro de Compostella se halla un privilegio deste rey don Alonso, en que hace donacion á aquella iglesia de aquella nueva pobla-

cion con tres millas de tierra de todas partes en derredor que le señaló por territorio; en él en particular se hace mencion de la invencion que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dejaré de avisar antes de pasar adelante que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago á España, otros, si no los mismos, en la invencion de su sagrado cuerpo por razones y textos que á ello les mueven. Seria largo cuento tratar esto de propósito, y no entiendo sea expediente con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta es. Ni las razones de que se valen nos parecerían tan concluyentes, que por la verdad no militen mas en número y mas fuertes testimonios de papas, reyes y autores antiguos y santos sin excepcion y sin tacha. Finalmente, visto lo que hace por la una y por la otra parte, aseguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan mas certidumbre ni mas abonos en todo que el nuestro de Compostella. Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades.

CAPITULO XI.

Cómo Carlo Magno vino en España.

Que Carlo Magno, rey poderoso de Francia, haya venido, y aun mas de una vez á España, la fama general que dello hay lo muestra, fundada en lo que los escritores antiguos dejaron escrito con mucha conformidad. Primeramente, al principio de su reinado despues de la muerte de su padre vino á España con esperanza de echar los moros de toda ella. Ibnabala, moro, le hizo instancia que emprendiese este viaje en su favor. Pasó los montes Pirineos por la parte de Navarra. Púsose sobre Pamplona, que se le rindió fácilmente. Dejó á Ibnabala por rey de Zaragoza con órden que aquella ciudad le acudiese á él con cierto tributo y parias cada un año. Hecho esto, dió la vuelta y de camino hizo desmantelar la ciudad de Pamplona á causa que no se podia mantener, y con las guerras ordinarias muchas veces mudaba señorío, ya era de moros, ya de cristianos. Tenian los navarros tomados los puertos y estrechuras de los Pirineos. Dieron sobre el fardaje y sobre los tesoros de Francia, saqueáronlo todo, con que Carlo Magno, sin poder tomar emienda del daño, fué forzado de volver á Alemania con poco contento y honra. Pocos años adelante en la parte de Cataluña se le entregaron las ciudades de Girona y de Barcelona. De donde conviene tomar los principios de los condes de Barcelona y de los catalanes, nombrados así de los pueblos catalaunos, puestos en la Gallia Narbonense, cerca de la ciudad de Tolosa, que contra los moros hicieron entrada y asiento por aquella parte de España. Esta derivacion es mas á propósito que la que compone esta palabra de gotos y alanos y la que otros siguen de cierto catalan, gobernador de Aquitania, en el tiempo que Carlos Martelo, como queda arriba tocado, se apoderó por fuerza de aquel ducado y le quitó á los hijos de Eudon. Tomich, historiador catalan, dice que Carlo Magno despues de algun tiempo, ganado que hobo de los moros á Narbona, rompió de nuevo por aquella parte en España, y con las armas sujetó á su corona á Cataluña la Vieja, que estaba asimismo en poder de moros,

en la parte en que antiguamente estuvieron los celtas y por allí; demás desto, que peleó con los moros y los venció en el valle, que desta batalla tomó el nombre de Cárlos. Otros añaden á lo dicho que con la ocasión de haberse hallado el cuerpo de Santiago volvió á España de nuevo para certificarse y ver con sus ojos lo que publicaba la fama y aumentar con su autoridad y presencia la devoción de aquel santuario. Dicen mas, que á instancia suya luego que se enteró de la verdad se dió al prelado de Compostella derecho y autoridad de primado sobre todas las iglesias de España. Pero lo desta venida se debe tener por falso y por invención mal compuesta por muchas razones, que no es necesario poner aquí, pues la mentira por sí misma se muestra. Lo que se averigua es que vuelto de España Carlo Magno, se partió para Roma con intento de amparar y restituir en su silla al sumo pontífice Leon III; el cual, como él sospechaba y era la verdad, á tuerto habian depuesto sus enemigos. Llegado á aquella ciudad, se asentó para conocer de aquel pleito, cuando gran número de obispos que allí se hallaban presentes por su llamado dijeron á voces no ser lícito que alguno juzgase al Sumo Pontífice. Con esto el mismo acusado desde un púlpito con juramento se purgó de los cargos que le hacían, y sus acusadores fueron primero condenados á muerte, despues á ruego del Pontífice se trocó aquella sentencia en destierro. En ningun tiempo la Iglesia de Roma se vió mas autorizada ni la persona del Pontífice mas acatada. Habian los ciudadanos de Roma y el Papa enviado á Carlo Magno antes que allí llegase las llaves de la confesion de san Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma en señal que se ponian en sus manos y debajo de sus alas se amparaban, á causa que por la revuelta de los tiempos los emperadores griegos poco les podian ayudar, el poder de los franceses se aumentaba y se fortificaba mas de cada día. Hicieron pues en presencia lo que en su ausencia tenían acordado, que fué entregalle el imperio de la ciudad de Roma. Corria el año de nuestra salvacion 801, cuando el papa Leon, celebrado que hobo la misa en la iglesia de San Pedro, vispera de Navidad, dió á Carlo Magno el nombre de Augusto, y le adornó de las insignias imperiales. El pueblo romano en señal de su mucha alegría aclamó á Cárlos Augusto, grande y pacífico, vida y victoria. Despues que fué emperador, desde Alemania, do estaba retirado en lo postrero de su edad, vino á España, segun que lo afirman casi todos los historiadores, con esta ocasion. El rey don Alonso, cansado por sus muchos años y con las guerras que de ordinario traia con los moros con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó sería bien valerse de Carlo Magno para echar con sus armas los moros de toda España. No tenia hijos; ofrecióle en premio de su trabajo la sucesion en el reino por via de adopcion. No menospreció este partido el buen Emperador; pero por ser de larga edad y no menos viejo que el rey don Alonso y por tener debajo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reino sería bueno para Bernardo, su nieto de parte de su hijo Pipino, ya muerto, que él había hecho rey de Italia. Con esta resolución emprendió el viaje de España. Seguíale un ejército invencible. Estaba todo para concluirse cuando se pusieron estas prácticas; porque las cosas de los

grandes príncipes y sus confederaciones por intervenir otros en ellas no pueden estar mucho tiempo secretas. Llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sujeta al imperio de los franceses, gente insolente, como ellos decian, y fiera; que no era esto librallos de los moros, sino trocar aquella servidumbre en otra mas grave. Desto se quejaba cada cual en particular y todos en público, los menores, medianos y mas grandes. Todavía ninguno en particular se atrevía á resistir á la voluntad del Rey y desbaratar aquellos intentos. Solo Bernardo del Carpio, feroz por la juventud y por la esperanza que tenía de la corona, soblababa este fuego y se ofrecia por caudillo á los que le quisiesen seguir. El mismo rey don Alonso estaba arrepentido de lo que tenía tratado; tan inciertas son las voluntades de los príncipes. Allegóse á los demás Marsilio, rey moro de Zaragoza, con quien el Emperador estaba enojado por haber despojado de aquel estado á Ibnabala, su confederado. De los unos y de los otros se formó un buen ejército, aunque no bastante para resistir en campo llano. La caballería de Francia es aventajada; acordaron tomar los pasos de los Pirineos y impedir á los franceses la entrada en España. Los escritores extranjeros dicen que Cárlos pasó adelante, y que antes que diese la vuelta venció en batalla á los enemigos y les corrió los campos y la provincia por todas partes; y que, finalmente, cuando se volvía peleó en las estrechuras de los Pirineos. A otros parece mas verdadero lo que nuestros escritores afirman que Carlo Magno no entró desta vez en España, sino que á la misma entrada en Roncesvalles, que es parte de Navarra, se dió aquella famosa batalla. Venian en la vanguardia Roldan, conde de Breñaña, Anselmo y Eginardo, hombres principales. El lugar no era á propósito para ponerse en ordenanza; acometieron los nuestros desde lo alto á los enemigos. Dieron la muerte á muchos antes que se pudiesen aparejar para la pelea y ordenar sus haces. Fué muerto el mismo Roldan, de cuyo esfuerzo y proezas se cuentan vulgarmente en ambas las naciones de Francia y de España muchas fábulas y patrañas. Carlo Magno, visto el temor de los suyos y la matanza que en ellos se ejecutaba, con deseo de reparar y animar su gente, que desmayaba en aquel aprieto, dijo á sus soldados estas palabras: «Cuán fea cosa sea que las armas francesas muy señaladas por sus triunfos y trofeos sean vencidas por los pueblos mendigos de España, envilecidos por la larga servidumbre, aunque yo lo calle, la misma cosa lo declara. El nombre de nuestro imperio, la fuerza de vuestros pechos os debe animar. Acordáos de vuestras grandes hazañas, de vuestra nobleza, de la honra de vuestros antepasados; y los que, vencidas tantas provincias, distes leyes á gran parte del mundo, tened por cosa mas grave que la misma muerte dejaros vencer de gente desarmada y vil, que á manera de ladrones no se atrevieron á pelear en campo raso. La estrechura de los lugares en que estamos no da lugar para huir, ni sería justo poner la esperanza en los pies los que teneis las armas en las manos. No permita Dios tan grande afrenta; no sufrais, soldados, que tan gran baldon se dé al nombre francés; con esfuerzo y ánimo habeis de salir destes lugares; en fuerzas, armas, nobleza, en ánimo, número y todo lo demás os aventaja-

jais. Los enemigos por la pobreza, miseria y mal tratamiento están flacos y sin fuerzas; el ejército se ha juntado de moros y cristianos, que no concuerdan en nada, antes se diferencian en costumbres, leyes, estatutos y religion. Vos tenéis un mismo corazón, una misma voluntad, necesidad de pelear por la vida, por la patria, por nuestra gloria. Con el mismo ánimo pues con que tantas veces sobrepujastes innumerables huestes de enemigos y salistes con victoria de semejantes aprietos, si ya, soldados míos, no estais olvidados de vuestro antiguo esfuerzo, venced ahora las dificultades menores que se os ponen delante.» Dicho esto, con la bocina hizo señal, como lo acostumbraba. Renúvase la pelea con grande coraje, derrámase mucha sangre, mueren los mas valientes y atrevidos de los franceses. Los españoles, por los muchos trabajos endurecidos, peleaban como leones; y la opinion, que en la guerra puede mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios, ca en lo mas recio de la pelea se divulgó por los escuadrones que los moros, como gente que tenia noticia de los pasos, se apresuraban para dar sobre ellos por las espaldas. Ningun lugar hobo ni mas señalado por el destrozo de los franceses ni mas conocido por la fama. Los muertos fueron sepultados en la capilla del Espíritu Santo de Roncesvalles. Siguióse poco despues la muerte de Carlo Magno, que falleció y fué sepultado en Aquisgran el año de Cristo de 814, que fué la causa, como yo entiendo, de no vengar aquella injuria. Don Rodrigo dice que el rey don Alonso se halló en la batalla; los de Navarra, que Fortun Garcia, rey de Sobrarve, tuvo gran parte en aquella victoria; las historias de Francia que, no por el esfuerzo de los nuestros fueron los franceses vencidos, sino por traicion de un cierto Galalon. Entiendo que la memoria destas cosas está confusa por la aficion y fábulas que suelen resultar en casos semejantes, en tanto grado, que algunos escritores franceses no hacen mencion desta pelea tan señalada; silencio que se pudiera atribuir á malicia, si no considerara que lo mismo hizo don Alonso el Magno, rey de Leon, en el *Cronicon* que dedicó á Sebastian, obispo de Salamanca, poco despues deste tiempo, donde no se halla mencion alguna desta tan notable jornada. Esto baste de la empresa y desastre del emperador Carlo Magno. El lector, por lo que otros escribieron, podrá hacer libremente juicio de la verdad. Volvamos á lo que nos queda atrás.

CAPITULO XII.

De lo demás que hizo el rey don Alonso.

Prósperamente y casi sin ningun tropiezo procedian en tiempo del rey don Alonso las cosas de los cristianos con una perpetua, constante, igual y maravillosa bonanza. No solo cuidaba el buen Rey de la guerra, sino eso mismo de las artes de la paz, y en particular procuraba que el culto divino en todas maneras se aumentase. Luego que se acabó de todo punto el templo que con nombre del Salvador se comenzó los años pasados en Oviedo, el mayor y mas principal de aquella ciudad, para que la devocion fuese mayor hizo que siete obispos le consagrasen con las ceremonias acostumbradas el año de 802. Sin esto en la misma ciudad levantó otra iglesia con advocacion de Nuestra Señora,

y junto con ella un claustro ó casa á propósito de enterrar en ella los cuerpos de los reyes, ca dentro de la iglesia no se acostumbraba; otra tercera iglesia edificó de San Tirso, mártir, muy hermosa; la cuarta de San Julian; demás desto, un palacio real con todos los ornamentos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo en el rey don Alonso, que contentándose él en particular con regalo y vestido ordinario, empleaba todas sus fuerzas en procurar el arreo y hermosura de la república, ennoblecer y adornar aquella ciudad que él, primero de los reyes, hizo asiento y cabecera de su reino, como lo refiere don Alonso el Magno. A la misma sazón los moros andaban alborotados, en particular los de Toledo se alzaron contra su Rey. Las riquezas y el ocio, fuente de todos los males, eran la causa, y ninguna ciudad puede tener sosiego largo tiempo; si fuera le faltan enemigos, le nacen en casa. El rey Albaca, como astuto que era, acostumbrado á callar, disimular, fingir y engañar, llamó á Ambroz, gobernador de Huesca, hombre á propósito para el embuste que tramaba, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas, en que echaba la culpa del alboroto á los que tenían el gobierno, y rogaba á los ciudadanos se sosegasen. Es la gente de Toledo de su natural sencilla y no nada maliciosa; sin recefarse de la celada, abiertas las puertas, le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo, finge estar agraviado del Rey; persuádeles pasen adelante en sus primeros intentos, y para mayor seguridad hace edificar un castillo do al presente está la iglesia de San Cristóbal; y para que estuviesen en guarnicion, puso en él buen golpe de soldados. Para sosegar estas alteraciones acudió Abderraman, hijo del rey Moro, mozo de veinte y cuatro años; el cual, con semejante engaño, al primero hizo asiento con los de dentro, y le dejaron entrar. Para ejecutar lo que tenían tramado convidaron los ciudadanos principales á cierto convite que ordenaron dentro del castillo, en que sobre seguro fueron alevosamente muertos por los soldados los del pueblo hasta número de cinco mil, que fué el año de nuestra salvacion de 805. Este castigo tan grande hizo que el pueblo de Toledo se allanase; pero no bastó para que los que moraban en el arrabal de Córdoba no se levantasen. La crueldad antes altera que sana. Fué enviado contra ellos Abdelcarin, capitán de gran nombre, que ganó en el cerco que poco antes tuvo sobre Calahorra, y por los grandes daños que hizo en aquella comarca. Este lo sosegó todo; el castigo de los culpados fué menor que el de Toledo; ahorcó trecientos dellos á la ribera del rio. Esto pasaba en tierra de moros; en la de cristianos dos ejércitos de moros, que hicieron entrada en Galicia y pusieron grande espanto en la tierra, fueron destrozados y forzados con daño á retirarse el año de 810. Ores, gobernador de Mérida, puso sitio sobre la villa de Benavente; pero con la venida del rey don Alonso fué forzado á alzarle y retirarse. De la misma manera Alcama, moro, gobernador de Badajoz, fué rechazado de la ciudad de Mérida, sobre la cual estaba, y de toda aquella comarca. No mucho despues uno, llamado Mahomad, hombre noble entre los moros, ciudadano antiguamente de Mérida, por miedo que tenia de Abderraman no le hiciese alguna fuerza y agravio, bien que lo particular no se sabe, con número de gente se retiró

al amparo del rey don Alonso. Dióle el Rey en Galicia lugar en que morase; pretendia el moro volver en gracia con los de su nacion y tomar por medio alguna empresa contra los cristianos; así, ocho años despues de su venida con las armas se apoderó de un pueblo llamado Santa Cristina; este castillo se ve hoy dos leguas de Lugo. Acudió prestamente el Rey para cortalle los pasos; vinieron á las manos, y pelearon con una porfia extraordinaria; pero al fin el campo quedó por los nuestros con muerte de cincuenta mil moros, y entre ellos del mismo Mahomad, que fué un notable aviso para no fiarse de traidores, en especial de diversa creencia y religion. En tanto que esto pasaba, falleció Alhaca, rey de Córdoba, el año de Cristo de 821, de los árabes 206, de su reino veinte y siete. Dejó diez y nueve hijos y veinte y una hijas. Sucedióle en el reino Abderraman, su hijo, en edad de cuarenta y un años; reinó treinta y uno. Por este tiempo los moros de España pasaron á la isla de Candia, y hicieron en ella su asiento. Dícelo Zonaras. El esfuerzo de Bernardo del Carpio se mostró mucho en todas las guerras que por este tiempo se hicieron; él grandemente se agraviaba que ni sus servicios ni los ruegos de la Reina fuesen parte para que el Rey, su tío, se doliese de su padre y le librase de aquella larga y dura prision. Pidió claramente licencia, y retiróse á Saldaña, que era de su patrimonio, con intento de satisfacerse de aquel agravio en las ocasiones que se ofreciesen. Dende hacia robos y entradas en las tierras del Rey sin que nadie le fuese á la mano. El Rey no era bastante por su larga edad; los nobles favorecian la pretension de Bernardo y su demanda tan justa. Ofendió el Rey por este levantamiento y llegado el fin de su vida de vejez y de una enfermedad mortal que le sobrevino, señaló por sucesor suyo á don Ramiro, hijo de don Bermudo. Hecho esto, acabó el curso de su vida en edad de ochenta y cinco años. Reinó los cincuenta y dos, cinco meses y trece dias. Otros á este número de años añaden los que reinaron Mauregato y don Bermudo por no haber sido verdaderos reyes. Falleció en Oviedo, y fué sepultado en la iglesia de Santa María de aquella ciudad. Sucedió su muerte el año de nuestra salvacion de 843, cuenta en que nos apartamos algun tanto de la que lleva el *Catálogo compostellano*; pero arimados al *Cronicon* del rey don Alonso el Magno, muy conforme en esto á las demás memorias que quedan y tenemos de la antigüedad.

CAPÍTULO XIII.

Del rey don Ramiro.

El reinado del rey don Ramiro en tiempo fué breve, en gloria y hazañas muy señalado, por quitar, como quitó, de las cervices de los cristianos el yugo gravísimo que les tenían puesto los moros y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. A la verdad, el haber España levantado la cabeza y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios se debe al esfuerzo y perpetua felicidad deste gran príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera fué excelente, en los de dentro de su reino admirable; y aunque se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fué mas aventajado. A los nigrománticos y hechiceros castigó con pena de fuego; á los ladrones, en

que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos, pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ajeno y hacerles que no pudiesen mas pecar. A la sazón que falleció el rey don Alonso, don Ramiro se hallaba ocupado en los várdulos, que eran parte de Castiilla la Vieja ó de Vizcaya. La distancia de los lugares y la mudanza del príncipe dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse por fuerza de armas de las Astúrias y llamarse rey. Era hombre muy poderoso, los que le seguian muchos, su autoridad y riquezas muy grandes. Las voluntades y pareceres de los naturales no se conformaban, ca los malos y revoltosos le favorecian; los mas cuerdos, que sentian diversamente, callaban y no se atrevian á declararse por miedo del tirano y por estar las cosas tan alteradas. Acudió el rey don Ramiro á sosegar estos movimientos. Juntáronse de una parte y de otra muchas gentes; dióse la batalla en Galicia á la ribera del rio Narceya; en ella Nepociano fué desamparado de los suyos, vencido y puesto en huida. Es muy justa recompensa de la deslealtad que sea reprimida con otra alevosía; demás que ordinariamente, á quien la fortuna se muestra contraria, en el tiempo de la adversidad le desamparan tambien los hombres. Fué así, que dos hombres principales de los que seguian al tirano, llamados el uno Somna, y el otro Scipion, con intento de alcanzar perdón del vencedor le prendieron en la comarca premarriense y se le entregaron. En la prision por mandado del Rey le fueron sacados los ojos, y encerrado en cierto monasterio, pasó en miseria y tinieblas lo que de la vida le quedaba. Despues destes movimientos y alteraciones se siguió la guerra contra los moros, que al principio fué espantosa, mas su remate y conclusion fué muy alegre para los cristianos, y ella de las mas señaladas que se hicieron en España. Tenia el imperio de los moros Abderraman, segundo deste nombre, príncipe de suyo feroz, y que la prosperidad le hacia aun mas bravo; porque al principio de su reinado, como queda arriba apuntado, hizo huir á Abdalla, su tío, que con esperanza de reinar tomó las armas y se apoderara de la ciudad de Valencia. Demás desto, se apoderó de la ciudad de Barcelona por medio de un capitán suyo de gran nombre, llamado Abdelcarin. Con esto quedó tan orgulloso, que, resuelto de revolver contra el rey don Ramiro, le envió una embajada para requerirle le pagase las cien doncellas que, conforme al asiento hecho con Mauregato, se le debian en nombre de parias; que era llanamente amenazalle con la guerra y declararse por enemigo si no le obedecia en lo que demandaba. Grande era el espanto de la gente, mayor el afrenta que desta embajada resultaba; así los embajadores fueron luego despedidos; valióles el derecho de las gentes para que no fuesen castigados como merecia su loco atrevimiento y demanda tan indigna é intolerable. Tras esto todos los que eran de edad á propósito en todo el reino fueron forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedaron para la labor de los campos, por miedo que si la dejaban serian alligidos, no menos de la hambre que de la guerra. Los mismos obispos y varones consagrados á Dios siguieron el campo de los cristianos. Grande era el recelo de todos, si bien la querella era tan justa, que tenían alguna esperanza de salir con la victoria. Para ganar reputacion

y mostrar que hacian de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper primero y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja, que á la sazón estaba en poder de moros. Al contrario Abderraman juntaba grandes gentes de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones con todo lo demás que entendia ser necesario para la guerra y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos, de moros y de cristianos, cerca de Albelda ó Albaída, pueblo en aquel tiempo fuerte, y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí don Sancho, rey de Navarra, con advocacion de San Martin; al presente está casi deshabitado. La renta del monasterio y la librería que tenia, muy famosa, trasladaron el tiempo adelante á la iglesia de Santa María la Redonda de la ciudad de Logroño, de la cual Albelda dista por espacio de dos leguas. En aquella comarca se dió la batalla de poder á poder, que fué de las mas sangrientas y señaladas que se dieron en aquel tiempo. Nuestro ejército, como juntado de priesa, no era igual en fuerzas y destreza á los soldados viejos y ejercitados que traian los enemigos. Perdiérase de todo punto la jornada si no fuera por diligencia de los capitanes, que acudian á todas partes y animaban á sus soldados con palabras y con ejemplo. Cerró la noche, y con las tinieblas y escuridad se puso fin al combate. No hay cosa tan pequeña en la guerra que á las veces no sea ocasion de grandes bienes ó males, y así fué, que en aquella noche estuvo el remedio de los cristianos. Retiróse el rey don Ramiro á un recuesto, que allí cerca está, con gentes destrozadas y grandemente enflaquecidas por el daño presente y mayor mal que esperaban. El mejorarse en el lugar dió muestra que quedaba vencido, pero, sin embargo, se fortificó lo mejor que segun el tiempo pudo; hizo curar los heridos, los cuales y la demás gente, perdida casi toda esperanza de salvarse, con lágrimas y suspiros hacian votos y plegarias para aplacar la ira de Dios. El Rey, oprimido de tristeza y de cuidados por el aprieto en que se hallaba, se quedó adormecido. Entre sueños le apareció el apóstol Santiago con representacion de majestad y grandeza mayor que humana. Mándale que tenga buen ánimo, que con la ayuda de Dios no dude de la victoria, que el día siguiente la tuviese por cierta. Despertó el Rey con esta vision, y regocijado con nueva tan alegre saltó luego de la cama. Mandó juntar los prelados y grandes, y como los tuvo juntos les hizo un razonamiento desta sustancia: « Bien sé, varones excelentes, que todos conocéis tan bien como yo en qué término y apretura están nuestras cosas. En la pelea de ayer llevamos lo peor, y si no quedamos del todo vencidos, mas fué por beneficio de la noche que por nuestro esfuerzo. Muchos de los nuestros quedaron en el campo, los demás están desanimados y amedrentados. El ejército enemigo, que era antes fuerte, con nuestro daño queda con mayor osadía. Bien veis que no hay fuerzas para tornar á la pelea ni lugar para huir. Estar en estos lugares mas tiempo, aunque lo pretendiésemos, la falta de pan y de otras cosas necesarias no lo permitirían. La dura y peligrosa necesidad de nuestra suerte, el desamparo de la ayuda y fuerzas humanas suplirá el socorro del cielo, y aliviará sin ninguna duda el peso de tantos males, lo que os puedo con seguridad prometer. Afuera

el cobarde miedo, no tape las orejas de vuestro entendimiento la desconfianza y falta de fe. Arrojar en afirmar y creer es cosa perjudicial, mayormente cuando se trata de las cosas divinas y de la religion; porque si las menospreciamos, hay peligro de caer en impiedad, y si las recebimos ligeramente, en supersticion. El apóstol Santiago me apareció entre sueños y me certificó de la victoria. Levantad vuestros corazones y desechad dellos toda tristeza y desconfianza. El suceso de la pelea os dará á entender la verdad de lo que tratamos. Ea pues, amigos míos, llenos de esperanza arremeted á los enemigos, pelead por la patria y por la comun salud. Bien pudiéades con extrema afrenta y mengua servir á los moros; por pareceros esto intolerable tomastes las armas. Rechazad con el favor de Dios y del apóstol Santiago la afrenta de la religion cristiana, la deshonra de vuestra nacion; abated el orgullo desta gente pagana. Acordáos de lo que pretendistes cuando tomastes las armas, de vuestro antiguo valor y de las empresas que habeis acabado. » Dicho esto, mandó ordenar las haces y dar señal de pelear. Los nuestros con gran denuedo acometen á los enemigos, y cierran apellidando á grandes voces el nombre de Santiago, principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros, alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya por vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel ímpetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, segun que lo prometiera al Rey, fué visto en un caballo blanco y con una bandera blanca y en medio della una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron á los nuestros las fuerzas, los bárbaros de todo punto desmayados se pusieron en huida, ejecutaron los cristianos el alcance, degollaron sesenta mil moros. Apoderáronse despues de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavijo, do se dió esta famosa batalla, de que dan muestra los pedazos de las armas que hasta hoy por allí se hallan. Asimismo Albelda y Calahorra volvieron á poder de cristianos. Sucedió esta memorable jornada el año de Cristo de 844, que fué el segundo del reinado de don Ramiro. El ejército vencedor, despues de dar gracias á Dios por tan gran merced, por voto que hicieron, obligaron á toda España, sin embargo que la mayor parte della estaba en poder de moros, á pagar desde entonces para siempre jamás de cada yugada de tierras ó de viñas cierta medida de trigo ó de vino cada un año á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria, voto que algunos romanos pontífices aprobaron adelante, como se ve por sus letras apostólicas. Asimismo el rey don Ramiro expidió sobre el mismo caso su privilegio, su data en Calahorra á 25 de mayo, era 872; yo mas quisiera que dijera 882, para que concertara con la razon del tiempo que llevamos muy puntual y ajustada. Puédese sospechar que en el copiar el privilegio se quedó un diez en el tintero; que el original no parece. Añadieron otrosi en este voto que para siempre, cuando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte, pero esto con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino y trigo al-

ginos pueblos lo pagan. De los despojos desta guerra hizo el Rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa con advocacion de Nuestra Señora, que hasta hoy se ve puesta á las haldas del monte Naurancio, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. La reina, que unos llaman Urraca, otros Paterna, madre de don Ordoño y de don García, proveyó las dichas iglesias y las adornó de todo lo necesario, ea tenia por costumbre de emplear todo lo que podia ahorrar del gasto de su casa y del arreo de su persona en ornamentos para las iglesias, y en particular de la del apóstol Santiago. El fruto desta victoria no fué tan grande como se pensaba y fuera razon, á causa de otra guerra que al improviso se levantó contra España.

CAPITULO XIV.

Cómo los nortmandos vinieron á España.

Aun no estaba quitado el yugo de la servidumbre que los moros, gente venida de la parte de mediodía, tenia puesto sobre nuestra nacion, cuando una nueva peste por la parte de setentrion comenzó á trabajarla grandemente. Fué así que los nortmandos, gente fiera y bárbara, y por no haber aun recibido la fe de Cristo impía y infiel, salidos de Dacia y de Norvegia, como el mismo nombre lo declara que fueron gentes setentrionales, ea nortmando quiere decir hombre del norte, forzados de la necesidad, ó lo que es mas cierto, con deseo de hacer mal, se hicieron cosarios por el mar debajo la conducta de su capitan Rolon. Lo primero acometieron las marinas de Frisia; despues corrieron las de Francia, en particular por la parte que el rio Secuana desagua en el mar Océano, hicieron mas graves y mas ordinarios daños que de ninguno otro enemigo se pudieran temer. Despues desto, talaron las tierras de Nantes por do el rio Loire descarga en el mar; las comarcas de Turs y de Potiers, en que vencido que hobieron en batalla á Roberto, conde de Anjou, pusieron espanto en todas aquellas tierras. Ultimamente, hicieron su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, y hoy del nombre desta gente se llama Normandia; y esto por concesion de los emperadores Ludovico el Segundo y Carolo Craso, que les dieron aquellas tierras á condicion que, pues no se querian del todo sujetar á su señorío, fuesen para siempre feudatarios y movientes de la corona de Francia. Los mismos por este tiempo con gruesas flotas que juntaron en Francia dieron mucho trabajo á los cristianos de España. Primeramente apretaron y talaron todas las marinas de Galicia; pero llegados á la Coruña, como acudiese contra ellos el rey don Ramiro, los que dellos saltaron en tierra quedaron vencidos en batalla y forzados á embarcarse; demás desto, les dieron una batalla naval, en que setenta de sus naves, parte fueron tomadas por los nuestros, parte echadas á fondo. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo, dado que el número de las naves parece muy grande, principalmente que los que escaparon de la rota, doblado el cabo de Finisterre, llegaron á la boca del rio Tajo y pusieron en mucho afán á Lisbona, que habia por este tiempo vuelto á poder de moros, y el año luego siguiente, que se contaba de Cristo 847, con gentes y naves que de nuevo recogieron pusieron cerco sobre Sevilla y talaron los

campos de Cádiz y de Medina Sidonia, en que hicieron presas de hombres y ganados y pasaron á cuchillo gran número de moros. Al fin, despues que se detuvieron mucho tiempo en aquellas comarcas, por un aviso que les vino que el rey Abderraman armaba contra ellos y aprestaba una gruesa armada, se partieron de España con mucha hora y despojos que consigo llevaron. Siguiéronse otras alteraciones civiles entre los cristianos. El conde Alderedo y Piniolo, hombres en riquezas y aliados poderosos, uno en pos de otro se alborotaron y tomaron las armas contra el rey don Ramiro. Las causas destas alteraciones no se refieren; nunca faltan disgustos y desabrimientos; solo se dice que en breve y fácilmente se apaciguaron. Alderedo fué privado de la vista; Piniolo y siete hijos suyos muertos por mandado del rey don Ramiro, el año quinto de su reinado. Falleció poco adelante el mismo en Oviedo despues que reinó siete años enteros; fueron sepultados él y Paterna, su mujer, en la iglesia de Santa María de aquella ciudad, en que se ve un lucillo deste Rey con una letra, que vuelta en romance dice así:

MURIÓ LA BUENA MEMORIA DEL REY RAMIRO Á 1.º DE FEBRERO: RUEGO Á TODOS LOS QUE ESTO LEYÉREDES, NO DEJÉIS DE ROGAR POR SU REPOSO.

Entiéndese que fué allí tambien sepultado don García, hermano del Rey, sin que haya memoria de alguna otra cosa que hiciese en vida ni en muerte, salvo que se halló en la batalla de Clavijo y que el Rey le trataba como si saliera de sus entrañas. En tiempo del rey don Ramiro falleció Teodomiro, obispo de Iria, en cuyo lugar sucedió Ataulfo. Algunos toman deste tiempo el principio de la caballería y órden de Santiago, muy famosa por sus hazañas, pero sin autor alguno ni argumento bastante. Porque los privilegios antiguos, que con deseo de honrar esta religion algunos sin propósito inventaron, ningun hombre de letras los aprueba ni tiene por ciertos. A don Ramiro sucedió su hijo don Ordoño en el año del Señor de 850.

CAPITULO XV.

De muchos mártires que padecieron en Córdoba.

Cruel carnicería y una de las mas bravas y sangrientas que jamás hobo se ejercitaba en Córdoba por estos tiempos y se embravecia contra los siervos de Cristo. Fuegos, planchas ardiendo, con todos los demás tormentos se empleaban en atormentar sus cuerpos. El mayor delito que en ellos se hallaba era la perseverancia en la fe de Cristo y mantenerse en el culto de la religion cristiana, dado que se buscaban y alegaban otros achaques y colores á propósito de no dar muestra que les pretendian quitar la libertad de ser cristianos contra lo que tenian concertado. Abderraman, segundo deste nombre, y Mahomad, su hijo, reyes de Córdoba, como hombres astutos y sagaces, pensaban que harian cosa agradable á Dios y á sus vasallos si de todo punto desarraigasen el nombre cristiano. Además, que para seguridad de su estado les parecia conveniente que, quitada la diferencia de la religion, todos sus súbditos estuviesen entre sí ligados con una misma creencia. Al tiempo que se perdió España, los vencedores otorgaron á los nuestros libertad de mantenerse en la religion de sus antepasados. Con esto, sacerdotes, monjes y mon-

jes con su vestido diferente de los demás, rapadas las barbas, con sus coronas y tonsuras á la manera antigua, se veían en público, así en otras partes como principalmente en Córdoba, donde por la grandeza de aquella ciudad y por estar allí la silla de los reyes moros concurría mayor número de cristianos. Había muchos, así monasterios como templos, consagrados á fuer de cristianos; uno de San Acisclo, mártir, otro de San Zoilo, el tercero de los santos Fausto, Januario y Marcial; demás destos otras tres iglesias de San Cipriano, San Ginés y Santa Olalla, sendas de cada uno, estas dentro de la ciudad. Fuera de los muros se contaban ocho monasterios, uno de San Cristóbal de la otra parte del rio; el segundo en los montes comarcanos con advocacion de Nuestra Señora, y llamado vulgarmente cutedlarensis; el tercero tabanense, el cuarto pilemelariense, con advocacion de San Salvador; el quinto armitatense, de San Zoilo. Demás destos otros tres de San Félix, de San Martín y de los santos Justo y Pastor. En todos estos lugares tocaban sus campanas para convocar el pueblo, que acudia públicamente á los oficios divinos, sin que persona alguna les fuese á la mano; solamente tenían puesta pena de muerte á cualquier cristiano que en público ó en particular se atreviese á decir mal de Mahoma, fundador de aquella secta. Vedábanles otrosí la entrada en las mezquitas de los moros. Como esto guardasen los nuestros, en lo demás les era permitido vivir conforme á sus leyes y casi conservarse en su antigua libertad. Tolerable manera de servidumbre era esta, pues aun se halla que entre los cristianos habia dignidad de condes, si por el contrario no se aumentaran de cada día y crecieran las miserias y agravios. Cuanto á lo primero, los pechos y tributos, que al principio eran templados, de cada día se acrecentaban y hacian mas graves. Los nuestros, apretados con estos gravámenes, pretendian se debían quitar las nuevas imposiciones y derramas; y como no lo alcanzasen, pasaban una vida mas dura que la misma muerte. Destos principios las semillas de los odios antiguos vinieron á madurarse y á reventar la postema. Los fieles trataban de sacudir de sí aquel yugo muy pesado. Los moros abominaban del nombre cristiano, y con solo tocar la vestidura de los nuestros se tenían por contaminados y sucios. Miraban sus palabras, notaban sus rostros y sus meneos; con afrentas y denuestos que les decian buscaban ocasion de reñir y venir á las manos. Los cristianos, irritados con tantas injurias, no dudaban en público de blasfemar de la ley y costumbres de los moros. De aquí tomaron ocasion aquellos reyes y sus gobernadores de perseguir la nacion de los cristianos con tanta mayor crueldad, que no pocos de los nuestros estaban de parte de los moros y reprehendian el atrevimiento de los cristianos, hasta decir claramente que los que muriesen en la demanda no debian en manera alguna ser tenidos por mártires ni como tales honrados, pues no hacian algunos milagros; y sin ser necesario para defender su religion, sino temerariamente y sin propósito, se ofrecian al peligro, y decian denuestos á los contrarios, que no les hacian alguna fuerza, antes les dejaban libertad de mantenerse en la religion de sus padres. Ultimamente, alegaban que los cuerpos de los que morian no se conservaban incorruptos, como se solian conservar antiguamente los de los verdaderos mártires para mues-

tra muy clara de la virtud divina que en ellos moraba. Así decian ellos; cuán á propósito, no hay para qué tratarlo. El obispo Recafredo y el conde Servando eran los principales capitanes y que mas se señalaban en perseguir á los mártires y reprimir sus santos intentos. Personas muy honradas, sin hacer diferencia de edad ni de sexo, eran puestos en hierros y aprisionados en muy duras cárceles. Procuró Abderraman y hizo que en Córdoba se juntasen un concilio de obispos sobre el caso; en él fueron por sentencia condenados como malhechores todos los que quebrantasen las condiciones de la confederacion puesta antiguamente con los moros. Estado miserable, triste espectáculo y feo, burlarse por una parte del nombre cristiano, y por otra los que acudian á la defensa ser en un mismo tiempo combatidos por frente de los bárbaros, y por las espaldas de aquellos que estaban obligados á favorecerlos y animarlos; cosa intolerable que fuesen trabajados con calumnias y denuestos, no menos de los de su nacion que de los contrarios. ¿Qué debian pues hacer? ¿Adónde se podian volver? Muchos sin duda era necesario se enflaqueciesen en sus ánimos y cayesen; otros, llenos de Dios y de su fortaleza, perseveraron en la demanda; muchos por espacio de diez años, que fué el tiempo que duró esta persecucion, perdieron sus vidas y derramaron su sangre por la religion cristiana. El primer año padecieron Perfecto, presbítero de Córdoba, y del pueblo uno, llamado Juan. El segundo año Isaac, monje; Sancho, de nacion francés; Pedro, presbítero de Ecija; Walabonso, diácono ilipulense; los monjes Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando, diácono pacense ó de Beja; Paulo, cordobés; y Maria, ilipulense, hermana que era del mártir Walabonso. En este año principalmente se embraveció contra los mártires el obispo Recafredo, y á muchos puso en prisiones; entre ellos fué uno Eulogio, abad de San Zoilo, que escribió todas estas cosas, varon en aquella edad claro por su erudicion, y por la santidad de su vida muy estimado. El año tercero murieron Gumesindo, presbítero de Toledo, y Deiservo, monje; asimismo Aurelio y Félix con sus mujeres Sabigotona y Lilliosa; Jorge, monje, siro de nacion; Emilia y Jeremías, ciudadanos de Córdoba; tres monjes, Cristóbal, cordobés, Leuvigildo y Rogelo, de Granada; fuera destos, Serviideo, monje de Siria. En este mismo año, es á saber, de 852, falleció de repente Abderraman. Los cristianos decian que era venganza del cielo por la mucha sangre que derramó de los mártires. Confirmóse esta opinion y fama por cuanto en el mismo punto que desde una galería de su palacio, de donde miraba los cuerpos de los mártires que estaban en las horcas podridos, como los mandase quemar, cayó de repente de su estado, y sin poder hablar palabra espiró aquella misma noche, al principio del año treinta y dos de su reinado. Dejó cuarenta y cuatro hijos y cuarenta y dos hijas. En tiempo deste Rey se empedraron las calles de Córdoba, y por caños de plomo se trajo mucha agua de los montes á la ciudad. Fué el primero de aquellos reyes que hizo ley que sin tener cuenta con los demás parientes los hijos sucediesen y heredasen á sus padres, cosa que hasta entonces no la tenían bien asentada; así, en su lugar sucedió su hijo Mahomad; tuvo aquel reino por espacio de treinta y cinco años y medio. Este al principio de su gobierno

echó á todos los cristianos de su palacio; y como quier que por esto no aflojasen en su intento, el año siguiente tornó á embravecerse la crueldad y renovarse las muertes. Martirizaron á Fandila, presbítero y monje de Guadix; Anastasio, monje y presbítero; Félix, monje de Alcalá; Digna, virgen consagrada; Benilde, matrona; Columba y Pomposa, vírgenes. El año adelante tuvo un solo mártir, que fué Abundio, presbítero. El siguiente estos cuatro: Amador, mancebo natural de Martos; Pedro, monje cordobés; Luis, ciudadano de Córdoba; Witesindo, natural de Cabra. En el año seteno desta persecucion fueron muertos Elias, presbítero portugués; tres monjes, Paulo, Isidoro, Argemiro; Aurea, virgen dedicada á Dios, hermana de los mártires Adulfo y Juan. En el año octavo padecieron Rodrigo y Salomon. El noveno pasó sin sangre. En el año postrero y deceno de la persecucion padeció muerte el mismo Eulogio, que animaba á los demás con palabras y con su ejemplo. Su muerte fué en sábado á 11 dias del mes de marzo; y quatro dias adelante derramó su sangre Leoricia, doncella de Córdoba. Escribió la vida de Eulogio Alvaro, cordobés, su familiar y conocido. Allí dice que poco antes de su muerte fué elegido en arzobispo de Toledo, con gran voluntad del clero y del pueblo de aquella ciudad, por muerte de Westremiro. Hay una epístola del mismo Eulogio escrita el año 831 á Welesindo, obispo de Pamplona, y en ella un elogio muy hermoso de Westremiro, por estas palabras: «Despues, dice, del quinto dia volví á Toledo, do hallé todavía vivo á nuestro viejo santísimo, antorcha del Espíritu Santo y lumbrera de toda España, el obispo Westremiro, cuya santidad de vida alumbraba todo el mundo hasta ahora; con honestidad de costumbres y subidos merecimientos refocila el rebaño católico. Vivimos con él muchos dias, y nos detuvimos en su angélica compañía.» Este hospedaje fué ocasion que los ciudadanos de Toledo, al que por la fama de sus virtudes deseaban conocer, visto le comenzaron á estimar y amarle mas y señalarle por sucesor en lugar de Westremiro, si le venciese de dias. En Córdoba, en lugar de Eulogio, pusieron los años siguientes á Sanson, y le hicieron abad de San Zoilo, hombre docto y de ingenio agudo, como lo muestra el apologético que hizo contra Hostigesio, obispo de Málaga, por ocasion que en un concilio de Córdoba le ultrajó y llamó hereje.

CAPITULO XVI.

Del rey don Ordoño.

Hechas que fueron las exequias con grande solemnidad del rey don Ramiro, su hijo don Ordoño tomó las insignias reales y con ellas el nombre, poder y pensamientos de rey. Fué de condicion manso y tratable, sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular modestia, con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera, que ninguno de los reyes fué mas agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran celador de la justicia, virtud necesaria, pero sujeta á engaño en los grandes príncipes, si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos, de que hay gran muchedumbre en las casas

y palacios reales, que suelen armar lazos á sus orejas y dar traspás á la inocencia de los buenos; ca para engordar á sí y á los suyos con la sangre de los otros se aprovechan de lo que ven con el príncipe tiene mas fuerza, para daño de muchos, como sucedió en el rey don Ordoño. Cuatro esclavos de la iglesia compostellana acusaron delante del Rey de un caso muy feo á su obispo Ataulfo, persona de grande y conocida santidad. La *Historia compostellana* dice que le acusaron del pecado nefando. Fué citado y hecho venir á la corte para responder por sí. Antes que fuese al palacio real dijo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el Rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteró mas, ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luego el Obispo á su presencia, y por el hábito y traje que traía; mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra el dicho prelado; lo cual era injusto condenar á ninguno sin oír primero sus descargos. En tan gran peligro Ataulfo armóse de la señal de la cruz; ¡cosa maravillosa! El toro, dejada la brabeza, allegóse á él con la cabeza baja; dejóse tocar los cuernos, que con gran espanto de los que lo vian, se le quedaron en las manos. El Rey y nobles, desengañados por aquel milagro y enterados de su inocencia, echáronse á los piés para pedirle perdón; dióle él de buena gana, diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad y librádose de la afrenta, y pues el buen nombre que injustamente le habian quitado le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de cristiano y de la virtud del ánimo y de la paciencia, que nunca perdiera. Quién dice que descomulgó á los que le acusaron. Lo que se averigua es que, librado de aquel peligro, renunció el obispado y se retiró á las Astúrias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, do estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reinado de don Ordoño. El año segundo uno, llamado Muza, que era del linaje de los godos, pero de profesion moro, persona muy ejercitada en las cosas de la guerra, despertó contra sí las armas de cristianos y moros á causa que públicamente se levantó contra el rey de Córdoba, su señor, y con una presteza increíble se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela. Tras esto corrió las tierras de Francia, en que cautivó dos capitanes franceses que le salieron al encuentro. Con esto puso tan grande espanto en aquella tierra, que el rey de Francia Carlos Calvo acordó de granjearle con presentes que le envió. Emborbecido él con esta prosperidad y olvidado de la inconstancia de las cosas humanas, revolvió contra el rey don Ordoño, con quien y con el de Córdoba se contaba y publicaba por tercero rey de España. Rompió por la Rioja, donde quitó á los cristianos á Alvela, y la fortificó muy bien. El *Cronicon* del rey don Alonso dice que la edificó y la llamó Albaida. Don Ordoño, movido por este atrevimiento, juntó sus huestes; una parte puso sobre aquella plaza; con los demás fué en busca del enemigo, de quien tenia aviso que estaba alojado en el monte Laturso. Llegados que fueron á verse, arremetieron los unos y los otros con gran de-

nuedo y grifería. Tirados los dardos y saetas, vinieron á las espadas. Los fieles con su acostumbrado esfuerzo pelearon valientemente por la patria y por la religion. Duró mucho el combate, pero al fin quedó el campo por los cristianos; murieron diez mil moros, y entre ellos los mas señalados por sus hazañas y nobleza, en particular un yerno del mismo tirano, llamado García. Muza apenas se escapó con muchas heridas, de las cuales entiendo murió. Los despojos muy ricos de los moros y sus reales vinieron en poder de los nuestros. En el mismo tiempo Mahomad, rey de Córdoba, asimismo se apercebía contra el enemigo comun. Parecióle acometer en primer lugar la ciudad de Toledo por ser su sitio muy fuerte y porque con ser la primera al levantarse dió ejemplo y ocasion á las otras ciudades para que hiciesen lo mismo. Hallábase en aquella ciudad Lobo, hijo de Muza, por mandado de su padre, el cual, avisado del estrago que los suyos recibieron cerca de Alvela y con miedo de mayor daño, hizo confederacion con el rey don Ordoño para valerse de sus fuerzas. Envióle el Rey muchos asturianos y navarros en socorro, y por caudillo á don García, su hermano. Mahomad, desconfiado de las fuerzas, acordó usar de maña. Tenia sus reales no lejos de la ciudad; paró una celada en Guadacelete, que es un arroyo cerca de Villaminaya, y era á propósito para su intento. Hecho esto, él mismo con pequeño número de soldados dió vista á la ciudad de Toledo. Los de dentro, engañados por el pequeño número de los contrarios, salieron contra ellos á gran prisa sin órden y sin recato, como si fueran á la presa y no á pelear. Con aquel ímpetu cayeron en la celada; con que, apretados por frente y por las espaldas, con pérdida de mucha gente, los demás cerrados abrieron camino para la ciudad por medio de los enemigos. Doce mil moros y ocho mil cristianos perecieron en aquel encuentro. La fortaleza del sitio valió para que la ciudad, atemorizada por aquella desgracia, no viniese en poder del vencedor. El año siguiente y el tercero talaron los campos de Toledo con entradas que los enemigos hicieron; quemaron las mieses y frutos todos. Los de Toledo, con deseo de vengarse, pasaron hasta Talavera; pero fueron maltratados por el que tenia el gobierno de aquel pueblo, y forzados con daño á dar la vuelta. En fin, causados con tantas desgracias, se rindieron á Mahomad el año de nuestra salvacion de 857. En el cual año los northmandos, conforme á su costumbre, con una armada de sesenta naves corrieron todas las marinas de España por cuanto se extienden al uno y al otro mar. En particular pusieron á fuego y á sangre las islas de Mallorca y Menorca, enojados principalmente contra los moros, porque con el trato que ellos tenian con los cristianos estaban aficionados á nuestra religion. Las casas, templos, campos fueron con ordinarios robos saqueados; pasaron asimismo á Africa, en que hicieron no menores daños. En España Mahomad hizo entrada contra los navarros por la parte de está situada Pamplona y contra aquella provincia de Vizcaya que se llama Alava; no sucedió cosa que de contar sea. En Extremadura, Mérida se rebeló contra el mismo rey de Córdoba, y en castigo fué por su mandado desmautelada. Entre tanto que esto pasaba, don Ordoño, vuelto su ánimo á las artes de la paz, reedificaba las ciudades por la injuria

de los tiempos pasados y de las guerras desiertas y asoladas, sin perdonar á ningun gusto ni cuidado. Estas fueron Tuy, Astorga, Leon, Amaya, que el *Cronicon* del rey don Alonso llama Amagia Patricia. La gente de los moros despues de las alteraciones pasadas y guerras civiles comenzaba á estar dividida en bandos, tanto, que algunos gobernadores de las ciudades, queriendo mas gobernar en su nombre como señores que en el ajeno como vireyes, tomaban ocasion de rebelarse, y á cada paso se llamaban reyes. Era esto muy á propósito para los cristianos, porque los contrarios, enflaquecidas sus fuerzas y divididos entre sí, por partes se podian sobrepujar, que si estuvieran unidos se defendieran de cualquier agravio. Reith estaba apoderado de Coria; de Talamanca, otros dicen de Salamanca, Mozaro; ambos fueron vencidos por don Ordoño y sus ciudades ganadas, los soldados que dentro hallaron todos muertos, los demás, varones, mujeres y mozos vendidos por esclavos. Estos principios y medios de cosas tan grandes desbarató la muerte del Rey, que le sobrevino el año octavo de su reinado; quién añade á este número seis años. Falleció en Oviedo de gota, mal á que era sujeto. Fué allí sepultado en la iglesia de Santa María, enterramiento en aquel tiempo de los reyes. Grande prosperidad tuvo este Rey en sus cosas; solo se le agó con la rota que los suyos recibieron en Toledo, que parece fué en castigo del pecado que cometió en perseguir sin propósito al santo varon Ataulfo. De su mujer Munia, hembra de alto linaje, dejó á don Alonso, que fué su hijo mayor, y á don Bermudo, don Nuño, don Odoario y don Fruela. Algunos dicen que falleció á 27 de mayo; en el año no hay duda sino que fué el de 862, como se muestra por el letrero de una cruz que presentó el rey don Alonso, su hijo, de grande primor y hermosura al templo de Oviedo, que vuelto de latin en romance dice así:

RECIBIDO SEA ESTE DON CON AGRADO EN HONRA DE DIOS, QUE HICIERON EL PRÍNCIPE ALONSO, SERVO DE CRISTO, Y SU MUJER JIMENA. CUALQUIERA QUE PRESUMIERE QUITAR ESTOS NUESTROS DONES, PEREZCA CON EL RAYO DE DIOS. CON ESTA SEÑAL ES DEFENDIDO EL PIADOSO, CON ESTA SEÑAL SE VENCE EL ENEMIGO. ESTA OBRA SE ACABÓ Y ENTREGÓ Á SAN SALVADOR DE LA CATEDRAL DE OVIEDO. HÍZOSE EN EL CASTILLO GAUZION EL AÑO DE NUESTRO REINO DIEZ Y SIETE, CORRIENDO LA ERA 916.

Desto se ve que el año 878 era el diez y siete despues de la muerte del rey don Ordoño. El mismo don Alonso estando en Compostella confirmó un privilegio de su padre con otro en que extiende el territorio de Santiago, que antes era de tres millas en ruedo, á seis. Su data en la era de 900, que fué el año de Cristo de 862; pero pasemos á las cosas del rey don Alonso.

CAPITULO XVII.

De los principios del rey don Alonso el Magno.

Don Alonso, á quien por las grandes partes y prendas que tenia de cuerpo y de ánima y los esclarecidos triunfos que ganó de sus enemigos dieron sobrenombre de Magno, luego que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló á ella presente, sin poner dilacion se partió para Oviedo, ciudad real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto y tomar la posesion del reino, que demás de pertenecerle por de-

recho por ser el mayor de sus hermanos, todos los estados y brazos se le ofrecían con gran voluntad, sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenía catorce años, número de que otros quitan no menos que cuatro años. Yo sospechaba, por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad cuando entró en el reino. En el buen natural que tuvo se igualó á sus antepasados, y aun se la ganó á los mas; era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no menos fué liberal con los pobres y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros, así los que él ganó como los que le dejó su padre, no los empleaba en sus gustos, sino en ayudar las necesidades; virtud que hace á los príncipes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago, que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol, casa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería y por la falta de dineros. Reinó cuarenta y ocho años, como lo dice Sampiro, asturicense. En el principio padeció algunas tormentas. Don Fruela, hijo del rey don Bermudo, era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados; y como persona de sangre real por ventura pretendía pertenecerle la corona, ó por menosprecio que tenía del nuevo Rey, se llamó rey en Galicia. Don Alonso por hallarse flaco de fuerzas y desaperebido, acordó de dar lugar al tiempo y retirarse á aquella parte de Vizcaya que así ahora como entonces se llamaba Alava, dado que era mas ancha que al presente. Pero como el tirano no enderezase el poder que tomara al pro y bien común, sino pretendiese oprimir á sus vasallos, fué muerto por conjuración de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luego don Alonso á las Asturias, donde fué recibido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reino y castigó á los culpados. La parte de Vizcaya que en aquel tiempo se llamaba Alava estaba sujeta á los reyes de Oviedo; lo demás tenía por señor á Zenon, príncipe del linaje de Eudon, duque que fué de Aquitania. Eilon, pariente de Zenon, tenía por el Rey el gobierno de Alava; este, confiado en la revuelta del reino ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el Rey, que en persona acudió á sosegar aquellas alteraciones desde Leon. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia; prendió al mismo Eilon y le envió á Oviedo, y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho despues venció en batalla al mismo Zenon, señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades tambien se alterara. Deste Zenon refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fué mujer de Iñigo Arista, rey de Navarra; la otra Iñiga, dicen que casó con Zuria, que adelante fué señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que descendían los señores de aquella tierra antes que Vizcaya se incorporase en la corona real de Castilla. Con el castigo destes dos los demás tomaron aviso que no debían menospreciar al Rey ni su suñia, y que la traicion es dañosa á los mismos que la hacen. Despues desto, Alava fué dada á un hombre principal, llamado el conde Vigila ó Vela. El señorío de

Castilla poseía el conde don Diego Porcellos. Todo esto sucedió el primer año del reinado de don Alonso. En el siguiente cargó mas el temporal, porque Imundaro y Alcama, capitanes moros, se pusieron sobre la ciudad de Leon; pero el Rey les forzó á alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y de vengarse de los moros hizo liga con los navarros y franceses; y para que el asiento fuese mas firme, casó con una señora del linaje de los reyes de Francia, llamada entonces Amelina, y despues doña Jimena. Deste matrimonio nacieron don Garcia, don Ordoño y don Fruela, que fueron consecutivamente reyes, y tambien don Gonzalo, que al tanto fué arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre sí los moros tenían daban buena ocasion á los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo, confiados en la fortaleza de su ciudad y irritados por la severidad y crueldad de los reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas cuando no son enderezadas por la prudencia y valor de algun buen capitan. Por esto Mahomad Avenloque, que debió ser nieto de Muza, con nombre de rey se encargó del gobierno. La guerra fué de mayor ruido que importancia, á causa que los de Toledo en breve fueron sujetos por el rey de Córdoba. Avenloque y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey don Alonso; él, por entender serian de provecho para la guerra de los moros, los amparó y les hizo muchas caricias. Luego despues desto, ayudado así destes como de franceses, navarros y vizcainos, entró por las tierras de los moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes, con que sin hacer otro efecto despidió y desahizo el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos. El año siguiente, que se contaba 874, los de Toledo, con deseo, á lo que se puede creer, de agradar á los reyes de Córdoba, entraron por tierra de cristianos sin parar hasta el rio Duero. Sobrevino el Rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por do pasa el rio Urbico, ahora Orvigo. En aquella parte dió tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil dellos; y poco despues desbarató otro ejército de cordobeses que venia en pos de los primeros. La matanza que hizo fué mayor, ca perecieron todos, fuera de diez que hallaron vivos entre los cuerpos muertos. Seguíanse con la fuerza del ejército morisco Almundar, hijo del rey de Córdoba, y con él Ibengunimo, capitan de gran nombre. Estos, avisados de la matanza de los suyos, se recelaron de llegar á Sublancia, pueblo en que el Rey estaba, y de noche mas que de paso dieron la vuelta á grandes jornadas. Sin embargo, se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fué preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde tenía alicion á los cristianos. Negoció tan bien, que por su medio se concertaron treguas de tres años, en el cual tiempo hobo sosiego; y despues de pasado, don Alonso con sus gentes que juntó entró por tierra de moros, y pasado Tajo llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todas partes. Desde allí, sin que ningun ejército de moros saliese contra él, dió vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba. En todas estas guerras se señaló sobre todos el esfuerzo y valor de Bernardo del Carpio, que fué causa que la cristiandad en la edad

del Rey, que no era mucha, no recibiese algun daño. Concluidas pues tantas cosas, como hubiese acompañado al Rey hasta Oviedo, tornó de nuevo á hacer instancia sobre la libertad de su padre; que debía bastar prision de tantos años, y era justo que el Rey se inclinase á su peticion, sino por la miseria tan larga y mal tratamiento de aquel desventurado viejo, á lo menos perdonase la culpa del padre por los servicios del hijo; que si ni el respeto del deudo ni sus leales servicios le movian, por demás esperaria mayores mercedes de quien no hacia caso de sus ruegos y lágrimas en demanda tan justificada. Parecia á los mas que Bernardo tenia razon; pero prevaleció, segun yo pienso, el parecer de los contrarios, que decian ser conveniente á la dignidad del Rey vengar la afrenta hecha contra la majestad, y no mudar la sentencia de los antecesores por respeto de ningun particular. Alleróse con esta respuesta Bernardo, salióse de la corte con grande acompañamiento de muchos que se le arrimaron. Edificó cuatro leguas de Salamanca, donde ahora está la villa de Alba, el castillo del Carpio, del cual él mismo tomó el apellido; desde este castillo de ordinario hacia cabalgadas en las tierras del Rey, robaba, saqueaba y talaba ganados y campos. Por otra parte, los moros á su instancia trabajaban grandemente las tierras de cristianos. El Rey, movido destes daños, hizo junta de grandes en Salamanca, que, mudados de parecer, acordaron se hiciese lo que Bernardo pedia, á tal empero que primeramente entregase el castillo; no se sabia, á lo que parece, que el padre de Bernardo era ya muerto en la cárcel. Pues como le hobiesen despojado del castillo y no le restituyesen á su padre, despedido se pasó á Francia y Navarra. En aquellas partes peregrinando de unas tierras á otras acabó la vida en lloro y tristeza, como dicen muchos. Otros lo contradicen, y persuadidos por un sepulcro que hoy se muestra en Aguilar del Campo con nombre de Bernardo, sienten que sufrió con grande ánimo los reveses de la fortuna, y en tanto que vivió, sirvió á su Rey con el esfuerzo y diligencia que solia. A la desgracia de Bernardo se siguió otro nuevo desastre, y fué que don Fruela, no se sabe por qué causa ni por qué agravios, se conjuró de dar la muerte al Rey, su hermano. Descubrióse el trato; y preso, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpetua. La misma sentencia por mandado del Rey se ejecutó en don Nuño, don Bermudo y don Odoario, tambien hermanos suyos, porque se juntaron con don Fruela; castigo cruel, de que resultaron nuevas alteraciones, ca don Bermudo escapó de la cárcel, y con ayuda de su parcialidad se apoderó de Astorga, y en ella se fortificó por algun tiempo, sin reparar hasta venir á las manos con el mismo Rey que iba en su busca; pero fué vencido, y despues de la rota se huyó á tierra de moros. El rey don Alonso por esto tomó ocasion para hacer mayores estragos en las tierras enemigas, en especial fué tan molesto á los de tierra de Toledo, que, pasados algunos años, por gran suma de dinero que dieron, compraron del Rey treguas de tres años; cosa muy honrosa para los fieles, y afrentosa para los bárbaros.

CAPITULO XVIII.

De un concilio que se celebró en Santiago y en Oviedo.

Por este tiempo Ataulfo, obispo de Compostella, dió fin á su muy larga vida en la soledad donde se retiró. Sucedióle Sisenando, hombre de grandes partes, esclarecido por sus muchas virtudes, en particular persuadió al Rey que los deudos de los que acusaron á Ataulfo fuesen á manera de esclavos entregados al templo de Santiago, que fué ejemplo muy nuevo y aun cruel castigar á unos por los pecados de otros, si la grandeza de la maldad no excusase en parte la acedia que con ellos usaron. Trasladó el cuerpo del difunto á Compostella, y con nuevas obras y fábricas aumentó aquel edificio de la iglesia de Santiago; demás desto, á su costa fundó en aquella ciudad un monasterio de benitos, con advocacion de San Martin, y un colegio, que llamó de San Félix, en que los sacerdotes y ministros de Santiago por su larga vejez exemptos y jubilados, habida licencia, fuesen proveidos y sustentados de todos lo necesario. En tiempo deste prelado la iglesia de Oviedo fué hecha arzobispal. Asimismo el templo de Santiago, que con grandes pertrechos y gastos estaba acabado, consagraron ciertos obispos que se juntaron en un concilio con grande solemnidad. No era licito conforme á la leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio, sino fuese con licencia del Papa. Por esta causa Severo y Desiderio, presbíteros, despachados sobre el caso á Roma ganaron del papa Juan VIII un breve, en que hace metropolitana la iglesia de Oviedo, cuyo tenor y palabras son las siguientes: « Juan, obispo, siervo de los siervos » de Dios, á Alonso, rey cristianísimo, y á los venerables obispos y abades y ortodoxos cristianos. Pues que » en el cuidado de toda la cristiandad la sempiterna Providencia nos hizo sucesores de Pedro, principe de los » apóstoles, por la amonestacion de nuestro señor Jesucristo somos apretados, con la cual con cierta voz de » privilegio amonestó á san Pedro diciendo: Tú eres » Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y á » tí dejaré las llaves del reino de los cielos, etc. Al mes- » mo otra vez, acercándose el artículo de la gloriosa » pasion de nuestro Señor, dijo: Yo rogué por tí para que no falte tu fe, y tú, convertido alguna vez, con- » firma tus hermanos. Por tanto, pues la fama de vuestra noticia por estos hermanos que vinieron á visitar » los umbrales de los apóstoles, por Severo y Desiderio, » presbíteros, á nosotros con maravilloso olor de bondad nos es manifestada, con amonestacion fraterna os » exhorto que con la gracia de Dios por guía perseveréis » en buenas obras para que la abundante bendicion de » san Pedro, nuestro protector, y la nuestra os ampare. » Y todas las veces, hijos carísimos, que quisiere alguno de vos venir ó enviar á nos con toda alegría de razon y gozo espiritual de las últimas partes de Galicia, de la cual Dios fuera de mí os hizo rectores, » como legítimos hijos nuestros os recibirémos; y á la » iglesia de Oviedo, que con vuestro consentimiento y á vuestra instancia hacemos metropolitana, mandamos » y concedemos que todos vosotros seais sujetos. Asimismo mandamos que todo lo que á la dicha silla los reyes ó otros cualesquier fieles justamente han ofrecido, ó para adelante con el ayuda de Dios le dieren, sea estable y valedero perpetuamente. Exhorto otrosí á

» todos que tengais por encomendados los portadores
 » destas vuestras letras. Dios os guarde. » Con los dos
 embajadores del Rey envió juntamente el Pontífice á
 España un tercero, por nombre Reinaldo, al cual dió
 otra carta para el Rey, fecha por julio, con palabras
 muy regaladas y blandas, del tenor siguiente : « Juan,
 » obispo, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo
 » Alonso, glorioso rey de las Galicias. Habiendo rece-
 » bido vuestras cartas, porque conocimos que sois de-
 » voto para con nuestra santa Iglesia, os damos muchas
 » gracias, rogando á Dios que crezca el vigor de vues-
 » tro reino y os conceda victoria de vuestros enemigos.
 » Porque como vos, hijo carísimo, pedistes, rogamos
 » á Dios ordinariamente y con instancia que gobierne
 » vuestro reino y os salve, guarde y ampare y levante
 » sobre todos vuestros enemigos. Haced que la iglesia
 » española, y con ellos celebrad concilio. Nos asimis-
 » mo, glorioso Rey, como vos somos apretados por los
 » paganos; pero el omnipotente Dios nos concede dellos
 » triunfo. Por tanto, rogamos á vuestra caridad no dejéis
 » de enviarnos algunos provechosos y buenos moriscos
 » con sus armas y caballos, á los cuales los españoles lla-
 » man caballos alfaraces, para que recibidos alabemos á
 » Dios y os demos las gracias; y por el que los trujere os
 » remuneraremos de las bendiciones de san Pedro. Dios
 » os guarde, carísimo hijo y esclarecido rey. » Dada el
 mes de julio año del Señor de 874. Leidas las cartas
 del Papa, los obispos de todo el reino fueron convoca-
 dos para que á dia señalado acudiesen en cumplimiento
 de lo que se les mandaba. Juntáronse primeramente en
 Compostella buen número de obispos, no menos que ca-
 torce, parte de las ciudades que estaban en poder del
 Rey; los demás de las que tenían los moros, como obis-
 pos de anillo y poco mas que de solo nombre. La cos-
 tumbre de aquel tiempo era tal, que las unas ciudades
 y las otras tenían obispos, principalmente las que ha-
 bían ganado de los moros y poco despues eran vueltas
 á su poder, y aun de las que pretendían ganar en breve
 y reducillas al señorío de cristianos. Con esta traza y
 confianza en lugar de los que morían señalaban y con-
 sagraban otros que les sucediesen. El templo pues de
 Compostella ó de Santiago fué por aquellos obispos con
 grande solemnidad consagrado á 7 de mayo, dia lunes,
 luna undécima, y tres de aureo número, como lo dice
 Sampiro, asturicense; puntos y señales que todas con-
 curren en el año 876, y no antes ni despues por largo
 tiempo. El altar mayor dedicaron al Salvador; dos cola-
 terales, el uno en nombre de San Pedro y San Pablo, el
 otro de San Juan Evangelista; el que cubria los huesos
 del apóstol Santiago no pareció consagrar de nuevo
 por tener entendido que sus siete discípulos le consa-
 garon, solo se dijo misa sobre él. En un monte allí cerca
 consagraron asimismo un templo en nombre del mártir
 San Sebastian, con que la devocion de la iglesia de
 Santiago, que de antes era muy grande, se aumentó
 mucho mas. Once meses adelante por mandado del Rey
 los mismos obispos se juntaron en Oviedo; allí, en cum-
 plimiento de lo que el Papa concedía, resolvieron que
 el obispo de Oviedo fuese arzobispo, y para aquella dig-
 nidad por voto de todos nombraron á Hermenegildo.
 Pareció otrosí nombrar arcedianos, personas de buena
 vida, que dos veces cada un año juntasen sínodos y

diesen orden en todo, como quien había de dar cuenta
 á Dios de su cargo, y juntamente visitasen las diócesis,
 los monasterios y parroquias. Añadieron demás desto
 que los obispos que no tenían diócesis sirviesen al de
 Oviedo de vicarios para que se repartiase la carga entre
 muchos, y él de su renta los sustentase, y que así á es-
 tos como á los demás obispos señalasen sendas igle-
 sias en la ciudad y diócesi de Oviedo, con cuya renta se
 entretuviesen cuando se celebrasen concilios y tuviesen
 donde acojerse á causa de las ordinarias entradas que
 los moros hacían. En cumplimiento deste decreto á
 diez y seis obispos, unos que tenían diócesi, y otros que
 carecían della, señalaron doce templos, al de Leon, de
 Astorga, de Iria, al uicense, al britouiense, al de Oren-
 se, al de Braga, este era arzobispo, al dumienense, al
 tudense, al columbriense, al portucalense, al salman-
 ticense, al cauriense, al cesaraugustano, al calagur-
 ritano, al turiasonense, al oscense. Todos estos nom-
 bres y el número se sacaron de los mismos actos del
 Concilio en gracia de los que son aficionados á la anti-
 güedad, que los cronistas no escriben palabra. De aquí
 sin duda procedió que Oviedo en aquel tiempo se llamó
 ciudad de Obispos, como lo refieren autores muy gra-
 ves. Los aldeaños de aquella diócesis de Oviedo señala-
 ron los mismos obispos, y el Rey la acrecentó en ren-
 tas y posesiones segun lo que se podía llevar, conforme
 á la apretura en que estaban las cosas y los tiempos. Ha-
 lláronse presentes en la una ciudad y en la otra el Rey
 y la reina doña Jimena, los hijos del Rey y los grandes;
 y dada conclusion á todas estas cosas, despilieron el
 Concilio.

CAPITULO XIX.

De lo demás que sucedió en el reinado de don Alonso.

En tanto que estas cosas pasaban, los moros estaban
 sosegados; el largo ocio y la abundancia de España ten-
 nia apagado el brio con que vinieron y ablandado su
 natural belicoso, que fué causa de pasarse algunos años
 sin que sucediese cosa alguna digna de memoria. Solo
 el año 881 en toda España hobo temblores de tierra con
 daño y destroz de muchos edificios. El rey Mahomad
 asistía á los oficios á su modo, cuando un rayo que ca-
 yó de repente en la misma mezquita mató á dos que
 estaban cerca dél, con grande espanto de todos los de-
 más. El año siguiente Abdalla, hijo de Lope, aquel
 que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes que del
 Rey tenía recibidas, como hombre desleal y fementi-
 do, comenzó á tratar de hacerle guerra. Para esto se
 reconcilió y hizo su asiento con el rey de Córdoba. La
 envidia que tenía á sus tíos le llevaba al despeñadero,
 de quien hacia tanta confianza el rey don Alonso, que
 les entregó á su hijo don Ordoño, como por prendas de
 la amistad para que le criasen y amaestrasen. Gran men-
 gua de su padre, pero en tanto se estimaba en aquel
 tiempo la amistad de los moros. Deste principio, aunque
 pequeño, se siguieron cosas mas graves, porque Abda-
 lla, recogidas sus gentes, rompió por las tierras de
 cristianos, las talas fueron muy grandes, los temores y
 esperanzas no menores. Acudió el Rey y venció al Moro
 cerca de Cillorico en una batalla que le dió; asimismo
 le rechazó con daño de Pancorvo, de que pretendía el
 Moro apoderarse. No acometieron la ciudad de Leon,

dado que revolviéron contra ella, á causa de una gruesa guaruición de soldados que dentro estaba. Desta manera sin hacer otro efecto que de contar sea, pasado el rio Astura, hoy Estola, que riega aquellas campiñas y pasa por la misma ciudad de Leon, el ejército enemigo por las tierras de la Lusitania volvió á Córdoba. Iba entre los demás moros Abuhalit; hizo instancia con el rey don Alonso para que le restituyese su hijo Abulcen, que dejara como en rehenes cuando, como se dijo, le dieron libertad. La negociacion fué tan grande, que al fin alcanzó lo que pretendia. Esto sucedió al fin del otoño, el cual pasado y entrado el invierno, Abdalla venció en cierta pelea ó encuentro á los dos Zimaces, tío y hermano suyos, en ciertos lugares ásperos y fragosos; no se dice en qué parte de España, sospecho fué en el reino de Toledo; lo que consta es que los prendió y ahorrados los envió al castillo de Becaria. Revolvió sobre Zaragoza y con el mismo ímpetu la sujetó. Esto fué ocasion que las fuerzas de moros y de cristianos se volviesen contra él, dado que con una embajada envió á excusarse de lo hecho con el rey de Córdoba; y porque no recibia sus excusas, con trato doble y embajadores que de ordinario despachaba al rey don Alonso para asegurarse, procuraba su amistad. En el mismo tiempo los condes don Vela y don Diego hicieron liga contra él como contra enemigo comun. Por otra parte, Almudar, hijo del rey de Córdoba, y Abuhalit fueron enviados de Córdoba para cercar á Zaragoza, acometimiento que fué por demás á causa de la fortaleza de aquella ciudad y la mucha gente que en ella hallaron, además que Abdalla, por las cosas que habia acometido y acabado, se hallaba muy fuerte, rico y feroz. Dieron los de Córdoba vuelta sobre las tierras de Vizcaya y de Castilla, hicieron talas y daños; acudieron los dos condes sobredichos, y forzaron á los moros á salir de toda la tierra. No se descuidaba el rey de Leon, antes tenia juntas sus gentes en Sublancia con intento de no faltar á cualquiera ocasion que se le presentase de dar á los moros, si menester fuese, la batalla, pero ellos se excusaron y se volvieron á su tierra; solo destruyeron el monasterio de Sahagun, que en Castilla la Vieja era y es muy célebre. Y sin embargo, Abuhalit envió algunos moros de secreto al rey don Alonso para tratar de hacer paces; y sobre lo mismo Dulcidio, presbítero de Toledo, fué por el Rey enviado á Córdoba en fin del año 883. En tanto que estos tratos andaban, una armada de moros que se juntó en Córdoba y en Sevilla por mar acometió las riberas de Galicia por estar muchos pueblos sin murallas y que podian fácilmente ser saqueados. No hizo algun efecto la dicha armada á causa de los recios temporales que la desbarataron y echaron á fondo; pocos con el general Abdelhamit escaparon del naufragio y de la tormenta. Al mismo tiempo por diligencia de Dulcidio se asentaron treguas de seis años con los moros, y los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia con voluntad de los cristianos, en cuyo poder estaban, de Córdoba los trasladaron á Oviedo. Siguióse la muerte de Mahomad, año de los árabes 273, de nuestra salvacion 886; dejó treinta hijos y veinte hijas. Fué hombre de ingenio no grosero; para muestra se refiere que un día, como se pasease en sus jardines y cierto soldado le dijese ¡qué hermoso jardín, qué día tan claro, qué siglo tan alegre, si todo esto fuese perpetuo! respondió: Antes si no ho-

biera muerto, yo no fuera rey. Sucedióle Almudar, su hijo, príncipe manso de condicion y liberal, ca al principio de su reinado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion en que acostumbraban pagar de diez uno. Ellos, olvidados deste beneficio, se alborotaron contra él. Aparejábase para sosegar estas alteraciones cuando le sobrevino la muerte antes de haber reinado dos años enteros. Dejó seis hijos y siete hijas. Sucedióle por voto de los soldados Abdalla, su hermano, el año 888; reinó por espacio de veinte y cinco años. Los principios fueron revueltos á causa que Homar, principal entre los moros y de ingenio bullicioso, se levantó contra él. Lisbona, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos se le allegaron. Estas grandes alteraciones tuvieron fácil salida, porque Homar, mudado propósito, alcanzó pordon y se reconcilió con el Rey. Esta facilidad del pordon le fué ocasion y le dió ánimo para tornar en breve á alborotarse. Andaban los moros de muy antiguo divididos en dos parcialidades de Humeyas y Alavecinos, como queda arriba dicho. Con esta division no podia faltar á los amigos de novedades gente y pueblo que los siguiese. Abdalla siguió por todas partes á Homar y le redujo á tal apretura, que se huyó á tierra de cristianos, donde, dejada la supersticion de sus padres, se bautizó, no con sinceridad y de veras, sino con engaño, como se entendió con el tiempo, que todo lo declara. Contra don Alonso se alteraron los vizcaínos; la cabeza y caudillo fué Zuria, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella gente. Acudió don Ordoño, enviado por el Rey, su padre, para sosegar aquella gente; pero fué vencido por los contrarios en una batalla que se dió cerca de Arriogorriaga, y della aquel pueblo tomó este nombre, que significa, como lo dicen los que saben la lengua vizcaína, piedras sangrientas, como quier que antes se llamase Padura. En premio desta victoria hicieron á Zuria señor de Vizcaya, que dicen era de la sangre de los reyes de Escocia. ¿Quién podrá bastantemente averiguar la verdad en esta parte? La aspereza de aquellos lugares, segun yo entiendo, fué causa que el Rey no vengase aquella afrenta, demás de su edad que estaba adelante, y por el mismo tiempo, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba en edificar iglesias en nombre de los santos, y castillos y pueblos para seguridad y comodidad de sus vasallos. En el principio de su reinado reedificó á Sublancia y á Cea cerca de Leon, el castillo de Gauzon á la orilla del mar, puesto sobre un peñol entre Oviedo y Gijon; despues las ciudades de Braga, Portu y Visco, Chaves, que se llamaba antiguamente Aquae Flaviae, y tambien la ciudad de Oca, todos pueblos que habian estado largo tiempo destruidos y deshabitados. El mismo daño padeció Senticia, y con la misma liberalidad y cuidado fué reparada con nombre de Zamora por las muchas piedras turquesas que por allí se hallan, que se llaman así en lengua morisca. A don Garcia, su hijo, dió el Rey cuidado de edificar á Toro, que los antiguos llamaron Sarabis. Asimismo ganaron de los moros á Coimbra en Lusitania, en Castilla la Vieja Simaucas y Dueñas con toda la tierra de Campos, comarca que, á ejemplo de Italia y de Francia, se puede en latin llamar Campania. El grande y real monasterio de Sahagun, que los moros asolaron, fué de nuevo reparado y vuelto á los monjes de San Benito; al cual ninguno en grandeza, majestad y rique-

CAPITULO XX.

De los reyes don García y don Ordoño el Segundo.

zas se aventajó antiguamente en España, y aun hoy es de los mas nombrados que en ella se hallan. Para tan grandes y tantas obras no bastaban los tesoros reales ni sus haberes; impuso nuevos pechos y derramas, cosa que se debe siempre excusar, si no es cuando la república se halla en tal aprieto, que todos entienden es forzoso sujetarse á la necesidad si se quieren salvar. Esta verdad se entiende mejor por lo que resultó. Estaban los vasallos por esta causa desgraciados; la reina doña Jimena, que tambien andaba desgustada con su marido, persuadió á don García, su hijo, que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las armas contra su padre. No se descuidó el Rey, aunque viejo y flaco; acudió luego á Zamora, prendió á su hijo y mandóle guardar en el castillo Gauzon. No pararon en esto los desabrimientos y males. Era suegro de don García Nuño Hernandez, conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y en vasallos. Este, con ayuda de la Reina y de los hermanos del preso, hizo brava guerra al Rey, que duró dos años. A cabo dellos los conjurados salieron con su intento, y el pobre Rey, cansado del trabajo ó con deseo de vida mas reposada, renunció el reino y le dió á su hijo don García. A don Ordoño, el otro hijo, dió el señorío de Galicia. Lo uno y lo otro sucedió el año 910. El cual año pasado, como don Alonso hobiese ido en romería á Santiago por su devocion, con voluntad de su hijo hecha de nuevo una buena entrada en tierra de moros, falleció en la ciudad de Zamora. Su cuerpo y el de su mujer sepultaron, primero en Astorga, despues fueron trasladados á Oviedo. En el mismo tiempo Abdalla, rey de Córdoba, en edad de setenta y dos años murió en Córdoba; dejó doce hijos y trece hijas. De Abdalla, hijo de Lope, no se sabe lo que se hizo; no faltara diligencia si se descubriera camino para averiguar esta y semejantes faltas. Habrémos de usar de conjeturas. Entiendo que con ayuda de los reyes de Oviedo se mantuvo en el señorío de Zaragoza, y que dél descendieron los reyes que fueron adelante de aquella noble ciudad. El reino de Córdoba hobo Abderraman, nieto de Abdalla, hijo de Mahomad, cosa nueva entre los moros, que fuese el nieto antepuesto á los hijos del difunto, tios que eran del nuevo Rey. Tenia veinte y tres años quando tomó la corona, y gozóla por espacio de cincuenta años. Llaméronle por sobrenombre Almanzor Ledin Alla, es á saber, defensor de la ley de Dios, y tambien Miramamolín, que quiere decir príncipe de los que creen. Tal es la costumbre que quando los imperios se van á caer entonces los que los tienen, para disimular su corbardía y flaqueza, se arman y afeitan con apellidos magníficos. Verdad es que Abderraman se puede contar entre los grandes reyes, así en el gobierno como en las cosas de la guerra. Por todo el tiempo de su vida tuvo atencion á componer las discordias de su nacion y sosegar las parcialidades que amenazaban mayores daños; administraba justicia con mucha rectitud; edificó un castillo junto á Córdoba; en Africa tomó la ciudad de Ceuta; demás desto, con real magnificencia aumentó y mejoró las ciudades y pueblos de todo su reino. Comenzó á reinar el año 300 de los árabes, conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo, que en este lugar no se aparta de la verdadera.

El poder adquirido malamente no suele ser duradero. Así don García el reino que tomó por fuerza á su padre tuvo solos tres años. En este tiempo hizo de nuevo guerra á los moros, entró por sus tierras, taló los campos, saqueóles los lugares, y á un señor moro, llamado Ayola, que le salió al encuentro, venció en batalla y le cautivó; pero á la vuelta por culpa de las guardas se les escapó cerca de un lugar llamado Tremulo. El Rey falleció en Zamora, año de nuestra salvacion de 913. No dejó sucesion; por esto don Ordoño, su hermano, sabida su muerte, de Galicia, donde tenia el señorío, sin dilacion vino á tomar la corona. Fué buen príncipe y templado, si lo postrero fuera conforme á los principios, y no ensuciara sus manos con la sangre inocente de los condes de Castilla. Reinó por espacio de nueve años y medio. Lo primero, para ganar reputacion y quebrantar la soberbia de los moros, con gente de los suyos que juntó rompió por el reino de Toledo. Puso sitio sobre Talavera, villa principal y de muy alegre suelo y cielo, noble por los muchos moradores, y fuerte por sus muros, en gran parte de sillería. Envió el rey de Córdoba buen golpe de gente para socorrer los cercados; mas fué vencida en batalla y el pueblo entrado por fuerza; puesto á saco, le quemaron á causa que no se podia conservar por estar de todas partes rodeado de moros. El gobernador del pueblo con otros muchos fué preso; el ejército, cargado de despojos moriscos y alegre, volvió á su tierra. El rey de Córdoba, dudoso por aquel principio de lo que podria suceder y temiendo las fuerzas de aquel Rey brioso, envió á rogar con humildad al rey de la Mauritania que de Africa le proveyese de socorros y de gentes. Vino el Africano en ello, movido por el peligro de su nacion con deseo de rebatir el orgullo de los cristianos, que de cada dia mas y mas mejoraban su partido. Despachó buen número de gente africana y por su capitán á Almotaraf. Juntóse con estos el ejército de los moros de España, y por general de todos un moro llamado Avolapaz. Entraron por tierra de cristianos hasta llegar á la ribera de Duero. Salíóles el Rey al encuentro, dióse la batalla cerca de Santisteban de Gormaz, que fué muy reñida y por grande espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria. Ultimamente, muertos los dos capitanes moros y gran número de su gente, los demás se pusieron en huida. Con esto los cristianos quedaron libres de un gran cuidado y congoja, por considerar el peligro en que las gentes de Africa pondrian á los que apenas podian contrastar al poder de los moros de Córdoba. Para que el fruto de la victoria fuese mayor pareció apretar á los moros, que vencidos y medrosos estaban, y en seguimiento de la victoria dar el gasto á los campos y pueblos de la Lusitania hasta llegar á Guadiana; en particular las tierras de Mérida y de Badajoz padecieron mayores daños. El espanto de los naturales fué tan grande, que procuraron tomar algun asiento con el vencedor hasta comprar por gran dinero la paz. Esto sucedió el año quinto del reinado de don Ordoño, que se contaba 918 de nuestra salvacion. El Rey, concluidas tan grandes cosas, dió la vuelta, y con recibimiento á manera de triunfo entró en la ciu-

dad de Leon, que por la comodidad de su sitio pensaba hacella real y asiento de aquellos reyes. Con este intento procuró ensanchalla y adornalla de nuevos edificios. En primer lugar trasladó á su real palacio el templo de San Pedro y San Pablo, en que estaba la silla del obispo, por estar fuera de los muros y correr peligro, palacio que los moros antiguamente edificaron para que sirviese de baños, obra de grande anchura y majestad. Puso nombre al dicho templo de Santa María Virgen, dado que otras dos partes del mismo fueron consagradas, la una en nombre del Salvador, y la otra de San Juan Baptista. Despues desto, para acrecentar la majestad del nuevo templo se hizo el Rey coronar en él por mano del mismo Obispo, cosa no usada antes deste tiempo, y principio de donde los reyes que antes se decian de Oviedo se comenzaron á intitular reyes de Leon. Desta ocasion la ciudad de Oviedo vino poco á poco en tan gran disminucion, que con el progreso del tiempo perdió el nombre de arzobispado, y aun en nuestra era no tiene voto en las Cortes del reino, daño que entiendo ha sucedido por descuido de sus ciudadanos mas que por mala voluntad de los reyes. Conforme á esto entre las memorias y privilegios deste tiempo advierten los aficionados á la antigüedad, que en algunos don Ordoño se intitula rey de Oviedo, y en uno dellos dice que reina en Leon. Demás desto, añaden que este Rey trasladó la dignidad de obispado á la ciudad de Mondoñedo, que antes estaba en Ribadeo, dado que á otros les parece que los obispos de Mondoñedo antiguamente se llamaron vallibrienses. Entre tanto el rey de Córdoba, Abderraman Almanzor, encendido en deseo de satisfacerse de los daños pasados y volver por su honra, con las fuerzas y gentes de su reino por la parte de Lusitania entró en Galicia hasta llegar á un pueblo llamado Rondonia: Sampiro le llama Mindonia. En aquel lugar se juntaron los reales de los moros y de cristianos; pelearon con gran denuedo y porfía, cayeron muchos de ambas partes, duró la batalla hasta que cerró la noche sin quedar la victoria declarada, bien que cada cual de las partes se la atribuía, los nuestros por haber forzado al enemigo á salir de Galicia, los bárbaros porque vencidos tantas veces, continuaron la pelea hasta que faltó luz. Dióse esta batalla año de 919. No mucho despues el rey de Córdoba con nuevas levas de gente que hizo y nuevos socorros que le vinieron de Africa corrió las tierras de cristianos, y en particular las de Navarra y Vizcaya. El rey don Ordoño, movido por el peligro que corria don Sancho García, por sobrenombre Abarca, rey de Navarra, y á sus ruegos marchó con su campo contra los moros. Dióse la batalla en el valle Juncaria, que hoy se dice Junquera, el año 924, que fué no menos herida y porfiada que la que poco antes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la religion; los moros no les reconocian en nada ventaja, antes llevaron lo mejor, porque el conde de Aragon, que llamaron García Aznar (mejor viniera Fortun Jimeno, su hijo), murió en aquella pelea, y despues della aquella parte de Vizcaya que se llama Alava quedó por los moros. Quedaron otrosí presos en la batalla dos obispos, Dulcideo, de Salamanca, y Hermogio, de Tuy, que concertaron su rescate, y en tanto que le pagaban, dieron

rehenes en su lugar; en particular por Hermogio entregaron un sobrino suyo, hijo de su hermana, doncel en la flor de su edad, por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrian á las parejas. Por lo uno y por lo otro el Rey bárbaro, de suyo inclinado á deshonestidad, se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo, de su natural muy modesto y criado en casa llena de sabiduría y santidad, resuelto de defender el homenaje de su limpieza, dado que diversas veces fué requerido, resistió constantemente. Despues como el Rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara. Esta constancia y celo de la castidad le acarreó la muerte; por mandado de aquel bárbaro impío y cruel fué atenazado y hecho pedazos, los miembros echaron en Guadalquivir; el amor cuanto es mayor tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto domingo á 26 de junio del año 925. Diósele honra como á mártir, y fué puesto en el número de los santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en San Ginés de Córdoba; la cabeza en el cimiterio de San Cipriano. Débese tanto mas estimar la gloria desta bazaña, que no tenia mas de trece años y medio cuando dió tal muestra de su virtud. Rosvita, doncella de Sajonia, por este mismo tiempo cantó en verso heróico, aunque algo diferentemente, la muerte del mártir Pelayo. Siendo rey de Leon don Ordoño, y de Francia Carlos el Simple, un presbítero, llamado Zanelo, vino á España enviado por el papa Juan, décimo deste nombre, con esta ocasion. Volaba la fama de la devocion y milagros del apóstol Santiago por todas partes. Era muy célebre el nombre de Sisanando, obispo de Compostella. El Pontífice, por cierto hombre que le envió con sus cartas, pidió le hiciese participante de sus oraciones para que por medio y intercesion del apóstol Santiago en vida y en muerte fuese ayudado. Sisanando despachó á Zanelo para dar la obediencia al Pontífice; dióle otrosí el Rey cartas para el mismo con sus presentes. Zanelo, cumplido lo que le mandaron, pasado un año entero, volvió á España, cargado de muchos libros; demás desto, con autoridad de nuncio del Papa, quién dice fué cardenal, y comision de informarse de todo lo que pertenecia á la religion. Estaban los romanos de muy antiguo persuadidos que el oficio divino gótico tenia muchas cosas erradas, que usaban de ceremonias en la misa extraordinarias y enseñaban opiniones contrarias á la verdadera religion. Zanelo, en cumplimiento de lo que le era ordenado, revolvio con diligencia los libros eclesiásticos que pudo haber; y aunque las ceremonias eran diferentes, halló, al revés de lo que se sospechaba, que todas las cosas concordaban con la verdad. Vuelto á Roma, en una gran junta de padres relató al Pontífice lo que llevaba averiguado. Ellos dieron gracias á Dios por aquella merced y juntamente aprobaron aquellos libros. Solamente mandaron que en la secreta de la misa usasen de las palabras que usaba el oficio romano. Porque á la verdad las palabras de la consagracion, aunque la sustancia era una, las tenian mudadas en esta forma: «Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Este es el cáliz del Nuevo Testamento en mi sangre, que por vos y por muchos será derramado en remision de los pecados.» Palabras de que aun en nuestra era no usan los

que con beneplácito de los pontífices dicen misa mozárabe. Este fin tuvo entonces aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto que, vencida la constancia ó porfía de los españoles, trocaron el oficio mozárabe con el romano, como se dirá en su lugar. Volviendo á las cosas del Rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavía el rey don Ordoño, con deseo de honra, y en su compañía el mismo rey de Navarra, entraron por tierra de moros, y en particular trabajaron los campos y pueblos de la Rioja. Con esto el rey don Ordoño dió voz á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento; toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la reina Munina Elvira, señora de grandes prendas; dejó estos hijos, don Sancho, don Alonso, don Ramiro, don García, y doña Jimena. Casó el Rey segunda vez con Argenta, hija de alto linaje en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del Rey. En su lugar puso á Sanctiva, hija de don Garcí Íñiguez, rey de

Navarra, con voluntad del rey don Sancho, su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja se apoderaron por fuerza de Nájara, que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaria, en donde en tiempo de los godos se entiende hobo una chancillería, como lo dice don Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aquí las cosas del rey don Ordoño procedían de manera, que muchas dellas se podían alabar, y pocas reprehender cuales se disimulan con los reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad, y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposible. La muerte que este Rey dió muy fuera de sazón y sin propósito á los condes de Castilla pareció afeár toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido y por qué causas el Rey estuviese dellos ofendido se dirá tomando el negocio un poco de mas arriba con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señorios, los mas principales, tuvieron antiguamente en España.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

De los principios del reino de Navarra.

DESPUES de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sujeta por los moros, gente feroz y desapiadada, de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun grande edificio cuando cae, muchos señorios se levantaron, pequeños al principio, de estrechos términos y flacas fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria y excelentes restauradores de la república trabajada y caída. Poner por escrito el origen y progreso de todos estos estados y señorios sería cosa dificultosa y mas largo cuento de lo que sufre la medida y traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los mas principales y mas señalados entre los demás téngolo por cosa necesaria por andar de aquí adelante mezcladas sus cosas con las de los reyes de Leon. En particular será necesario tratar de los principados de Navarra, de Aragón, de Barcelona y de los condes de Castilla. Las reliquias de los españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio comun y miserable, echadas de sus moradas antiguas, parte se recogieron á las Astúrias, de que resultó el reino de Leon, de que hasta aquí se ha hablado. Otra parte se encerró en los montes Pirineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los vizcaínos y navarros, los lacetanos, urgelitanos y los ceretanos, que son al presente Ribagorza, Sobrarve, Urgel y Cerdania. Estos, confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares, no solo defendieron su li-

bertad, sino trataron y acometieron tambien de ayudar á lo demás de España; varones sin duda excelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los tales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ningunlo prudencia era bastante. La ocasion pará entrarlo no fué muy grande. Un cierto hombre religioso y ermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida mas sosegada hizo su morada en el monte de Uruela, no léjos de la ciudad de Jaca; y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocacion de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó á volar por todas partes. Juntáronsele cuatro compañeros, deseosos de imitar y seguir la vida que hacia. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudian á visitarle con intento de aplacar á Dios por medio de las oraciones deste santo varon, al cual, mientras que vivió, ayudaron con muchas buenas obras y limosnas que le hacían, y despues de muerto se juntaron los de aquella comarca á hacerle las honras. Acudió gran número de gente; entre estos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, ó convidados de la soledad del lugar, comenzaron á tratar y consultar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponía ánimo, y confiaban que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltarian socorros de Francia; convidábales el ejemplo de los asturianos, que, con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo, no dudaron de tratar cómo ayudarian á la patria ni de irritar las armas de los moros; cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fué muy saludable. Habiendo tratado mucho y